Documenta

DE HISTORIA MILITAR

AÑO 13 - N° 14 - EXTRAORDINARIO 2024





Revista de la Comisión Permanente
de Historia del Ejército del Perú

BICENTENARIO
DE LAS BATALLAS DE
JUNÍN
Y
AYACUCHO
200 AÑOS DE GLORIA

Documenta

DE HISTORIA MILITAR

AÑO 13 - N° 14 - EXTRAORDINARIO 2024





Revista de la Comisión Permanente
de Historia del Ejército del Perú

BICENTENARIO
DE LAS BATALLAS DE
JUNÍN
YACUCHO
200 AÑOS DE GLORIA

COMANDANTE GENERAL DE EJÉRCITO
General de Ejército César Augusto Briceño Valdivia

JEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO
General de División Orestes Martín Vargas Ortiz

INSPECTOR GENERAL DEL EJÉRCITO
General de División Miguel Ángel Gonzáles Bojórquez

DIRECTOR DE INFORMACIONES DEL EJÉRCITO DEL PERÚ
General de Brigada Fernando Javier Uribe Muñante

DIRECTOR DE LA COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO DEL PERÚ
Coronel EP José Luis Hurtado Terranova

COMITÉ EDITORIAL
Doctor Jonathan Jacobo Bar Shuali
Doctor Gastón Federico Marmonti
Doctor Patricio Alvarado Luna
Doctor José Galindo Heredia
Doctora Claudia Vanegas Duran
Doctor Frank Díaz Pretel

EDICIÓN FINAL
Teniente Coronel EP Alberto Castro Villa

DIAGRAMACIÓN Y ARTE
Licenciado Daniel Jhayr Valer Milla

EQUIPO DE IMÁGENES
Historiador Roberto Mendoza Policarpio
Cap EP David Atarama Orejuela

APOYO ADMINISTRATIVO
Periodista Graciela Fuentes Vergaray
Magali Elizabeth Guerra Carrasco

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú Nº 2011-05725

IMPRESIÓN
Imprenta Nelly del Carmen. Av. José Olaya Lt 05, Ventanilla-Callao

DERECHO EXCLUSIVO DE EDICIÓN
COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO DEL PERÚ
Fortaleza del Real Felipe, Plaza Independencia s/n Callao – Perú

QUEDA PROHIBIDA CUALQUIER REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA CONFORME A LA LEY PERUANA DE DERECHO DE AUTOR

IMAGEN PORTADA
Óleo sobre lienzo "Rendición del virrey La Serna" de Gustavo Shupo Córdova – CPHEP (Perú)

IMAGEN CONTRAPORTADA
Óleo sobre lienzo "José de La Mar y Cortázar" de Etna Velarde Perales - CEHMP (Perú)

Las opiniones vertidas en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores

Resolución Administrativa de la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú

Lima, 16 de octubre de 2024

N° 007 CPHEP/SECC ADMTVA/19.00

Visto el Plan de Trabajo AF-2024 para las actividades por el Bicentenario de las Batallas de Junín y Ayacucho, se ha remitido los documentos oficiales durante el correspondiente mes, en los que el señor coronel EP director de la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú –(CPHEP), invita a un exclusivo grupo de oficiales e historiadores militares a integrar el comité editorial para la edición y publicación de la revista Documenta de Historia Militar, edición especial dossier Batalla de Ayacucho, a presentarse en el mes de diciembre del AF - 2024.

CONSIDERANDO:

Que, de acuerdo al plan de trabajo y cronograma establecido para la publicación de la edición especial de la REVISTA DOCUMENTA DE HISTORIA MILITAR, desde su primera versión en el 2012, se debe nombrar al personal integrante del comité editorial a fin de iniciar el proceso de revisión de los artículos cuyo objetivo es garantizar la rigurosidad académica de los artículos.

Que los integrantes del comité editorial serán oficiales y personal civil vinculado a la investigación histórica militar, con experiencia en los procesos de investigación y redacción de artículos.

Estando a lo recomendado por la sección de Investigación Histórica de la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú,

SE RESUELVE:

Artículo Único. - Nombrar al comité editorial para la edición y publicación de la revista Documenta de Historia Militar, edición especial dossier Batalla de Ayacucho a presentarse en el mes de diciembre del AF2024, de acuerdo con el siguiente detalle:

- **Comité Editorial:**
  Dr. Bar Shuali Jonathan Jacobo
  Dr. Alvarado Luna Patricio
  Dr. Díaz Pretel Enrique
  Dr. Vanegas Durán Claudia
  Dr. Marmonti Gastón Federico
  Dr. Galindo Heredia José

Regístrese, comuníquese y archívese.

O-100065073-A+
JOSE LUIS HURTADO TERRANOVA
CRL EP
Director de la Comisión Permanente de
Historia del Ejército del Perú

ÍNDICE

Págs.

PRESENTACIÓN 13

DOSSIER BATALLA DE AYACUCHO
9 de diciembre de 1824

ENSAYO INTRODUCTORIO DE LA REVISTA 27-31
Historiador Roberto Mendoza Policarpio
Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú

ENTREVISTA A LA LIC. LOURDES MEDINA MONTOYA 35-50
Cap EP Anyel Huamán Manrique
Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú

EL *MILITAR NAPOLEÓNICO* COMO ELEMENTO FUNDAMENTAL DE LAS VICTORIAS PATRIOTAS EN LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA HISPANOAMERICANA 53-76
Tte Crl EP Alberto Castro Villa
Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú

LA DERROTA REALISTA EN AYACUCHO DESDE LA PERSPECTIVA DEL MARISCAL JERÓNIMO VALDÉS 79-96
Cap EP Anyel Huamán Manrique
Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú
Mg. Aleks Fernando Narváez Espinoza
CEU San Pablo de Madrid

PRECONCEPTOS DE LA *GUERRA TOTAL* EN LA PREPARACIÓN DEL EJÉRCITO UNIDO LIBERTADOR Y EJÉRCITO REALISTA PREVIO A LAS BATALLAS DE JUNÍN Y AYACUCHO. 1823-1824 99-117
Cap EP David Atarama Orejuela
Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú

LA CONMEMORACIÓN DEL CENTENARIO DE LA BATALLA DE AYACUCHO EN LIMA (1924) 121-133
Dr. Víctor Peralta Ruiz
Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid

UN TERRENO MUY QUEBRADO: LA BATALLA DE AYACUCHO O EL DIARIO DE OPERACIONES DEL EXÉRCITO REAL DEL PERÚ 137-150
Dra. Milagros Martínez – Flener
Centro de Investigaciones Históricas de América Latina

LA DIVISIÓN PERUANA Y EL CRL. MARCELINO CARREÑO EN LA CAMPAÑA FINAL DE AYACUCHO 152-172
Gral Brig EP (R) Juan Urbano Revilla
Centro de Estudios Histórico Militares del Perú

EL PESO DEL EXILIO EN EL GENERAL SAN MARTÍN. SUS ÚLTIMOS MOMENTOS EN LA PROVINCIA DE MENDOZA 175-186
Dra. Teresa Giamportone
Junta de Estudios Históricos de Mendoza

BICENTENARIO DE LA BATALLA DE AYACUCHO 189-211
Tte Crl EA (R) Claudio Morales Gorleri
Instituto Sanmartiniano de Argentina

UN BRASILEÑO EN LA BATALLA DE AYACUCHO 215-226
Cnl EB (R) Carlos Roberto Carvalho Daroz
Centro de Estudios e Investigaciones de Historia Militar del Ejército de Brasil

CHILE EN LAS CAMPAÑAS MILITARES DE LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ (1820-1824) 229-252
GDD ECH (R) Roberto Arancibia Clavel
Escuela Superior de Guerra del Ejército de Chile

RESONANCIAS DEL TRIUNFO MILITAR DE AYACUCHO EN COLOMBIA: CELEBRACIONES EN TORNO A UN PROYECTO COMÚN REPUBLICANO 255-266
Dr. Roger Pita Pico
Academia Colombiana de Historia

ECUATORIANOS EN LOS CAMPOS LIBERTARIOS DE JUNÍN Y AYACUCHO, 1824 269-279
Tte Crl EE Jorge Martínez Bucheli
Centro de Estudios Históricos del Ejército de Ecuador

LA FORMACIÓN MILITAR DE ANTONIO JOSÉ DE SUCRE Y SU INFLUENCIA EN LA CAMPAÑA DEL PERÚ 283-299
Crl EV (R) Fernando Falcón Veloz
Universidad Central de Venezuela

EL COSTO DE LA INDEPENDENCIA. EL EJÉRCITO BOLIVARIANO EN AREQUIPA, 1825-1827 303-323
Mg. José Víctor Condori Condori
Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa

ACCIÓN DE LAS GUERRILLAS Y LA INFLUENCIA DE LA IMPRENTA EN EL PROCESO INDEPENDENTISTA DE LA REPUBLICA PERUANA (1821-1824) 327-349
Tco PNP (R) Moisés Ysmael Flores Rodríguez
Universidad Nacional de Trujillo



General de Ejército
César Augusto Briceño Valdivia
Comandante General del Ejército del Perú

PRESENTACIÓN

SEÑOR GENERAL DE EJÉRCITO CÉSAR AUGUSTO BRICEÑO VALDIVIA
COMANDANTE GENERAL DEL EJÉRCITO

El 9 de diciembre de este año, la pampa de la Quinua en Ayacucho será el centro de atención, no solo del país sino de toda de la región, debido a la celebración de los 200 años de la victoria decisiva del ejército patriota sobre las fuerzas realistas, hecho que significó la independencia definitiva del Perú y de Hispanoamérica del dominio español.

En el Ejército Unido Libertador, confluyeron los esfuerzos de todas las naciones guiadas por los ideales patrióticos, enarbolando sus banderas de gloria y presentando batalla contra un ejército mejor constituido, con el único fin de lograr la libertad de la tierra que los vio nacer. Inspirados por la sangre derramada de sus hermanos que años antes habían iniciado el proceso emancipatorio y alentados por el coraje de su pueblo, mostraron esa rebeldía necesaria que permitió poner en marcha los proyectos republicanos anhelados por todo el continente.

Desde su origen, el Ejército del Perú junto a su pueblo ha combatido incesantemente para librar de todo peligro que amenace a nuestra nación y a sus intereses; tal como sucedió en Ayacucho, en aquel memorable episodio donde la división peruana comandada por el general José de La Mar supo resistir los embates del oponente, para luego, armado de valentía y arrojo, pasar a la ofensiva logrando diezmar la capacidad del adversario y conseguir finalmente la victoria.

Por eso, el Bicentenario de la batalla de Ayacucho debe representar un espacio de reflexión, donde nos sintamos orgullos de lo que hemos avanzado y a la vez optimistas para enfrentar los desafíos propios del siglo XXI. Un momento donde en comunidad practiquemos los valores cívicos y patrióticos que nos legaron los soldados de Ayacucho, buscando así la convivencia armónica entre todos los peruanos y con todas las naciones hermanas de la región.

La Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú - CPHEP, tiene un rol importante dentro de las actividades conmemorativas del Bicentenario de la batalla de Ayacucho. Esta dependencia cuya misión es la de investigar, escribir y difundir nuestra historia, presenta esta Revista Documenta de Historia Militar edición extraordinaria sobre la batalla de Ayacucho, publicación que reúne artículos de destacados intelectuales e investigadores del Perú y la región, quienes abordan desde diferentes perspectivas esta victoria decisiva. Con esta entrega la CPHEP contribuye a alcanzar los objetivos académicos y culturales trazados por nuestra institución en este año de tan magnas celebraciones, como son los bicentenarios de las batallas de Junín y Ayacucho.



General de División
Orestes Martín Vargas Ortiz
Jefe de Estado Mayor General del Ejército del Perú

GENERAL DE DIVISIÓN ORESTES MARTÍN VARGAS ORTIZ

JEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO

¡Adelante!... ¡armas a discreción!... ¡paso de vencedores!, excelsa arenga de combate, pronunciada por el general José María Córdova, que resonó en el convulso y agitado campo de batalla e infundió valentía y coraje a los corazones patriotas que, alentados por la voz de sus líderes, nunca se amilanaron ante la aparente superioridad del adversario, y por el contario, fortalecieron su fe en la obtención de la victoria. De esta manera la infantería patriota avanzó firme, abatiendo a las fuerzas realistas comandadas por el general Gonzales de Villalobos, continuando su imparable avance para vencer al batallón Cusco y al Imperial, encontrando tenaz resistencia en el batallón San Carlos, siendo este prácticamente aplastado por ello. Fue tan incontenible el avance de las bayonetas patriotas que, al poco tiempo decidieron el triunfo a favor del Ejército Unido Libertador sellando la independencia del Perú e Hispanoamérica.

Meses antes, se había producido la batalla de Junín donde valientes jinetes continentales obtuvieron un resonante triunfo, cuyo protagonismo lo tuvo el Primer Escuadrón de los Húsares del Perú, gracias al liderazgo de su comandante, el teniente coronel Isidoro Suárez y la genial iniciativa de su ayudante mayor, el teniente Andrés Rázuri. Seria esta batalla, el magnífico preludio de la posterior hazaña que sellaría el nuevo destino del continente, un legado imperecedero dejado por la caballería peruana a las generaciones venideras.

Sería la batalla de Ayacucho, la que marcaría finalmente el más grande hito en la historia del Perú, tiñendo de gloria al soldado peruano que, junto a valientes guerreros de otras partes del continente, vencieron la adversidad y se condujeron por aquel sendero de la victoria, permitiendo así la anhelada libertad y mostrando al mundo la capacidad de las naciones sudamericanas de poder asumir su propio destino, que llevó impregnado consigo los más gloriosos ideales republicanos.

Aunque la independencia de los países sudamericanos se consolidó con la victoria de Ayacucho, los nuevos estados se enfrentaron a importantes desafíos internos. Por ello, tras 200 años, como ciudadanos se nos exige repensar el país que queremos, teniendo en cuenta que debemos asumir un mayor compromiso por la responsabilidad que nos toca, que es contribuir a engrandecer nuestra patria y ser el ejemplo de las generaciones futuras para que los valores y virtudes expresadas en las pampas de Junín y Ayacucho trasciendan y guíen las acciones que nos lleven a ser la nación por la que luchamos.



General de División
Miguel Ángel Gonzáles Bojórquez
Inspector General del Ejército del Perú

GENERAL DE DIVISIÓN MIGUEL ÁNGEL GONZÁLES BOJÓRQUEZ

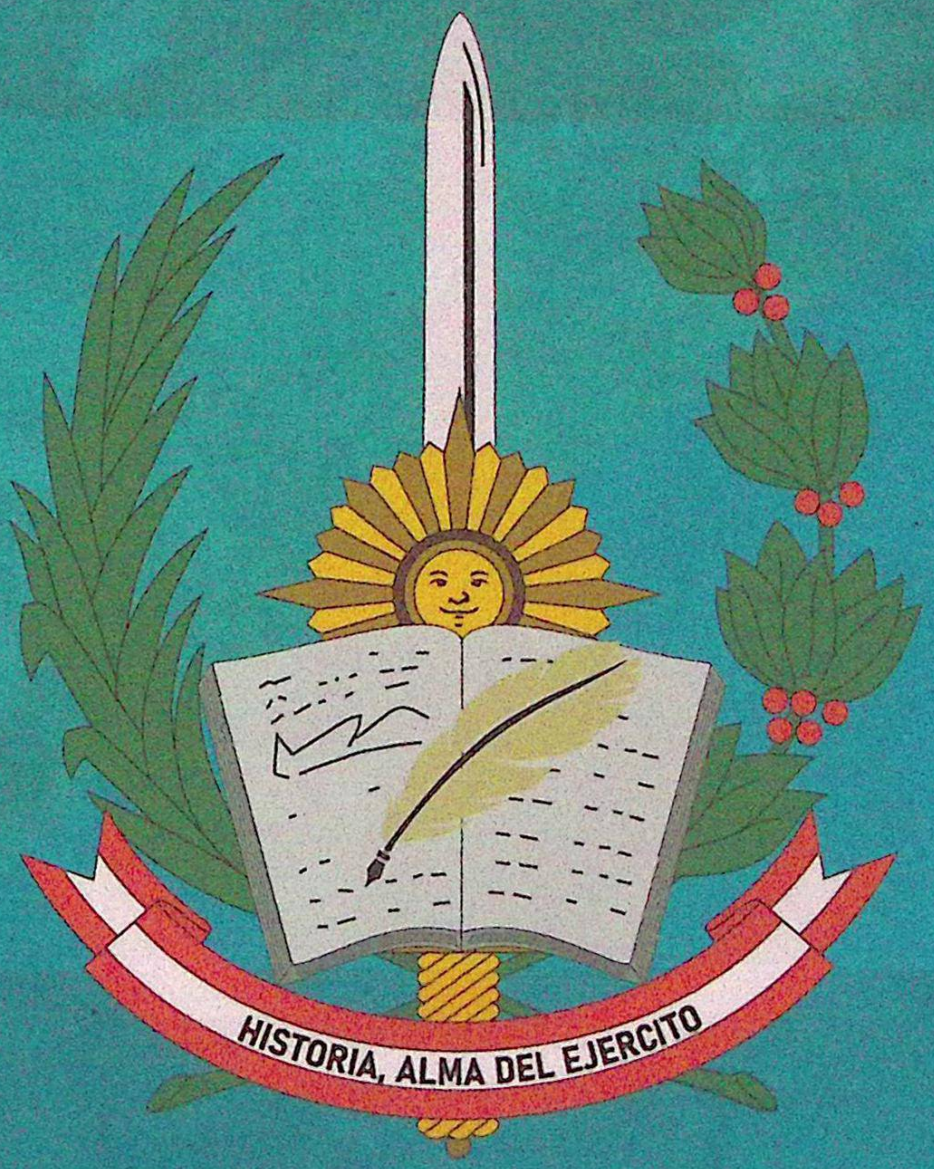
INSPECTOR GENERAL DEL EJÉRCITO

Durante la segunda fase de la gloriosa campaña de 1824, iniciada tras la gesta gloriosa de Junín, el teatro de operaciones de nuestra guerra de independencia nacional se trasladó a la sierra sur del territorio peruano donde los jefes militares de ambas fuerzas, tanto patriotas como realistas, buscaron a como de lugar obtener la iniciativa estratégica. Fue un duelo de estrategas, de hombres cuyo liderazgo, experiencia y capacidad en los campos de batalla no se discutía por los logros obtenidos por ambos lados. Los andes peruanos se convirtieron en un gran tablero de ajedrez, donde cada movimiento de tropas debía ser cuidadosamente planificado y repasado.

El escenario final, destinado a resolver definitivamente la lucha por la libertad del Perú y de Hispanoamérica, sería la zona denominada como pampa de la Quinua, en las faldas del Cerro Condorcunca. Allí, la línea patriota ocupó posiciones dispuestas a entrar en combate apenas se presentase la situación oportuna. En el ala izquierda se encontraba la división peruana al mando del general José de La Mar y Cortázar, bravo oficial veterano de las guerras napoleónicas que, durante meses, tuvo a su cargo la organización, preparación e instrucción de aquellos hombres. Sus cuatro batallones de infantería, entre los que se encontraba el originario "Legión Peruana de la Guardia", estaban integrados por peruanos procedentes de todos los rincones de nuestro territorio, quienes decidieron participar por la causa patriota de forma libre y voluntaria, mostrando un encandilado fervor que había superado las más altas expectativas de los libertadores. Sería el desempeño de la brava infantería peruana aquel 09 de diciembre de 1824, la que resulto determinante en el devenir de la batalla, al resistir firmemente el durísimo embate de las más selectas tropas realistas al mando del general Gerónimo Valdés, posibilitando así la carga victoriosa de las fuerzas de la división del general colombiano José María Córdova por el otro flanco, que con su icónica frase: "Armas a discreción, paso de vencedores" impulsó a sus hombres a la gloria final.

La batalla de Ayacucho ha quedado inmortalizada como la batalla de la libertad continental, sellada como tal tras la firma de la capitulación del ejército realista a manos de su jefe militar Canterac, ese mismo día. Dicho manuscrito, preservado hasta el día de hoy, es la muestra fehaciente que nuestra libertad tuvo un costo muy alto, tanto en lo material como, sobre todo, en lo humano. La ofrenda de vida de insignes y valerosos patriotas que lucharon por una Hispanoamérica libre es algo que debemos recordar y conmemorar cada año en esta fecha. Los ideales de esos bravos guerreros libertarios están más presentes que nunca. Aquella gesta nos proveyó del legado inicial de entrega, deber y amor a la Patria para aquel flamante Ejército del Perú republicano o Ejército de Línea del siglo XIX y que se ha mantenido incólume en cada una de sus acciones hasta este presente con el Ejército del Perú del siglo XXI.

DOSSIER
DE LA BATALLA DE AYACUCHO





ROBERTO MENDOZA POLICARPIO
Historiador de la Comisión Permanente
de Historia del Ejército del Perú

ENSAYO INTRODUCTORIO

La Independencia del Perú se logró a través de un largo proceso cuya duración se explica porque, a diferencia de otras naciones, en el nuestro se concentró el poder militar y administrativo del virreinato que era el más poderoso de Sudamérica, desarrollándose encuentros bélicos en diferentes puntos del territorio peruano, posterior a la proclamación de la independencia y que tiene como punto inicial a Junín el 6 de agosto de 1824 y definitivo en Ayacucho el 9 de diciembre del mismo año, cuya victoria selló y consolidó la independencia nacional y regional.

Luego de la llegada de Simón Bolívar al Perú, en setiembre de 1823, recibió amplios poderes para combatir a los realistas, decidiendo trasladarse a Trujillo para preparar la campaña final. Así, el Ejército Unido organizado por Bolívar fue establecido sobre la base de las unidades que quedaban del Ejército Libertador, del Ejército del Perú Republicano y de las Fuerzas Auxiliares de la Gran Colombia. Según los reglamentos de la época, se llamaba Ejército Unido al formado con tropas de dos o más potencias, combinando de antemano un plan de campaña, a ellos se sumaban los cuerpos de guerrillas que operaban en la sierra central, consideradas como una fuerza auxiliar y que cumplieron una destacada labor.

Bolívar y los generales de su entorno estaban más imbuidos de la doctrina napoleónica y también tenían un amplio conocimiento de los principios de Federico el Grande. Según el general de brigada Carlos Dellepiane, "pusieron en práctica las batallas frontales, en las que las tropas se precipitan unas contra otras en orden cerrado y en formaciones densas, para buscar la solución por el choque de la masa".

La instrucción se hizo de acuerdo a los manuales y reglamentos vigentes, pero fue mucho más intensa por la férrea disciplina que impuso Bolívar en el Ejército Unido. Resultó, por ello, muy eficiente y las tropas dieron todo lo que se les pidió en las batallas que libraron meses después. Entre las recomendaciones que dio Bolívar para la instrucción, se indicaba que debía hacerse marchar a los soldados diez leguas por día, para acostumbrarlos a las marchas forzadas.

Para aclimatarlos al soroche, los obligó a pasar cerros elevados, además de enseñarles a avanzar sobre pendientes con agilidad. Corrían una hora u hora y media, para precipitar sus movimientos cuando fuera necesario abordar al enemigo. Decía: "Debemos hacer marchar a nuestros soldados por las punas, para enseñarles a respirar el soroche y a saltar entre peñas como los huanacos, en cuyo país vamos a hacer la guerra".

A fines de 1823, la situación política y militar del país era comprometida. Los generales realistas, muchos de los cuales habían participado en las guerras contra la invasión napoleónica, habían ganado posiciones y el éxito de la guerra independentista peligraba. Bolívar, entonces, decidido a engrosar el efectivo del ejército ordenó que todo individuo entre 12 y 40 años apto para la guerra fuera reclutado. Cada pueblo debía contribuir con cien hombres. En febrero de 1824, para engrosar aún más sus filas, ordenó otro reclutamiento de peruanos. Trujillo aportó 300 hombres; Lambayeque, 876; Piura, 1,104; Cajamarca y Chota, 1,560; Huamachuco, 960; Pataz, 324; y Chachapoyas, 624 reclutas. Todos fueron enrolados en las unidades grancolombianas

A mediados de 1824, el Ejército Unido estaba listo para iniciar operaciones; tenía como General en Jefe al general Antonio José de Sucre y como Jefe de Estado Mayor al general Agustín Gamarra, reconocido como buen organizador y táctico.

Luego del triunfo de Junín, el Ejército Unido Libertador continuó su marcha por Tarma, Jauja, Huancavelica, Ayacucho, Apurímac y Chalhuanca. En este último lugar, Bolívar encargó el mando a Sucre y se dirigió a Lima para atender asuntos políticos y militares. Bolívar le dejó orden de mantenerse a la expectativa y de ser necesario retroceder incluso hasta Jauja, a donde él podría acudir con las fuerzas colombianas recién llegadas a Lima. Por su parte, el Ejército Virreinal, se dirigió a Chincheros (Cusco). Desde mediados de noviembre ambos Ejércitos se movilizaron por las márgenes opuestas del río Apurímac, hasta que el 2 de diciembre se avistaron en Matará. Al día siguiente, a una legua de ese poblado, fue sorprendido el batallón gran colombiano "Rifles" por la división realista del general Gerónimo Valdés, siendo este arrollado y dispersado.

El 8 de diciembre, el Ejército Patriota se ubicó en la Pampa de la Quinua, mientras que el Ejército Virreinal ocupó las alturas del Condorcunca. Aquellos contaban con 9,310 soldados, mientras que estos últimos sumaban 5,780 efectivos. En el campo patriota La Mar (que años atrás había peleado por los realistas) presionó a Sucre para que decida dar batalla, haciéndole ver las ventajas del terreno y la superioridad moral de las tropas independientes; el Comandante en Jefe, luego de una Junta de Guerra decide dar batalla, tomando su dispositivo de combate.

Por su parte el virrey, dominando con la vista el campo patriota concibió un plan de ataque que comprendía descender de las alturas tomando el borde opuesto de una quebradita que atravesaba transversalmente la pampa, lo que daría espacio suficiente para desplegar las divisiones y armar la artillería, al mando del brigadier Cacho.

Ya en la pampa, Valdés atacaría a La Mar, flanqueando el dispositivo patriota, al mismo tiempo que Villalobos y Monet -veterano de la guerra de Independencia de España contra Napoleón-; fijarían mediante un potente choque frontal.

En reserva, la infantería se encontraba a órdenes de José Carratalá y la caballería de Ferraz -quien también era un veterano de la guerra contra Napoleón-. Antes de las nueve de la mañana del 9 de diciembre de 1824, los combatientes de ambos ejércitos se trasladaron a las faldas del cerro para presenciar un abrazo de despedida entre los hermanos, parientes y amigos que se hallaban del lado realista y del lado patriota; a las 10 de la mañana los realistas rompieron los fuegos e iniciaron el descenso.

Valdés, con la más numerosa y selecta división y apoyado por sus piezas de artillería, atacó decididamente a La Mar, quien se aferró al terreno. Al ver esto Sucre reforzó a La Mar con dos batallones de la división de Jacinto Lara, en vista de que el ejército realista se pronunció decididamente por ese flanco.

El ataque se generalizó en todo el frente: Villalobos hizo retroceder a los elementos avanzados de Córdova, pero la caballería patriota de Guillermo Miller (otro veterano de las guerras napoleónicas) restableció el frente.

El virrey adelantó la división Monet, pero Lara reforzado por los "Húsares de Junín", desbarató sucesivamente sus brigadas, al querer pasar éstas la quebradita que corta la pampa de la Quinua.

Sucre ordenó el contraataque general, avanzando Córdova vigorosamente hasta media pendiente, mientras Lara hizo retroceder a Valdés. La retirada realista se acentuó, comenzando a ser desordenada.

Sucre detuvo a la división Córdova, muy fatigada por el esfuerzo y continuó la explotación con la división La Mar, que quebró las últimas resistencias enemigas, siguiendo la persecución hasta dominar las cumbres del Condorcunca, donde capturó a Canterac quien había tomado el mando del ejército realista por ser herido el virrey. El jefe realista propuso la suspensión de hostilidades y La Mar, lo condujo personalmente ante Sucre.

Enterado del triunfo, Bolívar dispuso que las unidades que participaron en la batalla llevaran junto a su nombre el título de "Glorioso" y declaró a los oficiales y soldados del Ejército Unido Libertador como "Beneméritos en grado eminente".

Nadie podrá oponerse a que los peruanos veamos nuestra historia como peruanos...siempre nos han presentado como subalternos, sin preocuparnos de relievar su verdadera importancia. Debemos enfatizar que durante varios años, los realistas contaron con excelentes tropas indígenas, pero estos cuerpos se habían debilitado, además que las ideas de cambio habían penetrado ampliamente en dichas fuerzas, a tal punto que en un momento de la batalla dejaron de pelear y empuñaron sus armas contra sus superiores. Es indudable que en Ayacucho brilló el saber y tino de todos los jefes y oficiales del ejército patriota.

Enfatizamos que el aporte de los peruanos en este histórico triunfo fue inobjetable: la división peruana, comandada por José de La Mar, es el flanco que recibió la primera y más terrible arremetida del contrario, precisamente de la división Valdés, el más prestigioso general español. Sabía que la quiebra de los peruanos no podía ser remediada por las otras divisiones, por ella utilizó todos sus recursos, particularmente su número de hombres, mayor que el nuestro. Si la división La Mar cedía, la batalla estaba ganada por los españoles.

Más los peruanos, no sólo están en la división La Mar. El general Agustín Gamarra fue el Jefe de Estado Mayor General; Ayudante General del Ejército Unido Liberador fue el joven oficial Ramón Castilla; Edecán de La Mar fue Domingo Nieto. Pero la presencia nacional, se midió en la presencia de soldados en todas las unidades del Ejército Unido Libertador, por la vía de reemplazos. No es pues aventurado decir que 2/3 de las tropas triunfadoras en Ayacucho eran netamente peruanas, sin contar en éstas a más de tres mil guerrilleros, que constituyeron la retaguardia peruana, ellos controlaban las quebradas y pasos.

Ayacucho fue una batalla decisiva porque se consiguió la destrucción física masiva del enemigo, definiéndose la guerra no sólo en el ámbito militar, sino también en el político. Cambió las estructuras sociales y económicas, redefiniéndose la geopolítica del continente, sentando las bases para la configuración de nuevos estados y el reordenamiento del poder regional.

El Ejército del Perú, cuyas primeras unidades se habían formado desde octubre de 1820, cuatro años después era una fuerza importante, fogueada en el combate, conocedora de fracasos y triunfos, capaz de asumir la sagrada responsabilidad de sostener la república y defender su soberanía. Había jugado un papel determinante en las batallas finales de la independencia del Perú y América, y, en este sentido, Junín y Ayacucho eran la mejor prueba de su madurez.

Consolidada nuestra Independencia el Ejército del Perú se preparaba para su organización acorde con las nuevas circunstancias políticas. A decir de nuestro historiador Jorge Basadre:

Pero a pesar de todas las circunstancias adversas e infaustas en la primera parte del siglo XIX peruano, el ejército representó a la nación. Sin Junín y Ayacucho, la patria no habría emergido, frente a los peligros de mutilación, desintegración o disolución, hombres de uniformes preservaron a la persona nacional... ¿Qué habría sido del Perú sin el ejército en el largo período que va desde la crisis interno-internacionales de 1827 y 1829 hasta la crisis interno-internacionales de 1841 y 1842? Habría perdido jirones de su patrimonio, elementos de su ser, acaso hasta su propio nombre, en contraste con las dificultades que entonces eran formidables y las variedades geográficas, las fuerzas armadas se desparramaron por el territorio y atrajeron personal de las distintas regiones. A pesar de las diferencias étnicas y de los desniveles de carácter social y económico, acogieron por igual a gente de todas procedencias, cumpliendo así, a su manera una función democrática y les infundieron más allá de los conceptos profesionales, un sentido de nacionalidad, no sólo se debe hablar, pues, de los trastornos políticos o del gasto representado por sueldos y pendones cuando se valorice el papel de los institutos armados durante los primeros años de la República. (Historia de la República del Perú. 1822-1933, 1983, Tomo I, pp. 202)

En el año del Bicentenario de las Batallas de Junín y Ayacucho, la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú – CPHEP, creada según Decreto Supremo N° 0004-78-GU del 25 de enero de 1978, como ente encargado de investigar, escribir y difundir la historia institucional y la historia militar del Perú, se complace en presentar la Revista Documenta de Historia Militar N° 14, dedicada a la Batalla de Ayacucho, que consta de ensayos elaborados por prestigiosos investigadores civiles y militares de reconocidas trayectorias, tanto a nivel nacional como internacional, quienes abordan de manera científica este emblemático hecho de armas. A ellos expresamos nuestro agradecimiento, rindiendo así homenaje a todos los actores, civiles y militares que afrontaron con heroísmo dicha batalla, que dio libertad no sólo al Perú, sino a gran parte del continente americano.

HISTORIADOR ROBERTO MENDOZA POLICARPIO

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO DEL PERÚ

en la Comisión. Debo ser sincera, aunque contaba con un amplio conocimiento teórico, mi experiencia práctica era poco el que tenía, y aprendí mucho durante la elaboración de esos libros. Los 40 años que he pasado en el Ejército han sido de constante aprendizaje, y he podido darme cuenta de que la historia está en constante evolución, adoptando nuevas técnicas, ideas y conceptos. A lo largo de estas cuatro décadas, hemos tenido que adaptarnos a los cambios que no solo afectan al mundo, sino también a la ciencia histórica, que sigue transformándose con el tiempo.

Pregunta 2 AAHM: Dentro de este aprendizaje que menciona, usted trabajó con importantes científicos sociales del país, como han sido los historiadores Pons Muzzo, la doctora Ella Dumbar Temple, entre otros. ¿Qué es lo que más destaca?

LMM: Creo que lo que más destaco es haber sido sanmarquina, ya que tuve la suerte de tener como profesores al doctor Alberto Tauro del Pino, la doctora Ella Dunbar Temple, como mencioné antes, y al doctor Raúl Rivera Serna, un excelente profesor de Paleografía. Ellos eran autores cuyos libros yo había leído en el colegio. En secundaria, los textos del doctor Tauro y del doctor Pons Muzzo formaban parte de nuestras lecturas, y siempre escuchábamos hablar de la doctora Temple, quien, en aquel entonces, era prácticamente la única mujer destacada en el campo de la historia.

Ingresar a San Marcos fue un reto personal, porque en mi casa pensaban que sería muy difícil para mí. Sin embargo, me lo propuse y logré ingresar en mi primer intento, inicialmente en la carrera de Derecho, pero luego decidí trasladarme a Historia. Además, ya había terminado estudios en Periodismo, Relaciones Públicas y Marketing en la PUCP, y trabajaba en Prensa. Sin embargo, no me sentía del todo satisfecha, ya que no siempre podía escribir lo que deseaba, sino lo que los editores indicaban. Además, me enviaban a cubrir comisiones complicadas, lo que preocupaba a mi padre, pues temía que me sucediera algo.

A pesar de las dificultades, continuaron dándome diversas comisiones, ya que así es el periodismo, siempre en la calle. En aquella época, en los años 70, encontrar trabajo en mi profesión era difícil, por lo que conseguir un puesto fue un logro personal.

Pregunta 3 AAHM: Se vivía un cambio de época, una transición, el ingreso a diferentes campos profesionales que no estaban cubiertos por las mujeres, como el Ejército, por ejemplo. ¿cómo fue su experiencia, siendo periodista y

aun estudiante universitaria, al ingresar a una institución castrense como el Ejército?

LMM: Autoritaria en realidad, claro, primero había estudiado en Católica. Cuando ingresé a San Marcos me encantó. Católica me dio una gran formación académica y cultural, cómo te puedo decir, una gran cultura, no solamente histórica, sino de forma general.

Pero San Marcos me dio calle, me mostró un Perú real, y yo muy poco digo que soy de la católica, siempre digo que soy de San Marcos, historiadora sanmarquina, porque San Marcos me dio una visión de país, una visión de vida que he procurado pasársela a mi hija y que espero que mis nietos también entiendan que uno no viene solamente para pasar la vida por acá, sino que uno tiene que pasar por la vida y dejar algo, ¿no? Y eso te lo da San Marcos, San Marcos te da una visión de lo que es el Perú profundo, el Perú real y te da también una fuerza para poder luchar contra todo aquello que te sea adverso.

Pregunta 4 AAHM: ¿Cómo es que se gesta la idea de crear la revista Documenta de Historia Militar, una revista propia de la Comisión Permanente de Historia? ¿Cuál fue el objetivo?

LMM: Por diferentes viajes que hacíamos, no solo yo, sino también otros compañeros y amigas que venían del extranjero, de Bolivia, Ecuador y otros países como Colombia y México, que me invitaron a participar en eventos en esos países. Producto de esta interacción académica, me di cuenta que no solo las universidades, e instituciones históricas, sino también algunas comisiones de los Institutos de Historia de algunos ejércitos en nuestro continente, publicaban revistas especializadas en historia.

Entonces, pensamos que una revista podría ser el complemento perfecto y en la medida que investigábamos en los archivos y trabajábamos los libros, también se podría presentar artículos de investigación a través de una revista. De esta manera, nació la idea. Primero, porque las revistas tienen mayor difusión y pueden llegar a un público más amplio. Son una forma de contactar no solo con historiadores peruanos, sino también con historiadores extranjeros. Así nació Documenta, una revista que nombramos en honor a la revista sanmarquina que creó la doctora Dunbar Temple, que dejó una marca profunda en mi promoción y en la gente de mi generación por su alto nivel académico.

Nuestra Documenta Militar creo que ya ha sobrepasado los 10 o 12 números, lo que significa que ha mantenido su continuidad a lo largo de los años.

Esto es fundamental, ya que la revista actúa como el vocero y el nexo entre la institución militar histórica y la población interesada en estos temas. Además, algunos ejemplares se guardan en la Biblioteca Nacional, lo que permite que el público, incluso aquellos que no están vinculados con la institución militar, pueda revisarla. Aunque los artículos, se enfocan en temáticas militares, también abordan temáticas de interés histórico que resultan relevantes para la comunidad académica e histórica.

Pregunta 5 AAHM: En su trabajo de investigación, ¿cuáles fueron los hechos más relevantes que encontró sobre la logística del Ejército en esa época? ¿Hubo algún hallazgo en su investigación que cambiara su perspectiva sobre la institucionalización del Ejército?

LMM: Creo que sí. Hay algo fundamental que, a veces, se considera una exageración, pero el Ejército, como institución, tiene una gran aceptación entre los sectores populares, ya que el grueso de la tropa siempre proviene de estos sectores. De alguna manera, Pablo Macera solía decir que el Ejército era un buen vehículo de ascenso social. En el siglo XIX, el Ejército no era lo que es ahora, en el siglo XXI. He trabajado en el Ejército durante una parte del siglo XX y los inicios del XXI en la Comisión de Historia, antes de irme a la DINFE.

A pesar de las opiniones que pueda generar, el Ejército es una institución muy importante, aunque no lo llamaría tutelar, como algunos lo hacen. Incluso teorías políticas como el marxismo la van a aceptar, reconocen su relevancia. Los ejércitos son elementales y fundamentales en la existencia de un Estado y, en el caso del Perú, el Ejército ha sido, nos guste o no, un elemento de integración.

Recuerdo haber leído que el Ejército está presente en todos los rincones del país, en el más remoto está existiendo un destacamento, una unidad. De una manera u otra, ha garantizado la peruanidad en estos 200 años. Aunque hemos perdido territorio por la incompetencia de algunos políticos, el Ejército siempre ha luchado por la integridad territorial. Y aunque algunas veces se han perdido batallas políticamente, pero militarmente el Ejército, ha estado a la altura de las circunstancias. Sin embargo, también han cometido errores, no se puede negar.

Considero que instituciones como el Ejército son fundamentales para la integración del territorio nacional y de la sociedad, especialmente de aquellos sectores marginados de la sociedad en el proceso político peruano. No obstante,

muchas de estas funciones no deberían ser responsabilidad del Ejército, sino que son funciones propias del Estado. Pero, como el Estado no ha cumplido con estas tareas, el Ejército ha asumido esa función integradora. Con todos los defectos que se puedan criticar desde el siglo XIX, de una manera u otra, han mantenido la integridad territorial.

Pregunta 6 AAHM: ¿Podría explicarnos cómo se abastecía el Ejército durante las campañas de la independencia en términos de logística y abastecimiento? ¿De dónde provenía principalmente la tropa y cómo se sostenía en el campo? Además, ¿cómo se desarrolló este proceso bajo los liderazgos de San Martín y Simón Bolívar?

LMM: Es interesante, pero también algo complicado, ya que la logística y el abastecimiento del Ejército durante las campañas de la independencia pasaron por diferentes fases. En la etapa de San Martín, no hubo una participación bélica muy activa en términos de grandes batallas, salvo algunas pequeñas campañas, como la de los Intermedios, aunque no recuerdo los detalles exactos en este momento. Sin embargo, lo que San Martín nos dejó fue la institucionalidad política. No consolidó un Estado fuerte, pero sí creó un Estado y creó un Ejército, organizando las primeras unidades durante su gobierno.

Y muchas veces, hoy día se dice que la "Legión Peruana" que se creó en 1821, un 18 de agosto, es la primera unidad militar, pero no es correcto. Desde que llegó San Martín al Perú, comenzaron a organizarse las primeras unidades, como los "Auxiliares de Ica", que era un escuadrón de caballería; el "Batallón Leales del Perú", que era un batallón de infantería, entre varias otras más unidades que hemos detallado en los libros que hemos escrito.

San Martín también se ocupó de la logística, aunque de manera limitada, asegurando recursos básicos como alimentación, pagos y uniformes para las tropas. La mayor parte de la tropa provenía de sectores populares, principalmente indígenas que, en muchos casos, se unieron al ejército por convicción, en defensa de su tierra y su libertad. Bajo el liderazgo de Bolívar, la organización militar adquirió una estructura más sólida y eficiente. Bolívar entendió la importancia de una logística más organizada y contó con mayor experiencia en campañas prolongadas, lo que le permitió mejorar la forma en que se abastecía y sostenía al ejército en el campo de batalla. Aunque el sustento de las tropas en el campo era difícil y muchas veces dependía del apoyo local y de la expropiación de recursos en las zonas por las que pasaban. Además, su enfoque en la unidad y en una visión continental fue clave para mantener la moral de las tropas y reforzar su disciplina.

Pregunta 7 AAHM: Estamos conmemorando el bicentenario de las batallas de Junín y Ayacucho. Antes se celebraba o conmemoraba la independencia de 1821, pero ahora los pueblos conmemoran la consolidación de la independencia de 1824. ¿Qué tan relevante es que se conmemore estas fechas cívicas?"

LMM: Creo que es importantísimo, porque en Junín y Ayacucho se sella la independencia. No solo representaron el esfuerzo de nosotros los peruanos, que si bien es cierto fuimos casi el grueso de la tropa y financiaron la etapa final de la campaña independentista americana, sino que también nos conectaron con todos los países que compartieron esta lucha por la independencia, como el actual Ecuador, Colombia, Venezuela, Chile y Bolivia. Estas batallas nos dieron la libertad definitiva, pero también crearon unos vínculos inquebrantables entre estos países, a pesar de las diferencias y guerras que hayamos tenido a lo largo de la historia. Son estas batallas de Junín y Ayacucho las que nos integran como países americanos, pero fundamentalmente tanto los que seguían las ideas sanmartinianas como bolivarianas, las dos grandes figuras de nuestra independencia.

En este bicentenario, creo que también es crucial reivindicar la memoria de muchísimos héroes y, peruanos que combatieron en estas batallas. Muchos de ellos fueron gente del común, que voluntariamente se enroló por la independencia y también personajes que marcaron la vida política del siglo XIX, personajes muy importantes que han combatido y que con orgullo lucían sus condecoraciones de Junín y Ayacucho.

Así que, estas batallas son emblemáticas y además es una oportunidad para recordar algo muy importante: el 28 de julio de 2021 no pudimos celebrar el bicentenario de nuestra independencia debido a la pandemia. Sin embargo, este bicentenario de las batallas de Junín y Ayacucho nos brinda la ocasión para reivindicar ese momento y destacar la importancia que tuvo nuestra independencia.

Estas celebraciones deben ser vistas desde una perspectiva que permita integrar a la sociedad peruana y hacernos ver que somos capaces de lograr acontecimientos, aunque pueden parecer muy difíciles, porque estas batallas nos demostraron que sí se podía derrotar a los españoles, y lo más importante, que la voluntad de los peruanos cuando queremos hacer grandes obras, grandes acontecimientos, lo podemos hacer y que la voluntad de los peruanos por la independencia estuvo siempre presente. Aunque en estas contiendas, si bien se dice que combatieron ejércitos de varios países, es necesario reconocer que el grueso de las tropas, en su mayoría, siempre fue peruana.

Pregunta 8 AAHM: Así como hemos reconocido a los grandes héroes y militares extranjeros, ¿qué personajes netamente peruanos destacaron antes de la llegada de San Martín y Simón Bolívar? Es importante recordar que la independencia no comenzó solo con ellos, sino que tenemos antecedentes protagonizados por figuras peruanas que desempeñaron un papel fundamental en el proceso independentista.

LMM: En la historia de las insurrecciones y levantamientos peruanos, encontramos figuras como Francisco de Zela en Tacna y los hermanos Angulo en el Cusco, entre muchos otros que surgieron ya desde el siglo XVIII. Estos movimientos, protagonizados principalmente por indígenas y mestizos, reflejan cómo la gente común comenzaba a cuestionar la presencia española, impulsada tanto por los abusos como por una necesidad emergente de independencia. Aunque quizás sea exagerado decir que en el siglo XVIII ya existía un claro deseo de independencia, es innegable que se empezaron a manifestar inquietudes significativas.

El malestar social se fue gestando a lo largo de todo el siglo XVIII, alimentado por los excesivos impuestos, los abusos en la venta de productos y otras injusticias. Este descontento culminaría en el siglo XIX con la llegada de la Expedición Libertadora. Esta expedición no fue un hecho aislado, sino que respondió a los esfuerzos de un grupo de peruanos que, desde inicios del siglo XIX, ya estaban organizados en busca de una solución que permitiera la creación de un Estado nacional y la liberarse de los españoles.

Así, insurrecciones como la de los hermanos Angulo y la de Pumacahua en el Cusco, entre otras, fueron preparando el camino hacia 1821 y la llegada de San Martín. Es importante entender que San Martín no vino por simple iniciativa propia, sino porque ya existía un grupo de peruanos organizados y que mantenían comunicación y correspondencia con los bonaerenses, como lo demuestran los documentos de la época. Estos patriotas comprendieron que, mientras quedara presencia o poder español en América, la independencia del continente estaría en constante peligro. Por eso, estos militares y patriotas se dedicaron a organizar la Expedición Libertadora.

Peruanos también participaron en esta expedición, y van a venir en conjunto con la Expedición Libertadora, y así está registrado en numerosos libros. Fue un proyecto multinacional en el que intervinieron varios países con el objetivo común de eliminar cualquier vestigio de autoridad española en América, pues mientras quedara un enclave colonial español, la independencia de los nuevos estados estaría en riesgo.

Por ello, es que deciden definitivamente acabar con la presencia colonial en América, porque era la única forma de garantizar la independencia de todo el continente. Y con las batallas de Junín y Ayacucho se cierra esa etapa y se consolida la independencia americana, ya que, con la Capitulación de Ayacucho, los españoles reconocen su derrota y se retiran, no solo del Perú, sino de toda Sudamérica.

Es importante recordar que, aunque celebramos el 28 de julio con gran patriotismo y alegría, la realidad es que aún quedaron tres años más de guerra, con una presencia española que fue difícil y cruenta, guerra dura, muy cruenta tanto para españoles como para nosotros. Por eso, considero fundamental que celebremos Junín y Ayacucho, ya que ambas batallas no solo consolidaron, sino que pusieron fin a casi 300 años de dominio español en nuestro continente.

El 28 de julio fue una festividad, alegre y festiva porque se proclamó la independencia, pero Junín y Ayacucho merecen ser celebrados también por su importancia de estas batallas en nuestra historia. Además, estas batallas nos muestran como los peruanos de todos los orígenes y que en su mayoría fue gente del pueblo – indígenas, mestizos, afroperuanos, y una oficialidad de origen criollo – engrosaron estos ejércitos, este Ejército Unido Libertador y se unieron para luchar por la independencia. Estas dos batallas demuestran que es posible la unidad cuando el país se enfrenta a grandes desafíos.

Pregunta 9 AAHM: ¿Por qué cree que la historiografía de la época no revalorizó al sector popular? Si bien se ha resaltado a los grandes personajes, no hubo un reconocimiento al sector popular que fue clave para alimentar a los ejércitos y que contribuyó a sostener las rebeliones durante todo el proceso de independencia.
LMM: Lo que menciona es bien importante. Durante mucho tiempo siempre se venía repitiendo la idea de que los ejércitos que lucharon en nuestra independencia eran extranjeros. Puede ser que la oficialidad haya sido multinacional, eso no se puede negar. Sin embargo, si analizamos las listas de revista de esas épocas y revisamos los legajos que se encuentran en los archivos, especialmente de quienes combatieron y luego solicitaron su reconocimiento para ser condecorados, podemos ver que la mayoría fue gente del Ande, peruanos que combatieron desde diversos sectores geográficos del país y de todas las condiciones sociales.

La independencia que tanto nos costó a los peruanos, es testimonio de que estuvimos presentes desde mucho antes de la llegada de San Martín y hasta las batallas de Junín y Ayacucho, donde el grueso de la tropa fue siempre peruano. Y esto está muy bien documentado, especialmente a través de un decreto de Bolívar

que establecía que todas las bajas, tanto colombianas como venezolanas, serían cubiertas por peruanos, y las bajas fueron bastantes.

Por lo tanto, el grueso de la tropa era peruana, mayoritariamente indígena. Está información está registrada en los archivos e incluso en los legajos que se encuentran en el Archivo Central del Ejército, donde hay abundante evidencia que demuestra que casi toda la tropa que luchó por nuestra independencia era peruana.

Pregunta 10 AAHM: ¿Y qué hay de la participación de los afroperuanos? Si bien es cierto que los sectores populares, en su mayoría, estuvo compuesto por todas las castas, la población afroperuana también tuvo una presencia importante. ¿Qué papel desempeñaron ellos en este contexto?
LMM: Los afroperuanos también tuvieron un papel muy importante en nuestra historia. Desde la época colonial, el grueso de la caballería estaba conformada por afroperuanos. ¿Por qué?, porque los indígenas no podían montar a caballo, mientras que los esclavos sí lo hacían. Esto hizo que gran parte de la caballería estuviera siempre conformada por afroperuanos y tuvieron un rol muy importante, sobre todo en la batalla de Junín. Esta batalla, fue una típica batalla de caballería, fue una de las últimas en la historia universal de los ejércitos, la última que se libró únicamente con sables y espadas y a caballo. El grueso de la caballería se conformaba mayoritariamente por afroperuanos y mestizos, también mestizos afroperuanos.

Considero que las batallas de Junín y Ayacucho representan una gran oportunidad para demostrar cómo los peruanos, cuando nuestra patria está en peligro o en proceso de consolidación, siempre hemos estado dispuestos a combatir, vamos a luchar por la libertad. En ambas batallas, el grueso de las tropas estaba formado por peruanos de diversas etnias: indígenas, mestizos, criollos y costeños, todos combatiendo por defender al Perú. En la batalla de Ayacucho, la tropa fue mayoritariamente indígena, ya que fue una batalla típicamente de infantería. Por otro lado, en Junín, que fue una batalla de caballería, encontramos mayor presencia de mestizos y afroperuanos. Aunque la diversidad étnica fue más visible en Ayacucho, ambos acontecimientos son un testimonio de cómo los peruanos se integraron como defensores de nuestra libertad. Esto confirma que estábamos decididos a luchar por nuestra independencia y nunca aceptamos la sumisión.

A lo largo de todo el siglo XIX, hemos tenido múltiples ocasiones en las que se invadió nuestro territorio, y siempre respondimos luchando por nuestra

independencia y libertad. En cada una de estas luchas, hubo una integración multiétnica que jugó un papel decisivo en ese proceso. Todas las etnias que componen la sociedad peruana participaron, y el grueso de la tropa estuvo mayoritariamente compuesto por afroperuanos, indígenas y mestizos. Los registros históricos del siglo XIX, tanto en el Archivo Histórico Militar como en el Archivo Central del Ejército, así como en los libros de la época, que relatan detalladamente cómo se conformaba la tropa y el grueso del Ejército. La caballería estaba formada principalmente por afroperuanos, mientras que la artillería era principalmente mestiza.

Si bien es cierto que no podemos menospreciar el apoyo de países como la actual Argentina, Chile o los pertenecieron a la Gran Colombia, con el tiempo, su participación fue disminuyendo, ya sea por muertes en combate, deserciones o porque sus tropas regresaron a sus países. Por ello, en las batallas de Junín y Ayacucho, la gran mayoría de las tropas era esencialmente peruana.

Pregunta 11 AAHM: Diferentes castas integraron los ejércitos que formaron parte de las tropas del Ejército Unido Libertador. ¿Aparte de esta participación, qué otro rol desempeñó la población peruana dentro de estos ejércitos?
LMM: La participación en los ejércitos durante la lucha por la independencia no se limitó al combate, sino que también hubo un papel fundamental en el abastecimiento de las tropas. Los pueblos que van a proporcionar el alimento, especialmente para los ranchos y en muchos casos también las iglesias donaban el dinero de las limosnas. Y, además, muchos de esos pueblos van a cubrir las bajas con voluntarios que van a ir reclutando de los pueblos.

Un momento trascendental para el Perú fue nuestra independencia, porque unió a todos los sectores sociales, a todas las etnias, a todo el conjunto de lo que conformaba el Perú, bajo un interés común: la independencia, la libertad. Pero hubo sectores que no participaron y se mantuvieron al margen, el sector popular fue el que marcó la pauta con su sacrificio y entrega en la lucha por la independencia.

A menudo se critica que la independencia que fue concedida o que no fue obtenida y otras teorías más, pero en realidad no podemos estereotipar la historia de esa manera. Hubo personas que estaban en contra y no participó, gente que tampoco estuvo en contra, otros que no les interesaba y hubo gente que sí se interesó y esa gente que se interesó es la que ayudó en el proceso de la independencia. Es cierto que vinieron ejércitos de Argentina y Chile, pero estos ejércitos en el lapso de dos años desaparecen porque el grupo de su tropa comienza a desertar. Hay una

masiva deserción, que está bien documentada en la Colección Documental de la Independencia y en libros del siglo XIX, como los de Vicuña Mackenna y Paz Soldán.

Y en esta Colección Documental hay muchísimas memorias, cronologías que cuentan de esa participación espontánea de los pueblos proveyendo alimentos o enviando tropas. Y claro, en algunos casos esta participación fue forzada, en otros fue voluntario, porque no todo fue unánime. Lo importante es que los sectores populares tuvieron una participación intensa, especialmente en las batallas decisivas de Junín y Ayacucho, donde el grueso de la tropa era peruana.

Aunque la oficialidad era multinacional, la mayoría de la tropa eran peruanos, muchos de ellos indígenas, costeños y también hubo gente morena que participó fundamentalmente en la caballería. Entonces, considero que el momento más importante de unidad que ha tenido el Perú es la etapa de la independencia, porque unió a todos los sectores étnicos y les va a dar un común interés que es la libertad, la independencia.

La crítica de que la independencia fue concedida, ignora el hecho de que, aunque vinieron ejércitos extranjeros, no sólo fue para ayudarnos, sino porque también tenían que garantizar su propia independencia. Mientras hubiera presencia española en este continente, su libertad, su independencia estaba en peligro. Por eso vinieron a ayudarnos. Al revisar las listas de revistas de tropas, especialmente para las batallas de Junín y Ayacucho, uno puede ver que la mayoría de los apellidos eran fundamentalmente peruanos, lo que demuestra que la participación fue mayoritariamente nuestra. Además, la deserción entre las tropas, extranjeras fue significativa, ¿por qué?, porque extrañaban sus países, se llamaban sus familias y querían regresar. La campaña ha sido larga, muy larga, entonces ellos querían regresar a sus hogares y por eso es que desertaban. Y esas bajas iban a ser cubiertas con peruanos, cumpliendo un acuerdo firmado entre el gobierno peruano y Bolívar.

Y cuando se revisa también la documentación que está en el Centro de Estudios Histórico Militares y que incluso está en el Archivo del Cuartel General, en los legajos, uno se da cuenta de la gran cantidad de deserción que había, sobre todo entre la tropa que había venido del extranjero. Este aspecto es de suma importancia, porque por primera vez en nuestra historia hay una unidad en la que todos los grupos sociales étnicos se unen por la independencia y fundamentalmente el mayor apoyo logístico y en tropas provino de los sectores populares, eminentemente peruanos.

Pregunta 12 AAHM: ¿Por qué cree usted que la participación de la mujer en el proceso independentista ha sido postergada, y que los estudios recientes, tienden a revalorar esa participación? Si bien antes se mencionaba a las mujeres, se destacaba principalmente su rol como cortesanas, amantes o compañeras, limitándolas a un papel secundario en la historia.

LMM: La Comisión Permanente de Historia del Ejército cumplió un rol muy importante al reivindicar el papel de la mujer, sobre todo en sus publicaciones sobre la guerra con Chile. Antes de que yo trabajara ahí, en los libros que publicaron, ya se reivindicaba el papel de la mujer y eso es muy importante que sea una institución tan vertical y masculinizada. Yo trabajé en el último tomo recién, y creo que ese es el principal aporte de la Comisión: haber rescatado no solo a mujeres olvidadas, sino también a otros personajes olvidados de la historia, aquellos que no formaban parte de la élite o de los altos grados militares. Soldados, tropas, mujeres, como las rabonas, quienes jugaban un papel fundamental. Muchos criticaban a las rabonas, pero sin ellas, el ejército no habría podido funcionar en el siglo XIX, especialmente antes de la guerra con Chile. Ellas eran las encargadas de abastecer a los soldados, y en muchos casos, no solo acompañaban a sus esposos, sino también a sus hijos o hermanos, buscando de alguna forma cómo alimentarlos, porque alguien tenía que cocinarles.

Entonces, ahí está la dualidad entre el hombre y la mujer que la historia oficial ha dejado de lado. La historia tradicional siempre ha valorado la figura masculina, relegando a la mujer a un papel secundario. Pero no debemos olvidar que muchas mujeres desempeñaron roles cruciales, como el espionaje. A pesar de esto, seguimos repitiendo un modelo que parece haber silenciado esta dualidad. Lo interesante es que incluso en libros militares antiguos, de los años 20, ya se reivindicaba el papel de la mujer, especialmente durante el Centenario.

AAHM: Exacto, porque las mujeres también establecieron redes de espionaje, llevando información importante y también en el campo logístico. En esa época, su accionar era sumamente revolucionario, pero muchas veces sus esfuerzos fueron menospreciados por la historia tradicional.

LMM: Sin duda, sin las mujeres no habría habido logística en los ejércitos. Tanto en el ejército realista como en el patriota, las mujeres eran fundamentales. En la guerra con Chile, por ejemplo, hay mucha documentación que muestra a las mujeres marchando con los soldados. Sin ellas, habría habido deserciones masivas, porque ¿quién iba a cocinar para los soldados? También estaban las redes de espionaje, algo crucial tanto en la independencia como en la guerra con Chile. Mujeres que escuchaban a los chilenos o a los españoles y transmitían la

información. Algunos documentos resaltan estos esfuerzos, pero la historia oficial no sé por qué nos ha silenciado en la historia, prefiriendo enfocarse en el hombre como figura central, pero no a la dualidad hombre mujer.

AAHM: También hubo mujeres combatientes. Además de las rabonas y las redes de inteligencia, algunas mujeres tomaron las armas y lucharon junto a los hombres.

LMM: Eso es cierto. Lo vimos no solo en el siglo XIX, sino también se visualiza en la campaña del 41 y durante la guerra antisubversiva, donde muchas mujeres combatieron. Incluso del lado de los terroristas. Las mujeres, históricamente, han sido capaces de dar todo por un ideal, incluso su vida. Muchas de ellas combatieron en la independencia, pero fueron silenciadas o presentadas como simples cortesanas. Pensemos en el caso de Manuela Sáenz, o incluso en las mujeres que estuvieron cerca de San Martín. Actualmente, en el Centro de Estudios Histórico Militares, se ha hecho un trabajo para destacar a estas mujeres, creando una galería muy bonita que resalta a las "Patricias" de la independencia.

Pregunta 13 AAHM: Y, ahora bien, hablando del siglo XX, el Perú ha tenido una serie de gobiernos militares en el cual han tenido cambios, aportes, contribuciones a nivel político, social, económico. ¿Qué tanto considera que estos gobiernos militares han aportado al desarrollo del país?

LMM: Lo que ha ocurrido es que los Estados que hemos tenido han sido débiles, con gobiernos igualmente frágiles. Por eso, la gente no percibe en el poder político esa fortaleza que sí ve en el Ejército, que siempre ha estado al frente de los grandes problemas: en las guerras, por ejemplo, y también en los momentos de crisis económicas. Aunque se puedan criticar los gobiernos militares, fueron ellos los que, en el siglo XX, nos introdujeron en la modernidad.

¿Por qué? Porque gobiernos como el de Benavides le dieron mucha importancia al aspecto social, y también al desarrollo material, construyendo viviendas y esas obras que lograron generar empleo. Estas acciones dinamizaron la base de una sociedad profundamente desigual, permitiendo que las clases más bajas avanzaran, aunque fuese un poco. Este papel, que debió haber sido asumido por los partidos políticos, lo tomaron los militares, quienes llenaron ese vacío dejado por la falta de una estructura política fuerte. No estoy diciendo si esto fue bueno o malo, simplemente fue lo que nos tocó vivir.

Las Fuerzas Armadas permitieron la continuidad de la peruanidad, como bien lo señala Basadre, esto es porque sus fuerzas armadas se encargaron de

mantener la unidad territorial, lo cual fue fundamental en el siglo XIX, tanto en la guerra con Chile como en las guerras fronterizas del siglo XX, especialmente en el norte. Ese vacío de poder político que menciono fue cubierto por las fuerzas armadas, algo que no debería haber sido así. Sin embargo, en su rol, lograron consolidar al país y mover las bases estructurales de una sociedad profundamente desigual, permitiendo que aquellos en las posiciones más bajas pudieran ascender un poco. Si no hubiera sido por los cambios promovidos por los gobiernos de Leguía, Odría o Velasco, es probable que "Sendero Luminoso" hubiera encontrado mayor éxito - sin esos cambios que se producen en la segunda mitad del siglo XX. Las reformas agrarias y sociales, aunque insuficientes, evitaron que el proyecto de Sendero se consolidara en la base social. Estoy especulando, pero creo que esos cambios fueron esenciales para evitar que el país cayera en un conflicto mayor. ¿Por qué?, porque hubiera encontrado apoyo y lo que ellos prometían, ya se había hecho, la reforma agraria, las reformas sociales ya lo habían hecho.

Por eso, insisto en que no es correcto que las fuerzas armadas asumieran roles que deberían pertenecer a los partidos políticos. Sin embargo, ante la ausencia de partidos sólidos y un proyecto nacional coherente, los militares asumieron esos vacíos. Paradójicamente, también fueron ellos los que impulsaron el primer proyecto nacional serio, como los de Odría y Velasco, quienes, aunque criticados y odiados, también realizaron grandes reformas sociales y económicas.

Es por eso que mucha gente se identifica con las fuerzas armadas. Un amigo solía decirme: "¿Qué es el militarismo? Es cuando los civiles se equivocan, meten la pata, el país entra en caos y los militares vienen, dan un golpe y lo arreglan todo". Aunque suene gracioso, al analizarlo seriamente, esa ha sido la realidad del país en el siglo XX. No viviste esa época como la viví yo: cada vez que había una crisis política o económica, se producían golpes de Estado. Estos no surgían porque a algún general se le ocurriera, sino porque grupos políticos los alentaban, haciéndoles creer que eran los salvadores de la patria. Y entonces, los militares tomaban el poder, lo estabilizaban, y luego volvían a convocar elecciones, hasta que nuevamente surgía una crisis y otro golpe ocurría. Así fue la historia del Perú en el siglo XX: alternancia entre golpes militares y gobiernos civiles.

La historia del Ejército es, en gran parte, la historia del Perú. Ha sido una historia marcada por constantes guerras, en los que la participación militar ha sido más decisiva que la de los partidos políticos. La ausencia de partidos fuertes es lo que ha generado el militarismo. Producto del trabajo y en el ejercicio de la investigación uno se da cuenta de la debilidad de la clase política y que en el siglo XX no ha habido

partidos sólidos excepto el APRA, que fue perseguido durante muchísimos años, principalmente por una oligarquía que no quería que llegara al poder.

Entonces, en un país con grandes desigualdades y caos, los militares intervenían, removían un poco las bases estructurales de la sociedad y permitían que las clases más bajas subieran un poco. Esto calmaba la situación, aunque sin resolver los problemas de fondo. Esta es la historia del Perú: conflictos políticos ante la falta de una clase dirigente capaz de generar un proyecto nacional que ofrezca acceso al bienestar general.

Esperemos que en este siglo XXI finalmente se logre construir una república sólida. No podemos seguir repitiendo golpes militares, aunque creo que eso ya no ocurrirá. La educación militar ha cambiado, la mentalidad de los militares también. Ha cambiado completamente. Ahora tienen claro su rol. Dudo que en este siglo XXI volvamos a ver un golpe militar, ya que las circunstancias son otras.

No podemos criticar el pasado. La historia no está para juzgar, ¿para qué sirve la historia?, esta para aprender y evitar repetir los errores que se han cometido desde siempre, desde que somos una república. La historia te enseña a pensar y a discutir toda tu realidad histórica. Es tiempo de pensar en la necesidad de construir partidos políticos sólidos, capaces de gobernar este país de manera eficiente. Y creo que las fuerzas armadas son conscientes de esto; saben cuál es su rol histórico y su rol político dentro de la sociedad peruana: defender la soberanía nacional, defender las fronteras y contribuir al desarrollo del país.

Sin embargo, para que realmente logremos consolidar un país fuerte, necesitamos más que ejércitos o grandes monumentos. Necesitamos un proyecto nacional, no sé si el Congreso estará en la capacidad de elaborar ese proyecto nacional, que integre a todos los peruanos, que nos una como nación. Esto no debería ser responsabilidad de las fuerzas armadas, sino de los partidos políticos.

Pregunta 14 AAHM: Licenciada, ya para concluir con esta entrevista, ¿por qué es importante estudiar la historia militar? ¿Qué retos se enfrenta actualmente a la historia militar?

LMM: La historia militar ha estado íntimamente ligada a la historia nacional desde que el Perú se convirtió en república. Creo que la historia militar es una rama fundamental de la historia general, al igual que la historia política o económica. Sin embargo, la historia militar tiene un componente económico, social y político bastante significativo hoy en día.

Hay un detalle bien interesante. Cuando uno trabaja en la historia militar, se da cuenta que hay varios momentos clave, y estos están, en su mayoría, marcados por las guerras. Es notorio que las grandes transformaciones, los grandes cambios, siempre han sido consecuencia de conflictos bélicos y de una forma u otra, estas guerras siempre han dividido o unido al país.

Estudiar la historia militar nos permite reconstruir la historia real de cómo ha sido el Perú, ya que los gobiernos militares han tenido un rol crucial en momentos decisivos para el país. Este es uno de los dilemas del Perú, y para entenderlo debemos estudiar su historia, observando la debilidad política de muchos gobiernos a lo largo del tiempo. En los libros de historia que hemos trabajado en la Comisión, encontramos aspectos muy interesantes sobre lo militar, que nos ayudan a comprender mejor esta parte esencial de nuestra historia.



Napoleón cruzando los Alpes

Óleo de Jacques-Louis David (1811)
Palacio de Charlottenburg, Berlín, Alemania

Abstract

After the end of the so-called Napoleonic wars in Europe, a series of veteran combatants from the Old Continent arrived in Latin America with the purpose of participating in the different independence conflagrations that were taking place. This essay will seek to show the crucial nature of the participation of those Napoleonic soldiers, a name given by the Franco-Chilean historian Patrick Puigmal, which finally allowed the victory of the incipient patriotic revolutionary armies against the experienced royalist forces. To do this, the first part will expose the various and unsuccessful attempts at independence of Peru by insurgents who failed in their purposes. Then, as the second part, the relevance of what the Napoleonic wars meant in the way of waging war at that time will be shown.

In the first part, there will be a brief presentation of the different rebellions that arose with their respective armies in the viceroyalty of Peru from 1811 to 1815. Then, the significance of the Napoleonic wars in the way of waging war and in the military world in general. As a third part, the victorious independence armies of South America will be addressed through the two main heads who led them and the Napoleonic characters who integrated them. Finally, a final reflection will be expressed as conclusive ideas.

Keywords: Napoleonic military – Napoleonic Wars – Spanish American Wars of Independence

Introducción

Cuando se estudia la etapa histórica denominada como la *guerra de independencia hispanoamericana* (Lempériere, 2004; Canal y Gonzales, 2012; López Fernández, 2018; Pérez Vejo, 2022), se puede observar que, en América del Sur, el último dominio español en obtener su emancipación fue el entonces Virreinato del Perú. Eso, sin embargo, no significó que no hubiesen existido en este territorio, sobre todo a partir del siglo XIX, reiterados intentos por parte de rebeldes patriotas, de lograr la ansiada autonomía nacional. Todos ellos, formaron rudimentarios ejércitos a la usanza de la época que, sin embargo, fracasaron en su intento de vencer militarmente a las experimentadas fuerzas realistas. Se tuvo que esperar la llegada de ejércitos regulares desde el exterior hasta en dos ocasiones y en momentos distintos, para lograr la independencia del Perú. Aquellas fuerzas conocidas como *Expediciones Libertadoras* -del sur primero y del norte después- pudieron hacer frente al Ejército Real del Perú o Ejército Nacional[1], consiguiendo finalmente el objetivo supremo de la libertad.

El presente trabajo intenta responder a la pregunta ¿Por qué los ejércitos de las denominadas Corrientes Libertadores pudieron hacer frente de manera parcial o totalmente exitosa al ejército realista en el Perú, cuestión esquiva a los ejércitos insurgentes peruanos de la segunda década del siglo XIX? La hipótesis que se plantea es que la figura estelar que se integraría a estos ejércitos extranjeros y diferenciará su accionar en lo castrense serían los denominados Militares Napoleónicos (Puigmal, 2019). Para mostrar ello, se desarrollará el ensayo en una estructura que contará con tres partes.

En la primera parte, se hará una breve exposición de las distintas rebeliones que surgieron con sus respectivos ejércitos en el virreinato del Perú de 1811 a 1815. Luego, se mostrará la trascendencia de las guerras napoleónicas en el mundo militar. Como tercera parte, se abordará los ejércitos independentistas victoriosos de Sudamérica a través de las cabezas que los lideraron y los personajes napoleónicos que los integraron. Finalmente se expresará una reflexión final a manera de ideas conclusivas.

1 "...el virrey La Serna, en un exceso de confianza, llamó a sus fuerzas Ejército Nacional, porque consideraba que las fuerzas patriotas estaban conformadas por extranjeros rebeldes que no pertenecían al dominio del virreinato peruano" (CPHEP, 2001 p. 144)

Las rebeliones y sus ejércitos insurgentes en el virreinato del Perú 1811-1815

Durante la etapa del Virrey José Fernando de Abascal en el Perú, producto del contexto político militar que se vivía en el Reino de España y sus dominios, surgieron una seguidilla de insurrecciones armadas desde 1811 hasta 1815 en diversas partes del territorio nacional, todas lideradas por criollos junto a comandantes indígenas que por lo general se trataban de curacas o caciques, quienes aportaban por su ascendiente social en la población originaria, la masa necesaria para esas fuerzas.

A la primera de estas rebeliones criollas surgida en la ciudad de Tacna se le conoció como "el primer grito de libertad". Su líder sería el limeño Francisco Antonio de Zela y Arizaga, hijo de peninsular, quien era "ensayador y jefe de gravámenes de la oficina de verificaciones de la ciudad" (Fisher, 1982 p.130). Lo acompañaron en su acción "un numeroso grupo de criollos, mestizos, zambos, mulatos e indígenas, entre ellos el cacique de Tacna, Toribio Ara, junto a su hijo José Rosa Ara y el cacique de Tarata y Putina, Ramón Copaja" (Álvarez, 2022 p.49). Zela se proclamaría como "comandante de las milicias de América" (Cavagnaro, 2011 p.190) y organizaría y equiparía una fuerza que tuvo como oficiales a ciudadanos con nula experiencia en lo castrense. La rebelión terminaría tan solo cuatro días después de iniciada, al momento de llegar la funesta noticia de la derrota en la batalla de Huaqui, Alto Perú, del ejército patriota rioplatense de Gonzales de Balcarce y Castelli, sin el cual, la insurgencia de Zela no tenía posibilidad alguna de victoria frente a los realistas que llegarían pronto a Tacna.

Al año siguiente, ocurriría una nueva rebelión, esta vez en la ciudad de Huánuco. Similar a la de Tacna, estuvo liderada por un criollo, Juan José Crespo y Castillo y un curaca local como comandante de tropas, Norberto Haro. Lo acompañaran un buen número de autoridades indígenas y varios notables criollos huanuqueños como el clérigo de la Orden de San Agustín Marcos Durán Martel, quienes al igual que en el ejército insurgente de Zela, ocuparían los cargos de oficialidad sin conocer sobre los menesteres de la guerra. Crespo, quien ocupaba un cargo público en Huánuco, fue designado como "General Jefe Político y Militar de la Revolución" (Bazán, 2020 p.156) contando con un numeroso ejército debido al apoyo de las comunidades indígenas de la región. Sin embargo, dicha fuerza como cuerpo militar regular estaba poco o nada organizada e instruida, y, además, no contaba con armas, por lo que fue fácilmente derrotado por una fuerza realista de "600 infantes armados de fusil, 150 lanzas, 100 de caballería con pistola y espadas; 4 cañones de montaña y las correspondientes municiones" (Fernández, 1938 p.17).

En 1813, volvería a ocurrir en Tacna una nueva rebelión, esta vez liderada por Enrique Pallardelli. Según Choque (2021) esta insurgencia "difiere de la de Zela, debido a su carácter separatista, anticolonial; su misión era destruir el sistema colonial español" (p.38). A diferencia de los líderes de las rebeliones anteriores, Pallardelli era un hombre oriundo de Francia que había servido a la corona española, por lo que tenía conocimientos militares previos. Contaba además con ocasionales contactos a través de su hermano Juan Francisco con la llamada segunda expedición auxiliadora del Alto Perú del general rioplatense Manuel Belgrano, quien debía cruzar este territorio para auxiliar a sus fuerzas. El ejército organizado por Pallardelli con aproximadamente 400 hombres, fue vencido en Camiara, Tacna por las más numerosas y mejor equipadas tropas realistas "al mando del coronel José García de Santiago, experto militar que había luchado a las órdenes de Goyeneche en el Alto Perú" (Benito, 1998 p.98). Esta derrota aunada al fracaso del ejército de Belgrano en la pampa de Vilcapugio, daría fin a esta rebelión.

Pero quizá la más importante de todas estas rebeliones de la segunda década del siglo XIX en el Perú, habría sido la que se originaría en el Cusco en 1814. Para Urbano (2015) "constituye uno de los sucesos de mayor significación en el derrotero de la independencia nacional...remeció los cimentos de la estructura virreinal" (p. 09). Esta revolución fue liderada por los hermanos Angulo, José, Vicente y Mariano, cuyo principal comandante fue el Cacique de Chincheros, el veterano Brigadier Mateo García Pumacahua quien rondaba por los 80 años. La experiencia y sagacidad militar de Pumacahua eran incuestionables, así como su ascendiente sobre las comunidades indígenas, lo que permitió a los insurgentes, contar con una numerosa fuerza militar. José Angulo sería nombrado como "capitán general de las armas de la patria de las provincias de Cuzco, Puno, Guamanga y La Paz"[2] y se organizaría un ejército con las características modernas de la época, es decir con una estructura en base a divisiones. Tal como menciona Urbano (2015) "se organizaron tres expediciones militares que desde el Cusco partieron hacia las provincias circundantes del sur andino y el Alto Perú, quebrantando la estabilidad del régimen colonial" (p.19). Cada división contaba con un líder militar y su Estado Mayor, oficialidad en el nivel táctico, armamento mayor y menor limitado, una zona de responsabilidad a cargo y simbología castrense, es decir, bandera y estandartes. Asimismo, según refieren las fuentes primarias, el capitán general José Angulo se encargaba de dictar disposiciones desde su Comandancia General a sus jefes divisionarios priorizando la instrucción militar de las tropas y el auxilio

2 https://investigacion-lineasdetiempo.pucp.edu.pe/2021/10/rebelion-del-cuzco-1814/

económico necesario. Lamentablemente, pese a la buena organización y liderazgo en los diferentes niveles, las fuerzas realistas obtuvieron la victoria en casi todas las batallas que se dieron en el territorio sur andino. El responsable de ello fue el general realista Juan Ramírez, brillante estratega y líder militar, quien recupero Arequipa y Cusco mediante contundentes maniobras ofensivas que "provocó la dispersión total de los peruanos que fueron derrotados por fallas tácticas en el comando" (CPHEP, 2001 p. 91). Tal como menciona la Comisión Permanente de Historia del Ejército (2001) en su obra "con esta derrota fracasó este intento de independencia autónoma, teniendo que recurrir más tarde a corrientes extranjeras, con lo que cambió nuestra historia" (p. 91)

Las guerras napoleónicas y su impacto en el campo militar global

Para muchos estudiosos histórico militares, las guerras napoleónicas significaron un antes y un después en la forma de hacer la guerra (Bástico, 1932; Accame, 1942; Paret, 1992; De Montoto, 2016; Sicilia, 2016; Mikaberidze, 2022; Bar Shuali, 2022). Fueron, por tanto, tal como lo consideró Paret (1992) una "Revolución en la guerra", dada las distintas transformaciones que se dieron en estructura y operatividad en los ejércitos. Serían siete en total estas conflagraciones europeas que enfrentaron a Francia contra coaliciones militares de distintos países del viejo continente y duraron de 1792 a 1815. El gran genio militar por el cual llevan su denominación dichas guerras, se llamó Napoleón Bonaparte, un corso que adopto la patria francesa como suya y quien "integra en la actualidad la lista de los más grandes líderes militares de todos los tiempos" (Castro, 2024 p.59). Este general había sido desde muy joven un oficial "ávido lector de tratadistas militares" (Accame, 1942 p. 50), tales como Polibio, Cayo Julio Cesar, Maquiavelo, Raimondo Montecuccoli, Mauricio de Sajonia, Federico II de Prusia, el conde de Guibert, las ordenanzas de Carlos III, entre otros más (Pérez Jurado, 1989 p.44). Surgido en la vorágine de caos y anarquía política-social ocurrida en Francia tras la revolución, Napoleón más que un doctrinario innovador, "tomó prestados los conocimientos de anteriores teóricos y mandos y los elevó a una nueva dimensión" (Sicilia, 2016 p. 93)

El legado universal que dejaría Napoleón y sus fuerzas en cuestiones bélicas, perduraría largo tiempo. Para Javed y Sultan (2012) "During his contemporary period and for more than a century to come, military theory and practice were measured against his standards and related to his concepts of war making" [Durante su período contemporáneo y durante más de un siglo después, la teoría y la práctica militar se midieron según sus estándares y se les relacionó con sus conceptos de hacer la guerra] (p.01) Uno de los principales cambios fue por

ejemplo el consolidar "la división del ejército en unidades autosuficientes" (Paret, 1992 p.139), otorgando una velocidad inusitada a la maniobra en las campañas militares. Los llamados *Le corps d'armée* sería para el ejército imperial napoleónico "factor clave de sus grandes victorias" (Sicilia, 2016 p. 82) y darían inicio al nivel operacional en la estructura de las fuerzas militares.

El final de aquella aparente imbatible máquina de guerra, se produciría en el año 1815, luego de su derrota en la Batalla de Waterloo, por parte de un ejército multinacional liderado por el mariscal Arthur Wellesley o Duque de Wellington, un aplicado general británico quien previamente "se había convencido la urgencia del estudio detallado del ejército napoleónico" (Mukerji, 1903 p. 159). Sin embargo, los efectos que se habían generado producto del impacto de aquel largo periodo de conflagraciones, no solo repercutirían en Europa, sino que alcanzarían al resto de continentes, sobre todo, a los dominios de ultramar españoles, siendo los territorios hispanoamericanos los de mayor significación.

Las guerras napoleónicas y los militares napoleónicos

Como parte de su política de expansión y conquista, el año de 1808, Napoleón decide invadir el Reino de España, hasta ese momento fiel aliado con el que tenía una escuadra combinada que todavía se hallaba en operaciones contra la flota británica. Tras contar con fuerzas en distintos puntos estratégicos del territorio peninsular, el 06 de mayo de 1808, Bonaparte obliga a reunirse en la comuna francesa de Bayona, a los reyes Borbones, padre e hijo, quienes ya venían enfrentados por el poder, para que se produjera:

> un traspaso de soberanía: de Fernando VII a Carlos IV, de este a Napoleón, quien cedió la corona española a su hermano José, quien, a su vez, quedaría legitimado por una asamblea de notables españoles que se reuniría en Bayona y corroboraría una carta constitucional (Aquillué, 2021 p.30)

Consumado el hecho, este generará una oleada de violentas protestas contra el nuevo soberano por parte de casi todo el pueblo español, desconociéndolo y buscando la manera de derrocarlo a través de las armas. Pronto, la insurrección se generalizaría, y ante lo que los ciudadanos peninsulares consideraron un vacío de poder emergería el fenómeno llamado *juntismo* que se trató de la conformación por parte de la población organizada de "nuevos organismos en todas las provincias españolas frente al ejército de ocupación asumiendo el ejercicio de la soberanía de hecho" (Moliner, 2007 p. 65). Aquellos organismos fueron las *Juntas de Gobierno*

económico necesario. Lamentablemente, pese a la buena organización y liderazgo en los diferentes niveles, las fuerzas realistas obtuvieron la victoria en casi todas las batallas que se dieron en el territorio sur andino. El responsable de ello fue el general realista Juan Ramírez, brillante estratega y líder militar, quien recupero Arequipa y Cusco mediante contundentes maniobras ofensivas que "provocó la dispersión total de los peruanos que fueron derrotados por fallas tácticas en el comando" (CPHEP, 2001 p. 91). Tal como menciona la Comisión Permanente de Historia del Ejército (2001) en su obra "con esta derrota fracasó este intento de independencia autónoma, teniendo que recurrir más tarde a corrientes extranjeras, con lo que cambió nuestra historia" (p. 91)

Las guerras napoleónicas y su impacto en el campo militar global

Para muchos estudiosos histórico militares, las guerras napoleónicas significaron un antes y un después en la forma de hacer la guerra (Bástico, 1932; Accame, 1942; Paret, 1992; De Montoto, 2016; Sicilia, 2016; Mikaberidze, 2022; Bar Shuali, 2022). Fueron, por tanto, tal como lo consideró Paret (1992) una "Revolución en la guerra", dada las distintas transformaciones que se dieron en estructura y operatividad en los ejércitos. Serían siete en total estas conflagraciones europeas que enfrentaron a Francia contra coaliciones militares de distintos países del viejo continente y duraron de 1792 a 1815. El gran genio militar por el cual llevan su denominación dichas guerras, se llamó Napoleón Bonaparte, un corso que adopto la patria francesa como suya y quien "integra en la actualidad la lista de los más grandes líderes militares de todos los tiempos" (Castro, 2024 p.59). Este general había sido desde muy joven un oficial "ávido lector de tratadistas militares" (Accame, 1942 p. 50), tales como Polibio, Cayo Julio Cesar, Maquiavelo, Raimondo Montecuccoli, Mauricio de Sajonia, Federico II de Prusia, el conde de Guibert, las ordenanzas de Carlos III, entre otros más (Pérez Jurado, 1989 p.44). Surgido en la vorágine de caos y anarquía política-social ocurrida en Francia tras la revolución, Napoleón más que un doctrinario innovador, "tomó prestados los conocimientos de anteriores teóricos y mandos y los elevó a una nueva dimensión" (Sicilia, 2016 p. 93)

El legado universal que dejaría Napoleón y sus fuerzas en cuestiones bélicas, perduraría largo tiempo. Para Javed y Sultan (2012) "During his contemporary period and for more than a century to come, military theory and practice were measured against his standards and related to his concepts of war making" [Durante su período contemporáneo y durante más de un siglo después, la teoría y la práctica militar se midieron según sus estándares y se les relacionó con sus conceptos de hacer la guerra] (p.01) Uno de los principales cambios fue por

ejemplo el consolidar "la división del ejército en unidades autosuficientes" (Paret, 1992 p.139), otorgando una velocidad inusitada a la maniobra en las campañas militares. Los llamados *Le corps d'armée* sería para el ejército imperial napoleónico "factor clave de sus grandes victorias" (Sicilia, 2016 p. 82) y darían inicio al nivel operacional en la estructura de las fuerzas militares.

El final de aquella aparente imbatible máquina de guerra, se produciría en el año 1815, luego de su derrota en la Batalla de Waterloo, por parte de un ejército multinacional liderado por el mariscal Arthur Wellesley o Duque de Wellington, un aplicado general británico quien previamente "se había convencido la urgencia del estudio detallado del ejército napoleónico" (Mukerji, 1903 p. 159). Sin embargo, los efectos que se habían generado producto del impacto de aquel largo periodo de conflagraciones, no solo repercutirían en Europa, sino que alcanzarían al resto de continentes, sobre todo, a los dominios de ultramar españoles, siendo los territorios hispanoamericanos los de mayor significación.

Las guerras napoleónicas y los militares napoleónicos

Como parte de su política de expansión y conquista, el año de 1808, Napoleón decide invadir el Reino de España, hasta ese momento fiel aliado con el que tenía una escuadra combinada que todavía se hallaba en operaciones contra la flota británica. Tras contar con fuerzas en distintos puntos estratégicos del territorio peninsular, el 06 de mayo de 1808, Bonaparte obliga a reunirse en la comuna francesa de Bayona, a los reyes Borbones, padre e hijo, quienes ya venían enfrentados por el poder, para que se produjera:

> un traspaso de soberanía: de Fernando VII a Carlos IV, de este a Napoleón, quien cedió la corona española a su hermano José, quien, a su vez, quedaría legitimado por una asamblea de notables españoles que se reuniría en Bayona y corroboraría una carta constitucional (Aquillué, 2021 p.30)

Consumado el hecho, este generará una oleada de violentas protestas contra el nuevo soberano por parte de casi todo el pueblo español, desconociéndolo y buscando la manera de derrocarlo a través de las armas. Pronto, la insurrección se generalizaría, y ante lo que los ciudadanos peninsulares consideraron un vacío de poder emergería el fenómeno llamado *juntismo* que se trató de la conformación por parte de la población organizada de "nuevos organismos en todas las provincias españolas frente al ejército de ocupación asumiendo el ejercicio de la soberanía de hecho" (Moliner, 2007 p. 65). Aquellos organismos fueron las *Juntas de Gobierno*

que darían paso posteriormente a "una Junta Central el 25 de septiembre de 1808, formada con los delegados de las 18 Juntas supremas provinciales establecidas" (Moliner, 2007 p. 67). Una brillante síntesis de los hechos sucedidos y los que vendrán casi inmediatamente lo da Fernández (2018):

> La situación de conflicto que vivía España en el año 1808 llevó a la configuración de tres Españas diferenciadas. Por un lado, la España de José Bonaparte, enfrentada, a su vez, a la segunda, la España insurrecta. Por último, la España de los dominios americanos, que vivieron su propia convulsa realidad en aquellos difíciles años de principios del siglo XIX (p.49)

Y es que las Juntas de Gobierno muy pronto se comenzaron a replicar en los dominios de ultramar americanos de España, siendo la primera en aparecer en Hispanoamérica la de Montevideo en 1808. Y si bien, esta y varias más, nacieron bajo la orientación de fidelidad a la Corona española, en "el transcurso del desarrollo de la crisis hispánica iniciada en 1808, y del desenvolvimiento de los brotes autonomistas de 1809 y 1810, fue incubándose la idea del separatismo" (Peralta, 2013 p.14). Aquellos estamentos políticos surgidos del mismo núcleo popular, serían el germen de la "revolución hispánica" (Contreras y Glave, 2015 p.10) liderada por liberales en la Península y criollos en esta región, iniciándose aquí la formación de ejércitos patriotas que se enfrentarían a los realistas y cuyo colofón sería la independencia continental.

Unos años después se producirán dos hechos de manera simultánea. Por un lado, tal como lo explica Piqueras (2008):

> Los oficiales americanos del ejército español que han combatido a los franceses y que en 1810-1811 regresan sus lugares de origen -San Martín, Carlos María de Alvear, José Miguel Carrera-, han sido testigos de la revuelta popular, del movimiento juntista, de las luchas en el seno de estas y en la Junta Central, de la descomposición del Estado a partir de 1808 y de las enormes dificultades que comportaba su reedificación. A su modo, estos "regresados" aspiraron a trasladar a sus patrias de nacimiento el espíritu de la revolución española... (p.52)

De igual forma, tras la firma de acuerdos del Congreso de Viena en 1815 entre el nuevo concierto de potencias victoriosas, vendría en Europa un periodo de aparente paz y estabilidad, lo que dejo una considerable cantidad de veteranos combatientes de las guerras napoleónicas sin empleo. Esta situación dio paso a lo que el historiador francés Thierry Lentz denomino como "una especie de diáspora

napoleónica"[3] siendo el destino principal -mas no el único- de aquellos hombres de armas nacidos en la Europa del siglo XVIII, el continente americano. La gran mayoría de estos aventureros decidirían por diversas causas, el integrar los ejércitos independentistas hispanoamericanos.

Para con unos y con otros, regresados o aventureros, resulta clave abordar la labor que cumplieron en lo que serían los aún bisoños ejércitos insurgentes hispanoamericanos que, tras la obtención de importantes victorias militares y el consecuente logro de sus objetivos, pasarían a ser en sus respectivos territorios, los ejércitos nacionales de los nuevos estados latinoamericanos. Para Puigmal (2019), la influencia y participación de estos hombres entre 1805 y 1835 no solo se daría en el campo militar durante las guerras de independencia, sino también en el campo político a lo largo de la etapa posterior "de luchas internas para determinar qué modelo de sociedad se tenía que desarrollar" (p.18). Es justamente este autor franco-chileno quien utiliza la denominación de *militar napoleónico*, para designar a "un militar que ha combatido en los ejércitos del imperio napoleónico. No conlleva por lo tanto ninguna connotación política menos nacional por estar este ejército compuesto por una multitud de países, regiones e identidades, todos integrados en este marco político-territorial" (Puigmal, 2019 p.58). Para efectos de una mejor comprensión sobre el tema en cuestión de este ensayo, ceñido a un enfoque histórico de la guerra, nos permitiremos ampliar la denominación de *militar napoleónico* no solo a los oficiales y soldados que combatieron bajo la bandera del ejército imperial francés, sino a todo veterano que participó en estas guerras, sea cual fuese la fuerza que integrase y al margen de que fuese aliada o adversaria a los intereses franceses. Esto resulta necesario, ya que hay que tener en cuenta que "hacia 1820 cualquier soldado europeo venía de participar en las Guerras Napoleónicas, ya fuera a favor o en contra del Emperador..." (Cañas, 2022 p.17).

La influencia de los militares napoleónicos en la guerra de independencia hispanoamericana

La numerosa llegada de militares napoleónicos durante y después de las guerras en Europa y su preeminencia en lo castrense, facilitaron su completa integración en los ejércitos independentistas. Una buena cantidad llegarían entre 1812 y 1813 (Puigmal, 2019 p.60) y otra, a partir de 1816, tras haber finalizado las conflagraciones europeas y pese a las restricciones en algunos casos como el de Gran Bretaña y su Foreign Enlistment Bill de 1819 que prohibía tajantemente el alistamiento de súbditos británicos por parte de los insurgentes.

3https://www.rfi.fr/es/am%C3%A9ricas/20210317-los-soldados-de-napole%C3%B3n-que-lucharon-por-la-independencia-latinoamericana

Si bien los dos frentes en guerra en la región, realistas y patriotas, contaron con estos veteranos de combate en sus filas, en los distintos niveles de comando, sería el lado de los revolucionarios o independentistas el que mayor provecho sacaría de ello, pues muchos de esos hombres serían designados en puestos claves con la finalidad de potenciar las capacidades de aquellas fuerzas. Su labor se podría considerar como esencial principalmente en tres aristas:

- Estructura:
  - Asesorando en la organización y composición de las fuerzas.
  - Colaborando en el cumplimiento exitoso de las funciones logísticas.

- Instrucción:
  - Revisando y difundiendo los adelantos teórico-doctrinarios.
  - Preparando a las tropas en el uso adecuado de las armas.
  - Preparando a las tropas en maniobras y desplazamientos.
  - Vertiendo su experiencia a la oficialidad más joven e inexperta.

- Operatividad:
  - Encabezando las operaciones ya sea en los desplazamientos o en el mismo campo de batalla, buscando afirmar la moral, seguridad y confianza de sus tropas.
  - Asesorando a los líderes estratégicos de manera directa o integrando los Estados Mayores para la toma de decisiones.
  - Comandando las tropas de manera directa, tomando las decisiones operativas cuando se requería en los distintos niveles.

Bastaría nombrar solo a los dos más importantes líderes político-militares patriotas en la región: José de San Martín y Matorras y Simón Bolívar Ponte y Palacios Blanco, cada uno cabeza de las dos exitosas corrientes o expediciones libertadoras que vencieron a ejércitos realistas coronando así la independencia continental. Ambos, aunque de distinta manera, tuvieron la influencia de las guerras napoleónicas, ya que fueron observadores directos de lo que sucedía en Europa y sus campos de batalla en dicha etapa histórica. La ideología y el pensamiento militar de cada uno, producto de sus experiencias y conocimientos en sus años de residencia en el Viejo Continente, serían el sello particular impregnado en los ejércitos que ambos formaron y con los cuales obtuvieron grandes victorias logrando primero la independencia de sus respectivas patrias y al final, la del virreinato del Perú.

El pensamiento militar sanmartiniano y el Ejército Libertador del Sur del continente sudamericano

José de San Martín y Matorras fue un criollo nacido en Yapeyú, actual provincia de Corrientes, el 25 de febrero de 1778. Sus padres fueron el capitán gobernador Juan de San Martín y Gómez y Gregoria Matorras y del Ser, quienes decidieron partir rumbo a España a fines de 1783, con la finalidad de forjar un mejor futuro en la Península. Es allí donde José siendo muy joven decide integrarse al ejército de la Corona, cumpliendo una brillante carrera a lo largo de veinte y dos años según se puede apreciar en su foja de servicio. En su dilatada trayectoria militar bajo la bandera del Reino de España, resalta su incorporación al Regimiento "Caballería de Borbón" del general Francisco Javier Castaños, puesto que:

> motivaría el resto de la vida militar de San Martín. En primer lugar, porque llegaría a dominar la táctica y estrategia del arma de caballería, que le sería muy útil para sus campañas americanas; y, en segundo lugar, porque se consolidaría como excelente organizador y guerrero (De la Vega p.63)

Combatiría en distintas conflagraciones de la época, llegando a participar en la llamada Guerra de la Independencia española, tras la ya mencionada invasión francesa del territorio hispano. En ese contexto, estará presente en las batallas de Bailén y La Albuera, siendo en la primera, condecorado con la "Medalla de oro de Bailén" y ascendido al grado máximo que ostentaría en este ejército, el de teniente coronel (De la Vega, 1998 p.64). Aquella histórica batalla ha trascendido en el tiempo por ser conocida en el contexto de las guerras napoleónicas como el "comienzo de la puesta en duda de la aparente imbatibilidad del ejército imperial francés" (Canal de Historia, 2009 p.110)

Tras optar por el retiro y retornar a su "país nativo"[4], San Martín se incorporará a las fuerzas patriotas siendo parte de la organización de los nuevos ejércitos independentistas que combatirán por la autonomía sudamericana. En lo que respecta al plano doctrinario militar, el continente vivía bajo constantes cambios desde los inicios del siglo XIX, producto del efecto que significaron las reformas militares borbónicas y las recientes innovaciones napoleónicas. Tal como refiere Rabinovich (2013):

4 Denominación dada por San Martín en diversas epístolas al territorio donde nació (Mayochi, s.f.)

hacía medio siglo que los reglamentos españoles venían copiando el modelo de organización militar francés, fenómeno que se universalizó luego de los éxitos de Napoleón. De modo que los ejércitos rioplatenses incorporaron a su estructura una mezcla de elementos provenientes de la tradición militar hispánica y de las últimas novedades de las fuerzas europeas (p.21)

Un tiempo después, ya asentado como uno de los principales jefes militares de su nación, solicitó el cargo de gobernador de la Intendencia de Cuyo para comenzar con la puesta en ejecución de su "Plan Continental". San Martín supervisaría personalmente de forma minuciosa la organización, instrucción y preparación de la fuerza que pasaría a ser conocida en la historia como el "Ejército de los Andes". Uno de sus subordinados lo describe así: "El general San Martin era de una inteligencia perspicaz, discreta y privilegiada. Como militar, era tan diestro como experimentado en el servicio de campaña; estratégico como pocos; matemático hasta para las trivialidades; y previsor sin igual" (Espejo, 1882 p. 41)

Tras establecer un campamento militar en la zona de El Plumerillo, durante dos años, 1814 y 1815, se dedicó de lleno a convertir a su ejército en uno "no igualado por ningún ejército americano" (Ornstein, 1958 p.63). Él, al igual que Napoleón Bonaparte, fue un ávido lector de teóricos militares, "estudió y analizó la obra de los grandes capitanes de la historia, teniendo a lo largo de su vida una marcada tendencia hacia los estudios históricos" (Mitre, 1887 p. 102). Es por ello que en el Ejército de Los Andes "la instrucción de oficiales y suboficiales era impartida en forma intensa durante la noche y controlada por el mismo San Martín" (Ornstein, 1958 p.63).

Buscó, además, innovar algunas cuestiones producto de su experiencia europea, como, por ejemplo, otorgarle a la caballería patriota rioplatense una lanza, arma que había sido rechazada por estos hasta antes de su llegada (Soria, 2017). De igual manera, "propuso la formación de una compañía de zapadores, por considerar que su empleo era indispensable en ese terreno" (Ornstein, 1958 p.61), pedido que finalmente no prosperó. Es muy probable, que dos de las formas de lucha complementarias a su ejército y que supo desplegar magistralmente, también hayan sido producto de su experiencia como militar napoleónico. Nos referimos a las conocidas "Guerra de Zapa" y "Guerra de Guerrillas". A la primera, se le podría denominar como la utilización de la inteligencia y las operaciones psicológicas previo al despliegue operativo del ejército, contando para ello con una serie de agentes que cumplieron una labor vital en la consecución de sus propósitos. El objetivo ya desde Mendoza no solo fue Chile, era, sobre todo, el Perú, obteniendo a través de esos agentes "información muy valiosa sobre los más variables aspectos

de la administración y de la población del Virreinato" (López, 2021 p.172). Pero también, estos mismos, desarrollaron una labor de desestabilización interna en los dominios realistas, buscando ganar adeptos a la causa patriota y desinformando a los mandos del ejército enemigo. Tal como describiría el general realista Rafael Maroto "El insurgente San Martín con falsas llamadas, cartas estudiadas y otras tramoyas trastornó los planes encaminados a defender de una invasión la Capitanía... " (Pavón Pereyra, 1954 p. 275)

En lo referido a la segunda, se debe resaltar la formación de guerrillas desde un comienzo y a través de todo el proceso de lucha dirigido por San Martín en los territorios que independizó. Esta forma de combatir había sido aplicada exitosamente por los españoles como parte de una guerra de montaña[5] durante la invasión francesa en las guerras napoleónicas, por lo que San Martín decidió utilizarla en la guerra por la independencia hispanoamericana. Algunos especialistas consideraron al guerrillero como "el elemento humano más definitorio de la guerra de liberación española...que desestabilizó los planes franceses y favoreció la acción de los Ejércitos aliados..." (Martínez, 1995 p.81). Con las guerrillas, el general rioplatense no solo obtuvo el hostigamiento necesario para desgastar al enemigo, sino también, inteligencia de combate. En el caso del célebre cruce de los Andes para combatir por la independencia de Chile:

> el avance del ejército en la cordillera preveía un esquema de funcionamiento que hacía de las vanguardias y las partidas de guerrillas -ambas fuerzas a caballo- un rol primordial para detectar áreas propicias de aprovisionamiento y descanso, como también para observar y atacar las guardias o posiciones del enemigo (Bragoni, 2019 p.114)

Los militares napoleónicos en las campañas sanmartinianas

Para el cumplimiento de los objetivos que se había trazado desde su retorno al todavía virreinato del Río de la Plata, San Martín conto con el apoyo de una serie de militares napoleónicos, la gran mayoría de procedencia británica y francesa, aunque también los hubo prusianos, irlandeses, e inclusive españoles, como fue el caso del sargento mayor Antonio Arcos, "oficial español josefino al que invito a integrar el ejército al llegar a Buenos Aires luego de la debacle napoleónica" (Bragoni, 2019 p.117). Arcos sería ayudante de campo de San Martín con el grado de sargento mayor y lideraría la

5 "guerra que se realiza en un país montañoso sembrado de profundos valles, de gargantas, de desfiladeros Y de pasos difíciles" (Tratado sobre la guerra de montaña [s.f])

carga de caballería que permitió el triunfo de los patriotas en la batalla de Achupallas por la independencia chilena. Entre los irlandeses, destaca el capitán de caballería John Thomond O'Brien, quien combatió "ocho años al lado de San Martín, desde 1813 hasta 1821, durante los cuales lucho en Uruguay, Chile y Perú" (Fanning, 2021 p. 211).

El general rioplatense, por su experiencia y amistades cosechadas durante la guerra de independencia española -sobre lo cual existe mucha bibliografía- tuvo especial predilección por los ingleses. Un caso particular es el del capitán Peter Heywood, "enviado por los ingleses al combate de San Lorenzo...quien trabó buena relación con San Martín en septiembre de 1812" (Moreno, 1999 p.70). Pero sería William Miller, veterano de la batalla de Waterloo, quien entre los militares napoleónicos ingleses llegados al continente, destacaría sobre todos, puesto que peleó no solo bajo el mando de San Martín en distintos cargos operativos, sino también combatió a órdenes de Bolívar durante la última fase de la guerra de independencia del Perú. Su labor a lo largo de toda la Campaña de 1824 resulto fundamental en la consecución del objetivo final.

Entre los muchos franceses napoleónicos que combatieron junto a San Martín, probablemente el de mayor resonancia es Ambroise Cramer, quien participaría de la guerra de independencia española y llegaría a combatir en Waterloo. Con el grado de teniente coronel fue parte del Ejército de los Andes como jefe del Batallón de Infantería N° 8 y en operaciones, tuvo el papel principal con su fuerza en la victoria de Chacabuco por la independencia de Chile.

Cabría precisar también que en lo que correspondió a la guerra naval en esta etapa, San Martín conto para sus embarcaciones con comandantes de marina de nacionalidad inglesa casi en su totalidad (Bonilla, 1921 p.170), varios de ellos pupilos del gran almirante Lord Horatio Nelson, fallecido en la batalla de Trafalgar, victoria inglesa que salvaría a ese Imperio de la invasión francesa. Entre esos veteranos navales napoleónicos, destacan Thomas Cochrane y Martin Guisse, fundadores de las Marinas de Guerra chilena y peruana, respectivamente.

El pensamiento militar bolivariano y el Ejército Libertador del Norte del continente sudamericano

Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Ponte y Palacios Blanco o simplemente Simón Bolívar, a diferencia de San Martín, nunca llego a empuñar sable o arma en las guerras napoleónicas. Sin embargo, si llego a ser un testigo de los hechos que acaecieron en la Europa de aquel periodo. Durante la primera década

del siglo XIX, Bolívar llegaría a residir en el Viejo Continente hasta en tres ocasiones, recorriendo diversas naciones y presenciando sucesos históricos relacionados a la figura de Napoleón Bonaparte que cambiaron el destino del mundo. Por ejemplo, estuvo "en Paris durante su coronación en 1804" (Cañas, 2022 p.238) lo que le permitió conocer directamente al personaje y su popularidad.

Bolívar fue un consumado lector, partícipe de conferencias y asistente a obras teatrales y actos sociales, lo que "le permitiría empaparse de la cultura de la Ilustración" (Gutiérrez, 2005) y cultivar una inteligencia superior. Respecto al ámbito militar, bebió teóricamente de los avatares doctrinarios de la llamada "Revolución en la Guerra"[6] que fueron descritas en tratados, epístolas y diarios. De igual manera, discutió sobre ellas en largas tertulias nocturnas, algo que era característico de la época. Habría que aunar que, por su perfil, es seguro llegase a tener acceso a las obras de los más ilustres teóricos militares anteriores a Napoleón que por entonces ocupaban las bibliotecas de los interesados en el arte de la guerra y que luego completarían la suya personal: Montecuccoli, Mauricio de Sajonia, Guibert, Federico II, el Marques de Vauban, Lloyd entre varios más, que "como Maestros de la Guerra influyeron directamente en el pensamiento militar del libertador" (Pérez Jurado,1988 p.40).

Resulta claro entonces que algunas medidas implantadas por él años más tarde, durante el proceso bélico independentista en el virreinato de la Nueva Granada se pudiese evidenciar la absorción de doctrinas y medidas militares radicales de un nuevo orden, como fue el caso de la llamada "Proclama de Guerra a Muerte"[7] en 1813 como "respuesta de Bolívar ante los numerosos crímenes perpetrados por Domingo de Monteverde, Francisco Cervériz, Antonio Zuazola, Pascual Martínez, Lorenzo Fernández de la Hoz, José Yánez, Francisco Rosete y otros jefes realistas luego de la caída de la Primera República" (Pinzón, 2020 p.91) durante la guerra de independencia de Venezuela y que duraría siete años. Esta proclama fue similar a la hecha por el general Palafox durante la resistencia de Zaragoza en 1822 (Canales, 2008), que se hizo muy popular en todas las fuerzas españolas durante su guerra de liberación.

De igual manera, la formación masiva de milicias y guerrillas patriotas que pudiesen hacer frente al ejército realista, tomasen justicia contra quienes lo apoyasen y le abastecieran de logística e inteligencia. Las milicias jugaron un papel

---

6 Paret, P (1992)
7https://rodrigomorenog.wordpress.com/wp-content/uploads/2012/01/bolc3advar-decreto-guerra-a-muerte-1813.pdf

gravitante sobre todo en la etapa de Independencia colombiana y las guerrillas, tanto en esta como durante las campañas de 1824 en el Perú. La coordinación permanente con estas fuerzas, permitió el exitoso avance de los diferentes ejércitos al mando de Bolívar y Sucre durante las campañas definitivas en Hispanoamérica.

Asimismo, respecto a las aplicaciones bélicas bolivarianas complementarias al campo de batalla, Pita (2020) nos dice

> ...en el juego de la guerra, se exploraron estrategias prácticas para incentivar al enemigo a desertarse y mutar al bando al tiempo que los oficiales hacían recomendaciones especiales a su tropa para evitar que fueran objeto de ese mismo tipo de artificios. Una de las estrategias más usuales fue la persuasión, ya fuera a través del acercamiento directo a través de amnistías (p.208)

Los militares napoleónicos en las campañas bolivarianas

Bolívar, al igual que San Martín, en cada una de las Campañas libertadoras que desarrollo, contó con la asesoría, apoyo en la instrucción y el comando de sus tropas de una serie de militares napoleónicos, sobre todo procedentes de la Gran Bretaña, aunque también los hubo franceses, prusianos, españoles desertores de su causa y de varias partes de Europa, que jugaron un papel clave en las victorias de sus ejércitos, incluyéndose el del Ejército Unido Libertador que peleó en Junín y Ayacucho exitosamente.

Fue sin duda, la denominada Legión británica en la primera etapa libertadora bolivariana la que "constituyo el núcleo extranjero más numeroso e importante que lucharon hombro a hombro con granadinos y venezolanos" (Bateman, 1969 p.368). Serían hasta siete las expediciones llegadas entre 1817 y 1819 a la Colombia de aquel entonces y según Salamanca (2019):

> Bolívar tenía un gran aprecio por los extranjeros de la legión, tanto así que siempre tuvo a uno de ellos al lado hasta el día de su muerte: su integridad y lealtad estaban por encima de lo normal. Podemos mencionar al capitán Kent en 1815; al oficial irlandés Charles Chamberlain, (1815- 1817); James Rooke; y Daniel Florence O'Leary, (1819-1828). Incluso, el irlandés William Ferguson, (1824-1828) fallece protegiendo al libertador, cuando unos conspiradores atentan contra su vida en la nefasta noche septembrina, el 25 de septiembre de 1828.

De todos aquellos combatientes voluntarios o mercenarios anglosajones que acompañaron a Bolívar en campaña, el coronel James Rook, veterano de Waterloo, es quizá uno de los más reconocidos, tanto por el ascendiente y liderazgo con los hombres bajo su mando como por su valentía en el campo de batalla. Su temeridad lo hizo fallecer "a consecuencia de la operación que le practicó un cirujano en el brazo izquierdo, luego de ser herido de bala en la acción del Pantano de Vargas" (Camargo, 1955 p.437).

Tenemos también al ya anteriormente mencionado William Miller, quien había llegado al Perú junto con el ejército libertador de San Martín, quedándose todavía en este territorio luego de la partida del rioplatense en 1822. Con la llegada de Sucre y Bolívar al año siguiente, su firmeza y honestidad hizo que se ganase la mayor de las confianzas por parte de los generales venezolanos. Este inglés se convertiría en uno de los máximos héroes de la Independencia del Perú, reconocido por el mismo Bolívar, quien lo "elogiaba por su intrepidez y el tacto del inglés ponderando su contribución a la victoria de Ayacucho...por su actuación bélica, Miller se convirtió, a instancias de Bolívar, en uno de los grandes Mariscales de Ayacucho" (O´Phelan, 2019 p. 128).

El papel del "gringo"[8] fue vital durante la fase previa a las campañas de Junín y Ayacucho, al ser enviado por Bolívar para que realice labores logísticas y coordine las acciones de las guerrillas con los objetivos del ejército regular, tal como habían hecho los colombianos bajo la cabeza de Paéz (Ibáñez, 2020 pp.16-19). Miller cumpliría su misión con la brillantez que le caracterizaba, logrando que, a lo largo de todas las operaciones militares de 1824, la inteligencia de combate de las fuerzas patriotas llegase de forma oportuna. Esta cuestión fue decisiva a la hora de la toma de decisiones por parte de las cabezas del Ejército Unido Libertador, permitiéndoles mantener casi siempre la iniciativa estratégica frente a los realistas. Dentro de la vasta red de elementos organizados en guerrillas por Miller que proporcionaron información vital y coordinaron acciones con las fuerzas regulares patriotas, cabe mencionar a la "caballería irregular" (De La Barra, 1974. p. 162) o "caballería patriota ligera" (Dellepiane, 1977.p.201) peruana, cuyas tareas efectuadas "no podrían cumplirse hoy de mejor manera" (Dellepiane, 1977.p.201).

Entre los franceses que combatieron junto a Bolívar desde muy temprano en la Expedición de los Cayos, estuvo el general Henri Louis Villaume Ducoudray

8 Denominación que según sus Memorias le atribuyeron los comuneros durante su misión previa a las campañas de 1824 en la sierra peruana.

Holstein, quien había integrado el ejército francés napoleónico y estaría presente en la primera parte de larga campaña de independencia colombiana. Otro sería el general Manuel Roergas de Serviez quien estuvo "en el estado mayor de su padre, el general Serviez, en la campaña de Italia" (Elías, 1967 p.479) durante las guerras napoleónicas. Este francés, quien hoy es considerado héroe en Colombia, lucho en casi toda la guerra de independencia de ese país, siendo además preceptor entre otros, de quien sería luego, el general vencedor de Ayacucho, José María Córdova, en su etapa como instructor de la Academia Militar de Antioquia.

La división peruana que fue parte del Ejército Unido Libertador, fuerza creada por el general venezolano Antonio José de Sucre, había sido reorganizada durante los años de 1823 y 1824 por un general nacido en la ciudad de Cuenca de nombre José de La Mar y Cortázar, quien era también un militar napoleónico. Este oficial patriota de formación realista que se consideraba peruano, tenía una historia muy similar a la del libertador San Martín pues si bien había nacido en este continente, fue criado desde muy chico en Europa. De muy joven había logrado "ingresar con la clase de teniente en el Regimiento de Saboya, cuya oficialidad salía toda de los hogares más ennoblecidos de la península" (Gayoso, 1938 p.39). Participó en la Campaña de Rosellón en 1874 y años más tarde, tras la invasión francesa a España, participa bajo el mando del general Palafox en el asedio de Zaragoza, donde será condecorado y luego en Valencia a órdenes del general Black "prestando servicios no menos importantes" (Gayoso, 1938. p. 40).

La Mar, será el líder de las fuerzas peruanas en las campañas de 1824 y fue el responsable de la formación e instrucción de unidades patriotas peruanas como el Regimiento de Caballería "Húsares del Perú" y Batallón "Legión Peruana de la Guardia", protagonistas en las batallas de Junín y Ayacucho, respectivamente.

Conclusiones

El papel jugado por los Militares Napoleónicos en la consecución del objetivo de la libertad hispanoamericana, terminaría siendo fundamental bajo un enfoque eminentemente histórico militar, ergo, histórico de la guerra. Contribuyeron decididamente con su experiencia y conocimiento, a forjar ejércitos que tuviesen la capacidad no solo de hacer frente a las fuerzas realistas acantonadas en el continente, sino también que pudiesen derrotarlas, algo que no había sucedido con los ejércitos insurgentes de la primera década en el Perú.

Tanto el ejército sanmartiniano como el bolivariano, no solo inseminaron en sus fuerzas las capacidades que traían consigo estos aventureros europeos de la guerra incorporándolos como oficiales patriotas, sino también, y, sobre todo, proveyeron de la mística y el legado que todo ejército necesita, incorporándolo como el origen doctrinario que tomará posteriormente su propio devenir hasta la actualidad.

REFERENCIAS

Accame, N (1942) Napoleón. *El Hombre, el Guerrero, el Estadista y el Legislador.* Círculo Militar. Biblioteca del oficial. Buenos Aires, Argentina

Álvarez, I (2022) *Tacna, el sabor de la Patria.* Fondo Editorial USMP. Lima, Perú

Aquillué, D (2021) *Guerra y Cuchillo. Los Sitios de Zaragoza 1808-1809.* La Esfera de los Libros Editorial. Madrid, España

Bar-Shuali, J (2022) *Breve historia del Ejército Napoleónico. La Grande Armée de Napoleón y sus aliados.* Editorial Nowtilus. Madrid, España

Bástico, H (1932) *La Evolución del Arte de la Guerra. La Guerra en el pasado Tomo I.* Biblioteca Oficial del Ejército Argentino. Buenos Aires, Argentina

Bateman, A (1969) Homenaje a la legión británica en *Boletín de Historia y Antigüedades Vol. V N° 657-659 Academia Colombiana de Historia julio-septiembre de 1969* pp. 365-368. Bogotá, Colombia

Bazán, M (2020) Montoneras andinas, violencia ritual y saqueos: el caso de los rebeldes de Huánuco (1811-1812) en *Historia Caribe Volumen XV N° 36 enero-junio 2020* pp. 137-167 Colombia.

Bragoni, B (2019) *San Martín. Una biografía política del libertador.* Edhasa. Buenos Aires, Argentina

Benito, J (1998) Juan José García de Santiago (1774-1824) Edecán de Goyeneche, en el umbral de la Emancipación de Perú en *Boletín del Instituto Riva Agüero N° 25.* pp. 91-105. Lima, Perú

Bonilla, M (1921) *Epopeya de la Libertad. 1820-1824.* Imprenta Americana. Lima, Perú

Bolívar, S (2019) La Legión Británica en la Campaña Libertadora de 1819 en *Boletín Histórico Militar N° 14 Ejército de Colombia.*

Camargo, G (1955) Cuna, muerte y sepultura del coronel Jame Rook en *Boletín de Historia y Antigüedades Vol. XLII N° 489-490 659 Academia Colombiana de Historia julio-agosto de 1955* pp. 437-448 Bogotá, Colombia

Canal de Historia (2009) *Las Grandes Batallas de la Historia.* Penguin Random House Grupo Editorial. Barcelona, España

Canal y Gonzales (2012) *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos XIX y XX.* Editorial Casa Velásquez. Madrid, España

Canales. C (2008) *Breve historia de la Guerra de la Independencia Española.* Editorial Nowtilus. Madrid, España

Castro, A (2024) De la Caballería Napoleónica Europea a la Caballería Patriota Hispanoamericana. La Transferencia de Conocimientos Militares a comienzos del siglo XIX en *Documenta de Historia Militar N° 13 Revista de la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.* Impresión Servicio Gráficos Publicitarios APAR. Lima, Perú

Cavagnaro, L (2011) *Historia y Legado de Zela. Comisión Municipal y Regional del Bicentenario del Primer Grito de Libertad de Zela en Tacna.* Fondo Cultural del Banco de la Nación. Lima, Perú

Choque, E (2021) Objetivos e intereses de las insurrecciones tacneñas durante la crisis del régimen colonial español 1780-1813 en *La Vida y la Historia, Vol. 8, N° 1, Revista de la Universidad Nacional Jorge Basadre Grohmann.* Fondo Editorial Universitario. pp. 35-42 Tacna, Perú

Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú (2001) *Compendio de la Historia General del Ejército del Perú Tomo I.* Oficina de Información del Ejército. Lima, Perú

De La Barra, F (1974) *La Campaña de Junín y Ayacucho.* Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Lima, Perú

De La Vega, E (1998) José de San Martín, Militar, Español y Argentino en *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras: Minervae Baeticae N° 26* pp. 57-74 Editorial Universidad de Sevilla, España

De Montoto, J (2016) *Las Guerras Napoleónicas. Antecedentes, Batallas y Consecuencias.* Editorial Libsa. Madrid, España

Dellepiane, C (1977) *Historia Militar del Perú. Tomo I.* Biblioteca Militar del Oficial N° 32. Sexta Edición. Imprenta del Ministerio de Guerra. Lima, Perú

Elias, S (1967) Rectificaciones y nuevos aportes a la biografía del general Manuel Roergas de Serviez; en *Boletín Cultural y Bibliográfico Vol. 10 N° 03* pp. 478-480 Biblioteca Virtual del Banco de la República. Bogotá, Colombia

Espejo, G (1882) *El Paso de los Andes. Crónica histórica de las operaciones del Ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817.* Imprenta y Librería de Mayo. Buenos Aires, Argentina

Fernández, B (1938) *Huánuco en la revolución de independencia.* Imprenta americana. Lima, Perú

Fernández, M (2018) Las tres Españas de 1808 en *Revista Aequitas N° 11 Revista de la Facultad de Derecho y Ciencia Política de la UNMSM.* Lima, Perú

Fisher, J (1982) Monarquismo, Regionalismo y Rebelión en el Perú Colonial 1808-1815 en *Historia y Cultura N° 15. Revista del Museo de la Nación.* pp.117-139. Lima, Perú

Gayoso, B (1938) *Los Grandes Mariscales del Perú.* Imprenta del Ministerio de Guerra. Lima, Perú

Gleig, G (1903) *The Life of Arthur, Duke of Wellington.* The Silver Library. Longmans, Green and Co. London, New York and Bombay.

Ibañez, J (2020) Campaña Libertadora de la Nueva Granada de 1819. Narración y análisis histórico militar a la luz de los documentos patriotas y realistas. En *Nuevas Miradas a la Campaña Libertadora de 1819* pp. 01-74 Academia Colombiana de Historia. Bogotá, Colombia

Mayochi, E (s.f.) *José de San Martín, Libertador de América.* Instituto Nacional San Martiniano. Buenos Aires, Argentina

Javed y Sultan (2012) *The Napoleonic Art of Warfare.* NDU Military History Publications Series: Number 2. National Defence University. Islamabad, Pakistán.

Lempériere, A (2004) Revolución, guerra civil, guerra de independencia en el mundo hispánico 1808-1825. En *Ayer. Revista De Historia Contemporánea, 55(3)*, pp.15–36. Madrid, España

López, H (2021) La *Expedición Libertadora del Perú.* Colección Rumbo al Bicentenario. Instituto de Estudios Histórico Marítimos del Perú. Lima, Perú

López Fernández, J (2018) *Guerras Civiles II: La Independencia de los Virreinatos de la Monarquía Española en América.* Almena Ediciones. Madrid, España.

Martínez, E (1995) La guerrilla y la Guerra de la Independencia. *En Militaria. Revista de Cultura Militar N° 7* pp. 69-81. Servicio de Publicaciones de la UCM. Madrid, España

Mikaberidze, A (2022) *Las Guerras Napoleónicas. Una Historia Global.* Desperta Ferro Ediciones. Madrid, España

Mitre, B (1887) *Historia de San Martín y de la Emancipación sud-americana. Tomo Primero.* Imprenta de «La Nación». Buenos Aires, Argentina.

Moliner, A (2007) El juntismo en la primera mitad del siglo XIX como instrumento de socialización política. En *Sombras de mayo. Mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)* pp. 65-83 Editorial Casa de Velázquez. Madrid, España

Moreno, M (1999) *Los amigos ingleses de San Martín en José de San Martín y su tiempo.* Fundación El Monte. Editorial Universidad de Sevilla. España

O´Phelan, S (2019) *Guillermo Miller y la Independencia del Perú. En Miller. Militar, político y peruanista 1795-1861.* p. 112-139. Asociación Cultural Peruano Británica. Lima, Perú

Ornstein, L (1958) *Las Campañas Libertadoras del General San Martín.* AGEPE. Buenos Aires, Argentina

Paret, P (1992) Napoleón y la Revolución en la Guerra. En *Creadores de la Estrategia Moderna. Desde Maquiavelo a la Era Nuclear.* Ministerio de Defensa del Reino de España pp. 134-153. Madrid, España.

Pavón Pereyra, E (1954) La Guerra de Zapa: (El servicio de informaciones en las campañas de Chile y de Perú) en *Revista Universidad, N.º 28*, pp. 273-293. Biblioteca Virtual, Universidad Nacional del Litoral. Argentina

Peralta, V (2013) Las Juntas de Gobierno Hispanoamericanas (1808-1814). Reflexiones en el contexto del Bicentenario de las Independencias. En *Historia y Cultura N° 26. Revista de investigación histórica del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú*. pp. 09-40 Lima, Perú

Pérez Jurado, C (1988) Introducción militar a S.E. El Libertador en *Boletín de Academia Nacional de Historia N° 281 Vol. 71* pp. 39-53. Caracas, Venezuela.

_____ (1989) El libertador y el Conde de Montecuccoli. Estudio Histórico Militar en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia Vol. 72 N° 286 Abr-Jun* pp. 43-47. Caracas, Venezuela.

Pérez Vejo, T (2022) Las guerras de independencia y el nacimiento de los Estados-nación americanos, una reconsideración en *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia, n.º 56 (julio-diciembre 2022)* pp.153-180. Quito, Ecuador

Pico, R (2020) La conservación del pie de fuerza en la Campaña Libertadora de la Nueva Granada: Retos, Realidades y Desilusiones. En *Nuevas Miradas a la Campaña Libertadora de 1819* pp. 195-220 Academia Colombiana de Historia. Bogotá, Colombia

Piqueras, J (2008) Revolución en ambos hemisferios: Común, Diversa(s), Confrontada(s). En *Historia Mexicana N° 58:1 Revista del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México*. pp. 31–98 DF, México.

Puigmal, J (2019) Militares y militantes políticos: el actuar de los napoleónicos en la construcción republicana en América Latina durante la independencia (1810-1835) en *Historia Caribe - Volumen XIV N° 35 - Julio-Diciembre 2019 Programa de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad del Atlántico* pp. 55-83. Colombia

_____ (2019) Militares y agentes napoleónicos en la Independencia de América Latina: de forjadores de los ejércitos nuevos a actores del debate político en *Almanack N° 23, 2019* pp. 16-34. Universidad Federal de São Paulo. Guarulhos, Sao Paulo-Brasil

Rabinovich, A (2013) Ser Soldado en las Guerras de Independencia. *La experiencia cotidiana en el Río de la Plata, 1810-1824.* Editorial Sudamericana. Buenos Aires, Argentina

Sicilia, E (2016) *Napoleón y Revolución. Las Guerras Revolucionarias.* Editorial Nowtilus. Madrid, España

Soria, D (2017) La organización del Ejército de los Andes en *Investigaciones y Ensayos N° 64* pp. 128–154. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, Argentina

Urbano, J (2015) Revolución en los Andes: Cusco 1814-1815 en *Documenta de Historia Militar Año 6 – N° 6. Revista de la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú* pp.9-36. Impresión Talleres Gráficos de PRINLEY. Lima, Perú

Alberto Castro Villa

- Oficial del grado de Teniente Coronel del Ejército del Perú e historiador Militar, licenciado en Ciencias Militares y bachiller de Historia.
- Magister en Ciencias Políticas con mención en Relaciones Internacionales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Magister de Historia Militar de la Escuela Militar de Cadetes "General José María Córdova" de Colombia
- Magister de Estrategia y Geopolítica de la Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto" de Colombia
- Miembro fundado el Circulo de Investigación Militar del Perú, grupo de investigación del Instituto Riva Agüero.
- Actualmente se desempeña como subdirector de la Comisión Permanente de Historia del Ejército.



El General D. Geronimo Valdez

Año 1842

Retrato del general Valdés de 1842 cuando era Gobernador General en la Habana.

Litografía
Memorias Conde de Torata, 1894, p. 2, Tomo III

Abstract

This article commemorates the bicentennial of the Battle of Ayacucho, a decisive event that consolidated South American independence. Although it has been extensively documented from the perspective of the patriots, this study focuses on the Spanish view, through the memoirs of Field Marshal Jerónimo Valdés, who was a key participant in the battle. Through his reports delivered to King Fernando VII, he justified his role and participation in events as important as the Aznapuquio Mutiny, the betrayal of Marshal Olañeta, in addition to the reasons that led to the defeat in Ayacucho, as a means of responding to the denunciations made by the deposed viceroy Pezuela against him and his other companions in arms. His memoirs, accompanied by extensive documentation, reveal the internal divisions within the royalist camp between liberals and absolutists that undermined the Spanish military capacity in America

Keywords: Battle of Ayacucho, Royalist Army, General Jerónimo Valdés, Viceroy Pezuela, Defeat of the Royalists.

Introducción

La invasión napoleónica a España en 1808 no solo alteró la vida en la península, sino que también impulsó un movimiento revolucionario en sus territorios americanos. Este contexto adverso en Europa fomentó en América un despertar político que aceleró el proceso de independencia, poniendo en marcha la separación de España. Las autoridades realistas intentaron preservar su dominio sobre las colonias americanas, enfrentando los levantamientos con una decidida oposición militar. Sin embargo, las fuerzas independentistas, encabezadas por figuras emblemáticas como José de San Martín y Simón Bolívar, fueron consolidando su posición, hasta lograr una victoria definitiva en la batalla de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824. Este triunfo selló la independencia de gran parte de Sudamérica y marcó el fin de la resistencia militar española en la región.

En los últimos años de esta resistencia, un destacado militar español, el mariscal Jerónimo Valdés, jugó un papel crucial. Bajo las órdenes del virrey José de la Serna, Valdés fue uno de los oficiales que se destacó por su habilidad y experiencia, forjada en la guerra de independencia española contra Napoleón. Gracias a su destreza estratégica, Valdés logró obtener algunos de los últimos triunfos de las fuerzas españolas en América, prolongando la lucha hasta el enfrentamiento decisivo en Ayacucho.

Además de su actuación militar, Valdés dejó un testimonio único sobre aquellos años en sus memorias dirigidas al rey Fernando VII. En sus escritos explicó al rey Fernando VII, la serie de acontecimientos que terminaron por desembocar en el derrocamiento del Virrey Pezuela y los eventos posteriores hasta la batalla de Ayacucho. Estos documentos fueron escritos por él como un medio de limpiar su honra como militar y negar que la responsabilidad de la derrota era exclusiva de los oficiales liberales que participaron en el motín de Aznapuquio, sino que justifica aquellos actos y responsabiliza más a la inacción del virrey Joaquín de la Pezuela y en particular a la traición del mariscal Pedro Antonio de Olañeta, de que gran parte de la derrota en Ayacucho y la pérdida del Perú se debió a su rebelión que dividió a la fuerza realistas.

El sistema militar español en América entre 1820 - 1824.

Para entender la situación militar que vivió el mariscal Jerónimo Valdés durante la etapa final de la guerra de independencia, hay que conocer el contexto. Las consecuencias de la invasión napoleónica en España y su guerra de independencia (1808-1814) fueron las causantes del inicio de las revueltas que generaron los procesos de independencia en los territorios americanos. La crisis del virreinato del Perú comenzó mucho antes de la proclamación de independencia por José de San Martín en 1821. Su declive estaba relacionado con la invasión napoleónica de España en 1808, que llevó al secuestro de la familia real Borbón y a la imposición de José Bonaparte como rey, lo que desató una guerra de independencia que arrasó a toda España (1808-1814) y sembró rebeliones en sus colonias, comenzando en México, mejor conocido entonces como el virreinato de la Nueva España. En 1810, el cura Miguel Hidalgo encabezó el movimiento independentista en el virreinato de Nueva España, continuado por líderes como José María Morelos y Vicente Guerrero tras su muerte en 1811. Finalmente, el conflicto en México culminó en 1821 con el Plan de Iguala, que unificó a insurgentes y realistas bajo la independencia del país, instaurando el Imperio Mexicano con Agustín de Iturbide a la cabeza.

En el resto de los territorios americanos la situación fue distinta. Si bien las consecuencias de la invasión napoleónica a España afectaron la autoridad real y se comenzaron a crear Juntas de Gobierno en los virreinatos de Nueva Granada y Río de la Plata, así como en las capitanías generales de Granada, Venezuela y Chile, asumiendo ellas la autoridad "en nombre de Fernando VII" estás sólo fueron en realidad una mascarada para llevar a cabo los planes de las elites locales criollas para poder independizarse de la autoridad de la metrópoli. En el caso del Perú no sucedió lo mismo, al ser esta una de las sedes principales del poder español en la región, el entonces virrey Fernando de Abascal se encargó de suprimir a todas las Juntas de Gobierno que habían intentado fundarse dentro del virreinato peruano y deponer a las autoridades españolas (Bullón y Semprún, 1992, pp.96-97).

La supresión de las Juntas de Gobierno se llevó a cabo exitosamente en casi todos los virreinatos sudamericanos, excepto en el del Río de la Plata. La sobreviviente Junta de Buenos Aires, que sería el origen de las Provincias Unidas del Río de la Plata, desde allí se iniciarían las primeras acciones militares que desembocarían en el final de poder español en el Perú. Mientras que, en los territorios al norte del virreinato peruano, Simón Bolívar desde mayo de 1813 iniciaría la "Campaña Admirable" e iría conquistando los territorios de lo que entonces eran el virreinato de Nueva Granada y la capitanía general de Venezuela

que comprendían los territorios de las actuales Colombia, Ecuador y Venezuela (Victoria, 2019, p. 220). Su triunfo sobre los realistas en las batallas de Boyacá el 7 de agosto de 1819 y de Pichincha el 24 de mayo de 1822 le dio camino libre para poder participar en la campaña del Perú.

Aunque el papel de las fuerzas argentinas comandadas por José de San Martín en el colapso final del poder español en América fue importante, pese a que al final terminaron siendo relevadas por las fuerzas colombianas al mando del libertador Simón Bolívar. Es durante este periodo de progresivo derrumbamiento del poder realista en América que el mariscal Jerónimo Valdés se ve enfrentado a combatir a las numerosas fuerzas patriotas que progresivamente van recuperando casi todos los territorios americanos, mientras las fuerzas realistas quedaban arrinconadas en pequeños enclaves como Puerto Cabello en Venezuela, Montevideo en el Uruguay y Chiloé en Chile. Estos enclaves que por ser ciudades portuarias podían ser abastecidos por el mar, pudieron resistir más tiempo, hasta que se vieron forzados a capitular en el caso de los dos primeros en 1823 mientras que el de Chiloé se mantuvo fiel a España hasta 1826.

Dada esta situación, el virreinato del Perú quedaba así prácticamente aislado con grandes dificultades para poder recibir refuerzos desde la metrópoli que pudieran reforzar a las guarniciones realistas en el Perú. Es en medio de esta situación que el mariscal Jerónimo Valdés puso todos sus esfuerzos para defender el último baluarte español en América, que estaba siendo asediado constantemente y que dadas las circunstancias terminaron por forzarlo a él y a otros jefes militares españoles a demandar la renuncia de su cargo al virrey Joaquín de la Pezuela, para entregarle el mando al general José de la Serna (Pezuela, 1821). A pesar de las difíciles circunstancias que enfrentaban los realistas en Perú, lograron sostener su posición durante tres años. Aunque perdieron el control del norte peruano y debieron abandonar Lima, trasladando la capital virreinal al Cuzco, las fuerzas realistas, bajo el mando de Valdés, se mantuvieron firmes. Valdés consiguió importantes victorias para las armas españolas y permaneció invicto en cada batalla en la que participó, hasta la derrota final en la batalla de Ayacucho.

El mariscal Jerónimo Valdés: perfil de un militar y adversario español

La figura del mariscal realista Jerónimo Valdés, poco explorada en la historiografía peruana, invita a destacar los rasgos que caracterizaron a este notable líder militar del ejército español, considerado un formidable adversario de las fuerzas patriotas. En las "Tradiciones Peruanas", Ricardo Palma lo describió como "el más valiente,

honrado y entendido de los generales realistas" (1893, p.328, Tomo I). Valdés fue una persona que no había tenido desde el principio de su vida la idea de seguir el camino de las armas, sino que se vio obligado por las circunstancias causadas por la invasión napoleónica a España, en decidirse a tomar la carrera militar.

Lo que se conoce de la vida del general Valdés se lo debemos a una biografía suya publicada en 1850 de la mano del historiador y español Manuel Ovilo y Otero (1826 – 1885) quien llegó a ser Oficial de la Biblioteca Nacional de Madrid. Según su biógrafo, Jerónimo Valdés nació el 4 de mayo de 1784 en la aldea de Villarín perteneciente a la parroquia de San Andrés de Veigas, Consejo de Somiedo en Asturias. Sus padres fueron Francisco Valdés y Antonia Sierra. Tuvo la fortuna de tener educación ya que a los 12 años ya había aprendido a leer y escribir, así como a contar dominando la gramática castellana. Luego se trasladó a Lugo en Galicia, estuvo bajo la protección del canónigo Dr. Don José Sierra, hermano de su madre, el cual era canónigo de la catedral y rector del Colegio – Seminario donde estudió por 5 años gramática latina y filosofía; pasando luego a la universidad de Oviedo para seguir los siguientes 7 años los estudios en Derecho Civil y Canónigo al no haber esas facultades en Lugo. Justo un año antes de terminar su carrera ocurrió el alzamiento de 1808 contra Napoleón. Ya había adquirido el grado de bachiller en ambas carreras.

Pero tras la invasión francesa de Napoleón su vida quedaría relacionada al mundo militar por el resto de sus días. Su primera participación fue al formar junto con los alumnos de la Universidad de Oviedo un regimiento de voluntarios, de las que obtuvo el mando de capitán del regimiento de Cangas de Tineo el 18 de junio de 1808 conferido por la Junta Soberana de Asturias debido a sus cualidades de mando. Desde ese momento su carrera como militar despegó. Por sus destacadas acciones en varios enfrentamientos contra los franceses pasó a las órdenes del general Francisco Ballesteros, uno de los más destacados militares durante la guerra de independencia. En su servicio bajo las órdenes de Ballesteros, siempre logró obtener aprovisionamiento para las tropas en todas sus campañas. Todo ello gracias a su voluntad personal y don de gentes. Para 1809 el capitán Valdés ya ocupaba el cargo de Ayudante de Campo del General. Nunca descuidó el bienestar de sus tropas tanto por su mantenimiento y seguridad como lo haría en Perú.

Durante las campañas del general Ballesteros en la Sierra Morena y Condado de Niebla entre marzo de 1810 a junio 1811 aprendió las técnicas de la guerra en las montañas que tantos conocimientos valiosos le dieron en las futuras campañas americanas. De esos conocimientos aprendió las tácticas de los movimientos

de tropas y el reconocimiento del terreno que le fueron tan útiles en su carrera militar. Valdés siguió distinguiéndose bajo las órdenes del general Ballesteros en la campaña del campo de Gibraltar derrotando a las fuerzas galas del mariscal Soult en donde sus intervenciones fueron decisivas para ganar en el campo de batalla. Como lo reconoció en sus escritos el propio Ballesteros: "A Valdés son debidos en gran parte, por haberme puesto con sus oportunos avisos y buen cálculo en estado de sacar todo el partido posible en nuestra situación" (Ovilio y Motero, 1850, p. 34).

Pese a su brillante carrera militar, en 1812 sería encausado junto al general Ballesteros y otros oficiales acusados por intrigas políticas en contra de su antiguo superior. Luego de un penoso proceso de 25 meses tras el retorno de Fernando VII al poder todos los cargos serían retirados tanto a él como sus compañeros de armas quienes serían reivindicados. Para 1815 Valdés se estaba preparando para marchar con sus tropas contra Napoleón tras su fuga de la isla de Elba y recuperar el poder en Francia, pero no fue necesario al llegar la noticia de su derrota en Waterloo. Decidido a seguir sirviendo a la causa del Rey se embarca en Cádiz con algunos contingentes de tropas para combatir a los independentistas en América junto al general José de la Serna como su segundo ayudante de Estado Mayor.

Llegó al Perú el 8 de setiembre, desembarcando en Arica (luego de cruzar el Cabo de Hornos), se incorpora de inmediato a sus labores encargándose de ayudar a instalar el Estado Mayor, práctica militar desconocida hasta entonces por las fuerzas realistas, lo que causa cierto recelo sobre él y La Serna de parte de algunos militares más veteranos. Valdés se encargó de la logística y que las tropas estén siempre bien apertrechadas para mantener su moral alta aprovechando su carisma personal sobre ellas. Destacó por su actuación en el Alto Perú, en donde ayudó a derrotar a las fuerzas disidentes enviadas por la Junta de Buenos Aires en Salta y Jujuy, luchando al lado del entonces brigadier Pedro Antonio de Olañeta, en donde recibiría el grado de coronel el 23 de enero de 1817. Desde 1818 a 1820 pasó a cumplir varias acciones militares en el Alto Perú estando incluso bajo el mando de Olañeta a quién más adelante se vería forzado a combatir.

La ausencia de una acción más agresiva y decisiva para enfrentar la llegada del Ejército Libertador de José de San Martín, recién desembarcado en Pisco, sumada al marcado derrotismo del virrey Pezuela, llevó a Valdés y a los demás generales del Estado Mayor del ejército realista a transferir el mando a La Serna. Desde ese momento, las fuerzas que comandó Valdés lograron contener y derrotar a las fuerzas patriotas, hasta su derrota final en Ayacucho.

Las razones de la separación de Pezuela y la traición de Olañeta

En sus escritos, Valdés deja claro desde el inicio que sus acciones, así como las de La Serna y otros generales realistas, no estuvieron motivadas por ambiciones personales. Señala que la decisión de exigir la renuncia del virrey Pezuela respondió a un deber superior y a su compromiso con la verdad, el honor propio y el de sus compañeros. Al comenzar su relato, Valdés introduce su crítica hacia Pezuela de manera cuidadosa, enfatizando que su objetivo es esclarecer las razones de la pérdida de los territorios de Chile y Perú, y defender la integridad de quienes actuaron de acuerdo con su conciencia y deber:

> Siento, Señor, al hablar del General Pezuela, tener que recordar cosas pasada que quisiera no tocar, (...) pero el amor que profeso a la verdad, que será la que dirigirá mi pluma en todo, el deseo de que V.M. se ponga al tanto de las causas que motivaron la pérdida de los hermosos Reinos de Chile y Perú por consiguiente; de la América toda, y por último, la defensa de mi propio honor y el de los otros muchos jefes, dignos asimismo del aprecio de V.M. me obligan á entrar en este penoso empeño, protestando á V.M. del modo más solemne, que no me guía el odio, mala voluntad, ni ningún otro interés personal en nada de cuanto diga (Conde de Torata, 1894, p. 20, Tomo I).

Valdés fue requerido por el virrey Pezuela para retornar a Lima y colaborar en la defensa contra las tropas de San Martín, que ya habían desembarcado en Pisco. Sin embargo, surgieron serias desavenencias entre Valdés y el virrey, debido a ciertas decisiones militares que resultaron desfavorables, como la fracasada expedición a Chile, que culminó con la derrota en Maipú. En sus escritos dirigidos al rey Fernando VII, Valdés denunció una serie de errores cometidos por el virrey, los cuales, en su opinión, terminaron favoreciendo las estrategias de San Martín:

> El 28 de abril del año 20 [1820] ordena a los Generales Ramírez y Ricafort, licencien la parte de sus tropas que no puedan mantener, y avisa que él mismo en los dos meses anteriores había licenciado 2.600 hombres, incluso el batallón Arequipa. De ese modo el General Pezuela, cuando supo de la expedición de San Martín al Perú, obró como pudiera obrar el mismo San Martín; es decir, disminuyó sus tropas y ordenó á los Generales Ramírez y Ricafort que hicieran otro tanto con las suyas, lo que por fortuna no obedecieron. (Conde de Torata, 1894, p. 32, Tomo I).

A causa de esta serie de fallos es que San Martín llega a Pisco, había desembarcado con tan solo 4500 hombres y que, a causa de la leva de voluntarios,

entre los esclavos de las haciendas (a quienes promete la libertad) y las deserciones dentro de las tropas realistas, como fue el famoso caso de batallón Numancia, le permitieron hacer crecer sus fuerzas hasta los 7000 efectivos (Conde de Torata, 1894, p. 33, Tomo I). Debido a lo adversas que se habían vuelto las circunstancias el virrey ya no se planteaba enfrentarse a San Martín sino negociar una capitulación:

> El general Pezuela había significado días antes de un modo terminante y claro, serle imposible defender por más tiempo el Perú, y por lo tanto la necesidad de capitular; a cuyo efecto tenía sembrados agentes por la ciudad, para que persuadiesen a las Corporaciones y demás que lo pidiesen así" (Conde de Torata, 1894, p.55, Tomo I).

Cuestión que había planteado frente a la Junta de Generales. Los generales realistas contrarios a la postura del virrey decidieron prolongar la resistencia y fue por ello que Valdés es uno de los que más apoyó y promovió la dimisión de su cargo como virrey a Pezuela, en el incidente conocido como el Motín de Aznapuquio aquel 29 de enero de 1821.

Para cuando se dieron esos hechos los realistas entre los muertos de los primeros enfrentamientos, enfermos y desertores, pasó de los 13,000 hombres que tenían anteriormente, a tan sólo cerca de 8,000 efectivos una vez que La Serna asumió el mando (Conde de Torata,1894, Tomo I). De hecho, la noticia de que la Junta de Generales depusiera a Pezuela y designara a La Serna como nuevo virrey fue recibida con entusiasmo por las corporaciones y el resto de la población de Lima. Una vez hecho esto y ante la negativa de San Martín de llegar a un acuerdo con las nuevas autoridades virreinales que demandaban el reconocimiento y acatamiento de la Constitución de 1812, reestablecida por el gobierno liberal tras la revuelta del general Del Riego en Madrid, los patriotas por el contrario exigían el reconocimiento de la independencia de los territorios del virreinato del Perú. Ante el fracaso de las negociaciones se volvieron a reabrir las hostilidades.

Aunque La Serna y sus seguidores, incluido Valdés, se vieron obligados a abandonar Lima y trasladarse al sur para convertir al Cusco la última capital del virreinato del Perú, Valdés no se quedaría inactivo. Consiguió obtener significativas victorias sobre las fuerzas patriotas, como fue la batalla de Torata el 19 de enero de 1823 y la de Moquegua el 21 de enero de ese mismo año, en donde prácticamente aniquila a las tropas del general argentino Rudecindo Alvarado. Fue por estas acciones que obtiene en el Perú su ascenso de Comandante General al de Mariscal de Campo de los Ejércitos del Sur (Ovilio y Motero, pp. 101-103).

Desde la perspectiva del general Valdés, los éxitos iniciales de las fuerzas españolas auguraban la posibilidad de una expulsión definitiva de las fuerzas insurgentes, lideradas ahora por Simón Bolívar tras su llegada al Perú en setiembre. Sin embargo, estos planes se verían frustrados. En el Alto Perú, el mariscal Olañeta desconoció la autoridad del virrey La Serna, justificándose en su adhesión al absolutismo tras recibir noticias de la caída del gobierno liberal y la restauración absolutista de Fernando VII. Olañeta abolió la Constitución de Cádiz en los territorios bajo su control, desobedeciendo a La Serna y acusándolo a él y a su Estado Mayor de representar un partido constitucionalista. Con estas justificaciones, Olañeta quien tenía bajo su mando el control de las provincias de La Paz, Cochabamba y Oruro intentó luego "anexar otros territorios del virreinato del Perú, que eran las provincias de Potosí, Charcas y Santa Cruz" (Conde de Torata, 1894, pp.62-63, Tomo I).

De todas las provincias sublevadas, la más importante era la de Potosí, por sus ricas minas de plata y la Casa de la Moneda. Olañeta depuso a las autoridades leales a La Serna e impuso a sus propios partidarios locales, lo que representaba un serio problema, ya que estas provincias eran las más valiosas que aún conservaba el virrey La Serna y contribuían con sus recursos al sostenimiento de sus ejércitos. Ante esta situación, La Serna se vio obligado a enviar a Valdés al mando de un ejército de 3,000 hombres, para sofocar la sublevación de Olañeta, quien, además, contaba con el respaldo de su propio sobrino, Casimiro Olañeta. Casimiro, en contacto con los patriotas, promovía la división entre los realistas e incluso había facilitado la comunicación con su tío. (Conde de Torata, 1894, Tomo I).

Valdés logra reunirse con Olañeta e intenta negociar para poner fin a la revuelta de este último contra La Serna, apelando a su antigua amistad y recordando que habían luchado juntos contra los insurgentes años atrás. Señala que la situación era contraproducente, pues, en teoría, todos defendían la causa del Rey. Para demostrar que no era un liberal radical sino un fiel súbdito, Valdés proclamó la abolición de la Constitución de Cádiz en los territorios bajo su control, con el fin de reconciliar a Olañeta con el virrey. La Serna hizo lo mismo en las zonas bajo control realista, al igual que sus subalternos Canterac y Rodil en Lima (temporalmente en manos realistas), en espera de la confirmación oficial desde la metrópoli. Sin embargo, Olañeta se mantuvo en rebeldía contra La Serna.

Con la intención de evitar un derramamiento de sangre entre los partidarios del Rey, se firmó el Tratado de Tarapayá, una tregua temporal en la que Olañeta se comprometía a no avanzar sobre los territorios bajo control de La Serna ni atacar

a sus tropas mientras se esperaba el reconocimiento oficial del cargo de La Serna por parte del Rey. A pesar de este acuerdo, Olañeta no cumplió su parte y acabó declarando la guerra a Valdés. En el enfrentamiento, Valdés, aunque en los primeros enfrentamientos no le fueron favorables, terminó por imponerse derrotando y capturando al comandante José María Valdez conocido como el Barbarucho (fallecería a causa de sus heridas), líder de las fuerzas de Olañeta lo que lo obligó a replegarse (Ovilio y Motero, pp.129-132), pero en la retirada las tropas de Olañeta saquearon propiedades, incluidas iglesias, a pesar de su autoproclamada defensa de la alianza entre el trono y el altar.

A pesar de los éxitos obtenidos al recuperar territorios previamente controlados por el ejército patriota, tras la derrota en la batalla de Junín, Valdés se vio obligado a suspender su campaña contra Olañeta. Esto lo llevó a regresar al Cusco, donde se unió a las tropas del virrey La Serna para hacer frente a las fuerzas de Bolívar, que avanzaban decididamente hacia ellos.

No hay duda alguna que, para Valdés, el principal responsable de la derrota y la pérdida del Perú para España fue Olañeta. En la segunda parte de su obra dirigida al Rey, Valdés presenta una denuncia abierta contra él, llegando a solicitar incluso que "se declare odiosa la memoria del General Olañeta como causante de la pérdida del Perú en circunstancias tan favorables" (Conde de Torata, 1894, p. 104, Tomo I).

Valdés y su explicación acerca de la batalla de Ayacucho

El 9 de diciembre de 1824, en las pampas de la Quinua, el mariscal de campo Jerónimo Valdés formaba en el flanco derecho, comandaba la división de vanguardia conformada por los batallones Centro, Cantabria, Castro y 1º del Imperial, apoyada por dos escuadrones de Húsares de Fernando VII y por cuatro piezas de montaña (Pereyra, 1975). Según el plan de batalla, que constaba de dos fases, la misión de Valdés en la primera fase era tomar el control de la casa de campo ubicada en su flanco, ocupada por fuerzas patriotas, mientras el resto de las tropas realistas eliminaban a las unidades de caballería patriota que los hostigaban. Antes de que pudiera iniciar la fase 2, Valdés debía cruzar con sus tropas la zanja que dividía ambos ejércitos en el campo de batalla y reunirse con el resto de las fuerzas realistas, para, una vez desplegadas, lanzar un ataque frontal aprovechando su superioridad numérica en tropas y cañones, ya que los patriotas solo contaban con una pieza de artillería, y así derrotar a las fuerzas de Sucre. La situación cambió drásticamente y comenzó la fatalidad para ellos. Las fuerzas patriotas se niegan a dejarle la iniciativa de la batalla a los realistas y actuaron de inmediato.

Las tropas del general José de La Mar lanzaron una carga contra las fuerzas de Valdés para recuperar la casa de campo. El flanco derecho realista resistió con fuego de fusilería y artillería, pero un error en el flanco izquierdo resultaría fatal: las tropas al mando del general Villalobos, creyendo que se había dado la orden para iniciar la fase 2, avanzaron prematuramente. El batallón del Cuzco, liderado por el coronel español Rubín de Celis (quien falleció en batalla), se adelantó al ataque y se encontró de frente con la división patriota de Córdova, que le infligió graves bajas con un potente fuego de fusilería. Villalobos intentó enviar refuerzos, pero estos también fueron abrumados por el fuego patriota y se vieron obligados a retroceder. A partir de este momento, la batalla comenzó a inclinarse en favor de los patriotas.

Las acciones de Valdés fueron de las más destacadas y heroicas por parte de las tropas españolas. Mientras el resto de las fuerzas realistas sucumbía y el propio virrey La Serna era capturado en el campo de batalla, el flanco derecho al mando de Valdés se mantuvo firme, y estuvo a punto de romper las líneas patriotas al mando del general La Mar, logrando hacerlas retroceder más allá de la zanja. Sin embargo, fueron finalmente rechazados tras sufrir la embestida de los "Húsares de Junín". Con el colapso del ejército realista ya inevitable, Valdés, consciente de que la batalla estaba perdida, decidió enfrentar su destino sentándose sobre una piedra, esperando ser ultimado por algún soldado patriota. Sin embargo, sus oficiales subalternos lo rescataron y lo sacaron del campo de batalla (Camba, p. 238, Tomo II). El propio Valdés confirma este trágico momento en su reporte al Rey:

> Cuando quedé sin soldados y después de haber procurado buscar la muerte, que habría sido inevitable, si mis Ayudantes no me hubieran sacado de entre mis enemigos, me replegué con ellos y algunos oficiales en la dirección que vi marchar a algunos pelotones (Conde de Torata, 1894, p. 99, Tomo I).

El desastre fue terrible para las fuerzas realistas. Según las memorias del general Miller y por los partes del general Sucre, los realistas sufrieron alrededor de 1400 muertos, entre ellos 6 jefes y un alto número de oficiales, además de 700 heridos, incluyendo a 2 generales y 3 jefes. "Aparte de ello, se perdieron las 11 piezas de artillería y 2500 fusiles junto a los demás pertrechos capturados por los patriotas" (Miller, 1910 [1829], p.177, Tomo II).

Al finalizar la batalla, los realistas apenas lograron reorganizar una fuerza de entre 200 y 300 jinetes, mientras que toda su infantería se había perdido entre los prisioneros y aquellos que se desbandaron (Torrente, 1846, p. 500, tomo III),

quedando únicamente los generales y un considerable número de oficiales. Sin posibilidad de reconstruir su ejército y desconfiando de una posible acogida en las fuerzas del mariscal Olañeta —quien se había sublevado contra ellos acusándolos de liberales, anticlericales y masones— el general Canterac, en nombre del resto de los oficiales realistas, aceptó la propuesta de capitulación ofrecida por un ayudante del general La Mar. Después de discutir y aprobar los términos del acuerdo entre Sucre y Canterac, este fue finalmente firmado, sellando así la capitulación.

Según narra el general Miller en sus memorias, entre las fuerzas realistas que cayeron en manos de los patriotas y terminaron como prisioneros de guerra se encontraban los generales "La Serna, Canterac, Valdés, Carratalá, Monet, Villalobos, Ferrás, Bedoya, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, García-Gamba, Pardo, Vigil y Tur; además de 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 oficiales, y 3200 soldados, cabos y sargentos (Miller, 1910, p. 179, tomo II). El resto había huido.

Para Valdés, las causas que provocaron la derrota en Ayacucho no radicaron en un mal planteamiento, no se debieron a un error de estrategia, él explica lo siguiente:

> El plan de ataque puedo asegurar que fue bien concebido y bien explicado, sin que advierta en su ejecución otra falta, que la de haberse adelantado más de lo que se le previno el Comandante del primer regimiento que llevaba el ala izquierda. La batalla de Ayacucho no fue perdida por la traición ni la ignorancia; la perdió la falta de valor en la tropa, su cobardía; esto es cierto, Señor; pero también lo es que los generales, Jefes y Oficiales llenaron su deber. (Conde de Torata, 1894, pp. 96-97, Tomo I).

Respuesta de Valdés ante las consecuencias de Ayacucho

Tras la derrota en Ayacucho y gracias a las favorables concesiones obtenidas en la capitulación, los oficiales realistas peninsulares recibieron la opción de regresar a España, con los costos del pasaje cubiertos por el Estado del Perú, financiados al menos con la mitad de la paga mensual correspondiente a su empleo. Así, partieron en varios barcos (Hernestine, francés; Asia, Aquiles, Constante, Pezuela, Lea, etc.); Surtos en Quilca, puerto arequipeño, que era el lugar más próximo al teatro de operaciones de Ayacucho (CPHEP, 1982).

Valdés decidió acompañar al general La Serna junto con otros jefes y oficiales realistas para embarcar en el puerto de Quilca el 30 de diciembre de 1824 rumbo

a España. El problema para Valdés era que se encontraba sin dinero para pagar su pasaje de retorno. Estaba sin un solo peso en el bolsillo ya que los últimos 9 pesos que tenía se los había entregado en el puerto a un negro diciéndole "...toma el único dinero que tengo para que no digan los peruanos que vine a robarlos" (Ovilio y Motero, 1850, pp.153-154). Afortunadamente un amigo suyo le pudo costear un pasaje en una fragata francesa Ernestina que iba a Burdeos donde también embarcaron La Serna, Maroto, Villalobos entre otros militares y paisanos españoles el 1° de enero de 1825 haciendo escala en Río de Janeiro hasta llegar a Francia. Valdés regresó a España en agosto de ese año y se mantuvo dentro del ejército español, pero no sin sufrir las consecuencias de la derrota en Perú.

Antes de su retorno, el virrey depuesto, Joaquín de la Pezuela, se había encargado de difundir en Madrid un escrito titulado MANIFIESTO en el que culpaba tanto a La Serna como a Valdés de su forzada renuncia en 1821. Pezuela alegaba que sus esfuerzos habían mantenido al virreinato frente a los insurgentes hasta que las reformas impulsadas por La Serna —como la creación de un Estado Mayor y la disolución de unidades veteranas— provocaron divisiones internas y la caída del virreinato (Pezuela, 1821). Este manifiesto contribuyó a la campaña de desprestigio contra ambos oficiales. La difamación se extendió con el respaldo de los seguidores de Olañeta, quienes también acusaron a La Serna y a Valdés de simpatizar con el liberalismo y defensores de la Constitución de Cádiz, de tendencias anticlericales y de pertenecer a la masonería, algo prohibido por el rey Fernando VII. Este contexto complicado marcó la carrera de Valdés en España, donde debió enfrentar constantes ataques a su imagen debido a su asociación con la derrota en Ayacucho.

Fue tal la campaña de desprestigio que cayó sobre Valdés y sus compañeros de armas que cuando años después lograron cargos importantes en la administración del reino durante los gobiernos del reinado de Isabel II estos pasaron a ser calificados como los "Ayacuchos" de manera despectiva (Conde de Torata, 1894, Tomo I). Incluso los oficiales realistas que, aunque sirvieron en las campañas del Perú, pero no habían participado en aquella batalla, como fue el caso del general Baldomero Espartero, quien sería uno de los primeros ministros más destacados durante el reinado de Isabel II, llegando a ocupar varias veces el cargo de primer ministro, designó en cargos de confianza a varios de los compañeros de armas que sirvieron en el Perú junto a él y sí habían participado en esa batalla.

Como consecuencia de esta campaña de desprestigio se le negó a Valdés poder ir a la Corte en Madrid y quedó con destino en 1827 en el cuartel de

Vitoria. Lo mismo sucedió con otros compañeros de armas suyos. En repuesta a tan injusto trato, escribió un informe titulado Documentos para la Historia Separatista del Perú remitidos al Rey en julio de 1827 detallando acerca de su actuación militar en el Perú dividiéndolo en tres partes: la separación del general Pezuela; la traición de Olañeta y la batalla de Ayacucho. Fueron 5 tomos (El tomo III dividido en 2 volúmenes) de los cuales 3 de ellos fueron compilaciones de cartas y documentaciones correspondientes a las acciones llevadas a cabo en contra del Ejército Libertador y demostrar la traición de Olañeta al entrar en tratos con los subordinados de Bolívar. El Tomo III es incluso una refutación en contra de la publicación de un diario de un supuesto capitán José de Sepúlveda donde habla de su participación en las campañas del Perú como oficial dentro del ejército realista bajo las órdenes de La Serna. En sus escritos lanzó una serie de acusaciones tanto contra el virrey como contra Valdés. En todas estas obras iba una extensa compilación de anexos en donde refutaban todas las acusaciones hechas contra Valdés de parte de los pezuelistas y olañetistas que habían difundido en los diarios de Madrid todos esos años (Conde de Torata, 1894, pp.6-8, tomo III).

Pero a diferencia del manifiesto de Pezuela, la obra de Valdés por ser un informe reservado al monarca no se difundieron copias entre la población y porque una serie de sucesos políticos ocurrieron sólo unos años después con la muerte de Fernando VII en 1830 y el posterior estallido de la primera guerra carlista (1833-1840). A pesar de ello, el informe habría ayudado a Valdés a reivindicarse con la Corte de Madrid, ya que sería llamado a ejercer diversos cargos de confianza demostrando su valía como militar en el bando liberal durante la primera guerra carlista, llegando más adelante a ocupar el cargo de Capitán General en la Isla de Cuba, sirviendo a la corona hasta 1849 poco años antes de su fallecimiento en 1855. El conocimiento de esta documentación recién se hizo pública hasta muchos años después, cuando su hijo el Conde de Torata se encargaría desde 1894 hasta 1898 en publicar los 5 tomos (el tomo III se editó con uno extra con anexos y réplicas) como medio de refutación a las aseveraciones que tuvieron sobre Valdés de parte de historiadores como el español Vicente de la Fuente y el chileno Gonzalo Bulnes (Valdés, pp. 11-15, tomo I).

Conclusiones

La derrota realista en Ayacucho, además de significar el final del dominio español en el Perú, dejó una profunda huella en los oficiales españoles de alto rango que participaron en esta batalla, e impactó incluso a quienes no participaron, como el propio Espartero, quien había viajado a Madrid para explicar las razones que llevaron a los generales españoles a deponer al virrey Pezuela y darle el mando a La Serna.

El general Jerónimo Valdés, pese a su destacada trayectoria en el ejército español desde la guerra de independencia contra los franceses, se vio obligado a presentar un informe al rey Fernando VII para defenderse de los ataques y difamaciones en su contra, derivados de la denuncia de Pezuela, quien lo señalaba como uno de los responsables de su destitución y de la pérdida del Virreinato del Perú.

Valdés consideraba que el principal responsable de la pérdida del virreinato del Perú fue el mariscal Pedro Antonio de Olañeta, un destacado absolutista, cuya rebelión contra la autoridad del virrey La Serna provocó la división entre las fuerzas realistas. A pesar de la adversidades y desventajas, los realistas habían logrado contener y vencer en varias ocasiones a las tropas de San Martín y Bolívar. No obstante, Valdés se vio obligado a enfrentar a Olañeta, quien justificó su sublevación alegando que tanto el virrey como su Estado Mayor eran liberales y partidarios de la abolida Constitución de Cádiz.

Referencias:

Bullón, A. y Semprún J. (1992). *El Ejército Realista en la Independencia Americana.* Editorial MAPFRE.

Búlnes, G. (1897). *Últimas Campañas de la Independencia del Perú (1822 - 1826).* Barcelona, España.

Camba, A. (1846). *Memorias para la Historia de las Armas Españolas en el Perú, por el General CAMBA: T. II.* Establecimiento Tipográfico de D. Benito Hortelano. España.

Conde de Torata. (1894). *Documentos para la historia de la Guerra Separatista del Perú: Exposición que dirige al rey don Fernando VII el mariscal de Campo Don Jerónimo Valdés sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú* (Tomos I). Madrid: Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos. España.

_____ (1894). *Documentos para la historia de la Guerra Separatista del Perú: Exposición que dirige al rey don Fernando VII el mariscal de Campo Don Jerónimo Valdés sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú* (Tomos III). Madrid: Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos. España.

De la Pezuela, J. (1821). *Manifiesto en que el virrey del Perú don Joaquín de la Pezuela refiere el hecho y circunstancias de su separación del mando.* Imprenta de D. Leonardo Núñez de Vargas.

Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú. (1982). *Historia General del Ejército del Perú. Tomo IV: El Ejército en la Independencia del Perú. Volumen 2: El Ejército: Protagonista principal en la Independencia del Perú.* Lima, Perú

Miller, W. (1910) [1829]. *Memorias del general Guillermo Miller al servicio de la República del Perú: T. II* (G. Torrijos, Trad.). Librería General de Victoriano Suarez.

Ovilo y Otero, M. (1850). *Biografía del Excmo. SR. D. Gerónimo Valdés, conde de Villarín, teniente general de los ejércitos nacionales.* Imprenta D.B. González.

Palma, R. (1893). *Tradiciones Peruanas: T. I.* Montaner y Simón, Editores. Lima, Perú

Pereyra, H. (1975). *La campaña libertadora de Junín y Ayacucho.* Publicaciones de la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Lima, Perú

Torrente, M. (1829). *Historia de la Revolución Hispano – Americana:* T. III. Imprenta Don León Amarita.

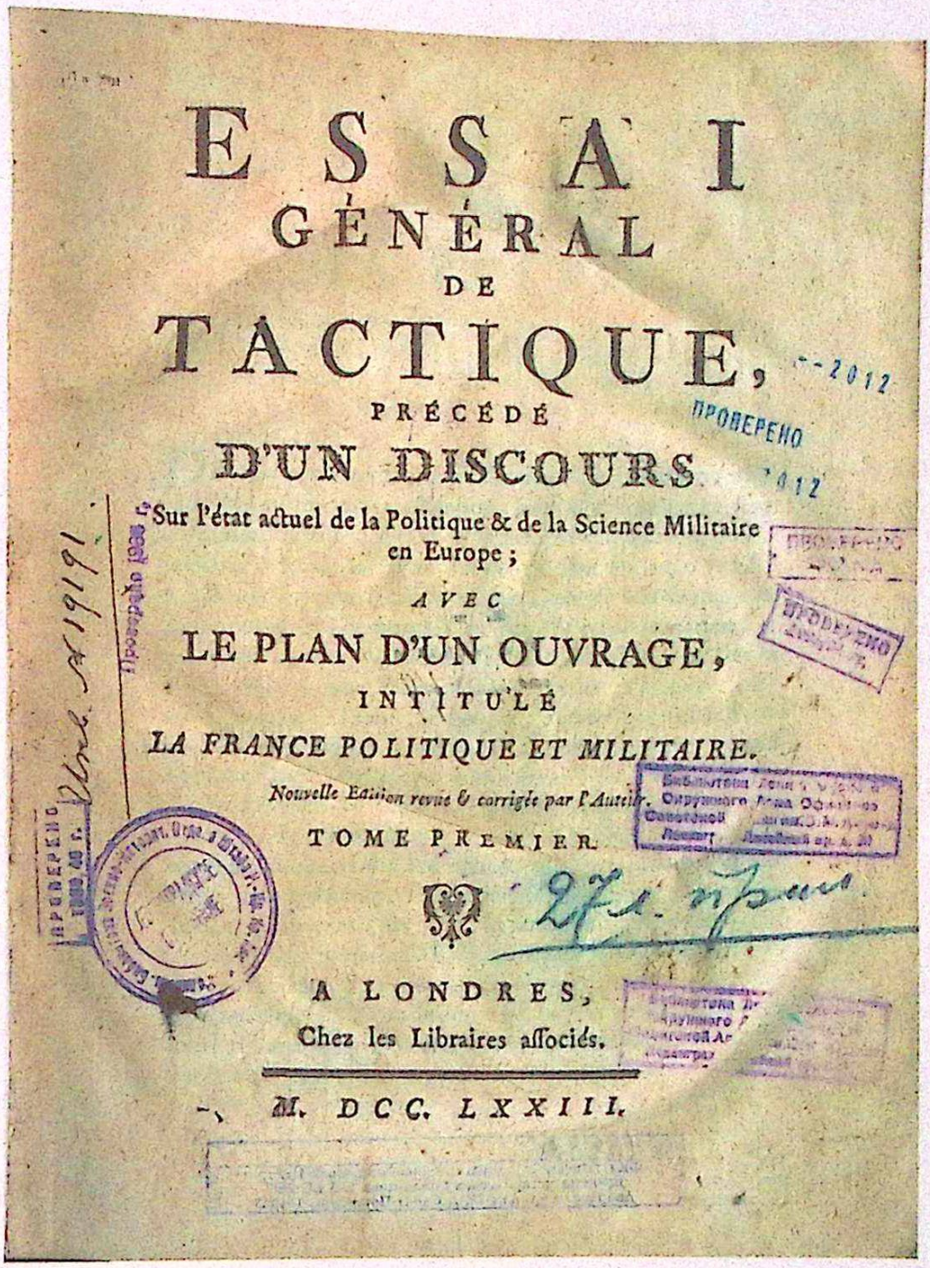
Victoria, P. (2019). *El terror bolivariano.* Titivillus.

Anyel Adelayda Huamán Manrique

- Licenciada en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM).
- Maestrista en Historia en la misma casa de estudios.
- Actualmente, se desempeña en la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú (CPHEP).
- Ha publicado artículos sobre la participación de la mujer en la historia del proceso de la independencia. Su investigación actual se centra en el ingreso de la mujer al Ejército Peruano.

Aleks Fernando Narváez Espinoza

- Bachiller en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM)
- Magíster en Historia Contemporánea por la Universidad CEU San Pablo de Madrid.
- Está especializado en estudios del siglo XX, particularmente en los totalitarismos y la Guerra Civil Española, así como en los estudios sobre la Hispanidad de los siglos XVI al XIX.



ESSAI
GÉNÉRAL
DE
TACTIQUE,
PRÉCÉDÉ
D'UN DISCOURS
Sur l'état actuel de la Politique & de la Science Militaire en Europe;
AVEC
LE PLAN D'UN OUVRAGE,
INTITULÉ
LA FRANCE POLITIQUE ET MILITAIRE.
Nouvelle Edition revue & corrigée par l'Auteur.
TOME PREMIER.
A LONDRES,
Chez les Libraires associés.
M. DCC. LXXIII.

Ensayo Táctico General, precedido por un discurso sobre el estado actual de la política y la ciencia militar en Europa

Documento
Jacques-Antoine Hippolyte de Guibert

Abstract

The purpose of this article is to explore the preconceptions of "total war" such as: mass recruitment, concentration of power and mobile logistics applied in the preparation of the United Liberating Army and royalist army prior to the battles of Junín and Ayacucho.

The hypothesis is analyzed that the doctrinal principles of the war of Count de Guibert are later developed by Napoleon Bonaparte and have direct influence with the royalist generals in America, through the Napoleonic wars, and indirectly influence Simon Bolívar through the search for knowledge and circles of intellectuality.

The method used is documentary and bibliographic analysis. It is concluded that mass recruitment occurred on both sides, while the concentration of power was fulfilled in the patriot army and the opposite happened in the royalist army. Finally, mobile logistics, although there were attempts to apply Guibert's proposal on both sides, continued with the classic logistics doctrine of transporting heavy supply loads.

Keywords: Spanish-American War of Independence - modern warfare -Count of Guibert -Simón Bolívar

Introducción

A finales de 1823 el ejército patrio estaba casi acabado. La medida de otorgar absolutos poderes políticos y militares al Libertador para revertir los desastres de Puertos Intermedios no había prosperado. En los albores de 1824 parecía extenderse la racha negativa del ejército patrio y la independencia americana peligraba.

Bolívar contaba con un ejército peruano diezmado. El arribo de tropas colombianas avanzaba con lentitud. Chile había decido no enviar ayuda a la causa emancipadora y Argentina apostaba por una solución diplomática con la metrópoli:

> Si los enemigos después de los graves y trascendentales sucesos del mes de febrero habrían marchado sobre el libertador, SE., se habría visto en la dolorosa situación de cederles el país, porque hubiera sido el colmo de la

imprudencia, tentar la suerte de las armas... (Tomás de Heres, como se citó en Paz Soldán,1874).

Como lo menciona el secretario del Libertador, si el virrey La Serna hubiera decidido pasar a la ofensiva en febrero del 1824, la victoria habría sido realista con la consecuente reconquista española del territorio.

Tal situación mantenía preocupado al Libertador al punto que la desesperación empezaba a menguar su figura de genio militar:

> S.E pues no espera más que un mes para ver el efecto de esta comunicación; si es favorable con respecto al alivio de las necesidades del Ejército S.E continuara en el mando; pues si no es así, y no se le suministran los fondos necesarios para pagar los sueldos corrientes a lo menos, S.E se retira dejando en el mando al general Sucre, pues de qué modo alguno quiere presenciar la ruina de sus más queridos compañeros de armas y de un pueblo que tan generalmente le ha confiado su salud (Paz Soldán, 1874, pp.236)

Sin embargo, la rebelión del general Olañeta en Alto Perú contra el virrey La Serna fue el "salvavidas" necesitaba Bolívar para reorganizar sus fuerzas y presentar batalla. Este hecho permite reflexionar sobre tres elementos claves que aparecen el desarrollo de la campaña por la consolidación de la independencia: Reclutamiento, concentración del poder y logística. Estos elementos tuvieron gran impacto en los acontecimientos posteriores.

La investigación, con base en fuentes primarias y bibliográficas gira en torno al análisis y explicación de estos tres elementos que constituyen los principales postulados del Conde de Guibert en su apuesta por modernizar la forma de hacer la guerra. Estos preceptos serán la base de lo que tiempo después se conocerá como la "guerra total". Estas nociones van a ser empleadas por Napoleón en su conquista de Europa. De ahí que esta experiencia influenciara a los protagonistas (españoles y americanos) que lucharon en la guerra de independencia americana.

Cabe indicar, que el propósito no es abordar la guerra total, pero si es preciso señalar sus concepciones previas. Es decir, presentar los principios propuestos por el Conde de Guibert, desarrollados posteriormente por Napoleón y que luego, serán aplicados en la guerra de independencia americana. Tal derrotero sirve para explicar la vinculación de los generales realistas y Simón Bolívar con estos pre conceptos y su aplicación en las estratégicas militares de 1824.

Los pre conceptos: De Guibert a Napoleón

La historia de la guerra es la historia de la evolución de las formas y métodos de hacer la guerra. El arte de la Guerra como lo llamó Sun Tzu ha cambiado desde la antigüedad hasta la actualidad. Cada periodo de la historia ha estado marcado por un estilo de hacer la guerra, la misma que ha respondido a su tiempo y contexto.

La guerra en el siglo XIX era heredera de los métodos desarrollados por Napoleón Bonaparte. El genio militar corso que revolucionó la guerra, no solo la llevó por todo Europa, sino que muchos de sus métodos fueron asimilados por los ejércitos aliados y por los derrotados.

Napoleón no inventó la guerra total. Si no, que, basándose en la lectura de la doctrina de Jacques Antoine Hippolyte, Conde de Guibert, adoptó algunos principios y los desarrolló durante sus campañas en Europa. De ahí que el concepto de "nación en armas" derivaría de la lectura del "Ensayo General de Táctica"[1]. Al respecto, Cervera (2022) indica que "La nación en armas que tan bien dirigiría Napoleón contra sus enemigos y que, a su vez, estos emplearon con el tiempo contra él en forma de milicias austriacas o insurgentes españoles"

Estas primeras nociones serán las bases de lo que un siglo después será conocido como la guerra total. Destacan las ideas de reclutamiento en masa, concentración de poder y movilidad del ejército:

> Los ejércitos no se alinearían cortésmente en pulcras líneas de infantería, como en tiempos de Federico II de Prusia, sino que implicarían a una escala desmesurada de reclutas, embarcados en guerras de ideología nacional en la que las distinciones entre civiles y soldados se desdibujarían y el escenario del conflicto se ampliaría de forma brutal para ocupar no solo zonas bien conocidas de combate, sino también países enteros. Los ejércitos serían más móviles, libres de los pesados trenes de abastecimiento que iban tras los soldados con alimentos y medios para sostener la campaña. (Cervera, 2022)

Los generales realistas que comandaban las divisiones militares en América, eran veteranos que habían luchado contra la invasión francesa a España en el primer quindenio del siglo XIX. Al respecto Dellepiane (1977) señala "eran

1 Ensayo General de Táctica, publicada en Londres en el año 1772

oficiales peninsulares que habían enfrentado a los ejércitos de Napoleón" (pp.172). Luego, llegaron a América en las fuerzas expedicionarias que la corona envió para aplastar las sublevaciones. Estos militares fueron testigos directos de la aplicación de los métodos de Napoleón. Por tanto, se deduce que los generales realistas, tenían noción de estos principios y los van a tratar de aplicar en las luchas por la independencia hispanoamericana.

Del mismo modo, el Libertador, si bien no había participado en combates hasta antes de su periplo emancipador, su biografía lo presenta como un hombre muy bien instruido y culto. Durante su estadía en Europa se embulló de las ideas de la ilustración y el humanismo. Frecuentó círculos intelectuales con ideas liberales. De ahí su concepción sobre la libertad y los principios emancipadores. Bolívar presenció la guerra napoleónica y es de suponer que también tuvo acceso a las doctrinas militares de la época. Solo así se puede entender las estrategias que aplicó en sus campañas militares:

> En su confrontación contra los colonialistas españoles, Bolívar apela a la estrategia de la combinación de todas las formas de lucha, incluyendo la guerra regular y la irregular. Su estrategia sólo pudo triunfar sobre el colonialismo europeo cuando logra concretar y realizar la doctrina revolucionaria del pueblo en armas (Kohan, 2013, pp.45)

Asimismo, Pérez (1988) nos da más alcances sobre el conocimiento militar que Bolívar tendría de Napoleón:

> El Libertador conocería sus Obras, posiblemente tarde. Como hombre de su tiempo, no escaparía a la influencia política de aquel hombre (ver el "Diario de Bucaramanga"). El sistema de guerra del Libertador, estaba más cerca de la batalla napoleónica que de la prusiana del siglo anterior. La biblioteca napoleónica la conocería el Libertador en su totalidad en las postrimerías de la guerra de Independencia. Probablemente entre los años 1820 y 1827. (pp.44)

Contexto: Una luz en el Alto

Sombrío se mostraba el horizonte para el Libertador Simón Bolívar después de que el ejército del general Santa Cruz fuera disperso y disuelto en su travesía por el Alto Perú. Si bien aquella debacle era responsabilidad del presidente Riva Agüero, Bolívar heredaba un derrotado ejército peruano para su empresa emancipadora.

La convulsa situación política que para finales de 1823 vivía el Perú, teniendo a dos presidentes que desde diferentes provincias reclamaban la legitimidad del gobierno impartiendo instrucciones y negociando los destinos de la nobel República entorpecían los planes del Libertador, quien a su vez buscaba la forma de dar solución a esta encrucijada política para despejar el camino y enfocarse solo en la campaña militar que inexorablemente se acercaba. Había más unión en el bando realista que en el patrio. Al respecto, Sobrevilla (2021) menciona:

> La creación de dos gobiernos independientes paralelos, uno en Lima y otro en Trujillo, no hizo más que hacer que la situación fuera aún más compleja. Lo que queda claro es que en este momento quienes luchaban por mantener el control de la corona española en el Perú se conservaban unidos y tenían el apoyo de muchas personas en las zonas sur andinas. (pp.137)

A este desfavorable horizonte, en febrero de 1824 se sumó la sublevación de las tropas argentinas que combatían en el bando patrio en el Real Felipe, el cual fue entregado a las fuerzas realistas y permitió el control del Callao y Lima bajo los intereses monárquicos. Este hecho precipitó que el congreso peruano otorgara poderes dictatoriales a Bolívar, visto como el salvador del Perú.

Sin embargo, la captura de Riva Agüero meses antes, y la solicitud de asilo de Torre Tagle en los castillos del Callao, puso de manifiesto la habilidad política del Simón Bolívar para superar el escollo político, y ahora, envestido con poderes absolutos, ir con autoridad y confianza por el desafío militar. Sin embargo, no era una empresa fácil debido a que existía un reducido ejército patriota y Bolívar no confiaba en los dotes militares del soldado peruano. "Bolívar creía que los peruanos eran inaparentes para soldados, malos jinetes e incapaces para caballería..." (Dellepiane, 1974, pp.) Además, ante la negativa de Chile y la indiferencia de Argentina de apoyar con refuerzos, Bolívar depositó sus esperanzas en las fuerzas gran colombianas que prometieron arribar al Perú en apoyo a la causa emancipadora.

A la par de estos acontecimientos y mientras Bolívar planificaba en Pativilca su hazaña militar, en el Alto Perú, el general realista Pedro Olañeta iniciaba su rebelión contra el virrey La Serna. Este hecho fue clave para el rumbo que tomaría la guerra entre republicanos y españoles.

El lapso que duro la pugna entre realistas, favoreció los planes de Bolívar, dándole tiempo para reorganizar sus fuerzas, recomponer sus estructuras, ordenar

las jerarquías militares, adiestrar, instruir y abastecer al ejército. Es decir, planificar la batalla decisiva contra el enemigo.

El reclutamiento

Desde la antigüedad el paradigma del soldado es equiparado con el de forjador de la patria o el prócer de la emancipación. Buenas cualidades y atributos se le confieren dotándolo de características que representan los más excelso del hombre virtuoso. Todo asociado a la defensa de la nación.

Con el devenir de la historia, dicha idea ha seguido vigente, y con más asidero en la región de Suramérica, en un contexto en que se producían las luchas por la independencia y estas se hacían principalmente por las armas. Tapias (1990) señala "Hablar de la importancia del soldado en el Ejército es hablar de la historia misma de nuestra nacionalidad, porque el soldado ha contribuido a forjar las diferentes épocas de nuestra evolución como Nación libre y Soberana, dejando en ellas huella imborrable de su paso". (pp. 391)

Para fines de esta investigación, resulta fundamental señalar la procedencia del soldado en su sentido de ingresar al ejército. Tres formas existen: voluntarios, reclutamiento y a sueldo[2]. La cantidad de hombres conforman las tropas. Éstas luego son organizadas en unidades de combate.

La guerra moderna que inicia con los postulados del conde de Guibert y que luego adquieren relevancia en las operaciones militares de Napoleón tendrá como uno de sus principios el **reclutamiento en masa.** El reclutamiento de soldados a gran escala se da post Revolución Francesa en donde el cambio de estructuras administrativas basadas en la concentración de poder del Estado permitió que el ejército francés crezca de manera exponencial alentado por ideologías nacionalistas. Al respecto:

> Todo esto cambió con la Revolución francesa. Los monarcas franceses absolutistas del ancien régime habían allanado el camino para la centralización al por mayor del Estado francés, y esto ayudó a que los revolucionarios—y más tarde, Napoleón—impusieran una levée en masse que luego condujo a lo que Napoleón llamó una «nación en armas». Fue la militarización de la sociedad de una manera nunca vista en Europa. (McMaken, 2021)

2 En la guerra moderna fue dejándose a un lado. Sin embargo, la guerra hibrida ha puesto nuevamente sobre el tapete esta forma de incorporación de soldados hacia una causa.

Este hecho puso de manifiesto que medidas de este tipo permiten tener las tropas suficientes para emprender una campaña militar con mayor probabilidad de éxito. Para los generales realistas y el propio Bolívar esta idea no era ajena. Por el contrario, fue principio fundamental en su estrategia militar.

Ejército realista

El reclutamiento para el ejército virreinal en el siglo XVIII se hacía priorizando al combatiente peninsular antes que al 'americano'. Sin embargo, en las primeras décadas del siglo decimonónico, el virrey Abascal entendiendo que no se podía cubrir las necesidades de hombres si no se recurría al reclutamiento en masa de los americanos, fueran criollos o mestizos. Al respecto Luqui (2020) señala "era imposible llenar los regimientos de dotación o los de refuerzo, si no se recurría a americanos, de modo que habrá regimientos completos formados con hijos de la tierra". (pp.88)

Por tanto, la gran masa del ejército realista estaba formada por mestizos reclutados de todos los pueblos de la costa y la sierra. Luqui (2020) señala "las más de las veces por la fuerza y destinados a los cuerpos de línea o milicias, previa instrucción del uso de las armas y las voces de mando. Eran soldados sumisos y dóciles, que no cuestionaban sus deberes, ni se sublevaban por la falta de paga, incansable andarín, sobrio, valiente y disciplinado". (pp.90)

Al estallar las guerras por la independencia en el continente americano, la defensa de la corona aún aplicaba ciertos criterios para el reclutamiento tratando de seleccionar al mejor hombre para el combate, además lo hacía llevando un control administrativo:

> El reclutamiento se hacía sobre la base de los censos de población para, como decía el virrey Abascal, determinar el alistamiento de mozos útiles capaces de llevar armas sin detrimento de las principales atenciones de los pueblos. A medida que avanzó la guerra las preferencias para el reclutamiento fueron variando, pero observaron siempre el orden de: primero los españoles, en segunda instancia los criollos, en tercera los mestizos, en cuarta los indígenas y por último en quinto lugar los pardos libres y/o los esclavos libertos. (Luqui, 2020 pp.89)

El proceso de reclutamiento e instrucción tenía fases: primero, se pedía a las unidades de milicias ubicadas en el interior del virreinato que reunieran a

los reclutas. Estos, una vez agrupados eran enviados a los lugares destinados para su formación, donde una vez alojados, recibían instrucción. Al concluir su entrenamiento, eran destinados a los distintos cuerpos en los que prestarían servicio.

De esta manera para 1824, "el ejército realista se componía a la sazón de 18 mil hombres, constituidos bajo el pie más brillante de arreglo y disciplina, y poseídos de todo el orgullo propio de repetidos y gloriosos triunfos" (Paz Soldán, 1874, pp.253)

Ejército patrio

Constituía un reto para Bolívar poder incrementar e instruir en poco tiempo el cuerpo de su ejército. Para lograr este fin se emplearon tres métodos.

La primera era buscar y reunir las pocas tropas que quedaron después del fracaso de la segunda campaña de puertos intermedios. Esta tarea estuvo a cargo del general La Mar. "La Mar permanecía en Cajamarca, donde había reunido los restos de tropas de Santa Cruz, las unidades que se habían sublevado contra Riva Agüero, los soldados que el general Necochea salvo de Lima y el Callao y las tropas que se iban creando a medida que se iba reclutando" (Dellepiane, 1977, pp. 185)

El segundo método, bastante cuestionado, fue la leva forzosa. Es decir, tuvo que recurrir al reclutamiento forzado, al trato casi inhumano y el abuso. Desde su perspectiva era la única forma de conseguir tropas para el enfrentamiento final. Dellepiane (1977) sostiene:

> En carta dirigida al coronel Andrés de los Reyes. Prefecto de los departamentos de la Costa le ordenaba que enviara al ejército a todos los individuos aptos para el servicio, desde la edad de doce años hasta los cuarenta.; al coronel O'connor le previno que si continuaba la deserción tan excesivamente como había empezado, quintara a los que quedaban y los ejecutara en el acto.; además ordeno que durante su marcha hiciera toda la recluta posible y llevara a los enganchado con toda seguridad como si fueran prisioneros. (pp.184)

El tercer método fue el llamado voluntario. Se hicieron grandes campañas de llamamiento apelando a los ideales de patria y libertad. Sin embargo, muy por el contario a lo que se dice, no hubo una respuesta masiva de patriotas. Acudieron sectores de "clase media", organizados en cuerpos civiles.

Con todo ello, cuando inicia el desplazamiento de Huaraz a Cerro de Pasco, Bolívar había logrado reunir e instruir a una considerable masa de hombres, disciplinados. "9 mil hombres se presentaron en revista, en excelente estado de disciplina, regularmente vestidos y contos los elementos de guerra" (Paz Soldán, 1874, pp.253)

Concentración del poder

Guibert consideraba que los cambios que proponía para mejorar al ejército francés solo podían ser posibles por un sistema diferente al monárquico. Guibert soñaba con una administración como la república romana y la concentración de poder en alguna personalidad que sin oposición pueda imponer los cambios necesarios. "Sólo si se crease un Estado virtuoso, similar a la república romana surgiría un gran genio, para asumir los poderes de dictador, sentarse el mismo en el trono y llevar a cabo la reforma completa de todo el sistema político y militar" (Falcon, 2002, pp.71)

La teoría política clásica sobre la democracia habla de la conveniencia de separación de poderes a fin de evitar gobiernos despóticos y tiranos. La oposición a esta noción es la de la figura del Dictador. Definida esta por la Real Academia Española (2023) "como la persona que se irroga o recibe todos los poderes políticos y apoyado en la fuerza los ejerce sin límites jurídicos", (sf. definición 1) se considera que Guibert aboga más por la definición de dictador en su tercera acepción "entre los antiguos romanos, magistrado supremo y temporal que se nombraba en tiempos de peligro para la república". (RAE, sf. Definición 3)

Para Guibert, Napoleón y Bolívar el peligro que se cierne sobre una nación es la guerra. Para ellos, el concepto de dictadura está asociada al manejo eficiente de la guerra. Solo en ese contexto estaría justificado su uso y cobraría sentido tal proposición.

Para fines de este artículo, se refiere la concentración de poder como la expresión de una persona que ostenta el poder político y militar para la toma de decisiones y la consecuente conducción de las campañas militares. Así mismo, asociado a este concepto, se deriva la idea de unidad de mando. Concepto militar entendido como el reconocimiento de una persona como líder militar al cual se subordina el resto de la jerarquía militar.

Ejército realista

El virrey La Serna encarnaba la figura del monarca español en América; concentraba el poder político y militar de los realistas en territorio americano. En el contexto de la guerra por la independencia americana en él residían las decisiones de orden militar. Bajo su mando se configuraba el ejército realista y producto de aquel liderazgo, las fuerzas realistas hasta 1824 habían vencido en todo enfrentamiento a las fuerzas independentistas.

Sin embargo, el general Olañeta que comandaba una imponente división en el Alto Perú, cuya fuerza era importante en el esquema estratégico de la guerra, empezó a cuestionar el poder político y militar a La Serna generando un divisionismo al interior del ejército realista que condujo a consecuencias funestas para el virrey.

Olañeta inició su insubordinación el 22 de enero expulsando a José de la Heras, gobernador de Potosí para que dicha guarnición quedara bajo su mando. Luego repite el mismo movimiento con Rafael Moroto, presidente de la Audiencia de Charcas, por lo que el 8 de febrero se apodera dicha gobernación.

La Gaceta Extraordinaria del Gobierno del Domingo informaba el 18 de abril de 1824. "Se confirman las noticias de que el ejército español está en anarquía y sus jefes divididos en partidos. Olañeta ha querido ponerles la ley, Valdez ha ido a abatirlo y se asegura que Canterac ha ido a reforzar este último (Colección Documental de la Independencia del Perú, 1973 pp.154)

Sin duda, las fuerzas realistas atravesaban una crisis. Olañeta se declaró en abierta rebeldía en junio. El virrey La serna quería evitar un enfrentamiento entre sus fuerzas, por ello tuvo que enviar al general Valdez al Alto Perú a fin de que hiciera recapacitar al rebelde Olañeta. Incluso La Serna estaba dispuesto a renunciar al cargo de virrey para alejar los motivos de rompimiento y uniformar la opinión evitando la guerra civil cuya consecuencia será la perdida de América. Pero todo fue en vano, al final se llegó a las armas. (Dellepiane, 1977, pp.180)

La decisión de enviar a Valdez al sur, fue un movimiento que favoreció los intereses de los patriotas. Al respecto Dellepiane (1977) refiere:

> Con el desplazamiento al sur del general Valdez, el dispositivo realista rompió su equilibrio. Las tropas de este habilísimo jefe eran las más maniobreras y

mejor organizadas, por reunir estas cualidades el virrey las había establecido en Arequipa, desde donde se hallaban listas, sea para trasladarse a los puertos del sur, como vanguardia del dispositivo, sea para dirigirse al Alto Perú lo que por entonces parecía poco necesario puesto que los patriotas argentinos y chilenos solo se ocupaban de lo que ocurría en sus propios territorios; sea en fin para ir en socorro del ejercito del norte a ordenes de Canterac, que era el más amenazado debido a sus proximidad de los patriotas (pp.189)

Valdez estuvo a punto de vencer a Olañeta, después de derrotarlo en las batallas de Tarubuquillo y La Lava. Sin embargo, la comunicación de La Serna pidiéndole que regrese al Cuzco luego de los sucesos de Junín, impidieron consumar la victoria total.

En resumen, la pugna entre españoles, a la vez que los desprestigiaba, aumentaba la confianza en los patriotas. Por tal motivo, el virrey La Serna se vio obligado a intervenir para mantener la unidad militar y política, aquella que le había servido para tener ventaja sobre las fuerzas independentistas. La acción de Olañeta hará que La Serna postergue la decisión de atacar a las fuerzas de Bolívar y se ocupe de resolver el problema suscitado.

Ejército patrio

Tras la sublevación de tropas patrióticas acantonada en los castillos del Callao, y la consecuente entrega y subordinación de éstas al bando realista, la clase política y demás sectores influyentes de la sociedad limeña temiendo que el ejército realista destruya Lima, no dudaron en entregar todo el poder político y militar al Libertador, invistiéndolo con el título de Dictador.

Con tal autoridad dictó medidas urgentes en dos aspectos: la política y lo militar. En lo primero se interesó en limpiar todo elemento opositor a sus intereses. Por ello castigo con severidad a los traidores y a quienes no obedecían sus órdenes. Los desertores también fueron castigados severamente. Paz Soldán (1874) señala "Si no obedecías corrías el riesgo de ser fusilado. Por ejemplo, en el departamento de la costa que comprendía Huacho, Chancay, Supe y Barranca el prefecto Reyes que no quiso apoderarse de los bienes de la iglesia fue reemplazo por el coronel Velazco y corrió gran riesgo de ser fusilado por desobediencia" (pp.184) Y en lo segundo, se enfocó en reorganizar el ejército para la batalla decisiva. Dictó medidas drásticas para el reclutamiento y abastecimiento que afectaron a la población. Ello fue posible debido al poder que detentaba.

Miller (2021) en sus memorias refiere: "Solo una dictadura militar podía salvar la patria, y por lo tanto hizo ver el congreso su sabiduría y rectas intenciones, aboliendo un sistema que conservando únicamente las fórmulas de la libertad era incapaz de cortar el ejercicio de la tiranía". (pp. 277)

Bolívar necesitaba tener todo el poder. Para conseguirlo fomento la división entre los políticos y militares peruanos y aprovechó después estas diferencias para entronizarse como supremo juez y arbitro de los destinos del país. Urgían los recursos y los consiguió sacrificando cosas y personas para el bien de todos. (Dellepiane1977 pp. 187):

> Por su firmeza, actividad y oportunos ejemplares cortó el progreso a las defecciones y obtuvo el respeto y entera confianza de todo buen patriota. A su nombre acompañaba un cierto encanto y era considerado unánimemente como el único hombre capaz de salvar la república. A la verdad, no desmintió las esperanzas que habían formado de él, pues en menos de un año quedó asegurada definitivamente la independencia de la América del Sur" (Miller,2021. pp.279)

En ese sentido, es probable que el Libertador conocedor de la experiencia militar de Napoleón sin pretender de emularlo, haya considerado útil el método de la concentración del poder para hacer realidad el proyecto de la América Libre. Lo cual le permitió comandar y organizar al ejército independentista, así como tener a toda la jerarquía militar subordinada a sus designios.

La logística

Si hay un tema imprescindible y vital en la planificación de la guerra es la logística. Existen innumerables ejemplos en la historia que dejan en claro que la guerra la gana la logística. Zubialde (2022) en su blog web reproducía una célebre frase atribuida a Alejandro Magno: "Mis logísticos son un grupo sin sentido del humor. Saben que, si una campaña falla, ellos serán los primeros a los que mate".

De los lentos y pesados trenes de abastecimiento en la antigüedad a una logística móvil apoyada en la tecnología, evidencia que la doctrina misma de la logística ha evolucionado y está en constante actualización

En ese sentido, Guibert proponía la exigencia de una guerra de movimiento que permitiera explotar las posibilidades de un ejército más reducido y móvil a fin de hacerlos más maniobrables, la completa eliminación del sistema de

abastecimientos, que ataba inexorablemente a los ejércitos a una cadena de abastecimientos ubicadas en ciudades y depósitos fortificados, mediante el expediente de vivir de los recursos del enemigo una vez ocupado su territorio (Falcon, 2002, pp.71)

Por ello, el modelo operativo napoleónico aligeró la logística, haciendo que sus ejércitos vivieran sobre el terreno de los recursos del país que transitaban u ocupaban, y permitió que las tropas se movieran con mayor velocidad y profundidad, sin verse limitadas por la distancia a sus bases.

Y si bien la guerra moderna se sustenta en ese tipo de logística, eso no implica dejar de lado el planeamiento minucioso de abastecimiento y transporte. "Es necesario realizar una planificación logística, cuya aplicación advierte y evita tomar medidas de emergencia e improvisaciones logísticas y, que de surgir éstas, se deberán contemplar planes alternativos, a efectos de poder actuar sobre esas emergencias e improvisaciones en el momento y lugar oportuno" (Mingorance, 2015, pp. 6)

Esto no pasó inadvertido para los generales realistas, mucho menos para el Libertador quien asumió, él mismo, la planificación y conducción de la logística, Así, enmarcado en la doctrina de Guibert del usufructo de un territorio, usó y dispuso de cuanto pudo en el Perú para abastecerse.

Ejército patrio

Bolívar para superar la falta de recursos, lo primero que hizo fue dictar ordenes que perseguían dos fines: el ahorro y la captación agresiva de recursos.

Respecto al primer fin ordenó bajar el suelo a los militares y empleados civiles. Incluso se llegó a la reducción de personal oficinista. A fin de economizar Bolívar fungía de maestro artesano. "El mismo enseñaba a hacer las herraduras y los clavos y como se debían mezclar las diferentes clases de hierro. Daba el molde para el corte de las chaquetas a fin de economizar tela y daba instrucción para teñirla" (Paz Soldán. 1874, pp.152)

Reciclar el material se hizo común. Cuenta Dellepiane (1977) que, para fabricar las cantinas, se recogieron todos los objetos de lata y jaulas de alambre. El estaño para soldarlas escaseaba. Un día el dictador sentado se rasgó el pantalón con un clavo que era de estaño. Ni que decir que al otro día no quedo ningún clavo de estaño en las sillas de Trujillo. (pp. 182)

Respecto a la captación de fondos, ordenó la apropiación de todo lo que tuviera valor en el territorio nacional mediante requisas y cupos. Las iglesias debían entregar todas las alhajas y joyas que tuvieran, exceptuando solo el cáliz, lo necesario para el santo oficio de la misa.

La población sufrió el abuso de los intendentes y encargados del aprovisionamiento. Sus pertenencias fueron sustraídas: correajes, víveres, cuero, medicinas, etc. eran arrebatados con severidad militar. En oficio a Necochea con fecha 8 de febrero dispone así "nada tiene U. S que esperar de los vecinos gratuitamente todo es necesario pedirlo o tomarlo por la fuerza, este medio a la verdad es duro, pero en la actualidad se hace indispensable (Dellepiane, 1977, pp. 184)

También se impusieron fuertes cupos a las provincias de Trujillo, que comprendía los actuales departamentos de Piura, Lambayeque y Tumbes, en Huánuco, Huamalíes, Yungay, Huaras y Cerro de Pasco se procedió de la misma forma Cajamarca tenía intendentes muy severos para recolectar fondos y objetos (Dellepiane. 1977, pp.184)

Mediante procedimientos textiles se logró obtener buenas telas. Ello devino en uniformes de mejor calidad. Respecto al armamento, la mayoría era de procedencia inglesa que se obtuvo durante el protectorado. Bolívar ordenó su reparación y mantenimiento.

Por otro lado, Sucre recorrió varias veces la cordillera con la misión de reconocer el camino, encontrar lugares de aprovisionamiento y puntos indicados para instalar tambos:

> Fijo lo lugares en los que debían organizar las pascanas a lo largo de la ruta que se iba a seguir, indico los recursos que eran necesarios almacenar en cada una de ellas. Determinó las formas y los procedimientos que debían observarse para recolectar recursos como: leña. víveres, forrajes, etc., llego al extremo de hacer construir algunas barracas y ramadas en la puna deshabitadas, cuya instalación y sostenimiento encomendó a los montoneros de la región. (Dellepiane. 1977, pp.185)

La escuadra nacional estaba siempre en activo servicio de transporte y de convoy para todos los puntos de sur a norte de las costas del Perú o a donde convenientemente se les mandara a órdenes del almirante Jorge Guise, (Cortegana, 2022, pp. 22)

Ejército realista

El ejército realista ocupaba y controlaba la región de la sierra central, sur y el Alto Perú. Tenía a su disposición la producción de valle del Mantaro, las fértiles tierras de Huanta y Arequipa, los valles del Cuzco y los recursos de Potosí. Además, todas las ciudades comprendidas dentro del territorio ocupado eran productivas y se dedicaban a la comercialización. Si en alguna ciudad no había algún artículo o material requerido se traía de otra ciudad. En consecuencia, el ejército realista contaba con ingentes recursos para abastecer y dar sostenimiento a la campaña militar:

> Situado el ejército de Canterac en el abundante y saludable valle de Jauja, contaba cómodamente con la manutención de hombres y caballos; pero carecía de los artículos más indispensables para atender, como urgía, á la necesaria recomposición del armamento, y aun de medicinas para auxiliar á los enfermos en los hospitales. (García, 1916, pp. 579)

El cuartel general del ejército realista ubicado en Cuzco tenía especial atención. Los criollos y mestizos atendían con esmero al virrey:

> En el mismo mes de Diciembre quedó el virrey establecido en el Cuzco, antigua capital del imperio de los Incas, y pronto empezó el ejército a recibir toda clase de recursos con mayor regularidad; y tanta y tan asidua atención se prestaba á la reorganización é instrucción de los cuerpos, que pocos meses bastaran para creerse aquellos incansables españoles, no sólo en estado de disputar con fundada esperanza la posesión del rico valle de Jauja, sino de tomar confiadamente la ofensiva, (Garcia,1916 pp.580)

Conclusiones

Se observa un hilo coherente de influencia que parte desde los postulados doctrinales sobre la guerra moderna del Conde de Guibert, pasa por Napoleón y llega por acción directa a los generales realistas e indirecta a Simón Bolívar.

Los principios de la guerra moderna que propone Guibert constituirán la base de lo que en el siglo XX se denominará guerra total. Estos preconceptos son: reclutamiento en masa, concentración de poder y movilidad del ejército (abastecimiento)

En la guerra de independencia hispanoamericana, sobre todo en la recta final de la misma (1824), se van aplicando algunos de los principios de Guibert debido a que sus protagonistas por experiencia habían estado en contacto con dichos postulados.

El reclutamiento en masa, se dio en ambos bandos. La necesidad de contar con una gran cantidad de hombres que pudieran decidir una contienda en el campo de batalla hizo que apelando al reclutamiento forzoso se obtuviera los efectivos para el combate.

La concentración de poder, se hizo evidente en el bando patrio donde el Libertador, una vez proclamado Dictador pudo llevar a cabo y acelerar la organización de su ejército sin oposición. Caso contario sucedió en el ejército realista cuya pugna entre líderes repercutió negativamente en sus fuerzas.

La idea de ejército móvil refiere a un ejército ligero en su desplazamiento tal como indica la nueva doctrina en logística. En ambos bandos, si bien hubo intentos de aplicar la propuesta de Guibert de abastecerse con los recursos de los territorios invadidos o contralados, así como planificar puntos de abastecimiento en la marcha, aun se siguió con la doctrina de la logística clásica de transportar pesadas cargas de abastecimiento.

Estos principios influenciaron y hasta cierto punto determinaron las acciones de la batalla de Junín y Ayacucho, donde la preponderancia de uno de estos elementos en el bando independentista, termino por favorecerlos

Referencias

García C. (1916) *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú 1809-1821.* Editorial América, España

Cervera, C. (14 de mayo del 2020). Las razones por las que Napoleón arrasó los ejércitos de media Europa: así nació la «guerra total». *ABC Historia.* https://www.abc.es/historia/abci-razones-napoleon-arraso-ejercitos-media-europa-nacio-guerra-total-202005142119_noticia.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.abc.es%2Fhistoria%2Fabci-razones-napoleon-arraso-ejercitos-media-europa-nacio-guerra-total-202005142119_noticia.html

Colección Documental de la Independencia del Perú. (1973) *Asuntos Militares. Tomo VI* vol. 9. Lima, Perú

Comisión Bicentenario (2021). *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú*. Disponible en:
Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú-libro.pdf
Cortegana J. (2022). *Historia del Perú. Mc Evoy y Velázquez edit.* Biblioteca Nacional del Perú. Lima, Perú

Dellepiane, C. (1977) *Historia Militar del Perú. Tomo I*. Lima, Perú

Falcon F. (2002). La relación entre guerra y política en la primera república venezolana (1810-1812). *En revista Politeia núm. 28, enero-junio, 2002*, Universidad Central de Venezuela. Caracas, Venezuela. Disponible en:
https://www.redalyc.org/pdf/1700/170033586003.pdf

Kohan, N. (2013) Bolívar, la guerra social y la nación en armas. *En revista Cuadernos de Marte*. Disponible en:
file:///C:/Users/ADM/Documents/Downloads/Dialnet-BolivarLaGuerraSocialYElPuebloEnArmas-6114263.pdf

Luqui M. (2000) El Ejército y los Generales del Rey que enfrentaron al General Manuel Belgrano en el Alto Perú 1812-1813. *En Belgrano, Urbano y Elissalde* (edit), Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. Argentina. Disponible en:
https://www.ciencias.org.ar/user/BELGRANO/BELGRANO%20libro%20final.pdf

McMaken, R. (11 de octubre del 2021). La conscripción militar es una herramienta de centralización, construcción de Estado y despotismo. Mises Institute. https://mises.org/es/wire/la-conscripcion-militar-es-una-herramienta-de-centralizacion-construccion-de-estado-y

Mingorance R. (2015). Importancia de la logística en el combate aéreo. En *Revista de la Escuela Superior de Guerra Aérea Argentina*. Disponible en:
https://www.esga.mil.ar/resga/RESGA_236.pdf

Paz Soldán, F. (1874) *Historia del Perú Independiente. Tomo II*. Lima, Perú

Pérez C. (1988). Introducción militar a S. E. El Libertador. En *Boletín de la Academia Nacional de la Historia vol. N° 71 N° 281*. Caracas, Venezuela. Disponible en:

https://biblat.unam.mx/hevila/BoletindelaAcademiaNacionaldelaHistoriaCaracas/1988/vol71/no281/4.pdf

Real Academia Española (2023) Diccionario de la lengua española, 23.ª ed. [versión 23.7 en línea]. Recuperado en: https://dle.rae.es

Sobrevilla, N. (2021) Las campañas a los puertos intermedios y la fase «peruana» de la independencia En *Revista de Indias, LXXXI/281* pp. 115-141. Madrid, España https://doi.org/10.3989/revindias.2021.004.

Tapias, F. (1990). *La importancia del soldado en el ejército*. Disponible en: file:///C:/Users/ADM/Documents/Downloads/5.pdf

Zubialde, C. (2022) *La logística en los tiempos de guerra*. Disponible en: https://informacionlogistica.com/la-logistica-en-tiempos-de-guerra/

David Atarama Orejuela

- Oficial del Ejército del Perú, en el grado de Capitán.
- Licenciado en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Magíster en Gestión de Proyectos Sociales por la UNMSM.
- Diplomado en Operaciones de Información y Comunicación Social por la Escuela de Operaciones Sicológicas del Ejército del Perú
- Investigador en temas de historia militar del siglo XX y docente de pregrado y postgrado en cursos de historia militar, realidad nacional, metodología de investigación científica.

Introducción

Fue durante el segundo gobierno de Augusto B. Leguía que, por primera vez, se fijó oficialmente el corte cronológico oficial para conmemorar las fiestas patrias que se iniciaba en 1821 con la proclamación de la independencia en Lima y finalizaba en 1824 con la victoria patriota en la batalla de Ayacucho. La celebración de ambos acontecimientos históricos como inicio y fin de la emancipación de España han sido mantenidos por las autoridades políticas durante el sesquicentenario y el bicentenario. Ahora bien, si se trata de comparar qué fecha de la conmemoración del centenario de la independencia fue cronológicamente más significativa, sin duda 1924 lo fue mucho más que 1921. Así lo reconoció el historiador Jorge Basadre en relación con la suntuosidad alcanzada por los festejos oficiales dedicados a la batalla de Ayacucho (2005, pág. 101).

Además, para el historiador Pablo Ortemberg, tres fueron las razones por las que los festejos del centenario de la batalla de Ayacucho fueron mucho más importantes que los de la proclamación de la independencia en 1921. La primera fue completar el proceso de monumentalidad histórica de Lima, la segunda fue el éxito alcanzado por la diplomacia peruana para concentrar la mirada mundial en torno a esta celebración cívica, y la tercera fue conmemorar la primera reelección presidencial de Augusto B. Leguía el mismo 1924 en su afán de perpetuarse en el poder (2016, pág. 153). A lo anterior, cabe añadir que Leguía instrumentalizó de forma más eficaz esta fecha por otros dos motivos: primero, hacer de la efeméride ayacuchana un acto de confraternidad latinoamericana y, segundo, convertir a su gobierno en auspiciador de una unión panamericana que debía incluir como socio estratégico a Estados Unidos[1].

1 Víctor Peralta Ruiz, "La instrumentalización de la independencia peruana", Trama Crítica [revista electrónica], consultado en https://tramacritica.pe/perspectivas/2022/08/27/la-instrumentalizacion-de-la-independencia-peruana/

La reelección presidencial como paso indispensable del centenario

Augusto B. Leguía fue un mandatario que se asumió asimismo como un político redentor, consciente de que su destino era durar el máximo de tiempo posible en el poder para asegurar los cambios que requería el país para, en última instancia, acercarse a una modernización acorde con el que disfrutaban los países más avanzados del momento como Argentina, México o Brasil. Durante sus primeros cuatros años del gobierno que denominó la Patria Nueva, entre 1919 y 1923, Leguía favoreció el beneficio clientelar exclusivo de su agrupación política denominado Partido Democrático Reformista, práctica que supuso la desaparición de los viejos partidos de la llamada República Aristocrática de inicios de siglo (Civilista, Demócrata y Liberal). Al tiempo que impulsó desde el Estado un indigenismo oficial con el propósito de arrebatar ese programa al indigenismo radical, practicó un autoritarismo que se caracterizó, primero, por deshacerse de opositores que le fueron incómodos, en unos casos enviándolos a un exilio dorado y en otros encarcelándolos en la isla San Lorenzo y, segundo, por confiscar periódicos que le fueron críticos (La Prensa). La conmemoración del centenario en 1921 granjeó a Leguía una indudable popularidad al permitir el auge económico que se experimentaba el embellecimiento de la capital limeña a través del fomento de monumentos y la construcción de plazas y avenidas que modernizaron el horizonte urbano capitalino.

La intención de Leguía de reelegirse en el cargo presidencial se confirmó cuando el congreso dominado por su partido aprobó una enmienda constitucional que a fines de 1923 modificó el artículo de la constitución de 1920 que lo impedía. El exministro de Gobierno, Germán Leguía y Martínez, primo del presidente, ahora desde su puesto de vocal de la Corte Suprema consideró la reelección como un acto inconstitucional. Por disposición expresa del mandatario, Leguía y Martínez no sólo fue destituido como magistrado, sino que se decretó su expatriación bajo el cargo de conspirador. Bajo la misma acusación se produjo la deportación de los estudiantes universitarios Víctor Raúl Haya de la Torre y Manuel Seoane. Sin adversario alguno que se atreviese a cuestionar al presidente su ambición de preservarse en el poder, los primeros meses de 1924 fueron dedicados por sus partidarios a fomentar un culto público-político a su persona. Así, Leguía participó en la inauguración popular de su monumento en la plaza de La Victoria, asistió a la Alameda de los Descalzos a la ceremonia oficial de desagravio en que se recordó el fracaso del intento pierolísta de arrebatarle el poder el 29 de mayo de 1909 y, por último, inauguró en el barrio del Rímac la calle presidente Leguía.

La reelección presidencial se consumó el 7 de julio y la prensa en general expresó su beneplácito por este resultado. Consumado el hecho, Leguía concedió una entrevista a la revista Mundial el 4 de julio. En la misma, a la pregunta del periodista sobre si el centenario de la batalla de Ayacucho se celebraría con gran esplendor, aquel respondió: "Ese es el deseo del país y mío. Necesitamos aprovechar de la celebración de estas grandes efemérides para exteriorizarnos en el mundo. Los extranjeros, gracias al periodo de paz y de trabajo que disfrutamos, tienen gran curiosidad por conocernos. Estas son oportunidades que no debemos desaprovechar y el Perú debe hacer un máximo esfuerzo para presentarse con cuánto tiene y con cuánto vale ante los ojos de la civilización"[2]. Comenzaba así el segundo momento de la propaganda leguiísta en 1924 que consistió en pasar de la reelección de julio a la conmemoración de diciembre. En este objetivo, la conmemoración oficial de la batalla de Junín pasó casi desapercibida en Lima. Sólo se programó una romería al monumento a Bolívar por parte de las sociedades patrióticas y algunos colegios nacionales, con la presencia del embajador de Venezuela. A ello le siguió una ceremonia de entrega por parte del mandatario de la nación y del alcalde de la capital de la medalla de oro al regimiento Húsares de Junín. Por último, el presidente organizó una fiesta en Palacio de Gobierno para confraternizar con los jefes y oficiales del Ejército y de la Marina. En el discurso que Leguía pronunció en este ágape no dudó en resaltar el logro liberalizador del pasado que se celebraba y los retos benefactores de su proyecto político: "concluidas las batallas por la libertad, quedan por librarse las que determinarán nuestro progreso y preponderancia económica"[3].

Asumiéndose como un salvador de la patria, Leguía no ocultó su propósito de que, con vistas a la conmemoración de diciembre, su actuación política quedase asociada con la gesta libertadora de Simón Bolívar en 1824. Dos productos iconográficos alusivos dieron prueba cabal de ello. El primero, fue la confección de un cuadro alegórico en blanco y negro en el que, teniendo como fondo central las banderas de Perú y Venezuela, el presidente Leguía aparece al lado de la primera y el Libertador Bolívar al lado de la segunda. Completa la imagen el gabinete ministerial, nombrado en octubre, y que estuvo conformado por Alberto Salomón (ministro de Relaciones Exteriores), Jesús M. Salazar (ministro de Gobierno y Policía), Enrique de la Piedra (ministro de Hacienda), Juan Manuel de la Torre (ministro de Guerra), Manuel Masías (ministro de Fomento), Alejandrino Maguiña (presidente del Gabinete y ministro de Justicia) y Fermín Málaga Santolalla (ministro de Marina).

2 Mundial, año V, núm. 216, Lima 4 de julio de 1924, p. 3.
3 Mundial, año V, núm. 224, Lima 29 de agosto de 1924, p. 17.

Esta composición fotográfica se asemejaba a los cuadros históricos en el que se buscaba dar una sensación de continuidad entre dos momentos fundacionales como, por ejemplo, el grabado de José Palomino realizado en 1748 relacionado con la continuidad dinástica entre los emperadores incas y españoles. En los inicios de la república, un grabador anónimo borró de la lámina de Palomino a los reyes y colocó en su lugar a San Martín y Bolívar como continuadores de la obra civilizadora de los incas. En esta ocasión, Leguía y su gabinete de ministros no dudaron en erigirse como herederos de un bolivarianismo redivivo que probaría la sinceridad de su apuesta continuista durante los festejos de diciembre.

El segundo producto iconográfico a través del cual oficialmente se logró equiparar a Leguía con Bolívar fue la confección en la Casa de la Moneda de unas medallas conmemorativas, de oro y plata, dedicadas al centenario de la batalla de Ayacucho. En el anverso de esta moneda sin valor circulatorio fue estampado el busto del Libertador mirando a la derecha y debajo del mismo el año emblemático de 1824. En el reverso, se colocó la efigie del presidente Leguía mirando hacia la izquierda y debajo de él el año 1924. La fecha aludía directamente al año del centenario de la batalla, pero también podía interpretarse de modo subliminal como el año de la primera reelección presidencial del mandatario.



Medalla de oro conmemorativa de la Batalla de Ayacucho

Los actos preparatorios promovidos por la Cancillería

El programa oficial de las fiestas del centenario de la batalla de Ayacucho, que finalmente se acordó se celebrase en Lima, fue confeccionado por la Oficina Informativa del Centenario del Ministerio de Relaciones Exteriores, la misma que estuvo integrada por Manuel A. Bedoya (ministro del ramo), Edgardo Rebagliati (secretario inspector de prensa), Eduardo Granda (inspector de informaciones) y José Chueca (inspector

de ceremonias y fiestas)[4]. Los actos más importantes fueron programados para escenificarse entre los días 9 y 16 de diciembre. Estos comprendieron por la mañana del martes 9 la celebración del Te Deum en la Basílica Metropolitana, por la tarde la inauguración de la estatua al mariscal Antonio José de Sucre y, por la noche, la celebración del banquete en el Palacio de Gobierno ofrecido por el presidente Leguía al presidente de Bolivia Bautista Saavedra y a los jefes de las misiones extraordinarias extranjeras. Para el miércoles 10 por la mañana la inauguración del Panteón de los Próceres, por la tarde la inauguración de la Avenida progreso y por la noche el baile en el Club Nacional. En lo que se refiere al jueves 11, por la mañana se fijó la inauguración del hospital Arzobispo Loayza, por la tarde el homenaje al Libertador Simón Bolívar en el monumento erigido en su memoria en 1859 y por la noche la función de gala en el Teatro Forero con la representación del drama "Ayacucho". En lo que respecta al día 12, se programó para la mañana la plantación del Árbol del Centenario en la plaza Jorge Chávez, por la tarde el homenaje al Protector José de San Martín ante su monumento inaugurado en 1921 y por la noche la celebración del baile ofrecido por el ministro de Relaciones Exteriores en el palacio Torre Tagle. Para el viernes 13 se fijó por la mañana la inauguración del Museo Arqueológico en la avenida Alfonso Ugarte, por la tarde la corrida de gala en la Plaza de Acho y por la noche el concierto de gala en el Teatro Forero. Los actos programados para el sábado 14 fueron, por la mañana la ofrenda de una corona a la estatua de George Washington, por la tarde la carrera de gala en el Hipódromo de Santa Beatriz y por la noche el baile ofrecido por la Municipalidad de Lima en el palacio de la Exposición. La programación del domingo 15 consistió en la inauguración de la Exposición Nacional de Industrias y de la Exposición de Minería por la mañana, la recepción en el Congreso de los parlamentarios que formaban parte de las delegaciones extranjeras por la tarde y, finalmente por la noche, el recital en el Teatro Forero del Canto a Ayacucho por el poeta coronado José Santos Chocano. Para terminar, el lunes 16 se programó por la mañana la visita al Museo Bolivariano e inauguración de las salas dedicadas a San Marín y Bolívar, el desfile militar en el Hipódromo de Santa Beatriz por la tarde y, por la noche, el baile ofrecido por el presidente de la República en Palacio de Gobierno.

La conmemoración de diciembre además contó con la celebración en Lima de otras reuniones internacionales complementarias como el Tercer Congreso Científico Panamericano y la Segunda Conferencia Panamericana de Mujeres, de cuya organización también se ocupó la cancillería, así como la inauguración de dos exposiciones nacionales dedicadas, respectivamente, a la Industria y a la Minería.

4 Ministerio de Relaciones Exteriores. Programa de las Fiestas del Centenario de Ayacucho. Diciembre de 1924, Lima, Lit. Tip. T. Scheuch, 1924.

Las invitaciones oficiales cursadas por el Ministerio de Relaciones Exteriores a los gobiernos del extranjero pusieron especial énfasis en contar con la presencia de los mandatarios de los países en el que Bolívar tuvo participación en su independencia. Por entonces estos gobiernos eran el de Juan Vicente Gómez (Venezuela), Pedro Ospina Vásquez (Colombia), Gonzalo Córdoba (Ecuador), Rodolfo Chiari (Panamá) y Bautista Saavedra (Bolivia). De todos ellos sólo Saavedra aceptaría la invitación de asistir personalmente. Igualmente, la cancillería puso especial énfasis en que a la cita de diciembre concurriera una alta personalidad que representara a Estados Unidos. Este objetivo se logró al nombrar el gobierno de Calvin Coolidge como embajador extraordinario al general John J. Peshing, considerado un héroe en este país por su participación en la primera guerra mundial. Luis Alberto Sánchez afirma que, otra de las personalidades prestigiosas que el gobierno quiso tener como invitado especial fue el poeta bengalí y premio nobel de Literatura Rabindranath Tagore, pero este finalmente excusó su asistencia al ser convencido por Haya de la Torre de que no debía avalar a un gobierno dictatorial (1993, pág. 105)

La cancillería logró que alrededor de una treintena de delegaciones extranjeras procedentes de América, Europa y Asia comprometieran su asistencia a los actos oficiales conmemorativos de diciembre. La ausencia más significativa fue la de Chile. El gobierno peruano decidió no invitar al gobierno del presidente de la junta de gobierno de este país, el general Luis Altamirano Talavera, como un acto de represalia diplomática por el incumplimiento del tratado de Ancón de 1883 relacionado con la celebración del plebiscito en las provincias cautivas de Tacna y Arica. El diferendo que ambos gobiernos enfrentados en la guerra del Pacífico habían tratado de resolver al someterse en 1922 al arbitraje del gobierno estadounidense. El veto gubernamental a la presencia de Chile en diciembre fue secundado por la prensa peruana. En la revista Variedades, su director Clemente Palma respaldó que en la fiesta de la confraternidad americana en ocasión de la batalla de Ayacucho este país por su actitud cainita "no tuviera el sitio que en otras circunstancias habría sido deseable que ocupara". En una fiesta de amistad y solidaridad de los pueblos del continente, continuó Palma, Chile fue excluido por su "política agresiva e imperialista que, sin duda, la América toda no está dispuesta a tolerar"[5].

Aunque el gobierno peruano procuró que, tal como ocurriera durante la celebración del centenario de 1921, España participase con una significativa

5 Variedades, año XX, núm. 877, Lima 20 de diciembre de 1924, p. 1.

representación diplomática en los festejos patrios de 1924, el gobierno dictatorial del general Miguel Primo de Rivera rechazó la invitación. La historiadora Ascensión Martínez Riaza comprende que ni el rey ni el presidente de gobierno mostrasen interés en asistir a la celebración de la última derrota de las armas españolas, la misma que supuso la pérdida definitiva de su posesión más preciada en América del Sur. De ahí que Alfonso XIII ratificara al embajador Jaime de Ojeda como su representante extraordinario y "se limitase a enviar un escueto telegrama de felicitación" (2017, pág. 202) al presidente Leguía.

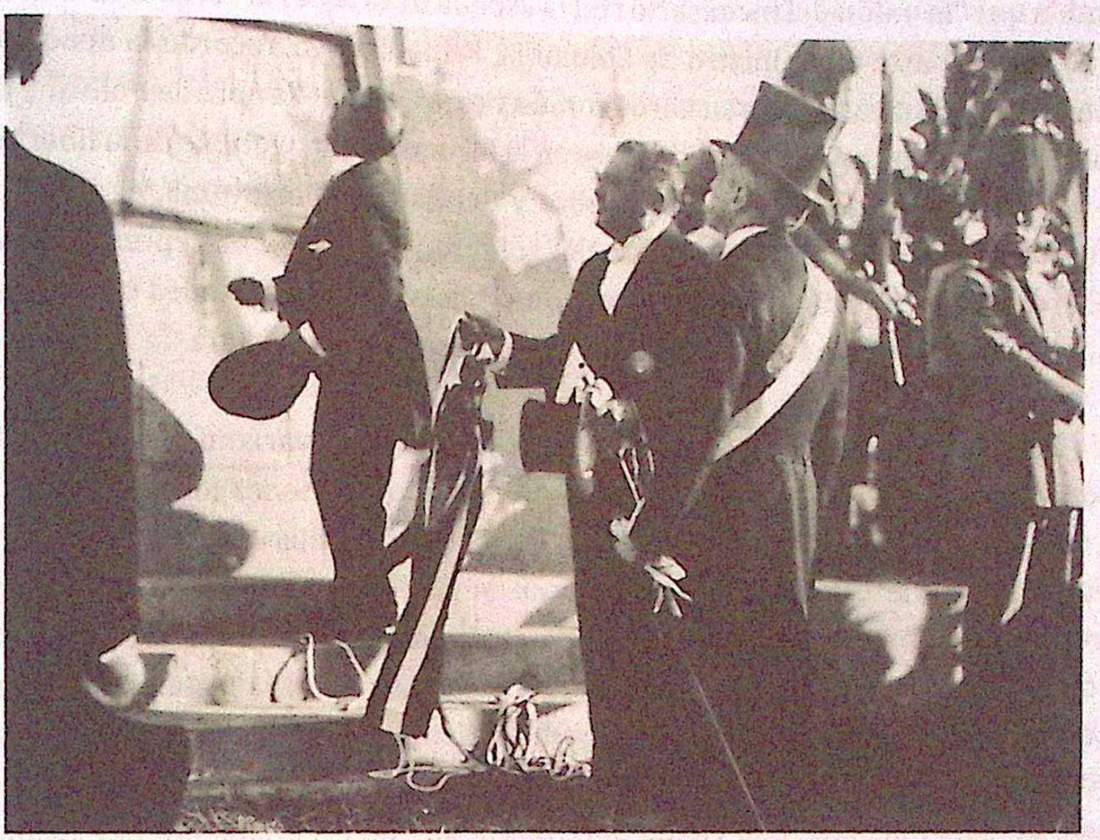
La apoteósica conmemoración de diciembre

Durante la primera semana de diciembre de 1924 comenzaron a llegar las delegaciones extranjeras. La embajada enviada por Venezuela por ser la patria de Bolívar y Sucre fue especialmente tratada por la diplomacia nacional y cubierta por la prensa. La presidió como embajador extraordinario Pedro Manuel Arcaya, abogado e historiador, y estuvo integrada por 35 personas. También causó mucha expectación la presencia del general Agustín Pedro Justo como embajador extraordinario de Argentina, quien por entonces ejercía como ministro de guerra y unos años más tarde asumiría la presidencia de su país, la del filósofo Antonio Caso como embajador extraordinario de México y la delegación de Panamá que estuvo presidida por su exmandatario Belisario Porras. El arribo del general Pershing y la nutrida comitiva estadounidense en el acorazado Utah también fue asumido como un acontecimiento político relevante, sobre todo, porque fue propósito gubernamental estrechar los lazos de amistad con el país que debía dictaminar el asunto del diferendo territorial con Chile.

Pero la personalidad que acaparó la atención protocolaria más resaltable fue el presidente de Bolivia Bautista Saavedra. Leguía reconoció su rango especial como único mandatario asistente al evento patriótico y, por ese motivo, tuvo un trato especial con él por encima del resto de los invitados. El gobierno celebró la presencia del presidente boliviano con estas palabras incluidas por el secretario Teodosio Cabada en el libro oficial del centenario de Ayacucho:

> "Leal, sincero e invariable amigo del Perú, no se ha dejado seducir por las falaces insinuaciones de la diplomacia araucana, ni por las perniciosas prédicas de los derrotistas de su país. Ha sabido hacer justicia a la nitidez de nuestras intenciones, al desinterés y a los sentimentales de nuestra amistad hacia Bolivia" (1925, pág. XX).

En efecto, el 7 de diciembre Leguía no sólo acudió a recibir a Saavedra a la estación de Desamparados y luego le acompañó en una carroza de gala a su hospedaje oficial, sino que ambos presidieron juntos los ceremoniales cívicos y religiosos, así como las inauguraciones más importantes incluidas en el programa oficial.



Saavedra y Leguía en el develamiento del monumento a Sucre
Archivo Fotográfico Instituto Riva Agüero

Se ha afirmado que "el centenario de la batalla de Ayacucho, en 1924, tuvo como referentes principales a las figuras de Simón Bolívar y Antonio José de Sucre" (Casalino, 2017, pág. 136). Por el tipo de asistencia de los protagonistas, fue la inauguración de la estatua ecuestre de Sucre realizada por el escultor David Lozano y producto de la donación de Ecuador, el acto más importante. Leguía y Saavedra acudieron al develamiento del monumento erigido en honor al mariscal de Ayacucho en el parque de la Reserva en Santa Beatriz, el "parque símbolo de la Patria Nueva" (Orrego, 2014, pág. 136). Fue en este escenario donde Leguía pronunciaría dentro de su discurso la conocida frase: "Bolívar es un Sol; Sucre, la más brillante estrella de la constelación bolivariana" (1925, pág. 434). Intervinieron también el embajador y expresidente ecuatoriano Alfredo Baquerizo Moreno y el embajador argentino general Justo. Por su parte, en el homenaje a la estatua de Bolívar celebrado en la plaza que lleva su nombre, ni Leguía ni Saavedra asistieron.

Fue un momento de "glorificación al héroe caraqueño" en que el protagonismo le fue concedido a las delegaciones venezolana y colombiana. El discurso principal por la parte venezolana fue realizado por el obispo de Carabobo, quien destacó el respeto de Bolívar por la religión católica y recordó su frase pronunciada en la Gran Colombia que "la unión del incensario con la espada de la ley es la verdadera arca de la alianza" Por parte del ministro de Colombia, Fabio Lozano, recordó la deuda de los cinco países bolivarianos a su héroe común y expresó que "la obra de Bolívar y de sus tenientes afirma nuestra certidumbre en la fecundidad inagotable de la libertad para solucionar los problemas del hombre y del Estado" Por último, el ministro de Guerra del Perú expresó en nombre del gobierno leguiísta y en representación del Ejército su reconocimiento a Bolívar como "vidente de las grandes conquistas democráticas que después de él han enorgullecido a la Humanidad".

En el programa oficial no sólo se alentó el discurso bolivariano como un modo de conciliar a los países que le debían su condición de naciones independizadas, sino que también se promovió el fomento del ideario panamericanista. En el logro de ese objetivo, la cancillería puso especial empeño en rendir un homenaje a George Washington al coincidir la batalla de Ayacucho con el 125 aniversario de su fallecimiento. El discurso principal que correspondió realizarlo al general Pershing estuvo dirigida a realizar un paralelismo histórico entre el ideario libertario de Washington y Bolívar. No omitió Pershing dirigir un agradecimiento especial a Leguía, de quien destacó una virtud doctrinaria que no precisamente practicaba: "esta celebración nacional en el Perú, de la victoria final de la independencia americana, concebida por su distinguido Presidente, y que está próxima a finalizar, manifiesta claramente que domina el espíritu de democracia..." También significativas fueron las palabras del ministro de Relaciones Exteriores Salomón, quien calificó a Washington como el gran ciudadano americano que ejemplificaba las virtudes cívicas republicanas que imitaron los libertadores sudamericanos. No omitió finalmente el canciller dirigirse elogiosamente a Pershing al calificarle como "la figura más preminente de la Gran Guerra [que] ha venido a nuestras playas a participar en nuestras alegrías y a tendernos su franca mano fraternal". A continuación, la intervención del alcalde de Lima, José Rada y Gamio, se centró en dirigir su alocución a Washington para hacerle ver que "vuestro monumento está rodeado por el insigne presidente del Perú, estadista excelso, engrandecedor de la patria, por el eminente mandatario de Bolivia [...] cuya visita triunfal es un himno de gloria americana". Los banquetes oficiales celebrados en Palacio de Gobierno, el Palacio de Torre Tagle y las embajadas de Estados Unidos, Argentina y Colombia fueron ocasiones en que los discursos de los anfitriones destacaron igualmente por su llamada a una confraternidad panamericana.

Por último, la clausura del programa oficial del centenario tuvo dos escenarios. El primero fue el Congreso Nacional en donde el presidente del Senado, Guillermo Rey, y varios diputados agradecieron a las delegaciones extranjeras su presencia en los actos programados. El segundo escenario fue la velada literaria celebrada el 15 de diciembre en el Teatro Forero, en donde el poeta José Santos Chocano recitó el poema "El Hombre-Sol" que le encomendó el gobierno. Seguidamente, el poeta argentino Leopoldo Lugones intervino con una disertación literaria en homenaje a los héroes de Ayacucho. Resultaba sintomático que dos influyentes personalidades de la cultura sudamericana que habían renegado de la democracia, y que no ocultaban su admiración por las dictaduras organizadas, fueran las encargadas de poner punto final al ágape patrio peruano.

Durante la festiva semana de diciembre de 1924 en que se conmemoró la batalla de Ayacucho en Lima, Leguía recibió un baño de multitudes en la capital y un reconocimiento internacional que no había experimentado antes ningún mandatario peruano. Pero el momento bolivariano que vivió la Patria Nueva fue un éxito no sólo atribuible al presidente sino a los hombres del régimen que impulsaron un modelo de inversión pública aprovechando la bonanza económica. Con la inauguración de los nuevos establecimientos estatales (Panteón de los Próceres, Hospital Arzobispo Loayza, Museo Arqueológico del Perú, Museo Bolivariano, Palacio Arzobispal), a los que debe sumarse la inauguración del hotel Bolívar gracias a la inversión privada, se completó la obra urbanística de embellecimiento de Lima que se había iniciado durante el centenario de 1921. Con la entrega de la avenida del Progreso (hoy avenida Venezuela) se agilizó la comunicación vial entre Lima y El Callao. El espacio público de la capital fue transformado en el lapso de los cuatro años que duraron los dos centenarios, aunque algunas de las obras tuvieron que ejecutarse fuera de este marco cronológico, como fue el caso del parque de la Reserva que fue concluido en 1929 (Orrego, 2014, pág. 136). Sin duda, Leguía debió sentir que tanto su reelección como su protagonismo en el centenario en 1924 eran la antesala de una durabilidad política en el poder que el pueblo peruano siempre se lo reconocería con sus votos.

Conclusiones

El gobierno de Augusto B. Leguía aprovechó la celebración del centenario de la Batalla de Ayacucho en 1924 para fines políticos, buscando consolidar su imagen y poder tanto a nivel nacional como internacional.

Leguía instrumentalizó la celebración del centenario para:

- Reforzar su imagen como un líder redentor que guiaba al Perú hacia la modernidad.
- Promover la confraternidad latinoamericana, utilizando la figura de Bolívar como símbolo unificador
- Presentar al Perú como un país moderno y próspero ante la mirada internacional
- Fortalecer los lazos con Estados Unidos como socio estratégico en el contexto del panamericanismo.

La celebración del centenario fue un éxito para Leguía, permitiéndole consolidar su poder y proyectar una imagen positiva del Perú en el exterior. Sin embargo, el autor señala que este éxito se basó en la manipulación política y la propaganda, ocultando el carácter autoritario de su gobierno.

Referencias

Basadre, J. (2005). *Historia de la República del Perú*. Empresa Editora El Comercio, Lima, Perú

Casalino, C. (2017). *Centenario. Las celebraciones de la Independencia 1921-1924*. Municipalidad de Lima, Perú

El Perú en el centenario de Ayacucho. Recopilación efectuada por la Secretaria del Señor Presidente de la República de los discursos pronunciados en las ceremonias conmemorativas. (1925). Editorial Garcilaso. Lima, Perú

Martínez, A. (2017). Las cicatrices de Ayacucho. España en la celebración de un centenario hispanoamericano. En *Anuario IEHS, 32*(1), 202.

Orrego, J. (2014). *¡Y llegó el Centenario! Los festejos de 1921 y 1924 en la Lima de Augusto B. Leguía*. Titanium Editores. Lima, Perú

Ortemberg, P. (2016). Los centenarios de 1921 y 1924, desde Lima hacia el mundo: ciudad capital, experiencias compartidas y política regional. En *La independencia*

peruana como representación Historiografía, conmemoración y escultura pública (p. 153). Instituto de Estudios Peruanos. Lima, Perú

Peralta, V. (s.f.). La instrumentalización de la independencia peruana. *Trama Crítica*. Obtenido de https://tramacritica.pe/perspectivas/2022/08/27/la-instrumentalizacion-de-la-independencia-peruana/

Sanchez, L. (1993). *Leguía: el dictador*. Editorial Pachacutec.Lima, Peru (20 de diciembre de XX). Variedades(877), 1.

FUENTES PRIMARIAS:

Mundial, año V, núm. 216, Lima 4 de julio de 1924
Mundial, año V, núm. 224, Lima 29 de agosto de 1924
Variedades, año XX, núm. 877, Lima 20 de diciembre de 1924.
El Perú en el centenario de Ayacucho. Recopilación efectuada por la Secretaria del Señor Presidente de la República de los discursos pronunciados en las ceremonias conmemorativas. (1925). Editorial Garcilaso.Lima, Perú

Víctor Peralta Ruiz

- Doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, España. Historiador PUCP
- Científico titular del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) en Madrid y director de "Revista de Indias".
- Entre sus temas de investigación destacan las redes intelectuales y la ilustración en el mundo hispánico; la cultura política en la independencia y post-independencia del Perú y el conflicto entre los poderes ejecutivo y legislativo en el Perú del siglo XIX.
- Es autor de numerosas monografías, una de las más reciente, editada con Ivana Frasquet, "La revolución política. Entre autonomías e independencia en Hispanoamérica" (Madrid 2020).

Introducción

En febrero de 1944 George Orwell señaló en un artículo de prensa escrita que la historia la escriben los vencedores (Orwell, 1944). En el caso de la batalla de Ayacucho dicha afirmación ha quedado literalmente demostrada con la publicación de diversos relatos de algunos de los oficiales del ejército patriota americano: baste nombrarse como ejemplo a Manuel Antonio López (1878) y Francisco Burdett O'Connor (1915) con sus recuerdos históricos; o a Andres García Camba (1916), Daniel O'Leary (1952) y John Miller (2021) con sus memorias.

Pocas, sin embargo, son las veces en las que se encuentran narraciones desde la perspectiva de los vencidos.[1] Dichas fuentes, empero, no solo permiten construir una historia en contrapunto con la visión desde la victoria, sino también echar un vistazo a las estructuras internas que llevaron a la derrota. Un ejemplo de ello, en el marco de la batalla de Ayacucho, es el manuscrito, presuntamente anónimo, del *Diario de operaciones del Exército Real del Perú*,[2] que se encuentra en la John Carter Brown Library y que se puede consultar en línea, descargar y guardar localmente.[3]

El objetivo del presente artículo no solo es presentar el documento y las discusiones surgidas en torno a él, sino también las posibilidades que ofrece de contemplar cómo las operaciones del ejército realista que tuvieron lugar entre octubre y diciembre de 1824 fueron condicionadas por el territorio andino. El enfoque se centrará en la descripción del terreno como elemento de la estrategia militar realista, así como en el aprovechamiento y el desperdicio de oportunidades que este ofreció al ejército del Rey.

La primera parte del artículo describe brevemente el documento, mientras que en la segunda se presenta al probable autor del Diario. En la tercera parte se analiza de manera algo más cercana la presentación que el autor del manuscrito hace del terreno y de las diferentes operaciones militares en las semanas previas a la guerra, que finalmente llevaron a la pérdida de la batalla y del virreinato del Perú.

---

1 Un ejemplo de ello lo ofrece León-Portilla, (1959) quién reunió dos escritos de los indígenas mexica durante la conquista de México, los llamados Anales de Tlatelolco y el Libro XII Códice Florentino. Al respecto véase también Navarrete (s/f).

2 A él podrían sumarse las refutaciones que el general Jerónimo de Valdés hizo en 1827al manifiesto del general Joaquín Pezuela y al diario de la campaña escrito por José Sepúlveda (Torata, 1895, 1896).

3 El enlace es https://americana.jcblibrary.org/search/object/jcbcap-9910360346697069 66/

El diario de operaciones del Exército Real del Perú

El manuscrito se encuentra, como ya mencionado, en la John Carter Brown Library, biblioteca ubicada en el campus de la renombrada Brown University en Providence, Rhode Island, en Estados Unidos.[4] El documento fue adquirido por la biblioteca con la ayuda de los Fondos Watson y Harper, aunque no se indica cuándo, ni a qué costo.

De acuerdo con la descripción de la biblioteca, el Diario de operaciones, consta de 54 folios de 32 centímetros de largo y un plano coloreado de 29x43 centímetros de las acciones militares durante la batalla, que habría sido dibujado posteriormente por un ingeniero anónimo desconocido. Todo el manuscrito está cosido junto y cuenta con una caratula de diseño marmolada sobre la que se ha escrito el título a mano.

El texto está escrito a doble página, sin numeración, y describe el contexto de la batalla desde el 20 de agosto de 1824, incluyendo un resumen de lo que aconteció con Olañeta y en las provincias del Alto Perú, y la distribución de los diferentes batallones. En un apartado que lleva el título "Batalla de Ayacucho" se listan 14 puntos en los que se cuenta con detalle lo que ocurrió durante ella. La descripción hace referencia a lugares y movimientos de tropas que aparecen marcados con letras en el plano adjunto y que permiten seguir visualmente la explicación escrita; esto lleva a pensar que esta parte del manuscrito también fue añadida posteriormente. Cabe resaltar que si bien se hace referencia a varios planos (Anónimo, 1824) no todos se encuentran incluidos en el documento.

Un aspecto importante a tener en cuenta es que, si bien los documentos redactados después de las operaciones militares –como es el caso del Diario–, responden a un momento icónico de la revolución independentista en Sudamérica, estos también fueron escrito "al soplo de las pasiones (...), tienen la mayor parcialidad y adolecen de graves errores" (Dellepiane, 1977, p.14), por lo que se les debe confrontar con otras fuentes. Otro aspecto que tampoco debe dejarse de lado es el contexto en el que se escribieron; el *Diario* respondió al momento en el que el Virreinato del Perú se había perdido y con él América, razón por la que se buscaba encontrar a los responsables de ello.

Si bien la biblioteca se encuentra ubicada en el campus de la mencionada universidad, ella es una biblioteca con financiamiento independiente con énfasis en la investigación histórica y, en general, en las ciencias humanas. https://jcblibrary.org/

En el *Diario* se culpó por la pérdida de la batalla y del virreinato al general Valdés, entre otros, razón por la que el conde de Torata, un coronel retirado de artillería e hijo de Valdés, lo criticaría duramente. El conde, según sus propias palabras, habría recibido este documento, que hasta ese momento aún no había sido impreso, junto con otras narraciones de la Batalla de Ayacucho con la finalidad de incluirlas en la publicación de la Historia de la Revolución de América que Mariano Torrente preparaba (Torata, 1896, III)[5].

Algunas décadas después el mismo Torata editó su obra, *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*, en la que incluyó el manuscrito en cuestión, además de una refutación escrita por su padre, el general Valdés. Dado que el texto habría sido escrito en Madrid después de la batalla, no se puede descartar un trasfondo político de mayores alcances ni en la redacción del Diario, ni en la de la *Historia de la Revolución*, publicaciones ambas que habrían acomodado los hechos en beneficio de sus propios intereses (Dellepiane, 1977). Según Torata, tanto Torrente como Sepúlveda habrían tomado partido por Pezuela y por Olañeta conspirando, incluso ante Fernando VII, contra los Ayacuchos (Torata, 1896, III; Martínez Riaza, 2019), lo que obligó al general Valdés a redactar una refutación que su hijo publicó en el volumen tres de los Documentos junto con el Diario.

Este texto también causó un gran malestar entre varios de los generales que habían participado en la batalla cuyas cartas, escritas con un alto grado de indignación contra el presunto autor, también han sido incluidas en el apéndice del tomo tres de la obra de Torata. Este intrincado de intereses políticos y personales demuestran la necesidad de que la información del Diario sea cernida con cuidado y contrastada con otras fuentes.

Los autores del diario

Si bien ya en 1827 se nombraba a José Sepúlveda como autor del manuscrito, la descripción de la John Brown Carter Library indica que el autor del *Diario de operaciones del Exército Real del Perú* es anónimo y que éste probablemente fue redactado en Lima. Declaraciones del general Carratalá contradicen esto último al señalar que el texto "es un vómito del infierno, y no dudo que trazó ahí [Madrid] por muchos canallas, con mil perversas miras". (Torata, 1896, III, p.65).

5 Otro de los textos, señala, fue el diario de Zenón Pedro Fontao, el cual indica haber reproducido en la segunda parte de la Exposición del tomo 1 de su obra (Torata, 1896, III: 8).

Los autores del documento, sin embargo, habrían sido al menos siete personas entre quienes destacarían un tal Benavente, americano jefe en el Alto Perú antes de 1816, que después abrazaría la causa independentista; otro llamado Halcón que habría sido oficial de Olañeta; un Valdés que parece fue canónigo de Arequipa y José Sepúlveda, quien además también habría dibujado el plano (Torata, 1896).

Ignacio Pavón Soldevilla (2022) presenta a José Sepúlveda como el autor del Diario.[6] Si bien su libro ofrece una biografía de éste, se le critica que sea incompleta y que se remita únicamente a su hoja de servicios (Marabel, 2022). Según diversas fuentes se sabe que Sepúlveda fue un militar de trayectoria dudosa. Según Torata, habría sido un oficial del batallón de Granaderos de Reserva en Guayaquil y uno de los principales promotores del levantamiento que tuvo lugar en 1820, por lo que fue promovido en el ejército americano al puesto de Ayudante general del Estado Mayor (Torata, 1896, III). En 1823 los mismos revolucionarios lo habrían desterraron a Chile, pero a comienzos de 1824 habría regresado a Perú donde se enroló nuevamente en el ejército realista "posiblemente para actuar como espía de Bolívar" (Torata, Ídem; Martínez, 1977, p.123). La Serna, ignorando estos hechos, lo destinó al ejército del sur, donde sirvió bajo las órdenes del general Valdés.

En setiembre de 1824 fue tomado presó por Carratalá en Cuzco "por esparcidor de noticias contrarias a la tranquilidad pública" (Torata, 1896, III, p.59), siendo puesto en libertad por el virrey; en noviembre fue nuevamente arrestado, esta vez por Valdés, por no haber llevado las órdenes que se le habían encomendado para un puesto de avanzada, aduciendo el mal tiempo y la oscuridad reinante (Torata, 1896, III). Se señala que durante las primeras acciones de la Batalla de Ayacucho habría abandonado el campo de combate y que se habría fugado a Cuzco, saqueando en el camino los equipajes que encontraba (Martínez, 1977; Torata, 1896, III). Si esto se confirmase, la tesis de una autoría conjunta del Diario cobraría fuerza, dada la descripción que se hace de los acontecimientos en los que ya no habría participado.

Así como la pérdida de la batalla de Ayacucho significó que la corona buscara a los culpables, los oficiales que sufrieron la derrota buscaron su defensa. Ascensión Martínez Riaza (2019) señala que La Serna, Valdés y Canterac habrían acordado culpar de la pérdida del Perú "a la equivocada política del virrey Pezuela, que con

6 No he podido tener acceso al libro de Pavón Soldevila, el mismo que en 2022 recibió el Premio Arturo Barea concedido por la Diputación de Badajoz (España).

sus estrategias y debilidad frente al enemigo había sido responsable último de que Chile fuera independiente y San Martín ocupara Lima declarando la independencia" (p.211). Al parecer los presuntos autores del Diario fueron partidarios de Pezuela; Sepúlveda incluso habría combatido con el virrey en el Alto Perú (Martínez Riaza, 2019), lo que explicaría el empleó de un tono agresivo contra los oficiales realistas.

El manuscrito, sin embargo, va más allá de las críticas a la oficialidad bajo cuyo mando el ejército realista sucumbió en Ayacucho. En él también se encuentra información sobre el contexto en el que tuvieron lugar los acontecimientos, lo que ayuda a analizar y comprender el porqué de la derrota del ejército que, al menos sobre el papel, estaba predestinado a salir victorioso.

El contexto de la guerra

Las operaciones de guerra suelen verse influidas por factores como el "terreno, el hombre, el clima, los recursos y la naturaleza de la misma guerra, entre otros" (Dellepiane, 1977, pp.10, 17). El Diario ofrece rica información, en especial sobre el primero de estos aspectos, además de describir los hechos militares, lo cual sirve de base para analizar las acciones del ejército realista, los efectos de los mencionados factores en el desenvolvimiento de las operaciones, y también para entender el porqué de su derrota. La información contenida en el manuscrito permite poner énfasis sobre todo en el factor relacionado con el terreno y a contemplar el factor hombre, pero también invita a analizar la táctica militar empleada por ambos ejércitos. Dada la parcialidad de los autores del Diario, sin embargo, sería recomendable abordar este último punto desde un punto de vista comparativo.

El terreno

La geografía tiene una influencia decisiva tanto en la ejecución de los planes, como en su modificación, apunta Dellepiane. Aspectos como la topografía, las vías de comunicación, los recursos que ofrece y los obstáculos que presenta, son elementos que deben tenerse en cuenta al considerar la táctica y la estrategia que se piensa aplicar. Las operaciones militares de diciembre de 1824 tuvieron lugar en una región abrupta, formada por montañas altas, quebradas profundas y altiplanicies más bien cortas, además de ríos caudalosos como el Apurímac y el Pampas. Y en este marco, una de las principales contribuciones del Diario es precisamente la descripción que ofrece de los obstáculos naturales a los que ambos ejércitos tuvieron que enfrentarse y la manera cómo condicionaron las operaciones y desgastaron no solo a las tropas sino también a los animales.

A lo largo del texto se mencionan las características del terreno, aludiéndose a "la escabrosidad de los caminos" y encontrándose, además, calificativos tales como "terreno muy quebrado", "camino angosto lleno de embarazos", "un cerro inaccesible", "cerros bastante elevados", "grandes cortaduras de que abundaba aquel terreno", haciéndose también mención a la "Quebrada Honda «famosa en todo el país»"[7] (Anónimo, 1824, pp.17, 19, 24, 26).[8]

Esta escabrosidad, precisamente, tal como apunta Dellepiane (1977), no solo influyó en la marcha de las tropas, sino que fue la causante del desgaste y la fatiga del ejército realista, además de la pérdida de una gran parte del grupo de artillería "que por falta de mulas o la escabrosidad de los caminos, fue quedando sembrado desde el Cuzco" (Anónimo, 1977, p.17). A la difícil geografía se añadió el mal estado del terreno como resultado de las lluvias y "las continuas cortaduras que los derrumbes del agua habían causado" (Ibid., p.31).

Las dificultades de este complejo territorio, se vieron agravadas por lo que podrían considerarse como acciones de sabotaje táctico, como fue la quema que el ejército americano hizo del puente sobre el río Pampas. Este hecho dificultó el paso de los realistas y lo obligó a cambiar el 25 de noviembre la dirección hasta encontrar el vado de Bombón "por el que se pasó este formidable río a las 11 del día y se continuó la marcha hasta la cima de una elevada altura". Dicha subida, de camino a Chinchero, sin embargo, sería dificultosa porque el camino era angosto y flanqueado por la ladera de un cerro y por barrancas, que solo permitía "por partes el paso franco a dos o tres hombres de frente (Ibid., pp.18-19). Teniendo esto en mente, es muy probable que el desplazamiento de un ejército numeroso como el realista haya sido más lento que el americano, razón por la que debe haber resultado difícil no solo planificar, sino también ejecutar una campaña de rápidos resultados.

Por otro lado, es muy probable que en ciertos lugares la característica de los caminos haya dificultado el transporte de alimentación, valga decir, del ganado que solía arriarse para la tropa y la comida para los caballos. Estos últimos deben

7 Se encuentra ubicada al noreste de la ciudad de Ayacucho, cerca de la antigua ciudad de Huamanga.

8 No es mucha la información que he encontrado acerca de esta quebrada, solo que se ubica en Cuzco, pegado a Ayacucho, en el cañón formado por el río Apurímac, uno de los más profundos del mundo. Hallándose cerca de la cordillera del Salkantay, se dice que el Apu aparentemente demandaba antiguamente un alto número de sacrificios humanos. Véase el canal de YouTube 4ever Peru Viajes, a partir del minuto 10:20, https://youtu.be/zG3vAepGGn4, y también el artículo de Bolívar y Dueñas (2013).

haber tenido prioridad por lo que es posible que se acampara en sitios de pastura,[9] pero donde -recalca el Diario- "no había agua ni leña, por lo que los soldados tenían que aumentar a la jornada de 7 a 8 leguas [de] paseo involuntario para proveerse de estos dos artículos tan necesarios a la vida, porque sin ellos no podrá el soldado tomar el alimento aunque lo tenía, pues consistiendo en una ración de carne que se le daba en crudo, necesitaba el fuego para asarla y para abrigarse pues no tenía otro auxilio" (Ibid., p.14).

Según el manuscrito, para comienzos de diciembre las provisiones de una de las divisiones realistas probablemente se habían agotado ya que señala que éstos, al no tener que comer, asaltaron la noche del 3 al 4 de diciembre el campamento que los soldados americanos habían abandonado poco antes, haciéndose de la carne abandonada.

Al cansancio por las largas marchas en los Andes se sumó también la altura, la que cobró tributo entre las tropas y los animales. Esto lo evidencia el manuscrito al relatar cómo la división de Valdés, en sus esfuerzos por intentar evitar que tropas americanas alcanzaran una cortadura tuvieron que hacer "altos repetidos de media hora, después de haber andado 200 pasos". Ya un poco antes la marcha al pueblo de Concepción había significado una subida muy penosa "donde muchas mulas del parque quedaron cansadas y como 30 caballos de la compañía de flanqueadores" (Ibid., pp.20-21, 25).

Para la caballería realista la situación no sería muy distinta. El 6 de diciembre Canterac se puso en camino para reunirse con el resto del ejército realista en Pampa de la Quinua. Para ello marchó toda la noche con los 1.600 caballos por un camino calificado de malísimo y "que no permitía más que uno de frente" hasta acampar en el cerro redondo de Huanta, "haciendo en esta marcha un rodeo de más de tres leguas" (Ibid., p.29). Esto debe haber significado tanto el cansancio de los hombres como de los caballos realistas, mientras que los americanos, acuartelados ya en Quinua, habrían estado más descansados el 9 de diciembre al momento de la batalla.

9 Fernand Braudel hace referencia a las guerras de los húngaros contra los turcos en el siglo XVI, destacando la necesidad de cebada para los caballos, "Podría haberse dicho que <<sin cosecha de cebada, no hay guerra>>", (1992: 110). Tomando esto en cuenta, es muy probable que los ejércitos hayan dado preferencia a acampar en parajes donde había pastura para los caballos, antes que otros recursos.

La situación de la caballería realistas no mejoraría puesto que el 8 de diciembre, al tomar posición para la batalla, esta "tubo que hacer un rodeo de dos leguas, donde padeció mucho, pues por falta de herraje estaban los más cojos. En esta jornada se inutilizaron muchos [caballos] más por la escabrosidad del piso, y las continuas bajadas y subidas que tuvieron que bencer" (Ibid., p.31).

Si bien el terreno escogido por los americanos para la batalla:

> los obligaba defender, sosteniendo un bloqueo tan riguroso como en un reducto, pero con la circunstancia de no tener más que un solo cañón que oponer a los once nuestros, sin más municiones que las pocas que tenían en las cartucheras, que para no morir indefensos las debían gastar en un par de días, si nuestros cazadores hubiesen sido destinados a dibertirlos; sin más ganado que el indispensable para económicamente vivir dos; sin más terreno que el que pisaban, pues todo el pays (sic) estaba en su contra, sin más fuerza que los auxilios; su caballería en peor estado que la nuestra y de inferior calidad y número, pues no llegaban a 600 caballos (Ibid., p.33),

El cansancio de las tropas del Rey y el estado de la caballería deben haber menguado la superioridad inicial de este ejército, al igual que su poderío, lo que finalmente se vio reflejado el 9 de diciembre en el campo de batalla.

El terreno y la pérdida de oportunidades

Contemplando el tipo de terreno en el que se desarrollaban las operaciones militares, se podría pensar que éste fue utilizado de manera táctica. El manuscrito, sin embargo, deja en evidencia que, además de acciones poco comprensibles para sus autores, la geografía no fue siempre tenida en cuenta al momento de establecerse una táctica.

La campaña se había abierto el 24 de octubre de 1824 y se esperaba que no durase más de un mes ya que su prolongación "era opuesta a las medidas egecutibas que pedían las ocurrencias para expeler y arrojar los rebeldes de un pays inocente" (Ibid., p.11). Hasta fines de noviembre, sin embargo, no había habido un claro enfrentamiento entre ambos ejércitos.

Según el autor del Diario la duración de la campaña, que "había excedido del cálculo y las circunstancias de ella llegaron a caracterizarlas de odiosas", hubiera

podido reducirse. Según éste, si el ejército realista hubiera marchado por el Camino Real de Lima, a los 15 días no solo hubiera encontrado al insurgente, "sino que los hubieran desaparecido, y aun era un término bastante prolongado para tranquilizar el pays" (Ibid., p.18).

De acuerdo con el Diario, la táctica de los generales realistas no siempre fue clara. Un ejemplo de ello es la mención que hace a las noticias recibidas del cura de Pampachiri indicando que Sucre y La Mar estaban en el pueblo con solo 2.000 mil hombres, en tanto que el resto estaba disperso buscando alimentos. Mientras que los realistas solo se encontraban a 19 leguas que "el exercito las andaría en aquella tarde y noche sin dificultad", los llamados insurgentes habrían demorado entre dos y tres días en reunir sus fuerzas; el mando realista, sin embargo, ordenó continuar la marcha en dirección a Huamanga perdiéndose así la ocasión "para llenarse de gloria con una feliz terminación de la campaña y de la guerra en el Perú (...)" (Ibid., pp.15-16).

Pero el Diario no solo ofrece testimonio de estos hechos, sino que también presenta un claro panorama de la manera en la que el tipo de terreno influyó tanto sobre el éxito y el fracaso de algunas maniobras militares. Una de las principales dificultades que ambos ejércitos afrontaron, por ejemplo, fue la de concentrar tropas y emplear una táctica mejor definida (Dellepiane, 1977). Lo escarpado del terreno, tal como lo relata el Diario, hizo que algunas de las divisiones realistas se vieran obligadas a emprender marchas separadas de la infantería, lo cual habría impedido un posible enfrentamiento antes del 9 de diciembre con un resultado difícil de prever.

El manuscrito hace el relato de la oportunidad que se presentó el 25 de noviembre. Tras haber cruzado el vado de Bombón, una división realista subió por un camino estrecho y quebrado y al llegar a la altura se toparon con columnas enemigas que habían ocupado el pueblo de Chincheros. La Serna intentó conservar el punto por lo que mandó buscar a Canterac, a quien no se encontró, lo que habría obligado al virrey a desistir de sus planes y retirarse sin pérdida de hombres:

Aquí es preciso confesar que los enemigos (...) debieron fusilarnos en esta retirada si nos hubieran seguido, como podían, pero se contentaron con mandar una compañía de cazadores, que nos harían cien tiros y se quedaron sobre la lomada, seguramente conociendo que no era llegada nuestra ora (Anónimo, 1977, pp.20, 21).

El 30 de noviembre la situación sería diferente. La acción demuestra de por sí lo determinante que podía ser la geografía en la táctica militar, pero también lo poco que los realistas aprovecharon las ventajas que ella les ofreció en diversas ocasiones. La vanguardia realista, tras sorprender en Andahuaylas a un destacamento rebelde "de 100 hombres de caballería que tenía en Talaberillo", y hacerla acuchillar por la columna de cazadores y una mitad de la guardia del virrey sin hacer más que 23 prisioneros (Ibid, p.22), continuaron sobre Chincheros, donde tomaron por la retaguardia al ejército americano, acorralándolo. Los realistas se habrían ubicado frente a ellos en "posiciones inatacables", cerrándoles la salida al río Pampas por los vados de Bombón y de Chinchero "de consiguiente, no les era permitido avanzar un palmo de tierra sin recibir daño por él, aunque nuestros generales no permitieran que el soldado hiciera uso del fusil, con solo rodarles piedras era bastante para destruirlos". Por el frente la situación era semejante ya que la división realista, si bien no podía provocar la batalla, podía obstruirles el acceso a los recursos "hasta matarles de hambre". No obstante, esta ventajosa posición, se queja el autor del Diario, los americanos se retiraron "sin que se les disparase un tiro de fusil en su larga desfilada dominada por nuestro exercito" (Ibid., p.23). El 2 de diciembre ocurrió algo semejante en un llano dominado por los realistas, lo que, según el Diario, Valdés tampoco supo aprovechar (Ibid.). Si bien el 4 de diciembre dos batallones rebeldes que se encontraban atrapados por los obstáculos de un desfiladero, "fueron deshechos a la bayoneta por el nuestro de Cantabria" (Ibid., p.25), el manuscrito deja entrever que operaciones como éstas fueron más bien resultado de acciones aisladas que de una táctica concertada en función al terreno.

Al describir las acciones de la batalla de Ayacucho el autor del Diario no deja de mencionar las características del terreno. El campo de la Quinua fue visto como un reducto inexpugnable ubicado entre tres profundas barrancas, una de las cuales los protegía por el flanco izquierdo de posibles ataques. La más inmediata formaba un medio círculo en el frente, a la que se sumaba otra más formidable a la derecha, dejando "un espacio bastante reducido para entrar en el llano, y [las cortaduras] seguían prolongándose a derecha e izquierda hasta la retaguardia del pueblo" (Ibid., p.31).

Diciembre era época de lluvias lo que decidió la manera como se distribuyó el campo, que "era la más molesta por sus desigualdades" a causa de las precipitaciones y los huaycos que cayeron. Este hecho dificultó la formación de una cuarta compañía:

pero tenía la ventaja única de que los enemigos no podían intentar cosa alguna sobre ella, que no les costase mucho, antes de tomar una bara de terreno, por que había una cortadura que tomaba todo el frente del campo cerca de la vase del cerro que al paso que era difícil de salvarse, estaba dominada por nuestra gruesa guerrilla (Ibid., pp.30, 31).

La descripción final de la batalla es una crítica abierta al mando realista y a la manera como condujeron las operaciones. La pregunta central de los autores es ¿qué obligó a los generales españoles a capitular "a la justa causa que nada influía la pérdida de la batalla?" (Ibid., p.41). ¡No obstante, y a pesar de que se hace una enumeración de posibles acciones y un resumen de los supuestos errores, no debe olvidarse el trasfondo político de la narrativa, la cual buscaba desacreditar a aquellos que, conforme al Diario, "dispusieron de un reyno de mil y más leguas de estensión como pudo hacerlo Bolívar!" (ibid., p.43). Martínez Riaza (2019) deja muy en claro que los hechos de lo ocurrido en la Pampa de la Quinua "no se explicaba por la actuación de los jefes y oficiales que defendieron hasta el final la causa del Rey" (p.211), afirmación que invita a profundizar y extender las investigaciones más allá de las acciones militares.

Conclusiones

A pesar de su trasfondo político, el Diario ofrece no solo rica información sobre la organización interna del ejército realista, sino también sobre sus desplazamientos durante las semanas previas a la batalla. Un aspecto que resalta en esta descripción es la enorme importancia del terreno y lo decisivo que fue en la campaña por su configuración, su altura, y sus efectos sobre las tropas, además de la pérdida de cañones y armamento.

Uno de los efectos más evidentes, de acuerdo con el manuscrito, fue que las fuerzas realistas se vieron obligadas a partirse. Estas, por ser más numerosas, tuvieron dificultades para desplazarse unidas por los Andes, ya que el terreno ofrecía problemas para la concentración de grupos grandes. Dicha partición obligó a las divisiones a movilizarse por separado, hecho que habría contribuido a evitar un enfrentamiento armado con el ejército americano los días previos al 9 de diciembre. A pesar de las características del territorio y de las posibilidades tácticas que éste ofrecía, el Diario no hace mayor mención a planes realistas de recurrir a él, sino todo lo contrario. En este punto conviene recurrir a otras fuentes y comparar las afirmaciones.

Lo que sí es innegable es que los desplazamientos por las montañas y las quebradas, así como el cruce de ríos caudalosos agotaron a las tropas, y más al verse obligadas a hacer largas caminatas para buscar agua y leña. Lo mismo ocurrió con las mulas y los caballos, una parte de los cuales terminaría lesionado por faltarles herraduras, contribuyendo de esta manera al debilitamiento del ejército realista en vista de la batalla decisiva. Con esto en mente, prácticamente puede decirse que el terreno sobre el que se desarrollaban las acciones se convirtió en un segundo enemigo con gran influjo en el resultado final de la Batalla de Ayacucho.

Referencias

Bolívar, Y.& Dueñas, Y. (2013). *La montaña sagrada de Salkantay: su paisaje, poder y ancestros. Arqueología y Sociedad,* 25, 229-248.

Braudel, F. (1992). The Structures of Everyday Life: *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century, Vo. 1.* University of California Press.

Dellepiane, C. (1977) [1941]. Historia militar del Perú. Ministerio de Guerra.
García Camba, A. (1916). *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú,* 1809-[1825]. Editorial América.

Diario de operaciones del Exército Real del Perú, John Carter Brown Library, https://repository.library.brown.edu/studio/item/bdr:577214/. León-Portilla, M. (1959). La visión de los vencidos. Universidad Nacional Autónoma de México.

López, M. A. (1878). *Recuerdos históricos del coronel Manuel Antonio López, ayudante del Estado Mayor Jeneral Libertador: Colombia i Perú 1819-1826.* J. B. Gaitán Editor.
Martínez F. (1977). Los últimos de Ayacucho. Boletín de la Academia Nacional de Historia de Venezuela, 60 (237), 111-125.

Marabel, J. (2022). Reseña de Un soldado extremeño en Ayacucho (1824). El «infame» manuscrito de José Sepúlveda. *Revista de Estudios Extremeños,* LXXVIII (I, II y III), 436-437.

Martínez, A. (2019) «El retorno de los vencidos». Los ayacuchos se justifican (1824-1833). En V. Peralta Ruíz, D. de Haro (Eds.) *España en Perú (1796-1824). Ensayos sobre los últimos gobiernos virreinales* (pp. 181-214). Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Marcial Pons.

Miller, J. (2021). *Memorias del General Miller al servicio de la República del Perú* (selección). Biblioteca Bicentenario.

Navarrete, F. (s/f) Tlatelolco y la falsa visión de los vencidos. *Noticonquista,* www.noticonquista.unam.mx/amoxtli/2768/2766.

O'Connor, F. B. (1915). *Independencia Americana: Recuerdos.* Editorial América.

O'Leary, D. F. (1952). *Memorias del general O'Leary*. Imprenta Nacional.

Orwell, G. (4 de febrero de 1944). Revising History. *Tribune.*

Pavón, I. (2022). *Un soldado extremeño en Ayacucho. El «imfame» manuscrito de José Sepúlveda.* Diputación de Badajoz.

Pereyra, N. E. (2017). La Batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824): Cultura y memoria de un acontecimiento. *Revista del Archivo General de la Nación*, 32, 271-283.

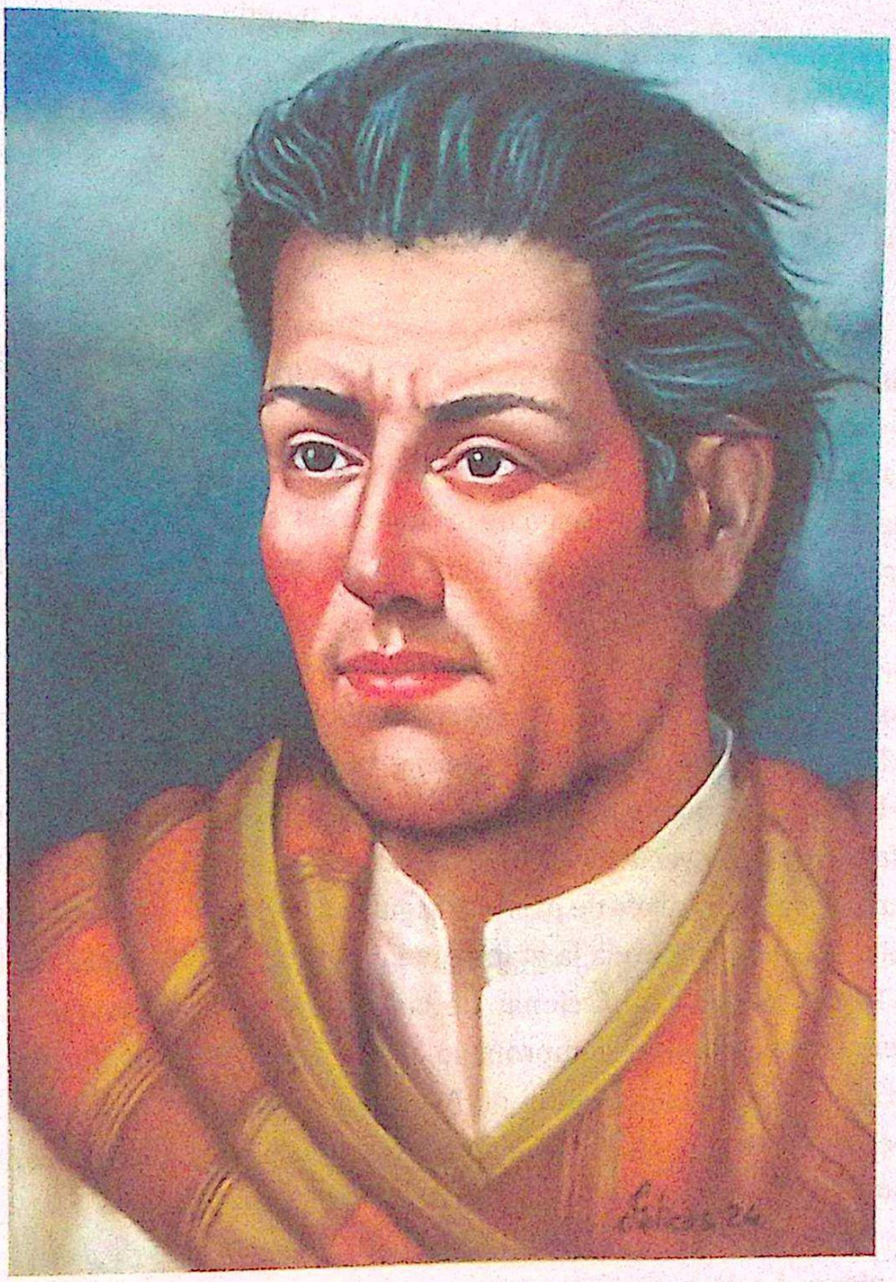
Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú / publicados por el Conde de Torata. (1894-1898). *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú.* 4 tomos. Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos

Torrente, M. (1829-1830). Historia de la Revolución hispano-americana. 3 vols. Imprenta de León Amarita.

Valdés, J. (2019). *Refutación que hace el Mariscal de Campo Don Jerónimo Valdés del Manifiesto que el Teniente General Don Joaquin de la Pezuela imprimió en 1821 a su regreso del Perú*, 2 Vol. Forgotten Books.

Milagros Martínez-Flener

- Magister en Historia por la Pontificia Universidad Catolica del Perú.
- En 1991 obtuvo una beca de investigación en Austria y el 2002 se graduó como Doctora en Historia en la Universidad de Viena.
- Tiene el Máster en Historia del Mundo Hispánico en la Universidad Jaume I de Castellón. Actualmente es miembro del Centro de Investigaciones Históricas de América Latina de la Universidad Jaume I (CIHAL/UJI).



Crl Santiago Marcelino Carreño

Oleo sobre lienzo
Tomado del libro "Ayacucho: Identidades, imaginarios, memorias. Batalla de Ayacucho independencia y heroes populares". Ranulfo Cavero Carrasco

La División peruana y el Crl Marcelino Carreño en la campaña final de Ayacucho

Crl Juan Urbano Revilla
General de Brigada EP (R)
Centro de Estudios Histórico Militares del Perú
República del Perú

Resumen

En la campaña final de Ayacucho, cada componente del Ejército Unido Libertador cumplió su deber. Allí estuvieron 5,780 soldados patriotas, comprendidos entre la división peruana al mando del gran mariscal La Mar; la primera y segunda división auxiliar colombiana, a cargo de los generales Lara y Córdova; y la división de caballería, al mando del general Miller, quien además contaba con las fuerzas de guerrillas, agrupadas en diversas partidas.

Este texto trata sobre la participación de la División Peruana en el último tramo de la campaña por la independencia, conocer su composición y fuerza, estado de la moral y su contribución en las acciones decisivas hasta alcanzar la gloria en la batalla de Ayacucho; asimismo, se aborda en detalle la participación del Crl. Marcelino Carreño, jefe de partida de guerrillas, quien llevó a cargo diversas responsabilidades durante toda la etapa final de la guerra libertaria del Perú, con lo cual se busca entender el accionar de las guerrillas, sus mandos, su sentido de representación nacional y compromiso con la patria. En ocasión del presente bicentenario de la gesta continental de Ayacucho, constituye un deber dar justo relieve a estos aspectos militares que son parte de la cuantiosa contribución peruana por la independencia.

Palabras clave: La Mar, división peruana, Carreño, guerrillas, Ccollpahuaycco, Ayacucho.

Abstract

In the final Ayacucho campaign, each component of the United Liberating Army fulfilled its duty. There were 5,780 patriotic soldiers there, including the Peruvian division under the command of the great Marshal La Mar; the first and second Colombian auxiliary division, led by generals Lara and Córdova; and the cavalry division, under the command of General Miller, who also had guerrilla forces, grouped in various parties.

This text is about the participation of the Peruvian Division in the last stretch of the campaign for independence, knowing its composition and strength, state of morale and its contribution in the decisive actions until achieving glory in the battle of Ayacucho; Likewise, the participation of the Crl is addressed in detail. Marcelino Carreño, leader of the guerrilla group, who carried out various responsibilities during the entire final stage of the libertarian war in Peru, which seeks to understand the actions of the guerrillas, their commanders, their sense of national representation and commitment to the homeland On the occasion of the present bicentennial of the continental feat of Ayacucho, it is a duty to give fair prominence to these military aspects that are part of the considerable Peruvian contribution to independence.

Keywords: La Mar, peruvian division, Carreño, guerrillas, Ccollpahuaycco, Ayacucho

Introducción

A fines de 1823, la independencia no se consolidaba. Los realistas se mantenían fuertes en la sierra central y sur del país, en tanto las fuerzas patriotas se organizaban entre la división colombiana, batallones peruanos y en menor proporción quedaban los efectivos rioplatenses y chilenos que habían llegado antes con la expedición del general San Martín; es más, los guerrilleros permanecían activos en sus zonas de empleo.

En este contexto, las unidades peruanas existentes en el país eran el resultado del desarrollo de la guerra y la política. Por un lado, se vieron disminuidas por las adversidades en las campañas a Puertos Intermedios; mientras que, por otra parte, se vieron afectadas por las vicisitudes políticas generadas entre los nóveles poderes Legislativo y Ejecutivo, que derivaron en la existencia de dos congresos y dos gobiernos, uno con Riva Agüero en Trujillo y el otro con Torre Tagle, en Lima. En esta situación, los contingentes peruanos habían quedado con escasa instrucción y limitada organización, afectados por la vorágine política y sin impulso para la guerra, por lo que no eran una fuerza eficiente (De la Barra y Dellepiane, 1972, pp. 366 y 367).

De las unidades peruanas que quedaron en el norte, dispersas entre Trujillo, Huamachuco, Cajamarca y Cajabamba, tenemos las siguientes: 2do. batallón de la Legión, batallón Nº 1 de la Guardia, regimiento Tiradores de la Guardia, batallón Trujillo, batallón del Comandante Vallari (en cuadro), regimiento de caballería Coraceros (3 escuadrones), escuadrón del Comandante Mancebo, escuadrón Lanceros de la Victoria, húsares de Riva Agüero y la brigada de artillería. En tanto, de las unidades que estuvieron entre Lima y Callao, tenemos: batallón N.º 3 del Perú, regimiento de infantería de Cívicos, regimiento húsares de la Guardia (2 escuadrones), escuadrones húsares del Perú y lanceros del Perú, y la brigada de artillería (De la Barra y Dellepiane, 1972, p. 374).

En el marco de las contingencias políticas, las unidades nacionales también eran la muestra del sacrificio y empeño de los propios peruanos en la lucha por su independencia; en estos batallones y regimientos, tenemos los nombres de aquellos jefes que lucharon en las batallas de Torata, Moquegua, Zepita, tales como: Brandsen, Soulanges, Aramburú, Ventura Alegre, Francisco Méndez, José Roca, José María Frías, Manuel Martínez Aparicio, Manuel de Mendiburu, Felipe Santiago Salaverry, Pascual Saco Oliveros, Manuel Ignacio de Vivanco, entre tantos otros adalides como Domingo Nieto y Miguel San Román, que después llegarían hasta las batallas de Junín y Ayacucho.

Con la presencia del general Simón Bolívar en el Perú, el Congreso le otorga facultades políticas y militares, para resolver la anarquía. No se llegó al enfrentamiento entre fuerzas patriotas, al ser detenido el presidente Riva Agüero y enviado a destierro a Guayaquil. Entonces, empezando el año 1824 aún se mantenía una gran incertidumbre en el ámbito militar, en vista que aún no se consolidaba el Ejército Unido Libertador.

La formación de la División Peruana en el Ejército Unido Libertador

A inicios de febrero de 1824 se presentó un serio revés militar cuando los castillos del Callao pasaron a poder de los realistas; ante ello, el general Simón Bolívar recibe del Congreso el poder total con el título de "Dictador" y luego el legislativo entró en receso (CDIP, 1975, T. XIV, Vol. 1, p. 148); entonces, todos los esfuerzos estuvieron dirigidos a robustecer el "Ejército Unido Libertador". En marzo de 1824, Bolívar estableció su Cuartel General en Trujillo donde reorganizó los ministerios, fusionándolos en uno solo a cargo de un ministro peruano, José Faustino Sánchez Carrión, quien instituye un riguroso "estado de guerra" en todo el país; se impulsó el reclutamiento general, que desde el 26 de enero de 1824 había dispuesto se obtengan 5,748 hombres de las principales provincias del norte del Perú, incluso desde los 12 a 50 años, así como reclutamientos por los lugares de paso de las divisiones colombianas; además, se requirió 3,000 hombres para la división de la Costa encargada al coronel colombiano Luis Urdaneta (García Rosell, 1954, pp. 16, 19 y 32; Paz Soldán, 1921, T.II, pp. 382-385). Entonces, se fortaleció las unidades peruanas, se completó los contingentes colombianos con efectivos peruanos, se impartió instrucción militar con severa disciplina, incluyendo la reorganización de las montoneras y sus mandos, se completó el armamento.

Asimismo, se obtuvieron recursos materiales hasta de las iglesias, se aplicaron cupos y requisas de ganados, se obtuvo vestimentas y víveres para las tropas. El rigor fue tan extremo que se dispuso fusilamientos en casos de desacatos y deserciones (Paz Soldán, 1921, T.II, pp. 383, 384 y 388-390); empero, también sobresalió una abundante contribución voluntaria de patriotas solventes. Nada se dejó de hacer con el objeto de forjar la maquinaria de guerra necesaria para las campañas finales de la independencia.

Para el mes de mayo, las fuerzas del ejército patriota se preparaban militarmente, situándose escalonadas a lo largo del eje de la sierra norte, la agrupación de fuerzas peruanas desde Cajamarca a Huamachuco, mientras, las fuerzas colombianas se emplazaban en los alrededores del callejón de

Huaylas, el ejército aún estaba disperso; por su parte, las partidas de guerrillas patriotas actuaban como fuerza de cobertura, distracción e informaban sobre los movimientos realistas.

De las fuerzas nacionales, se conformó la División Peruana que fue puesta al mando del general José de La Mar. Esta agrupación reunió los restos de las tropas peruanas que a fines de 1823 habían quedado luego de la segunda campaña a puertos intermedios; asimismo, juntó aquellos efectivos de las unidades que fueron del ejército del centro que permaneció en Lima y no entró en operaciones en la campaña antes mencionada, que fueron concentrados por el general Necochea cuando la fortaleza del Callao pasó a los realistas, sumó a los nuevos reclutas de la costa y de la sierra, y finalmente reunió a las unidades acantonadas en Trujillo que fueron formadas durante el fin del gobierno de Riva Agüero; entre estas, el antiguo regimiento Coraceros que estuvo a cargo del coronel Gutiérrez de La Fuente, que luego toma el nombre de regimiento de Caballería del Perú o Húsares del Perú. En suma, eran cuatro batallones y un regimiento de caballería de 3 escuadrones (De la Barra y Dellepiane, 1972, p. 377 y p. 382). Se llegó a una fuerza de más de 3,000 hombres para la división de La Mar, debiendo tenerse en cuenta que muchos reclutas captados fueron enrolados en las divisiones colombianas; razón por la cual, a pesar de la cantidad numerosa de reclutas peruanos tomados, La Mar solo contó con el efectivo mencionado (Dellepiane, 1965, p. 185).

La agrupación de tropas colombianas se organizó en dos divisiones. La primera división fue puesta al mando del general José María Córdova, que reunió unos 900 efectivos llegados desde Colombia en marzo del 2024, más 940 hombres que llegaron en junio, estos últimos eran del batallón "Zulia" que se transformó en el "Caracas", arribaron también en este contingente el escuadrón "Dragones" y "Guías de la Guardia". La segunda división fue puesta al mando del general Jacinto Lara, con las unidades colombianas que estuvieron en el Perú desde 1823 con el general Antonio José de Sucre, más las tropas del batallón "Istmo" que llegó en enero de 1824 con 362 hombres; además, arribaron del norte otros 600 hombres más (García Rosell, 1954, pp. 13-15; Cortés, 1924, T.II, pp. 9-16). En estas divisiones, se sumaron efectivos peruanos y reclutas destinados a completar los contingentes colombianos.

De las unidades llegadas con el general José de San Martín, quedaba un escuadrón del regimiento Granaderos de los Andes; y de las chilenas unos cuantos efectivos del batallón N° 2, que se integraron con restos de las tropas peruanas que completaron las fuerzas colombianas.

La División Peruana en la campaña de Junín

Para la campaña de Junín, el Ejército Unido Libertador llegó a unos 10,000 hombres aproximadamente, los que pasaron la extraordinaria revista de tropas en la región de Rancas, pampa de Sacramento, fue la mayor arma construida para la guerra de la independencia, destinada a hacer frente a los 18,000 efectivos realistas distribuidos en la sierra centro y sur. De las agrupaciones del enemigo, la más próxima a los acantonamientos patriotas era el "Ejército del Norte" ubicado en Huancayo al mando del general José de Canterac que contaba con unos 8,000 hombres (Dellepiane, 1965, pp. 192 y 194).

Del contingente patriota, la división peruana quedó al mando del mariscal de campo José de La Mar, como jefe de Estado Mayor del Ejército Libertador fue designado el general Agustín Gamarra y comandante de la caballería peruana el general Guillermo Miller. A ellos se suman los 1,500 guerrilleros que llegaron a Pasco, los que estuvieron al mando de Miller, así como unos 1,000 guerrilleros en la zona de Canta, al mando del general Cirilo Correa, eminentemente peruanos.

Además, la división peruana y quedó compuesta por el batallón Legión Peruana de la Guardia, al mando del coronel José María Plaza; el Batallón Nº 1, al mando del coronel Francisco de Paula Otero; el batallón Nº 2, al mando del coronel Gregorio Fernández; y el batallón Nº 3, al mando del coronel Juan Pardo de Zela. Además, el regimiento Húsares del Perú se puso al mando del coronel Antonio Placencia; el 1er. escuadrón, al mando del coronel Isidoro Suarez; el 2do. escuadrón, al mando del teniente coronel Carl Sowersby; y el 3er. escuadrón, al mando del teniente coronel Pedro Gutiérrez Blanco. Estos contingentes llegaron al campo de Junín, donde alcanzaron unos 2,236 efectivos (Ministerio de Guerra, 20 de enero de 1844).

Las operaciones se iniciaron al conocerse los aprestos de las fuerzas de Canterac en Huancayo, el 3 de agosto Bolívar dispone se levante el campo de Sacramento, y emprender la marcha del Ejército Unido Libertador hacia el sur. El ejército peruano compuesto por la división de La Mar pidió el puesto de vanguardia (López, 1878, pp. 114-115); no obstante, el libertador le dio la posición central en la marcha, entre las divisiones colombianas de Córdova y de Lara. Entonces, se desarrolló la ofensiva con la finalidad de enfrentar a las fuerzas de Canterac en sus posiciones de Jauja.

El 6 de agosto, sobre las pampas de Chacamarca, a 4,100 m.s.n.m. se

encontraron las dos caballerías de las vanguardias de ambos ejércitos, el choque fue tremendo, a punta de sables y lanzas, producto de los primeros embates la acción se decidía por los realistas, cuando entró en la batalla el primer escuadrón de Húsares del Perú, a instancias del teniente José Andrés Rázuri, quien al llegar a la zona de acción y en una exacta apreciación de un momento de vulnerabilidad del enemigo, recomendó el ataque al Tte. Crl. Isidoro Suárez, quien emprendió una resuelta carga sobre el flanco y retaguardia de las tropas de Canterac, lo que causó el desequilibrio y pavor en la caballería realista; con lo cual los demás escuadrones de la caballería patriota que se dispersaban se volvieron en aniquiladores del enemigo.

En la victoria de Junín brilló la estela de los Húsares del Perú, a quienes el Libertador Bolívar, siguiendo la usanza castrense de perennizar la memoria del triunfo en el cuerpo militar más importante durante la batalla, les asignó el nombre del campo de los hechos, denominándolos para la posteridad como Húsares de Junín.

El mayor impacto de la batalla fue abatir gravemente la moral de las fuerzas realistas, mermar su arrogancia de muchos años victoriosos. Además, al separarse Canterac de su infantería, dislocó y arruinó su ejército. Más aún, los realistas perdieron el dominio de las provincias de Tarma, Lima, Huancavelica, Huamanga y parte de las del Cusco. En Junín se marcó el preludio del fin del poder realista.

En cuanto a las guerrillas, estas resultaron indispensables en la campaña final por la independencia. Estuvieron con San Martín; fueron empleadas por los gobiernos peruanos de La Junta Gubernativa y el presidente Riva Agüero, manteniéndose leales a este último, tal es así que les fue difícil sumarse a las operaciones de Bolívar, eran representaciones de patriotismo peruano, que luego culminan uniéndose a la campaña del Libertador, quien los reconoce en su mando.

A partir de entonces, de Junín a Ayacucho se sucedieron 126 días de marchas y contramarchas, cuyo derrotero del Ejército Libertador y la División Peruana, seguiremos a través de las acciones del coronel peruano Marcelino Carreño.

El coronel Marcelino Carreño y las guerrillas desde el inicio

Un peruano de condiciones innatas para la guerra, considerado nacido en el Cusco, fue incorporado a la Expedición Libertadora por José de San Martín en Chile, desembarcando en Paracas en 1820. Desde el inicio de la campaña final por la

independencia estuvo a cargo de la formación de guerrillas, levantar a los pueblos, emplear espías, era un jefe altivo que tenía en claro sus funciones sobre el manejo de hombres como comandante Militar de Partida de Guerrillas.

En julio de 1822, desde Matucana, Marcelino Carreño le decía a su jefe, el coronel Francisco de Paula Otero, comandante General de las Partidas de la Sierra, sobre cómo manejar a las guerrillas: "que era un error acuartelar (guerrilleros)", y que le pida a él "los auxilios que necesite y gente para el aumento de partidas"; algunos lo apreciaban equivocadamente como reacio a las órdenes, cuando en realidad era conocedor de la guerra y eso lo trasmitía con franqueza a su superior para el mejor destino de la misión. Luego, desde Yauli le manifestó a Francisco de Paula Otero: "mi residencia es ambulante y me sitúo donde las funciones de mi cargo me llaman... donde pueda ser útil a la patria" (CDIP, 1971, T.V., Vol.2, pp. 309 y 337).

Tiene presencia en los diversos escenarios de la guerra, preparando emboscadas, fomentando el uso de galgas, propagando notas subversivas, infiltrándose en las zonas del enemigo y obstruyendo los recursos para estos; también asumió como gobernador político y militar de la Sierra de Lima, siendo jefe de otros guerrilleros como Ignacio Quispe Ninavilca, entre otros. Además, muy respetado por Isidoro Villar, Guillermo Miller y Domingo Tristán quien refirió de Carreño: "oficial de notorias aptitudes y de mi confianza... (con) instrucciones para arreglar los cuerpos cívicos, disciplinarlos... es de comportación (sic) bien probada... Carreño tiene actitudes para todo" (CDIP,1971, T.V., Vol.2, pp. 46 y 61).

Carreño resultó indispensable en los movimientos de los ejércitos patriotas, ostentó reconocida graduación militar que incrementaba a pulso de sus acciones; en el tiempo de San Martín, lo tenemos a inicios de 1822 como sargento mayor, pasando por el tiempo peruano de la Junta Gubernativa, luego con Riva Agüero y finalmente, en el tiempo de Bolívar, para inicios de 1824 era coronel.

A inicios de 1823 el general Álvarez de Arenales le encomendaba directamente misiones de seguridad en la sierra de Matucana. Además, las tropas quechuas lo calificaban como "general"; igualmente, en abril 1823, en Cerro de Pasco las autoridades locales se referían al "general Carreño" cuando lo vemos haciendo levas con Isidoro Villar, reclutando nuevos efectivos (Vega, 8 de diciembre de 1983, p. 8; CDIP, 1973, T.V., Vol.4, p. 326). De otro lado, sus más enconados enemigos se referían a él con epítetos denigrantes como "indio Carreño" o "indecente", o acusado de excesos e insultado en pasquines llamándolo "gavilán", "cusqueño déspota", "jetón" (CDIP, 1973, T.V., Vol.4, p. 199 y 1971, Vol. 2, p. 326).

Al empezar setiembre de 1823, durante el periodo de anarquía política, Carreño era buscado por el partido opositor; sin embargo, se mantuvo leal al gobierno de Riva Agüero, dejando en claro su sentido nacionalista y que actuaba en defensa de "mi suelo", en pos de la "libertad del país". Además, expresó desde Yanahuanca que, "jamás mi corazón ha sido ambicioso ni mercenario para adquirir honores de un modo siniestro" (Vega, 1983; Carreño, 11 de octubre de 1823, p. 494). Luego, el 30 de noviembre, le refiere a Bolívar sus conceptos de "unión de ambos ejércitos y la destrucción del enemigo común por la libertad del Perú", adhiriendo sus tropas a la campaña final. Es más, el 4 de diciembre, el recio y altivo coronel Carreño, al adherirse a las fuerzas de Bolívar, le agradece al coronel Francisco de Paula Otero por la garantía de conservar los grados militares de los hombres de su cuerpo, entre ellos, el coronel graduado Francisco Vidal (Paz Soldán, 1921, T.II, pp. 178-180).

En enero de 1824, luego de la caída de Riva Agüero, el general Bolívar dispone la desactivación del regimiento de caballería Húsares de Riva Agüero, situado en Huánuco al mando del coronel Carreño desde el tiempo del anterior presidente, y las tropas pasaron al regimiento Coraceros que estaba en Trujillo, Carreño fue cambiado por el teniente coronel Francisco Aldao, rioplatense; es decir, se retiró del mando a un jefe peruano. Al respecto, el oficial Cortegana mencionó "... sin embargo de ser hijo del país" (Cortegana, 1848, T.12, fol. 5).

En junio de 1824, entre los nombramientos realizados por Bolívar para emprender la campaña hacia Junín, Carreño es nombrado jefe del parque patriota, tal como refiere Cortegana: "al coronel Don Marcelino Carreño, que ya lo encontró también en Caras cumpliendo su llamamiento lo nombró de comandante general y conductor del Parque de Artillería y pertrechos del Ejército Unido Libertador" (Cortegana, 1848, T.12, fol. 117).

Carreño y las guerrillas, en el impacto de la batalla de Junín

En agosto de 1824, el impacto de la victoria patriota en la batalla de Junín fue devastador en la tienda realista. Al caer la noche partidas de montoneros al mando de sus bravos jefes, entre ellos, los coroneles Carreño, Otero, Terreros, Estomba, el comandante Peñaloza, el mayor Astete y otros, más algunos piquetes de caballería, hostigaban la retaguardia realista en su apresurada huida y daban cuenta a Bolívar de los movimientos finales de los vencidos (Dellepiane, 1965, p. 200).

Luego, la vanguardia del Ejército Unido Libertador que va tras el apurado repliegue realista, siguió encabezada por las guerrillas patriotas, como refiere

el mismo Bolívar "... el coronel Carreño la ha conducido"; mientras, del 17 de agosto al 19 de setiembre el Libertador entregó al mando del ejército patriota al general La Mar, quien continuó la acción ofensiva, mientras que Sucre se encargó temporalmente de la comisión de reunir los dispersos en retaguardia, principalmente de las unidades colombianas (Cortés, 1924, pp. 154-159).

En tanto, en los primeros días de setiembre de 1824, el virrey La Serna adelantó su cuartel general a Limatambo desde donde responde los argumentos de Canterac tras la derrota de Junín, increpándole:

> Lo que ya sucedió no tiene más remedio, sino la de tomar las medidas para batir a Bolívar... Ahora la ventaja del enemigo es el efecto de la desgraciada carga de caballería y el no haber dispuesto que el parque y la infinidad de cargas salieran para Huamanga el mismo día que usted salió al norte para reconocer los enemigos. (Valdés, 1896, Doc. 83).

Además, en notoria situación de desventaja, -por primera vez en la guerra- el virrey imparte instrucciones que debe seguir el repliegue de Canterac en dirección sur: "Se debe contener al enemigo con ataques parciales, la guerra así lo exige"; ahora debe salvar su ejército que es acechado por las fuerzas de Bolívar encabezados por las guerrillas, colocándose a protección del obstáculo natural de la cortadura del río Apurímac y el control del paso de los puentes se vuelve vital, por lo que dispone su destrucción para negarlos a los patriotas: "...con tiempo debe pasar el Apurímac,... que corten los puentes y destruyan los estribos de este lado,... he mandado quemar todas (las balsas), así como el maguey (cabuya), por dos puentes (Apurímac y Copa) puede pasar el ejército sin demora". (Valdés, 1896, Doc. 84).

En la marcha hacia el Condorcunca y el fin de Carreño

Entonces la vanguardia de Bolívar sigue progresando, por la ruta Cangallo con los granaderos del capitán Pringles, y por el lado del Pampas, con Marcelino Carreño; ocupan sucesivamente Huamanga y Chincheros. El 13 de setiembre Carreño ingresa a Andahuaylas, solo unos días antes Canterac había abandonado su cuartel general en dicho lugar.

Para el 22 de setiembre las guerrillas patriotas ingresan a Chalhuanca; mientras Bolívar, desde Vilcashuamán se dirige a Sucre disponiendo medidas inmediatas para la guerra: "... construir grandes tambos para alojar a la infantería

y caballería; el aguacero es lo peor que puede suceder a las tropas... reunir víveres para la comodidad de las tropas... Yo pienso ir a Andahuaylas y Abancay a reconocer... los godos esperan por momentos la división Valdés toda montada. Esto me inclina dirigir nuestro ejército por Abancay, pues eso nos conviene en invierno." (Lecuna, 1929, p. 181).

Los guerrilleros de Carreño, en estrecha persecución contra Canterac que marchaba por el camino inca, terminan echando a los realistas sobre el lado este del puente y río Apurímac; con lo cual, sus guerrillas quedan defendiendo la margen izquierda (sur oeste) de dicho río, en el frente Curahuasi-Larata (Aucahuasi, 2006, p. 104).

En tanto, el virrey La Serna adelanta su cuartel general a Limatambo, donde se reúne con los generales Canterac y Gerónimo Valdés; este último jefe realista había sido llamado de urgencia dejando de lado su misión de recuperar la adhesión del general rebelde Olañeta y sume sus tropas para la nueva situación militar. Entonces, La Serna dispone la fusión de los anteriores ejércitos del Norte y del Sur, creando el "Ejército Unido de Operaciones del Perú", reconcentrando todas sus fuerzas en el sector, alcanzando unos 9,320 hombres (Dellepiane, 1965, p. 211), en condiciones de iniciar operaciones para recuperar lo perdido.

A mediados de octubre, las guerrillas de Carreño que controlaban el lado izquierdo del Apurímac, en el distrito de Abancay "hacía frecuentes incursiones en la orilla opuesta con lo que tenía al país en constante alarma"; de Carreño manifestó O'Leary en sus memorias: "Muy útiles servicios prestó este activo oficial al ejército" (1915, T.II, p. 347).

El 22 de octubre, las fuerzas realistas reunidas partieron del Cusco en forma esforzada en dirección Apurímac – Cangallo – Huamanga, en búsqueda de los patriotas. Sucre por su parte, enterado del movimiento realista y a fin de evitar el envolvimiento de sus fuerzas desarrolló un repliegue hacia retaguardia para reconcentrarse en Andahuaylas y de allí seguir por el río Pampas hacia Huamanga, a fin de mantener abierto el camino hacia sus bases de operaciones al norte.

La Serna al conocer el movimiento de Sucre, orienta sus fuerzas hacia el río Pampas, y desde el 24 de noviembre, ambos contingentes se siguen sin decidir un ataque, mientras identificaban el terreno más favorable a sus planes.

En junta de guerra del 29 de noviembre los realistas deciden iniciar

acciones para sitiar al Ejército Unido Libertador, en el pasaje del río Pampas. Para ello, el grueso de las fuerzas realistas simularía cruzar el Pampas por Carhuanca; mientras, la división vanguardia del general Valdés realizaría un movimiento de flanco por Chincheros. En estas circunstancias, Valdés decide que se debe eliminar el peligro de las guerrillas patriotas que operaban en la localidad aledaña de Talavera (llamada Talaverilla); con lo cual, al amanecer del día 30 lanza un golpe con un destacamento realista que sorprende y da muerte a más 200 guerrilleros y capturan otros 23 (Aucahuasi, 2006, pp. 183-186).

De esta acción, escaparon los coroneles Marcelino Carreño y Antonio Plasencia, entre los pocos sobrevivientes. Empero, el tiempo que Valdés empleó para destruir a los guerrilleros en Talaverilla, fue empleado por parte de Sucre para realizar el pasaje del Pampas por el vado de Concepción, salvando el ejército libertador de una probable derrota de graves consecuencias.

En los siguientes días se suscitaron una serie de movimientos y acciones de ambas fuerzas, como el ataque de Ccollpahuaycco que se tratará más adelante, hasta que el 08 de diciembre, cuando los realistas se aproximaban a tomar posiciones en el Condorcunca, en un acercamiento de Carreño y sus hombres, estos son presa de una emboscada fortuita, que terminó con la vida del bizarro jefe guerrillero: "cayeron inadvertidamente en poder de sus partidas de avanzadas los coroneles Carreño y Plasencia... halló el primero su muerte y el segundo su inesperada prisión" (Torrente, 1971, p. 299; Vargas, 1974, pp. 70-71). De esta manera rindió su vida el bravo coronel Marcelino Carreño, un líder peruano de una trayectoria excepcional en la campaña final de la independencia que este texto revalora su historia.

El juramento de la División Peruana

El 3 de diciembre, estando reunido el Ejército Unido Libertador en su campamento de Matará, la batalla se tornaba inminente ante el avistamiento y seguimiento continuo de ambos ejércitos contendientes; entonces, a la una del día, el general José de La Mar, junto con el general Agustín Gamarra, convocaron a los jefes y oficiales de la división peruana.

En dicha reunión, refiere el oficial peruano de la Legión, Juan Basilio Cortegana (1848), era evidente el patriotismo de los peruanos, reflejado en el "ardor para combatir"; entonces, La Mar les hizo saber la imperiosa necesidad de "independencia de nuestra patria", sin ella, ninguno podría quedar vivo, por lo que

seguidamente les consultó si se comprometían a esta. La respuesta fue de unánime compromiso, acto seguido desenvainando espadas los invocó a juramentar el "sucumbir antes en la batalla por la libertad de la patria que volver las espaldas"; para lo cual, les tomó el juramento siguiente:

¿Juráis por Dios y cruz de vuestras espadas, por vuestro honor, por vuestra suerte futura y por que como caracterizados de grandes defensores y salvadores de la patria, el cumplir todo lo que os he conjurado por la libertad de ella?" Contestaron todos, "Si, juramos". (Cortegana, 1848, T.12, fols. 293-294; Vargas Ugarte, 1974, p. 62)

Entonces, La Mar también juró la misma, afirmando "ante el Dios de los Ejércitos que seré el primero en daros ejemplo...". Luego, los cuerpos de tropa peruanos también prestaron el mismo juramento, todos vislumbraban un mejor porvenir en los destinos de la república. Es más, a instancia de los oficiales peruanos, los jefes se dirigieron ante el general Sucre a pedir, por segunda vez en la campaña, ser la vanguardia contra el enemigo, antes que las tropas auxiliares colombianas.

La respuesta de Sucre fue: "Señores, conozco mucho del valor de los peruanos [...], pero siendo la libertad del Perú la de Colombia, no hay motivo para estimular ni preferenciar"; es más, recordó que Colombia recibió el auxilio peruano en Pichincha, "[...] y juntos también hoy por la libertad del Perú, combatirán en este su suelo" (Cortegana,1848, T.12, fol. 294; López, 1878, p. 124; Vargas Ugarte, 1974, pp. 62-63). Con ello, continuaron los aprestos para las operaciones.

Ccollpahuaycco: Ataque realista y respuesta patriota

En la tarde del 3 de diciembre, Sucre nota la intención de los realistas de cortarle nuevamente la retirada; entonces, ordenó la marcha por el difícil paso de la quebrada de Ccollpahuaycco, que necesariamente tenían de atravesar en su dirección a Huamanga, apreciando que la distancia que debía recorrer el enemigo para llegar este desfiladero sería el doble, por lo que estimó que las divisiones patriotas la traspasarían antes (López, 1878, p. 124).

El Ejercito Libertador inició el paso con la división del general José María Córdova a la cabeza, quien tomando las precauciones de seguridad dejó una compañía de Cazadores de Bogotá al mando del capitán Vicente de Piñéres; luego, siguió la división peruana del general La Mar, quien traspuso la quebrada con sus

primeros batallones, quedando por pasar la división de retaguardia, a cargo del general Jacinto Lara, quien empezaba a subir la loma para descender a la quebrada.

En dichas circunstancias, a las 5 de la tarde, se produce el sorpresivo ataque de la división del general Valdez, quien se había adelantado al grueso realista y estando emboscada en la zona, acomete con el batallón Burgos seguido por el Cantabria, Gerona, el Infante y un regimiento de caballería, contra los últimos efectivos de la división peruana y la división de Lara.

Entonces, la primera resistencia a la carga la emprende la compañía de Cazadores de Bogotá apoyando el paso de la división peruana, de la cual se desprende una compañía de Cazadores y entre ambas sostienen la culminación de la salida de la cuesta por parte de las unidades peruanas (López, 1878, p. 125).

En este asalto, quedó cortada la división Lara, la artillería, los pertrechos, más la Gran Guardia del campamento que se dejaba, servicio a cargo de la primera compañía de Granaderos de la Legión Peruana; además se aislaba a la caballería al mando del general Miller, el batallón Nº 1 y los guerrilleros, quienes tratan de buscar otro camino para el cruce de la quebrada. Mientras se separó a esta porción del ejército libertador, las unidades que recibieron toda la carga de los batallones de Valdés fueron el Rifles, Vencedor, Vargas y la compañía de la Legión Peruana (Cortegana, 1848, T. 12, fol. 296).

Entonces, el batallón Rifles subió la colina y enfrentó a las guerrillas del Burgos que ya descendían sobre los patriotas; los jefes ingleses de este batallón colombiano, coronel Arthur Sandes y su segundo el mayor Thomas Duxbury, se batieron valientemente en la acción (Aucahuasi, 2006, p.191). Luego, se suman a rechazar el ataque los batallones Vencedores y Vargas con su jefe Trinidad Morán que recompuso su unidad, enfrentando decididamente la embestida enemiga (Bonilla, 1944, p. 21).

Estando el ataque fuertemente comprometido, aún permanecía en el campo la compañía de la Legión Peruana, tratando de salvar la artillería y el parque de pertrechos, los medios más pesados por transportar; en esta valerosa defensa se empeñaron los oficiales peruanos, capitán Eugenio Raygada, teniente primero Juan Basilio Cortegana, teniente segundo José Toribio Morales y subteniente Pablo Palma, cumpliendo esforzadamente su deber y encontrar un paso para librar la zona de destrucción (Cortegana, 1848, T. 12, fol. 296).

Miller por su parte guio a la caballería para salir por un paso camino a Chontaca, en tanto, el batallón Nº 1 y los guerrilleros, conocedores de la región, se alejaron por otro paso. Todo ello, bajo los fuegos realistas que arrollaron al Rifles que perdió un tercio de sus efectivos y al mayor Duxbury, en persecución que duró hasta las 7 de la noche. Luego, progresivamente se reúnen los contingentes patriotas de la división retaguardia. Sucre, a las 9 de la noche, toma conocimiento que, a pesar de las perdidas, aún conservaba las fuerzas de esta división.

El ejército patriota sufrió más de 300 bajas del contingente segregado en la retaguardia, perdió los pertrechos, bestias de carga y uno de los dos cañones; además, los efectivos de la Gran Guardia de la Legión Peruana tuvieron 12 bajas, resistieron valientemente el ataque, cuando Sucre y todo el Ejército daban por "perdida" esta compañía (Cortegana, 1848, T. 12, fol. 298). A pesar de la embestida realista, dicha porción de las tropas que debían ser aniquiladas, no sucumbieron gracias a la resistencia y al conocimiento del terreno de los peruanos que les permitió usar diversos pasos para salir de la emboscada (Aucahuasi, 2006, p. 194).

Desde el día 04 ambos ejércitos quedan en paralelo, los realistas por las alturas de la cordillera occidental y los patriotas por la cordillera oriental, separados por la quebrada de Ccollpahuaycco. Entonces, se reanudan los movimientos donde el combate decisivo era inminente, y en los días siguientes cada fuerza buscaba dominar las mejores posiciones del terreno para el ataque.

El plan de ataque realista para la batalla final

A los pocos días, luego de marchas y encuentros parciales en fechas anteriores, el 9 de diciembre los ejércitos quedaron en sus posiciones para dar batalla. El virrey La Serna al mando del "Ejército Unido de Operaciones del Perú" ocupaba las alturas dominantes del Condorcunca, su efectivo estaba disminuido en relación al que partió del Cusco, según las fuentes realistas debido a las numerosas deserciones y bajas durante la marcha, por lo cual, para la batalla contaban con unos 7,000 hombres aproximadamente (Valdés, 1896, T.III, p. 61); entonces, se emplazaron colocando a su derecha a la división del general Valdés, al centro la división de Monet y a la izquierda la división de Villalobos, manteniendo la división de caballería de Ferraz en reserva. Por su parte, Sucre con los 5,780 hombres del "Ejército Unido Libertador" (Dellepiane, 1965, p. 211), emplazó sus fuerzas en ángulo, con la división de La Mar a su izquierda, la división de Córdova a la derecha, en reserva la división de Lara y a retaguardia la división de caballería de Miller.

Para esta parte final de la campaña, tanto el Ejército Libertador como la División Peruana, también habían sufrido la merma de sus efectivos, lo que originó que después de la batalla de Junín se continúe con los reclutamientos de centenares de peruanos de Yauyos, Jauja y Huamanga, que fueron incorporados en las unidades colombianas (García Rosell, 1954, pp. 16, 54-55); no obstante, del efectivo total patriota, la división de La Mar luchó en la fecha con unos 1,444 hombres (Ministerio de Guerra, 20 de enero de 1844, p. 22).

La Serna planeó una ofensiva potente, en la cual Valdez con cuatro batallones de infantería, dos escuadrones de caballería, más cuatro piezas de artillería mediante un movimiento de flanco debía atacar el sector izquierdo de la posición de Sucre; y cuando hubiese obligado a empezar el repliegue de los patriotas, el virrey lanzaría su ataque avanzando desde sus posiciones con las divisiones de Monet y Villalobos, sumando siete piezas de artillería y la caballería de Ferraz, hasta completar su victoria.

Sobre este plan de ataque realista, refiere José María Rey de Castro, secretario del virrey, que el general Valdés, apreciando el campo de batalla en el sector que se le había encomendado, expresó:

> Es división peruana la que ha esa parte se dirige, voy a vérmelas con La Mar, me situaré al otro lado de la barranca... de esa manera podremos sin gran dificultad posesionarnos de aquella importante posición... tomaremos al enemigo entre dos fuegos, Monet lo atacará por el centro y Villalobos por la izquierda. (Vargas Ugarte, 1974, p. 41).

El jefe realista daba por seguro el triunfo, confiaba en su fuerza compuesta por las tres armas.

Las tropas de la División Peruana y húsares en la batalla de Ayacucho

A las 10 de la mañana se inicia la ofensiva realista a manos de Valdés sobre la izquierda patriota desplegando sus fuerzas en guerrillas, los primeros en oponerse fueron las montoneras a caballo formadas por el coronel Marcelino Carreño, las que se desprendieron de la división peruana dando valiente resistencia a la primera embestida hasta que los realistas impulsan sus fuegos (Vargas Ugarte, 1974, p. 41; Roel, 1986, p. 89), con lo cual, la defensa queda con los batallones peruanos Nº1, Nº 2 y Nº 3, más el batallón Legión Peruana, luego se suma el batallón colombiano Vencedores. El ataque se intensifica en este sector, lo que demanda el repliegue de

los patriotas y se refuerce a La Mar con el batallón Vargas; la potencia realista logra que dos de sus batallones crucen el barranco que separaba las fuerzas y empiecen a tomar ventaja sobre los patriotas.

En estas circunstancias, refiere Miller en sus memorias, que toma la iniciativa de cargar con el regimiento de Húsares de Junín sobre los realistas que progresaban favorablemente en ese sector de la izquierda patriota, obligándolos a replegarse y traspasar el barranco; en eso vuelve agrupada la división de La Mar, sumándose a la acción y el batallón de la Legión Peruana es el primero que atravesó el barranco para apoyar la embestida de los Húsares, seguido por el Vargas, tomando la artillería de Valdés y obligando al repliegue de su caballería y el abatimiento de su infantería en ese sector (Miller, 1910, T.II, p. 177); más aún, por la posición en que quedó Valdés no podía ver lo que pasaba en el resto de la línea realista, con lo cual se catapultaba la victoria patriota.

Sucre supo aprovechar esta resistencia del sector de La Mar, para explotar sus fuerzas con la división Córdova para desbaratar la avanzada izquierda enemiga de Villalobos y luego el centro que impulsaba Monet, empleando a la caballería patriota para arrollar a la infantería enemiga en la pampa de Ayacucho, así como cruzar la depresión ubicada a las faldas del Condorcunca, a pesar de contar con una sola pieza de artillería, decidiendo el triunfo del Ejército Unido Libertador.

Entonces, el punto de inflexión y acicate para la victoria resultó ser la resistencia de la división peruana y la carga de los Húsares de Junín que impidieron el ataque de flanco de los realistas, encabezado por Valdés que, de haber prosperado, hubiera comprometido toda la línea patriota, dando oportunidad a una acción más eficaz de la reserva y artillería enemiga que los llevara a un triunfo.

Es más, respecto a esta acción que le cupo en la batalla, el general Valdés refiere que las cargas que recibió sobre su flanco por parte de las nuevas tropas de la caballería e infantería patriota lo obligaron a formar "martillo" para la contención, pero al ver la decisión y empuje por todas partes, vislumbró sin duda que la batalla tenía un final funesto para los virreinales. Añade que, al no tener posibilidad de retirarse a dirección alguna, "no podía proponerse otra cosa que dejar bien puesto el honor de las armas y detener al ejército enemigo (patriota) el mayor tiempo posible para dar lugar a que se reuniesen nuestros dispersos" (Valdés, 1896, T.III, p. 57-58).

La actuación de la división peruana y Húsares de Junín crece en mérito,

pues con tropas regulares contuvieron a la experimentada división de Valdés, al bizarro jefe realista que mayores lauros tuvo en las campañas virreinales contra la independencia, aquel que aportó a la sorpresa de Ica, victorioso en Torata y Moquegua, pundonoroso en Zepita, el que acometía a Olañeta, quien recorría velozmente la sierra en una serie de jornadas sin par. Entonces, al ver Valdés el desastre realista de Ayacucho quedó tan afectado que en un intento de buscar la muerte llegó a sentarse sobre una piedra para que los vencedores acabasen con él; sin embargo, fue convencido por sus jefes subordinados para emprender la retirada a las alturas donde se reunían los derrotados realistas (Vargas Ugarte, 1974, p. 105).

Del general Valdés dice Miller que, además de ser un activo genio militar, en la campaña final jamás quiso recibir su pago, llevaba el viejo vestido militar que le regalaron sus soldados un año antes, en las marchas dormía sobre ponchos a la cabeza de sus tropas, quienes decían "en campaña el tío siempre está en casa". Agrega Miller que, Valdés como hombre público era considerado violento y despótico; más aún, "era temido de los oficiales, pero idolatrado por la tropa" (1910, T.II, p. 187). Ello muestra la talla del rival militar que tocó enfrentar a los nacionales.

Conclusiones

El general Sucre en su parte oficial de la memorable batalla, menciona sobre la acción de sus jefes: "Con satisfacción cumplo el agradable deber de recomendar... la serenidad con que el general La Mar ha rechazado todos los ataques a su flanco y aprovechado el instante de decidir la derrota; la bravura con que el general Córdova condujo sus cuerpos y desbarató en un momento el centro y la izquierda enemiga; la infatigable actividad con que el general Lara atendía con su reserva a todas partes; y la vigilancia y oportunidad del general Miller para las cargas de caballería" (Vargas Ugarte, 1974, pp. 133-134).

En cuanto al coronel Marcelino Carreño, este bravo no fue mencionado en los partes de guerra, solo Miller lo indica entre los jefes muertos en la gesta de Ayacucho (T.I. p. 308 y T.II., p. 178); de otro lado, Valdés, el arrojado general realista en la lucha contra la independencia, en informe a su rey narra la omisión de Carreño en la última contienda donde perdieron el virreinato: "...no hacen mención de él por olvido o por disminuir su pérdida" (CDIP, T. XXII, Vol.3, p. 379; Roel, 1986, p. 93).

La historia debe un reconocimiento al coronel Marcelino Carreño, valiente peruano, adalid de la patria y la libertad, que luchó todas las jornadas de la independencia, desde la Expedición Libertadora hasta caer a inmediaciones del Condorcunca y al frente de sus montoneros; fue sumamente valioso en los planes de San Martín, también estuvo al lado de Riva Agüero y finalmente con Bolívar. Sus huellas se encuentran en múltiples acciones en la costa y la sierra, organizando fuerzas, facilitando los recursos para las tropas y combatiendo al enemigo hasta el fin, un líder indiscutible cuyos aguerridos montoneros se batieron en la gloriosa batalla de Ayacucho.

En suma, las tropas de la división peruana y los Húsares de Junín, más las guerrillas peruanas brillaron en la batalla de Ayacucho, les cupo enfrentar a la principal fuerza formada por el ejército realista para la contienda decisiva y los nacionales respondieron en el campo de las armas, volviendo el choque a su favor, con lo cual, sobre ellos giró la victoria patriota; entonces, es posible afirmar que cumplieron aquel juramento expresado días antes de la lid final y se batieron con honor y patriotismo en la gloriosa batalla de Ayacucho que dio la libertad al Perú y América.

Referencias

Aucahuasi, R. (2006). *De Junín a Huancavelica, Apurímac y Ayacucho. 126 días de marchas y contramarchas en la campaña de la independencia de 1824.* Lima: Editora Bodega San Pedro.

Bonilla, M. (1944). *Colpahuaico.* Lima: Imprenta del Ministerio de Guerra.

Carreño, M. (11 de octubre de 1823). Otro del mismo. *Gaceta del gobierno, 5* (13), 494.

Colección Documental de la Independencia Del Perú [CDIP]. (1975). *Obra gubernativa y epistolario de Bolívar 1. Legislación 1823-1826.* (T. XIV, Vol. 1). Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Colección Documental de la Independencia Del Perú [CDIP]. (1971). *La acción patriótica del pueblo en la emancipación. Guerrillas y montoneras.* (T. V, Vol. 2). Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Colección Documental de la Independencia Del Perú [CDIP]. (1973). *La acción patriótica del pueblo en la emancipación. Guerrillas y montoneras.* (T. V, Vol. 4).

Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Colección Documental de la Independencia Del Perú [CDIP]. (1973). *Documentación Oficial Española.* (T. XXII, Vol. 3.) Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Cortegana J. (1848). Manuscrito [Historia del Perú. Campaña de 1824 que aseguró la independencia y libertad del Perú del coloniaje español en la Batalla de Ayacucho. Tomo 12°. Lima].

Cortés, C. (1924). *Participación de Colombia en la libertad del Perú.* Tomo II. Bogotá: Talleres del Estado Mayor General.

De la Barra, F. y Dellepiane, C. (1972). *El Perú y su Independencia Antología. Volumen III. Periodo 1823-1826.* Bolívar. Lima: Gráfica industrial.

Dellepiane, C. (1965). *Historia Militar del Perú.* (5ª. ed., T. II). Lima: Imprenta del Ministerio de Guerra.

García, C. (1954). *La contribución del Perú a la campaña de Ayacucho.* (Separata de la Revista del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú). Lima: Imprenta Casa Nacional de la Moneda.

Lecuna, V. (1929). *Cartas del Libertador.* (T. IV, 1824-1825). Caracas: Lit. y Tip. del Comercio.

López, M. (1878). *Recuerdos históricos del coronel Manuel Antonio López, ayudante del Estado Mayor General Libertador. Colombia y Perú, 1819-1826.* Bogotá: J. B. Gaitán editor.

Miller, G. (1910). *Memorias del General Guillermo Miller al servicio de la República del Perú.* (T. II). Madrid: Librería general de Victoriano Suarez.

Ministerio de Guerra y Marina. (20 de enero de 1844). Parte oficial. *El Peruano*, pp. 22-24.

O'Leary, D. (1915). *Bolívar y la Emancipación de Sur-América.* Memorias del general O'Leary (1819-1826). (T. II). Madrid: Sociedad española de Librería.

Paz Soldán, J. (1921). *Cartas Históricas del Perú,* Segunda serie. Lima: Librería e Imprenta Gil.

Roel, V. (1986). *El Perú en el siglo XIX*. Lima: Idea.

Torrente, M. (1971). *Historia de la Revolución de la independencia en el Perú*. En Colección Documental de la Independencia Del Perú [CDIP]. (T. XXIV. Vol. 4). Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Vargas, R. (1974). "Relación de Juan Basilio Cortegana. La Batalla de Ayacucho". En: *Historia de las batallas de Junín y Ayacucho.* Lima: Editorial Milla Batres.

Vega, J. (8 de diciembre de 1983). La independencia no llegó a las mayorías. *La República*, pp. 2-8.

Valdés, J. (1896). Documentos para la Historia de la Guerra separatista del Perú. (Refutación que hace el mariscal de campo don Jerónimo Valdés del diario que escribió don José Sepúlveda sobre la última campaña del Ejército español en el Perú en 1824. Primera parte. Tomo 3). Madrid: Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos.

Juan Urbano Revilla

- Oficial del arma de Ingeniería graduado en la Escuela Militar de Chorrillos.
- Master of Science in National Resoruce Strategy, por la Universidad de la Defensa en Washintong, USA.
- Estudios de post grado en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Actualmente es Presidente del Centro de Estudios Históricos Militares del Perú



Monumento "Retorno a la Patria"
Recuerda el histórico momento ocurrido en 1823 cuando San Martín, regresaba del Perú, luego de su histórico renunciamiento

Obra del escultor argentino Luis Perlotti
Departamento de Tunuyán, Mendoza - Argentina

Abstract

On February 10, 1824, General José Francisco de San Martín embarked with his daughter Mercedes bound for Europe. This departure was for good, and he did not return until after he died. After having formed armies and participated in battles that ensured the emancipation of Argentina, Chile and Peru, he had to choose exile due to the ongoing political circumstances, that had him leave the country amidst intrigues and accusations.

It was also a particularly painful departure full of detachments and renunciations for having to leave his beloved Mendoza, the land that cradled him as an adopted son and where he planned to spend the rest of his life, together with his family once the Liberating Campaign was over, far from wars and political intrigues.

General José de San Martín's voluntary exile in Europe did not end his political life. On the contrary, his opinions expressed through correspondence, private or public appearances, always carried the authority of his name and decisively influenced the course of events.

His letters and writings, in which he recounts his past and displays, until the end of his days, a great passion for his country, are the most substantial that we have left of him.

Keywords: Exile - San Martín - Correspondence - Independence - Liberation campaign.

Introducción

En nuestro trabajo pretendemos presentar cómo estaba la provincia de Mendoza a su regreso, después de Guayaquil y reconstruir a través de los testimonios de sus cartas, enviadas desde su residencia en Europa, sus más profundos sentimientos hacia Mendoza y cuáles fueron los últimos momentos y situaciones en los que participó, después de su renunciamiento y antes de su partida definitiva.

El epistolario sanmartiniano es la fuente principal sobre la que se basa nuestro estudio, ya que nos permite indagar sobre cuestiones referidas a sus percepciones sobre su alejamiento de su patria querida, pero también nos permite descubrir sus intereses y reconocer sus inquietudes más íntimas y cotidianas. Las cartas escritas por el general San Martín poseen un significativo valor, ya que es un relato que llega desde la primera persona de quien las escribe y se establece un diálogo que no solo pone al descubierto cuestiones íntimas y del contexto histórico, sino también su intencionalidad y estrategia comunicacional.

Desarrollo

Con el propósito de asegurar la independencia de los pueblos americanos y en pos de ese objetivo, se entrevistó en Guayaquil con el general Simón Bolívar para acordar la mejor manera de concluir con la independencia de Sudamérica. Después regresó a Lima, renunció a su cargo de Protector del Perú, entregó la banda y el bastón y se retiró llevando solamente su sable corvo y el estandarte de Pizarro.

Desandando caminos pasó primero por Chile, cruzó la cordillera de Los Andes y llegó por última vez a su querida Mendoza, donde pensaba permanecer por largo tiempo. Es indudable que San Martín tenía previsto quedarse a vivir en esta provincia junto con su familia, por el resto de su vida, pero no pudo cumplir con este deseo, tal como lo expresó:

> Establecí mi cuartel general en mi chacra de Mendoza y para hacer más inexpugnable mi posición, corté toda comunicación excepto con mi familia. Yo me proponía en mi atrincheramiento dedicarme a los encantos de la vida agricultora y a la educación de mi hija, pero ¡vanas esperanzas ¡(Carranza, 1919, p. 147)

La tranquilidad tan ansiada en su casa y su pequeña chacra en Los Barriales no pudo lograrla. El espionaje que se organizó en torno a San Martín cuando

regresó a Mendoza, por parte de los seguidores de Bernardino Rivadavia, lo obligaron a encerrarse en su chacra mendocina, donde se recluyó colgando su sable y cambiando la vida de militar y del campamento por las actividades de un chacarero, por eso su solitaria y silenciosa permanencia en Mendoza durante diez meses.

> De regreso de Lima fui a habitar una chacra que poseo en Mendoza, ni en este absoluto retiro, ni el haber cortado con estudio todas mis antiguas relaciones, y, sobre todo, la garantía que ofrecía mi conducta de toda fracción o partido, en el transcurso de mi carrera pública, no pudieron ponerme a cubierto de todas las desconfianzas del gobierno...En estas circunstancias me convencí de que, por desgracia mía, había figurado en la revolución más de lo que yo había deseado. (Tonelli, 1950, p. 129-130)

El general San Martín expresó en numerosas oportunidades su predilección y afecto a su ínsula cuyana, como llamaba él a la tierra mendocina, que nunca dejó de amar y en el destierro la recordó siempre, como si ella fuese algo necesario en su vida o como si en ella hubiera pasado los mejores años de su vida:

> Los días de su ínsula cuyana fueron para San Martín los más felices de su vida. La paz más tranquila reina en esta provincia gracias a sus buenos y pacíficos habitantes. Si antes había venido a preparar la guerra en su ínsula cuyana, ahora tornaba a ella para buscar el reposo de los últimos días. (Rojas, 1948, p. 134)

El viajero inglés Robert Proctor que tuvo la oportunidad de conocerlo y visitarlo en su viaje por Mendoza nos dice:

> Como tenía cartas para este hombre célebre, tuve oportunidad de verle mucho. Ciertamente nunca contemplé facciones más animadas, particularmente cuando conversaba de acontecimientos del pasado; y aunque se felicitaba de su retiro en Mendoza, imaginé ver inquietud de espíritu en su mirada, que solamente esperaba oportunidad propicia para volver a salir con su acostumbrada energía. Llevaba una vida muy tranquila, residiendo habitualmente en una propiedad suya a ocho leguas de la ciudad, que estaba mejorando rápidamente. Parecía muy apegado a Mendoza como los habitantes lo eran a él; y sin duda como este lugar fue el punto donde comenzó su brillante carrera, érase el más querido. Por la tarde, con frecuencia venía a nuestras reuniones y nos divertía mucho con cantidad

de anécdotas interesantes que tenía manera fácil de narrar, animada por su rostro fuertemente expresivo. (Proctor, 1920, cap. VIII, p. 52)

El inglés Alexander Caldcleug nos relata:

> Mendoza ha sido el sitio escogido últimamente como residencia por el general San Martín, cuyo nombre es más conocido en la América del Sur que en Europa. San Martín ha buscado este retiro después de diez años de fatigas y batallas, para gozar de un merecido reposo. No adoptaré para referirme a este personaje los grandes elogios que le prodigan sus admiradores, pero sería injusto negar que posee grandes talentos empleados por entero en el bien de su país y de la libertad del Nuevo Mundo. Existen en América del Sur dos partidos que no admiten una opinión equidistante, quizás la más cercana a la verdad. Uno de esos partidos llega casi a endiosar a San Martín, sosteniendo que de haber quedado en la Península – que abandonó, según dicen, por un pique relativo a promociones – hubiera llevado a cabo mayores hazañas que nuestro ilustre jefe [Wellington]. El otro partido cae en la difamación, lo califica de cruel y vengativo, asegura que su ambición no tiene límites y que lejos de poseer talentos militares, sus batallas fueron ganadas mientras él se encontraba acostado y ebrio. Debe convenirse en que su retiro de la vida pública ha desvirtuado la acusación de ambicioso y en cuanto a las otras, existen muchas razones para no darles crédito. (Giamportone, Tomo 1, p. 21-22)

Samuel Haigh, otro viajero inglés que estuvo de viaje por esta provincia en varias ocasiones, y conoció y visitó al general San Martín cuando estaba en Mendoza, nos dejó sus recuerdos:

> Al cuarto día de mi partida de Chile llegué a Mendoza. El general San Martín residía allí hacía varios meses; había intentado atravesar las Pampas para ir a Buenos Aires; pero casi cayó en manos de José Miguel Carrera que correteaba en las llanuras con una banda de forajidos; en consecuencia, se vio obligado a regresar a Mendoza. Había numerosas intrigas políticas por aquel tiempo, tanto en Chile como en Buenos Aires, y San Martín se disgustó tanto con la falta de cooperación que había encontrado, que renunció a todo mando y se había presentado a Mendoza vestido de paisano. A la sazón estaba postrado, gravemente enfermo, en aquella ciudad. (Giamportone, Tomo 2, p. 84)

En su segundo viaje a Mendoza, Samuel Haigh nos relata que:
Llegando a Mendoza fui a su casa, y al informar de mi asunto al general Quintana, se me introdujo en el dormitorio del general. Encontré al héroe de Maipú en su lecho de enfermo y con aspecto tan pálido y enflaquecido, que a no ser por el brillo de sus ojos difícilmente le habría reconocido: me recibió con una sonrisa lánguida y extendió la mano para darme la bienvenida. Al entregarle las cartas se sentó en la cama para leerlas; pareció que el contenido le daba gran placer y se las pasó a Quintana quien, después de leerlas, meneó la cabeza en señal de aprobación; y se me pidió que volviera antes de abandonar Mendoza. (Giamportone, Tomo 2, p. 85)

El mismo general San Martín nos señala:

A mi regreso del Perú (y no a mi retirada, como dice el Argos) no trepidé en adoptar un plan que al mismo tiempo que lisonjeaba mi inclinación ponía a cubierto de toda duda mis deseos de gozar una vida tranquila que diez años de revolución y guerra me hacían desear con anhelo; consiguiente a él, establecí mi cuartel general en mi chacra de Mendoza y para hacer más inexpugnable mi posición, corté toda comunicación (excepto con mi familia, yo me proponía en mi atrincheramiento dedicarme a los encantos de una vida agricultora y a la educación de mi hija[1] (Otero, 1945, Tomo VI, p. 57)

San Martín era propietario de la chacra Los Barriales, que fue el lugar donde estuvo alojado desde su regreso del Perú y hasta que partió rumbo a Buenos Aires. Este solar le había sido donado por el Cabildo de Mendoza el 18 de diciembre de 1816, un mes antes de la partida del Ejército de los Andes rumbo a Chile y luego allí había construido una pequeña propiedad y una bodeguita junto a la finca. Los terrenos donados a San Martín tenían una superficie de cincuenta cuadras, pero también el Cabildo le había donado a su hija Mercedes Tomasa otras doscientas cuadras más.

Con el deseo de poder viajar a Buenos Aires y poner fin a su persecución y hostigamiento y cómo sabía que le interceptaban y leían la correspondencia, decidió aplicar otra táctica como la guerra de zapa, así le escribía a José Vicente Chilavert en enero de 1825:

> conocí que mi posición era falsa y que a la guerra de pluma que se me hacía, yo no podía oponer otra que estas mismas armas, para mí desconocidas; en lucha tan desigual me decidí a abandonar mi fortificación y adoptar otro sistema de operaciones. He aquí mi primer plan destruido. (Otero, 1945,

1 Carta a Vicente Chilavert. Bruselas, 1 de enero de 1825.

Tomo VI, p. 58)

Aunque estaba alejado de Buenos Aires, a raíz de la hostilidad de que era objeto por parte de Bernardino Rivadavia: "Tan difícil debió ser aquella situación para que el general no resolviera su viaje, ni aun mediando la enfermedad de su querida esposa Remedios, que falleció en Buenos Aires el 3 de agosto de ese mismo año" (Busaniche, 1942, p. 262).

San Martín perdió su última batalla que fue, despedir con vida, a su esposa Remedios, no pudo llegar a verla y darle su último adiós. El 3 de agosto de 1823 a los 25 años murió María de los Remedios de Escalada de San Martín en Buenos Aires, donde residía desde hace varios años por prescripción médica junto a sus familiares más cercanos.

El ambiente político en Buenos Aires estaba en su contra y había amenazas de atentar contra su vida o de tomarlo prisionero. Mucho tiempo pasó, muchos cambios, pero también intrigas y traiciones que San Martín supo comprender oportunamente y decidió su retiro voluntario.

> Ignora Ud. por ventura, que, en el año 23, cuando por ceder a instancias de mi mujer de venir a darle el último adiós resolví en mayo venir a Buenos Aires, se apostaron partidas en el camino, para prenderme como un facineroso, lo que no realizaron por el piadoso aviso que se me dio por un individuo de la misma administración. (Tonelli, 1950, p. 129)

El viaje en carreta desde Mendoza hasta Buenos Aires, el general San Martín lo realizó en 14 días y el 4 de diciembre de 1823 llegó a Buenos Aires, sin escolta.

A pesar de que sus deseos eran los de pasar desapercibido, la prensa de la capital lo señaló y fue anunciado así por *El Argos*:

> Tenemos la satisfacción de anunciar al público el arribo a esta capital del general José de San Martín. Sin traicionar a los deberes del patriota, no hay quien pueda mostrarse indiferente a la presencia de un héroe que ha coronado a la nación en tantos títulos y laureles. Su alma, más grande que su fortuna, echa en olvido su persona para acordarse de la nuestra y por un camino erizado de peligros, elevó nuestra reputación y gloria nacional a un grado fuera de los cálculos de la esperanza. Nos es dable que nuestros nobles ciudadanos le tributen las señales que corresponden al beneficio. (Otero, 1945, Tomo VII, p. 43)

Inmediatamente llegó a Buenos Aires, su primera acción fue honrar la memoria de su esposa, visitó su sepulcro y en el mismo erigió un mausoleo donde dejó grabada la frase: "Aquí yace Remedios Escalada, esposa y amiga del general San Martín". (Otero, 1945, Tomo VII, p. 47)

El norteamericano E. M. Brackenridge, quien durante los años 1817 y 1818 a bordo de la fragata Congress realizó una visita oficial en Buenos Aires, efectúa el siguiente comentario:

> La esposa del general San Martín, por este tiempo, estaba viviendo con su padre, pero parecía muy deprimida de espíritu por su ansiedad a causa de su marido a quien, por todo lo que se decía, es devotamente apegada. Ella que le había acompañado hasta el pie de los Andes, deseaba seguir su suerte al pasarlos, pero fue disuadida con mucha dificultad. Percatándose de que no participaba en ninguna de las diversiones y averiguando el motivo me dijeron que había hecho promesa de alguna clase por el éxito de su marido, lo que no pude comprender bien. Estas virtudes privadas y discretas en la familia de San Martín me dieron una opinión muy favorable del hombre; la excelencia y pureza de la vida privada es, en conclusión, el mejor cimiento de la confianza pública. No puede haber ninguna dignidad de carácter sin ellas, y rara vez nos equivocamos en la pureza de las acciones humanas, cuando esta fuente es pura. Mientras estuve en Buenos Aires, he oído frecuentemente citar a San Martín y su esposa como un ejemplo de matrimonio feliz; lo que de ningún modo es un elogio negativo, en un país donde la moral está desgraciadamente depravada, y donde el estado matrimonial es tenido en demasiado respeto. No tienen más que una hija de tres o cuatro años de edad. (Brackenridge, 1927. Tomo 1, p. 280-281)

Apenas llegó a Buenos Aires percibió el clima adverso e irreconocible y decidió que él no iba a ser motivo de diferencias y luchas internas, por ello optó alejarse de su patria, llevando consigo a su hija Mercedes:

> Mi separación voluntaria del Perú parecía me ponía a cubierto de toda sospecha de ambicionar nada sobre las desunidas provincias del Plata. Confinado en mi hacienda de Mendoza y sin más relaciones que con algunos vecinos que venían a visitarme, nada de esto bastó para tranquilizar la desconfiada administración de Buenos Aires; ella me cercó de espías, mi correspondencia era abierta con grosería; los papeles ministeriales hablaban de un plan para formar un gobierno militar bajo la dirección de un

soldado afortunado, etcétera. En fin, yo ví claramente me era imposible vivir tranquilo en mi patria ínterin la exaltación de las pasiones no se calmase y esta certidumbre fue la que me decidió a pasar a Europa.[2]

Ante esta situación de persecución y de seguimiento, San Martín optó por alejarse por un tiempo de su tierra querida y decidió viajar a Europa. Su opción por el exilio fue el "desenlace lógico de una serie de acontecimientos que le precedieron y que no estuvo en manos de San Martín evitar". (Otero, 1945, Tomo VII, p. 43)

Aun cuando San Martín revestía una doble investidura como capitán general de Chile y la de generalísimo del Ejército del Perú, se reconocía igualmente como capitán general del Ejército de Los Andes, nombrado como tal por el director supremo. Por tanto, antes de partir rumbo a Europa, solicitó el permiso necesario al gobierno para viajar a Europa. El gobierno le otorgó la autorización el 7 de febrero de 1824, junto a su pasaporte, facultado para ausentarse de su patria sin límite de tiempo.

Con la renta de dos años que le pagó por adelantado el gobierno del Perú y con unos cuantos pesos que tenía ahorrados, el general José Francisco de San Martín se despidió de su patria y se trasladó a Europa en busca de reposo para su espíritu y llevó consigo a su hija Mercedes, para consuelo y sostén en el futuro. Así lo hizo, el 10 de febrero de 1824 padre e hija junto a su sirviente Soto, se embarcaron en el buque francés Le Bayonnais con destino al puerto de Le Havre, retirándose voluntariamente de su amada tierra natal.

La causa del alejamiento de su patria surgió después de Guayaquil, cuando vio que su misión había terminado, en algún momento creyó que podía permanecer en Buenos Aires junto a su hija, pero la muerte de su esposa le fijó otros rumbos y decidió alejarse de su patria, con la firme idea de regresar a la misma, en cuanto le fuera posible.

El mismo día y antes de partir le escribió a Federico Brandsen que era su compadre y amigo "Dentro de una hora, parto para Europa con el objeto de acompañar a mi hija para ponerla en un colegio en aquel país y regresaré a nuestra patria en todo el presente año, o antes si los soberanos de Europa intentan disponer de nuestra suerte"[3].

2 Archivo del General San Martín. Comisión Nacional del Centenario, Imprenta Coni Hnos., Buenos Aires, 1910. Carta al general Bernardo O'Higgins el 20 de octubre de 1827.
3 Un hijo del coronel Brandsen era ahijado del general San Martín.

Cuando el general San Martín salió de Mendoza rumbo a Buenos Aires dejó su sable corvo guardado en tierras mendocinas que era su objeto más preciado, posiblemente en poder de la señora Josefa Ruíz Huidobro a quién confió además parte de su equipaje y sus papeles, como se desprende de algunos encargos que dejó por escrito al gobernador de Mendoza, Pedro Molina. Pasaron once años y en diciembre de 1835 le escribió a su yerno Mariano Balcarce y a su hija Mercedes que se encontraban de viaje en estas tierras que le llevaran su sable que había dejado guardado en tierras mendocinas: "Lo que sí les encargo se traigan es mi sable corvo, que me ha servido en todas mis campañas de América y servirá para algún nietecito, si es que lo tengo." (Museo Histórico Nacional, 1910, p. 326-327). Dos años más tarde, su yerno puso en manos del general San Martín su sable corvo: cómplice y colega tan ansiado, quien le dio un lugar de preferencia entre los objetos más queridos de su casa, primero en Grand Bourg, cerca de París, luego en Boulogne Sur Mer y allí lo conservó hasta su muerte:

> Lo que en realidad de verdad le preocupaba era la anarquía, es decir la lucha de los partidos en que ya se había dividido la opinión y que ocupando el primer lugar pasional en muchos corazones restaba energía a los intereses sagrados y fundamentales de la libertad. (Tonelli, 1950, p. 18)

No tenía pensado irse para siempre de su patria y menos de su tierra mendocina, a lo sumo dos años, que era posiblemente el tiempo en que estaría Bernardino Rivadavia al frente del gobierno, pero los acontecimientos tuvieron un sentido contrario y finalmente tuvo que vivir sus últimos años en Europa, no pudo regresar a su chacra mendocina ni cumplir sus sueños de agricultor y padre. Así vemos en una carta a O'Higgins en febrero de 1825 donde le avisa que se había trasladado a Bruselas donde fijaría su residencia:

> Yo pienso permanecer en Europa, dos años más, tiempo que creo necesario para concluir la educación de mi hija; si para este tiempo las Provincias Unidas se hallan tranquilas, regresaré a mi país, para retirarme a mi Tebaida de Mendoza, si no, permaneceré en Europa todo el tiempo que la pensión del Perú se me pagare y con ella pueda sostenerme"[4]. (Vicuña Mackenna, 1938, Vol. VIII, p. 108)

Años después, en 1832, le vuelve a escribir a Bernardo O'Higgins:

> Sí, mi amigo, esto es lo que más temo al regresar a mi patria, a pesar de mi resolución del siguiente día de haber llegado a Buenos Aires, irme a una chacra en donde me

4 Carta a Bernardo O'Higgins. París, 8 de febrero de 1825.

> sepultaré hasta que la guerra civil, que ha desolado a la provincia de Cuyo haya cesado. Esto es en el caso que hayan dejado algo de mi chacra de Mendoza, que según carta del mayordomo, ha sido saqueada y él obligado a emigrar a Chile[5].

Sus deseos por regresar a su ínsula cuyana no se apagaron nunca, con motivo del viaje de su Mariano Balcarce a Buenos Aires, le escribió a Bernardo O'Higgins:

> Mercedes y sus niñas quedan a mi lado esperando que su ausencia no se prolongue a más de dos años, en cuyo tiempo, si el estado de Buenos Aires varía, me iré con mi familia, bien sea a vivir a alguna casa de campo de sus inmediaciones o a mi chacra de Mendoza.[6]

Conclusiones

Finalmente podemos decir, que el general San Martín solo ambicionó una cosa: la libertad de América y por alcanzarla sacrificó todo cuanto tenía en aras de ese alto principio. Fue durante su vida, glorificado y atacado, pero ni una ni otra cosa influyeron en la línea que se trazara y siguió de manera inmutable, desconcentrando con su templanza a sus enemigos. San Martín renunció a la gloria y envainó dignamente su sable corvo, que nunca fue utilizado para avasallar naciones, sino para darles la libertad y la independencia. La posteridad, a quien San Martín confiaba el juicio de su vida y de sus acciones, lo proclama como el más virtuoso de los hombres públicos, desinteresado patriota, el más humilde en su grandeza y a quien Argentina, Chile y Perú le deben su existencia y su ser político.

Referencias

Brackenridge, E.M. (1927) *La Independencia Argentina. Viaje a América del Sur hecho por orden del Gobierno Americano en los años 1817 y 1818 en la fragata Congress.* Editorial América Unida, Traducción Carlos A. Aldao. Buenos Aires, Argentina

Busaniche, J (1942). *San Martín visto por sus contemporáneos.* Ed. Solar Buenos Aires, Argentina

Carranza, A (1919). *San Martín. Su correspondencia (1823-1850).* Biblioteca Ayacucho. Editorial América. Madrid, España

5 Archivo del General San Martín. Op. cit. Carta a Bernardo O'Higgins. París, 1 de marzo de 1832.
6 Archivo del General San Martín. Carta a Bernardo O'Higgins. París, 3 de diciembre de 1837.

Comisión Nacional del Centenario (1910) *Archivo del General San Martín.* Imprenta Coni Hnos. Buenos Aires, Argentina

Díaz Araujo, E (2014). *San Martín: cuestiones disputadas. 2 tomos.* UCALP y Fondo Edit. San Francisco Javier. La Plata, Argentina

Giamportone, T (s.f). *Viajeros Ingleses en Mendoza. Tomos 1 y 2.* Colección Viajeros por Los Andes. Disponible en: https://www.ssycc.com/libros/Viajeros/Viajeros2.html

Museo Histórico Nacional. (1910). *San Martín, su correspondencia 1823-1850.* Madrid, España

Otero, J (1945). *Historia del Libertador Don José de San Martín. Tomo VI.* Círculo Militar, Biblioteca del Oficial. Buenos Aires, Argentina

Proctor, R (1920). *Narraciones del viaje por la Cordillera de Los Andes y residencia en Lima y en otras partes del Perú, en los años 1823 y 1824.* Ed. Vaccaro. Buenos Aires, Argentina

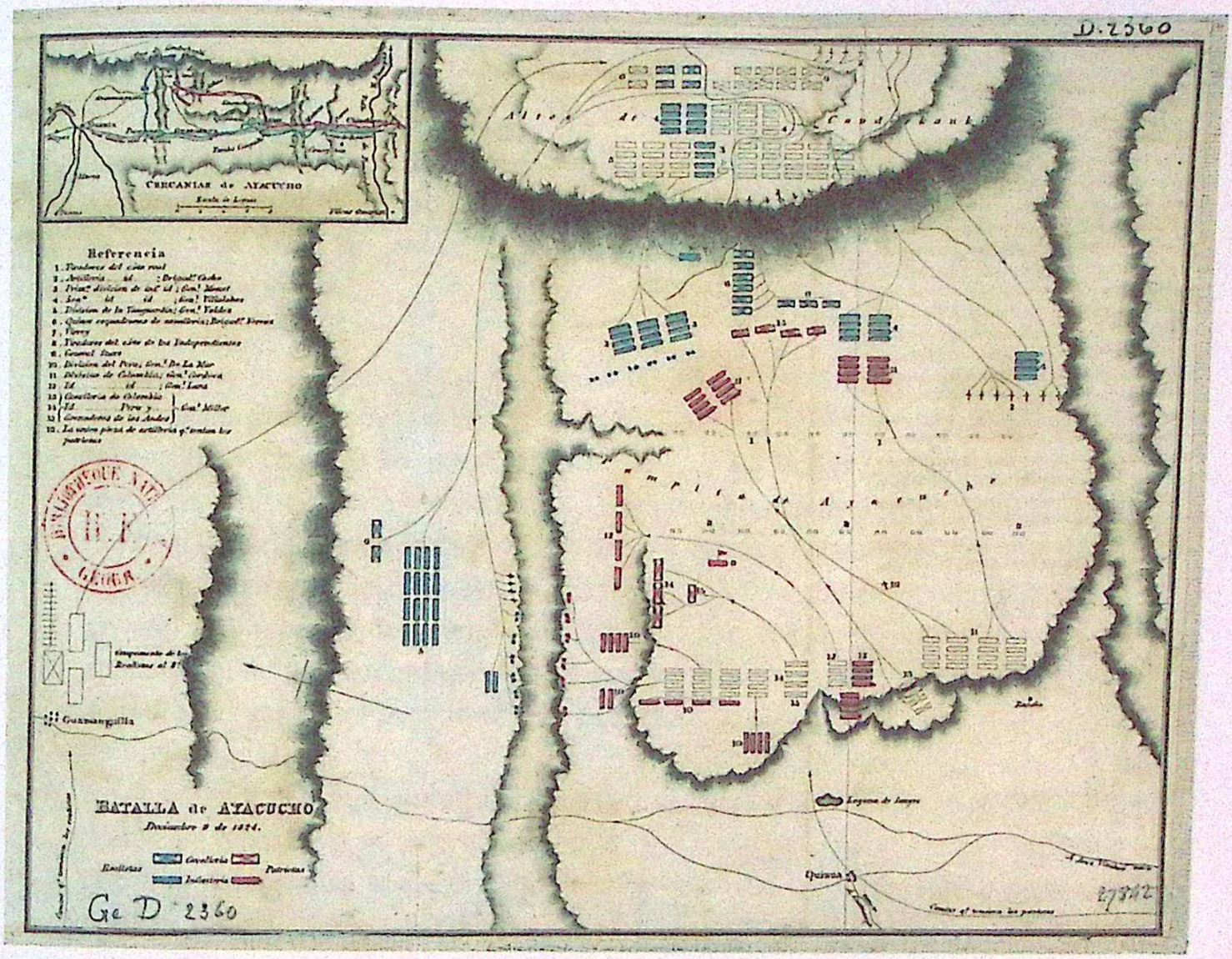
Rojas, R (1948). *El Santo de la espada.* Editorial Losada. Buenos Aires, Argentina

Tonelli, et. al (1950). *Síntesis documental sanmartiniana.* Instituto Nacional Sanmartiniano. Buenos Aires, Argentina

Vicuña, B (1938). *San Martín. La Revolución de la Independencia del Perú.* Obras Completas de Vicuña Mackenna. Universidad de Chile. Santiago de Chile, Chile

Teresa Giamportone

- Doctora en Historia. Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras.
- Licenciada en Historia. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo. Especialista en Docencia Universitaria.
- Profesora de Enseñanza Media y Superior en Historia. Facultad de Filosofía y Letras.



Distribución de tropas patriotas y realistas en las Pampas de la Quinua, Ayacucho

Documento
Armando Vélez Nieto
Junin et Ayacucho

Abstract

After the resignation of the Protectorate of Peru, General San Martín called for the Constituent Congress to elect the first Peruvian president. Subsequently, he embarked for Valparaíso, continuing his journey to Mendoza, Buenos Aires, and finally to Europe.

The Peruvian Congress requested the intervention of General Bolívar and his army to finalize the American independence process. The Colombian, Peruvian, Argentine, and Chilean forces organized into the United Liberator Army. After achieving an epic victory with only steel and cavalry at Junín on August 6, 1824, they fought the decisive battle of Ayacucho four months later, on December 9, 1824. Viceroy José de la Serna commanded the royalist forces, while General Antonio José de Sucre led the patriots. After nearly six hours of combat in a rugged terrain, General Canterac, who replaced the viceroy, gathered his generals to admit defeat.

However, despite the viceroy's capitulation, the war continued in Upper Peru, where the royalists maintained the port of Callao and the island of Chiloé. The last monarchical reaction occurred in the battle of Tumusla, until the royalist leader, General Olañeta, was mortally wounded, and his troops dispersed for good.

Keywords: Ayacucho - independence fighters – royalists – Sucre - La Serna - Olañeta

Introducción

En España, los Cien mil hijos de San Luis acabaron con el liberalismo al abolir todos los cambios del Trienio liberal (1820/1823). Los Luises franceses, bajo el mando del duque de Angulema, invadieron la Península en 1823, restaurando el absolutismo de Fernando VII. No solo eran franceses los invasores, también se sumaron 30 000 realistas españoles, prolongando la guerra civil de 1822/1823. De este modo, se inició así la segunda restauración absolutista en España, donde los franceses permanecerían hasta 1828. Ese enfrentamiento entre liberales y absolutistas resultó ventajoso para el proceso libertario americano, ya que las motivaciones de la guerra civil se trasladaron a los oficiales españoles en América y fueron aprovechadas por el general San Martín a partir del pronunciamiento de Aznapuquio, en enero de 1821, cuando el virrey Joaquín de la Pezuela, absolutista, tuvo que resignarse a entregar el virreinato al general liberal José de la Serna. Más adelante, continuaremos analizando las resultantes de estas divergencias ideológicas en la oficialidad realista de América.

En la nueva estructura de la Santa Alianza, conformada en Verona en 1822, se consagró un derecho de intervención que tendrían las grandes potencias para luchar contra brotes de liberalismo en cualquier país del continente, considerándolos una "amenaza a la paz europea" (Alison Phillips, 1911, p. 621). La Alianza de Verona ya no incluía a Inglaterra, que tenía grandes intereses comerciales en la América española.

El papa León XII dictó un Breve apostólico, documento que, a diferencia de una encíclica, habitualmente tiene el carácter de acto administrativo, o bien, incluye una orden o regula una cuestión. Ese Breve, publicado y recibido en Madrid el 30 de septiembre de 1824 estaba dirigido A los venerables hermanos, los arzobispos y obispos de América y entre otros párrafos, decía:

> A la verdad, con el más acerbo e incomparable dolor, emanado del paternal afecto con que os amamos, hemos recibido las funestas nuevas de la deplorable situación en que tanto al Estado como a la Iglesia ha venido a reducir en esas regiones la cizaña de la rebelión que ha sembrado en ellas el hombre enemigo, como que conocemos muy bien los graves perjuicios que resultan a la religión, cuando desgraciadamente se altera la tranquilidad de los pueblos. (Fulong S.J., 1957, p. 90)

Más adelante, el Breve era más específico:

> En consecuencia, no podemos menos de lamentarnos amargamente, ya observando la impunidad con que corre el desenfreno y la licencia de los malvados; ya al notar cómo se propaga y cunde el contagio de libros y folletos incendiarios, en los que se deprimen, menosprecian e intentan hacer odiosas ambas potestades, eclesiástica y civil, y ya por último, viendo salir, a la manera de langostas devastadoras de un tenebroso pozo, esas Juntas que se forman en la lobreguez de las tinieblas, de las cuales no dudamos en afirmar con San León Papa, que se concentran en ellas, como una inmunda sentina, cuánto hay y ha habido de más sacrílego y blasfemo en todas las sectas heréticas. (Fulong S.J., 1957, p. 91)

Después concreta:

> ... esclarecer ante vuestra grey las augustas y distinguidas cualidades que caracterizan a nuestro muy amado hijo Fernando, rey católico de las Españas, cuya sublime y sólida virtud le hace anteponer al esplendor de su grandeza el lustre de la Religión y la felicidad de sus súbditos; ... (Fulong S.J., 1957, pp. 95-96)

Nótese que el Breve se publicó el 30 de septiembre de 1824, dos meses antes de la batalla de Ayacucho y cuatro meses antes del reconocimiento de la independencia de Argentina, Colombia, Chile y Perú por parte de Inglaterra, que ocurrió el 3 de febrero de 1835. El papa León XII dio pruebas manifiestas de lamentar la publicación del Breve a mediados del año 1825, en una carta al presidente de la Confederación Mexicana, general Guadalupe Victoria "... Nuestra peculiar índole y la dignidad a que sin mérito fuimos elevados, exigen que no nos mezclemos en lo que de ninguna manera pertenece a la Iglesia, ..." (Fulong S.J., 1957, p. 109)

En 1824, mientras en México se dictaba una constitución federal que terminaba con el imperio de Iturbide y con su propia vida, en el otro extremo de América se promulgaba una constitución unitaria, siguiendo las ideas europeístas de Bernardino Rivadavia. Había finalizado la feliz experiencia en Buenos Aires con el gobernador Martín Rodríguez y su ministro Rivadavia, dejando atrás la anarquía del año 1820. En aquel entonces, el nuevo gobernante era el general Juan Gregorio de las Heras, un oficial que participó en las guerras de la independencia de Chile y Perú y que continuó con las políticas progresistas del gobierno anterior. En la

Gran Colombia, constituida por los actuales territorios de Venezuela, Colombia, Ecuador y pequeños territorios que hoy son Costa Rica, Brasil y Guyana, gobernaba el general Francisco de Paula Santander, quien reemplazó al general Simón Bolívar, que combatía en Perú con tropas combinadas peruanas, colombianas, argentinas y chilenas. Ante un pedido de apoyo de tropas y recursos por parte del Libertador, Santander respondía:

> Yo soy gobernante de Colombia y no del Perú; las leyes que me han dado para regirme y gobernar la República nada tienen que ver con el Perú ... Demasiado he hecho enviando algunas tropas al sur, yo no tenía ley que me lo previniera así, ni ley que me pusiese a órdenes de Ud., ni ley que me prescribiese enviar al Perú cuanto Ud. necesitase y pidiese. (Lecuna, 1942, pp. 275-290)

En ese año, Chile, con la renuncia del general Bernardo O´Higgins, finalizaba lo que se conoció como la "Patria Vieja", asumiendo la presidencia el general Freire. Se acentuó el aislamiento y la desconexión con la guerra en el Perú. Además, se dejó de conmemorar el 5 de abril, aniversario de la batalla de Maipú, en un contrasentido histórico, ya que fue esa acción la que definió la independencia chilena.

La Banda Oriental del Uruguay, ocupada por Brasil desde 1817, se conocía como Provincia Cisplatina, parte del imperio de Pedro I. En 1824, este decidió dictar una constitución, para lo cual reunió a diez ciudadanos de su confianza en lo que se llamó la "Noche de la agonía", y se promulgó la carta magna imperial. Durante ese año de 1824, los patriotas uruguayos emigrados en Buenos Aires se organizaban con el apoyo de los saladeros bonaerenses para iniciar la reconquista de su territorio. Será a principios del año siguiente cuando tuvo lugar la gesta de los "33 orientales", comandada por el general Lavalleja, para recuperar el Uruguay.

Antecedentes

Una vez que el general San Martín renunció al Protectorado y regresó a su patria, el Congreso del Perú creó la Suprema Junta Gubernativa, compuesta por José de la Mar (presidente), Felipe Antonio Alvarado (jurista y militar argentino, hermano del general Rudecindo Alvarado) y Manuel Salazar y Baquijano (político y militar peruano). Estos fueron elegidos entre los propios diputados del Congreso.

El nuevo gobierno decidió ejecutar el plan que había bosquejado San Martín sobre los "Puertos Intermedios", pero sin la consistencia que había planificado el

Libertador. Además de atacar por la costa sur del Perú, el plan se complementaba con la ofensiva de los argentinos desde el Alto Perú y desde Lima por las sierras del centro. Sin embargo, el gobierno de Buenos Aires no pudo apoyar la maniobra debido a dificultades en su frente interno, y los patriotas de Lima no recibieron los medios indispensables para llevar a cabo el plan.

La primera campaña a "Puertos Intermedios", conducida por el general Alvarado, provocó la sublevación del general Santa Cruz en la hacienda de Balconcillo (28 de febrero de 1823), quien dispuso la disolución del Triunvirato elegido por el Congreso y la elección de José de la Riva Agüero como presidente. Este evento se considera el primer golpe de estado de la historia republicana peruana. (de la Puente Candamo, 1993). La segunda campaña (mayo 1823), fue conducida por el general altoperuano Santa Cruz. Al igual que la primera, resultó en un fracaso militar, lo que llevó al Congreso a solicitar ayuda a Simón Bolívar, confiándole la conducción de la guerra. (Roel Pineda, 1981)

Mientras tanto, el Congreso tomó dos medidas políticas: destituyó a Riva Agüero, quien se dirigió a Trujillo e instaló su gobierno allí, y nombró presidente al marqués de Torre Tagle. Así, dos gobiernos disputaban el poder hasta que el 1 de septiembre de 1823 arribó al Callao el Libertador Simón Bolívar, a quien el Congreso le otorgó la suprema autoridad en toda la República.

A comienzos del año 1824, el ejército realista disponía de alta moral y estaba conducido por excelentes generales. Se organizaba en dos principales agrupaciones: el ejército del norte, al mando del general José de Canterac, que contaba 8000 hombres en el Valle de Jauja y el ejército del sur, ubicado entre Puno y Arequipa, comandado por el general Jerónimo Valdés, con un efectivo de 3000 hombres. Otra agrupación se encontraba más al sur, en el Alto Perú, bajo el mando del general Pedro Antonio de Olañeta, con 4000 efectivos. Además, había mil hombres estaban en Cuzco y 3000 más en distintas guarniciones. En total, el ejército realista contaba con 19000 hombres.

El ejército independiente, formado por cuatro naciones, contaba con algo más de 9000 efectivos, 3000 peruanos, 4000 colombianos, 1100 chilenos y 1300 argentinos todos reunidos en Pativilca. (Beverina, 1924)

La fortaleza del Real Felipe del Callao fue recuperada por los realistas el 5 de febrero de 1824 y rápidamente, el general Canterac envió desde la sierra una división bajo el mando del general Monet y otra del general Rodil desde el

valle de Ica, con el objeto de apoyar la recuperación de la fortaleza y, en última instancia, tomar Lima. La capital peruana fue evacuada por las fuerzas patriotas. El presidente Torre Tagle, junto a su ministro de Guerra, conspiraron y establecieron una relación con los españoles para reaccionar contra las fuerzas colombianas. (Mitré, 2012)

Mientras estos acontecimientos nefastos para los independentistas se sucedían, Bolívar se encontraba en su cuartel general de Pativilca, a 180 km al norte de Lima. Estaba afiebrado y muy enfermo, y se temía por su vida. Su ministro Joaquín Mosquera lo visitó y lo encontró recostado, con un aspecto cadavérica y la cabeza atada con un pañuelo blanco. Le preguntó Mosquera "¿Qué piensa usted hacer ahora?", "¡Triunfar!", respondió el Libertador. (Mitré, p. 940)

Pativilca se encuentra al pie de la cordillera norte, en la provincia de Huaura, donde San Martín reunió a su ejército a lo largo del río del mismo nombre. Bolívar continuaría la hazaña con la intención de abrir la campaña por la sierra central, siguiendo el camino que trazó Arenales cuatro años antes.

Habíamos mencionado en el marco histórico que el pronunciamiento de Aznapuquio representó la transposición de la tensión entre liberales y absolutistas de España a América, dentro del ejército realista. El trienio liberal español (1820-1823), trasladaba sus ideas constitucionalistas con el tiempo que estiraba la lejanía de la metrópoli. Así, el general de la Serna fue nombrado virrey en lugar del brigadier Pezuela, quien era absolutista, además de agregarle una serie de derrotas que había recibido su ejército al ser vencido en Chacabuco y Maipú por el sable corvo del Libertador José de San Martín.

El 20 de junio de 1824, el general Pedro Antonio de Olañeta, absolutista, se enteró antes que el virrey de la Serna, a través de periódicos de Buenos Aires, que el rey Fernando VII había declarado nula la constitución de 1812 y el régimen constitucional, por lo que, en respuesta, se levantó en armas "en defensa del rey y de la religión". En su manifiesto a los habitantes del Perú decía en Potosí:

> "Tal ha sido, peruanos, el depravado intento de los constitucionales de la América meridional. Tal el fin que se propusieron en la tumultuaria jornada de Aznapuquio. ¿Y qué debería hacer un verdadero español, un general realista? Oponerse con todas sus fuerzas á tal ignominiosa degradación. Morir antes que consentir tamaña infamia. Estas fueron mis resoluciones. Firme en el propósito de sostener á toda costa los derechos de la religión y

del rey ... " (García Camba, 1916, p. 439)

El general de la Serna ordenó la inmediata marcha del ejército del sur, bajo el mando del general Valdés, hacia el Alto Perú para sofocar la rebelión, mientras tanto, Olañeta relevaba a los generales liberales La Hera y Maroto de sus altos cargos políticos. Más adelante, continuaremos analizando este episodio, crucial para las armas americanas y nefasto para las realistas.

El 2 de agosto de 1824, el Libertador Bolívar pasó revista a sus casi 9000 hombres formados en Ranca, al pie del cerro Pasco, donde Arenales había alcanzado la gloria. En el centro del Perú, en las alturas y con el frío de agosto, se encontraba el Nudo de Pasco, que divide aguas en distintas direcciones. Los campesinos dejaron sus chacus de vicuña para observar la tremenda escena: peruanos, colombianos, chilenos y argentinos, con las armas al hombro y aquel umallik, que, parado sobre sus estribos estremecía a todos, aunque muchos no lo entendían. Comprendían que se estaba gestando algo más que el Tayta jirka, algo más glorioso:

> "Vais a completar la obra más grande que el cielo ha encargado a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud. El Perú y la América toda aguardan de nosotros la paz, hija de la victoria, y aún la Europa os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. (Mitré, p. 941)

Ese ejército representaba, en ese momento, a las cuatro repúblicas existentes en América del Sur. Un solo ejército continental.

Las fuerzas patriotas avanzaron desde Pasco hacia el sur, siguiendo el camino que bordea el río Mantaro, al oeste de la laguna. Mientras tanto, el general Canterac avanzaba por Tarma hacia el cerro de Pasco por el camino del este. Al llegar a Carhuamayo, recibió información sobre el avance de Bolívar. Anticipándose a la maniobra de bloquear su comunicación con Jauja, Canterac ordenó un rápido repliegue. Así, al mediodía del 6 de agosto, alcanzó la pampa de Junín. El Libertador había adelantado la caballería del grueso de la infantería; desde el Chamanca observó la columna de Canterac que se dirigía hacia Jauja. Decidió entonces empeñar su caballería, bajo el mando del general Mariano Necochea, con 900 hombres.

Mientras los jinetes patriotas descendían con dificultad por un terreno anfractuoso hacia la pampa, Canterac vio la oportunidad de la victoria. Reuniendo a

sus mil ochocientos hombres, cargó furiosamente sobre los dos únicos escuadrones preparados para el combate. El aluvión de la carga no pudo ser resistido por los criollos, lo que provocó confusión y la sorpresa, obligando a los americanos a una retirada inmediata. Necochea fue gravemente herido, y hasta el mismo Bolívar, seguido por su estado mayor, creyó en la inminente derrota y decidió retirarse hacia donde avanzaba la infantería.

La infatuación de Canterac, que sentía la victoria al alcance de la mano, lo llevó a cometer serios errores en el combate: no utilizó reservas y parte de su caballería no pudo actuar con libertad debido a la necesidad de atravesar los pantanos ubicados al sur de la laguna.

El escuadrón de Húsares del Perú no logró encolumnarse para el ataque inicial debido a la falta de espacio y su jefe, el teniente coronel Isidoro Suárez, esperó para sumarse detrás de una quebrada y envió a su ayudante, José Andrés Rázuri, peruano, a solicitar órdenes al general José de la Mar, quien le respondió que Suárez debía salvar su escuadrón como pudiera. Al observar la desbandada de la caballería realista, que atacaba a la suya, Rázuri cambió la orden en su transmisión, diciéndole a Suárez que la orden era cargue usted de todos modos. (de la Puente Candamo, 1993)

Cuando los patriotas, perseguidos y sableados por los escuadrones de Canterac, cruzaron la quebrada, los Húsares del Perú atacaron su retaguardia y su flanco. Los realistas, ahora cercados por dos agrupaciones y sorprendidos, no pudieron reorganizarse y fueron acuchillados. En el entrevero, no se utilizaron armas de fuego; fue una lucha a sable y lanza.

Jorge Luis Borges, bisnieto del coronel Isidoro Suárez escribió varios poemas sobre Junín y su bisabuelo. Uno de ellos, "Página para recordar al coronel Suárez, vencedor de Junín", finaliza así:

> En los atardeceres pensaría
> que para él había florecido esa rosa:
> la encarnada batalla de Junín, el instante infinito
> en que las lanzas se tocaron, la orden que movió la batalla
> la derrota inicial, y entre los fragores
> su voz gritando a los peruanos que arremetieran
> la luz, el ímpetu y la fatalidad de la carga. (Borges, 1964)

A partir de ese momento, por decisión de Bolívar, los Húsares del Perú pasaron a llamarse Húsares de Junín. Después de esta batalla en la que solo brillaron los aceros, el ejército realista partió en retirada inmediata hacia el sur, con 2000 bajas. El virrey agregó una división de 1500 hombres a la fuerza derrotada de Canterac. Se dirigieron a Limatambo, donde La Serna decidió concentrar los ejércitos del norte y del sur. Este último, conducido por el general Valdés, abandonó el Alto Perú cumpliendo la orden del virrey, dejando a las fuerzas de Olañeta libres, lo que le permitió marchar hacia el norte y ocupar Puno y Tarapacá.

Al recibir información de la concentración del ejército realista, Bolívar, que se encontraba en Challhuanca, comprendió que había empeñado sus tropas en una marcha demasiado profunda. Había alargado demasiado sus líneas de comunicaciones y se había alejado de sus centros de recursos. Una verdadera hybris, desmesura que, además, se encontraba en poblaciones a las que aún no habían llegado las ideas de independencia y le eran hostiles.

Decidió el Libertador entregar el mando de sus tropas al general Antonio José de Sucre en Sanaica y marchar hacia Lima para reunir los medios necesarios que reforzarían el ejército. Sucre, cumpliendo las indicaciones de Bolívar, desplazó sus tropas al este, estacionándose entre Circa y Lambrana, pueblos separados por 7 leguas, dando frente a la dirección de Cuzco. (Miller, 1918)

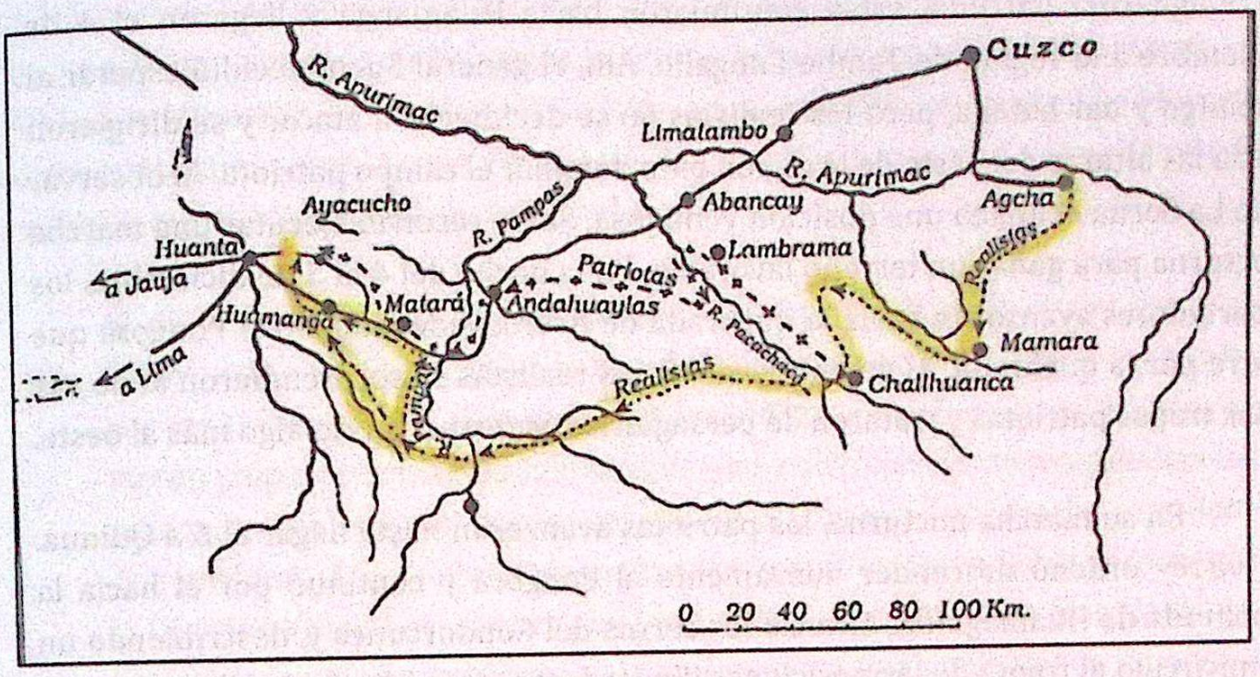
Planes de campaña

El plan realista consistía en tomar la ofensiva para recuperar y el territorio que Canterac había perdido. Derrotar a Sucre antes que Olañeta, que avanzaba desde el sur, se convirtiera en una amenaza era crucial. Por su parte, Sucre concibió un plan de operaciones que obligaría al enemigo a librar una batalla decisiva. Decidió realizar una maniobra estratégica operacional envolvente para cortar las líneas de comunicaciones del adversario y forzarlo a combatir, al tiempo que impediría la llegada de refuerzos desde Lima.

En contraste, el plan patriota se centraba en una maniobra defensiva. Los patriotas esperaban un ataque frontal, al que planeaban resistir hasta la llegada de refuerzos. Se cumpliría la orden del Libertador de conservar sus efectivos a toda costa, aunque con la libertad de actuar según las circunstancias. El general Sucre se limitó a ejecutar movimientos cercanos al enemigo, aprovechando las fuertes posiciones defensivas que ofrecía la sierra.

Figura 1

Movimientos previos a la batalla de Ayacucho



Desde Challhuanca Sucre traslada el Ejército más al este

Dispositivo y organización

El ejército realista, ahora llamado Ejército de Operaciones del Perú, surgió a partir de la fusión de los mandos de Canterac y Valdés. Antes de la ofensiva, ocupaba ambas márgenes del río Apurímac con el siguiente dispositivo: la División Vanguardia en el pueblo de Acha, sobre la orilla izquierda del río, con sus avanzadas de combate en la línea Capachaca - Colquemarca; la I y II División en Paruro y sus proximidades; y la caballería en las cercanías de Cuzco. El comandante en jefe era el virrey de la Serna, y el jefe de Estado Mayor, el teniente general Canterac. La División Vanguardia estaba al mando del general Valdés e incluía 8 batallones de infantería. La División Manuel Villalobos, contaba con 3 batallones de infantería, 5 regimientos de caballería y 2 escuadrones de esta arma, sumando un de total 9320 soldados y 11 piezas de artillería. (Bulnes, 1897)

El ejército patriota era comandado por el general Antonio José de Sucre y su jefe de Estado Mayor era el general Agustín Gamarra. Disponía de la División Peruana, a órdenes del mariscal La Mar, con cuatro batallones de infantería, la I División Colombiana, bajo el mando del general Lara, con tres batallones, la II División Colombiana, a órdenes del general José María Córdova, con cuatro batallones y la División de caballería, comandada por el general Miller, con tres regimientos de caballería y un escuadrón de Granaderos de los Andes, argentinos.

Luego de distintos movimientos tácticos y reducidos combates como el de Corpahuaico, en el que las tropas del general Valdés atacaron por sorpresa la retaguardia patriota, estas continuaron hacia Huamanga y llegaron el 4 de diciembre a la región de Tambo Cangallo. Allí, el general Sucre decidió esperar al enemigo y dar batalla, pero los realistas no se decidieron a atacar y se dirigieron hacia las alturas del oeste de la región para dominar el campo patriota. Al observar que La Serna ocupaba una posición ventajosa, Sucre resolvió ejecutar una marcha nocturna para ganar un terreno favorable. En la noche del 4 al 5 de diciembre, los libertadores avanzaron hacia la quebrada de Acero, vadeando el río Pongora que corre por la quebrada. Al amanecer del 5, los realistas se sorprendieron al no ver a las tropas patriotas y trataron de perseguirlos, vadeando el río algo más al oeste.

En su marcha nocturna, los patriotas avanzaron hasta llegar el 6 a Quinua. El virrey ordenó descender nuevamente al Pongora y continuó por él hacia la quebrada de Huamaguilla. Alcanzó los cerros del Condorcunca y, describiendo un semicírculo al frente de las posiciones libertadoras, ocupó las faldas del mismo al atardecer del 8 de diciembre, para atacar descendiendo de las alturas.

La batalla

La batalla se libró en la meseta o planicie de Ayacucho (en quechua "Rincón de los Muertos"), que en su orientación E-O tenía unos mil setecientos metros entre el cerro Condorcunca y el pequeño pueblo indígena de Quinua. Existía una pendiente suave entre el cerro y el río Pangora. Al norte y al sur de la meseta, había profundas quebradas separadas por, aproximadamente, seiscientos metros que constituían obstáculos importantes, sobre todo el del sur. (García Camba, p. 299). En la mitad de la planicie, había una quebrada de poca profundidad que impedía el paso de tropas montadas por sus bordes cortados a pique.

El ejército libertador ocupó posición en la planicie y el realista en las pendientes del Condorcunca. Este último se organizó de la siguiente manera: a la derecha, el general Valdés con cuatro batallones, dos escuadrones y cuatro piezas de artillería; en el centro, los cinco batallones del general Monet y a la izquierda, la División del general Villalobos, con la reserva a su retaguardia, comandada por el jefe de Estado Mayor, general Canterac, que incluía la caballería y la masa de la artillería.

El ejército patriota, comandado por el general Sucre con un efectivo de 5800 hombres, desplegó a la derecha la División Colombiana del general José de Córdova

con cuatro batallones; al centro, la caballería a órdenes del general Miller, que incluía el Regimiento peruano Húsares de Junín, el Regimiento de Granaderos y de Húsares de Colombia; y el Escuadrón de Granaderos a Caballo de Buenos Aires, compuesto por algo más de 80 hombres, último resto del creado por San Martín en 1812. A su izquierda, se desplegó la División que comandaba el general La Mar con cuatro batallones colombianos. Solamente dispusieron de una pieza de artillería de a cuatro emplazada entre la derecha y el centro:

> El día 9 de diciembre amaneció hermosísimo: al principio el aire era muy fresco y parecía influir en el ánimo de las tropas; pero así que el sol tendió sus rayos por encima de la montaña, los efectos de su fuerza vivificadora se vieron palpablemente; los soldados de uno y otro ejército se restregaban las manos y visiblemente, hacían conocer el placer que les causaba y el vigor que recibían...A las nueve de la mañana principió a descender de la montaña la División Villalobos; el virrey se puso a pie a su cabeza y las filas siguieron bajando por el lado escabroso del Condorcanqui (sic), oblicuando un poco a la izquierda (Miller, p. 175)

En realidad, el virrey encabezó la División del centro, bajo el mando de Monet, como afirma el general García Camba en su crítica la obra de Miller (García Camba, pp. 333-334). Además, el ataque se llevó a cabo de manera simultánea en las tres divisiones y la reserva. Sin embargo, el virrey y su jefe de Estado Mayor emplearon la reserva tempranamente, a pesar de que su función debería haber sido esperar para acudir para cubrir situaciones inesperadas, realizar contrataques, prever rupturas o explotar un éxito. Evidentemente consideraron que, con una fuerza superior, artillería y alta moral, desde una posición muy ventajosa que da la altura y la arrogancia española, lograrían concluir el día con una victoria decisiva.

Es importante destacar que, antes de la batalla, se produjo una confraternización entre enemigos, propuesta por el general Monet al general Córdova. Así, hermanos enfrentados y antiguos amigos fueron autorizados a "darse un abrazo antes de rompernos la crisma". (Pignatelli, 2022)

A las diez de la mañana, los realistas iniciaron el ataque. El general Valdés se apoderó de su objetivo, haciendo retroceder al general La Mar. La derecha patriota se replegó ante el impetuoso ataque del 1er. Batallón, mientras que la caballería y la artillería descendían para ocupar sus posiciones de combate. Ante el empuje y la fuerza de Valdés que ponía en peligro el frente patriota, Sucre ordenó a la División Lara que reforzara ese sector. En la izquierda realista, el coronel Rubín de

Celis, al mando del 1er. Batallón y encargado de conquistar una zona de seguridad, interpretó los disparos de artillería que apoyan a Valdés como la señal para lanzar el ataque general, la segunda fase de la operación. Se lanzó a la carga sobre la División Córdova. Allí, su general al apearse del caballo entre las dos columnas de su división, y a viva voz dio la célebre orden "¡Adelante! ... ¡Paso de vencedores!". Cargaron inmediatamente y el batallón enemigo sufrió un duro castigo, ya que el general patriota rechazó fácilmente el ataque y el coronel realista cayó muerto entre los primeros.

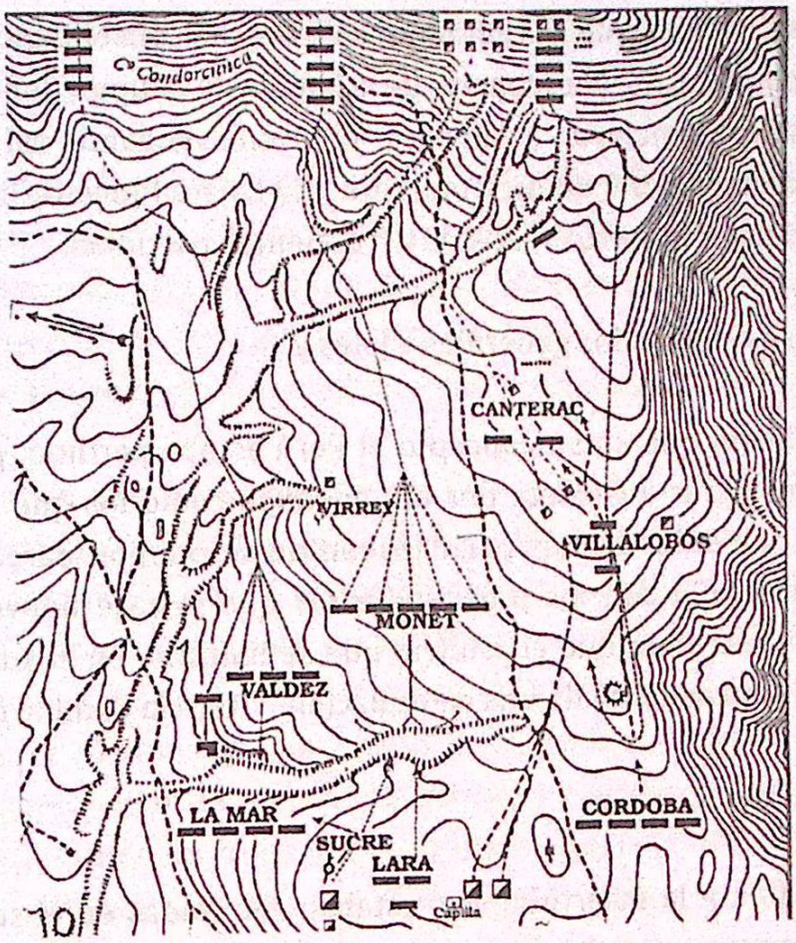
Al observar que el Batallón de Celis retrocedía en desorden, Sucre ordenó a Córdova que explotara el éxito ejecutando un contrataque, reforzándolo con tropas de Miller. La División se lanzó en profundidad, persiguiendo al 1er. Batallón, que, en su fuga, desbarató a los batallones de segunda línea conducidos por Villalobos. Estas unidades fueron rápidamente apoyadas por un escuadrón de caballería, pero no pudieron contener a la División Colombiana.

El virrey, al ver que la progresión de su ofensiva disminuía, decidió adelantar el ataque de Monet para atraer a los patriotas al centro. Simultáneamente, Canterac condujo dos batallones para contener la contraofensiva, pero fue arrollado. Poco después, tres escuadrones fueron en apoyo de los cuatro batallones comprometidos, pero los húsares y granaderos, conducidos por Miller, los recibieron y los rechazaron con sus largas lanzas.

La División Córdova, a la que se unieron dispersos de distintos cuerpos, logró apoderarse de la artillería realista de la retaguardia. Con un heroico e incontenible avance, arrollaron a cuanto enemigo se interponía en su camino, llegando hasta las faldas del Condorcunca, donde hicieron flamear el pabellón de Colombia.

Figura 2

Plano de la batalla de Ayacucho



El general Monet intentó cruzar el barranco bajo la atenta vigilancia de Sucre, quien ordenó de inmediato que los Húsares de Junín, junto con los ochenta y dos veteranos Granaderos de los Andes y el Batallón Vargas, atacaran antes de que Monet lograra cruzar. Con gran empuje, desbarataron su intento.

Por su parte, el general La Mar logró restablecer su posición frente a la derecha realista. La División Valdés, al observar el fracaso de Monet y el avance de la derecha patriota, notó la bandera colombiana flameando en la pendiente del Condorcunca. Esto llevó a sus batallones a ceder terreno poco a poco, replegándose en pequeños grupos que finalmente se convirtieron en una retirada en masa. Sucre, consiente de la situación, ordenó a Córdova que se detuviera para reorganizarse y encargó la persecución a otras divisiones. La victoria fue total, ante la ausencia del virrey que yacía herido, el general Canterac asumió el mando.

Esta batalla decisiva, que puso fin a quince años de guerra, tuvo como protagonistas a las figuras clave de Bolívar y San Martín, ya que las victorias de Boyacá, Carabobo, Chacabuco y Maipú guiaron a Sucre a la cima de la gloria. El escenario de la gran batalla era inigualable, en el centro de América, en los Andes,

rodeado de cóndores y piedras. Era el último reducto español después de tres siglos y medio de la conquista. En quechua, Ayacucho significa "Rincón de los Muertos", evocando trágicas historias que se remontan a Viracocha consolidando su imperio. Durante la época colonial, fue el escenario de la batalla de Chupas, donde las fuerzas de la Corona española vencieron a Almagro "el joven", vengando así la muerte de Pizarro. En el desenlace del 9 de diciembre de 1824, este funesto rincón cobró la vida de mil ochocientos muertos realistas y trescientos patriotas.

El general Canterac reunió a los generales y jefes y

> ... les manifestó que en su concepto el Perú estaba perdido, pues que era preciso considerar á Olañeta por tan enemigo como los que acababan de triunfar, y que si los demás participaban de su opinión parecía prudente adoptar un medio con los independientes que evitase nuevos é inútiles desastres; y claro era que el arbitrio que se indicaba en el supuesto dado envolvía el pensamiento de una capitulación." (García Camba, p. 308)

Agrega Camba (1916):

> ... La confusión y la incertidumbre estaban retratadas en el semblante de todos, y ninguno acertaba á proponer el arbitrio que convendría adoptar en tamañas circunstancias, cuando al ponerse el sol de tan funesto día se anunció por retaguardia un oficial parlamentario, a quien seguía el general La Mar, que pretendía hablar al general Canterac, como lo verificó, asegurando que el general Sucre estaba dispuesto á conceder á los vencidos una capitulación tan amplia como sus altas facultades permitiesen, á fin de que cesaran del todo las desgracias del Perú. (p. 309)

Para conocer los términos de la oferta del vencedor, fueron comisionados los generales Canterac y Carratalá, quienes, acompañados por el general La Mar, llegaron al puesto de comando del general Sucre. Allí, conferenciaron con el comandante del Ejército Unido del Perú y comenzaron la redacción de las bases del tratado. Una vez el estado mayor realista discutió y corrigió el documento, se reunieron nuevamente en el campamento de Sucre, al que también concurrieron los generales Valdés y García Camba para acelerar la conclusión de las negociaciones. Este último escribió: "Sucre ostentó ... mucha franqueza y generosidad: aceptó lisa y llanamente las bases presentadas con solo tres restricciones que puso de su puño en el mismo borrador escrito por D. José Carratalá ..." (García Camba, p. 310). Luego, se dirigieron a Huamanga, cuyo nombre, derivado del quechua–chanca

waman-ka, significa "ven halcón", lo que da pie a una metáfora. Allí, los halcones discutiendo si el Callao debía integrarse en la capitulación o no. Fue Sucre quien definió este punto, afirmando que "si el gobernador no obedeciera, no será tratado como jefe español".

Nada escapó al control del vencedor, quien cuidó los intereses patriotas y actuó con nobleza hacia los vencidos. Junto con Bolívar respetaron las generosas condiciones pactadas para el futuro de sus adversarios. Regresaron a España aproximadamente unos 750 integrantes del ejército realista "contando jefes, oficiales y unos 350 soldado. Entre ellos algunos americanos":

> ... Se hallan por consecuencia en este momento en poder del ejército libertador: Los tenientes generales La Serna y Canterac, los mariscales Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos; los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 mayores y oficiales, más 2,000 prisioneros de tropa, inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían. 1800 cadáveres y 700 heridos, han sido en la batalla de Ayacucho las víctimas de la obstinación y de la temeridad española". (García Camba, p. 493)

La masa del ejército realista capituló en Ayacucho, pero varias guarniciones del Bajo y el Alto Perú aún continuaban bajo el control de España.

Cuzco capituló el 24 de diciembre, y un ejército de 1700 hombres a las órdenes del general Agustín Gamarra, se rindió a las fuerzas de la libertad. Inmediatamente después, la guarnición de Puno también se rindió. Luego le siguieron las de Arequipa y Tacna; en la primera estaba el batallón Real Felipe, comandado por el general Pío Tristán, quien había sido derrotado por el general Manuel Belgrano en Tucumán y Salta. En esta última, Tristán había perjurado no volver a tomar las armas contra los patriotas. A la vez, era gobernador de Arequipa, y pretendiendo desconocer la capitulación de Ayacucho intentó una resistencia asumiendo el 21 de diciembre de 1824 el cargo de virrey del Perú, ofrecido por una junta de militares y notables civiles realistas que se realizó en Cuzco. (García Camba, pp. 343-346). Su virreinato fue efímero, pero muchos lo consideran el último virrey.

La capitulación de Ayacucho, en su artículo primero, prescribía que "el territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú será entregado a las armas de Ejército Unido Libertador hasta el Desaguadero...". Este río era el límite entre el

virreinato del Perú y el del Río de la Plata. En el Alto Perú, actual Bolivia, comandaba el general Olañeta, ferviente defensor del rey y de la religión, a su manera. García Camba relata las distintas acusaciones que se le hacían por contrabandista y maniobras mercantiles dolosas, aunque enfatizaba sus condiciones de mando y su valor. (Fernández, 1992)

Después de Ayacucho, desde Cuzco, Sucre se dirigió a Olañeta desde Cuzco el 1 de enero de 1825 para informarle sobre la victoria y las estipulaciones de la capitulación, las cuales no comprendía. En su carta, también lo felicitó por haber contribuido a la victoria y que le sugirió que uniera sus fuerzas al Ejército Unido Libertador. Sin embargo, Olañeta respondió ofreciendo su amistad y lealtad a la causa independentista, solicitando un armisticio de 61 meses para deliberar con sus mandos. Sucre desaprobó la solicitud, considerando que las intenciones de Olañeta eran ganar tiempo mientras esperaba apoyo de la Península. En efecto, Olañeta había emitido una proclama en la que se comprometía a defender al rey "hasta la muerte". Así fue, pero no fueron las fuerzas de Sucre ni los guerrilleros enviados por el gobernador Arenales desde Salta quienes lo enfrentaron, sino uno de sus hombres, el coronel Carlos Medinaceli, quien se sublevó en Tumusla. El 1 de abril de 1825, se enfrentaron las fuerzas rebeldes y, tras cuatro horas de lucha, el general Olañeta fue herido de muerte, lo que provocó la dispersión de su tropa. (Villagrán San Millan, 2015)

La ocupación realista de la plaza del Callao continuó más de un año después de Ayacucho. El coronel José Ramón Rodil, al mando de 1800 hombres, contaba con escasos víveres para mantener a su tropa, que incluía también a hombres que habían pertenecido a las fuerzas patrióticas. En enero de 1826, la deserción aumentaba y el hambre hacía estragos. Con solo 300 hombres en acciones de combatir, el coronel Rodil capituló el 22 de enero, retirándose con todos los honores y logrando embarcarse hacia España. Durante el asedio, 1300 hombres murieron por enfermedad, 785 en combate y 5000 civiles perdieron la vida víctimas del hambre y el escorbuto. (Semprún & Bullón de Mendoza, p.228)

La isla de Chiloé, la más grande del archipiélago del mismo nombre y ubicada al suroeste de Chile, está separada del continente por el estrecho del Chacao. Fue el último reducto realista de América del Sur. Desde 1819, el coronel Antonio Quintanilla gobernaba la isla y comandaba un destacamento de 1700 hombres. Durante el Directorio de O´Higgins, y luego de su deposición, los esfuerzos de liberar Chiloé resultaron vanos. Después de la capitulación del Callao, se produjo un intento de levantamiento contra Quintanilla que fue sofocado, ya que la mayoría de los 45000 habitantes de la isla eran preeminentemente realistas. Quintanilla

intentó aliarse con Olañeta, pero este ya había sido derrotado. Finalmente, el 18 de enero de 1826, en la ciudad de San Carlos, firmó la capitulación que constituyó el final de la "resistencia regular realista en el continente americano". (Semprún & Bullón de Mendoza, p. 232)

Ayacuchos

La derrota en Ayacucho fue inesperada para los españoles, quienes no podían concebir que su vasto imperio, resultado de la conquista, pudiera desmoronarse en una sola tarde, en el Perú. A medida que desembarcaban en los puertos de la península, comenzaron a circular rumores de traición, y se les empezó a identificar despectivamente como "los ayacuchos".

Mariano Torrente (1830) se preguntaba cómo:

> ... Un ejército tan brillante como el que habían sabido formar los generales españoles, tan orgulloso i temible por sus respectivas victorias; ... que habían destruido todas las fuerzas combinadas de Perú, Chile, Buenos Aires, i aun las primeras espediciones (sic) de Colombia, ¿podía creerse que en un solo aciago día perdieran el fruto de tantos sacrificios i el lustre de tantas hazañas? ... Nadie por cierto creyó este fatal i brusco desenlace; ... (p. 496)

Sin embargo, más adelante Torrente (1830) afirma:

> ... Quién la atribuye á una vergonzosa traición, quién á refinada malicia, quién á la cobardía i quién al torpe manejo i aturdimiento de sus gefes; ... conocemos que ha habido defectos ... pero no creemos de modo alguno que esta terrible desgracia pueda convertir en criminales á unos hombres que tantos sacrificios han hecho por la monarquía, i que tantas i tan repetidas veces han cubierto sus sienes de gloriosos laureles. (pp. 497-498)

La intensidad de las tensiones políticas entre los liberales fue desdibujando la crítica hacia los ayacuchos[1], cuyos generales enfrentaron cuestionamientos sobre su conducción táctica en la batalla. Inicialmente, se les acusaba traición, pero esa vehemencia fue disminuyendo con el tiempo. El rey Fernando VII, indiferente a las

1 Cuando llegaron los seguidores de Olañeta y se conocieron las proclamas del guipuzcoano en las que llamaba a La Serna y subordinados "constitucionales, enemigos del altar y del trono, jacobinos, desmoralizadores, etc." (García Camba, p.414)

críticas, confirmó todos los empleos, grados, honores y condecoraciones otorgados por el virrey La Serna. A pesar de estar en una "época ominosa del absolutismo", a partir de 1829, el gobierno comenzó a emplear en mayor escala a los militares veteranos del Perú.

Fue a mediados del siglo XX, con el libro Bolívar de Salvador de Madariaga, célebre historiador, político y ministro de Justicia de la República Española, que renació la tensión en contra de los generales de Ayacucho. Según Madariaga (1975), la batalla no fue más que un simulacro, una comedia. Afirmó que los generales Monet y Córdoba habían negociado la capitulación antes del combate, lo que también explica la autorización del abrazo entre hermanos "antes de romperse la crisma".

Conclusiones

Ocho días después de la batalla de Ayacucho, Canning, primer ministro inglés, manifestó: "La batalla ha sido recia, pero está ganada. El clavo ha sido remachado. La América española es libre: ¡Novus saeculorum nascitur ordo! (¡Nace un nuevo orden!)". (Mitre, p. 17).

Sí, la batalla ha sido "recia". Ambos contendientes lucharon con la más rigurosa disciplina, y los generales más prestigiosos de cada ejército demostraron su valía. Todos ansiaban el enfrentamiento, tal como señala Miller (1918) "se batió no sólo bizarramente sino a la desesperada". El menor número de patriotas no afectó su entusiasmo ni su voluntad de vencer. La victoria no fue fruto del azar, sino de la inteligencia, del coraje y el valor que los americanos demostraron en el campo de batalla

"El clavo está remachado", la batalla fue decisiva y no hubo vuelta atrás. Sin embargo, aún quedaba por vencer a Olañeta y derrotar los enclaves de Cuzco, Puno, Arequipa, Tacna, el Callao y Chiloé.

"La América española es libre", proclamaron tras quince años de guerra. San Martín se embarcó el 20 de agosto de 1820 en Valparaíso con la misión de liberar al Perú. Partió en la primera madrugada, como el Quijote, con la intención de regenerar la tierra; Sión fue la América hispana. Con tres barquichuelos, los reyes de España se adueñaron del Nuevo Mundo, pero San Martín, con esos barcos de madera, iba a recuperarlo. Su impulso lo llevó hasta Guayaquil, donde el otro libertador siguió su estrella: la libertad americana.

Bolívar supo aprovechar la disputa ideológica entre los españoles y, ante la deserción de Olañeta en el Alto Perú, decidió dar batalla. La actitud del guipuzcoano fue determinante para la victoria de los libertadores, ya que contaba con el apoyo de cuatro mil hombres, lo que debilitó al ejército del virrey y, que, a pesar de ello, mantenía su superioridad numérica. Si bien lo contrafactual no es un tema de la historia en general, sí lo es en el ámbito de la historia militar. Así, una escuela historiográfica militar en la Universidad de Londres se denomina "If" para estudiar qué hubiera pasado si... En el supuesto de una victoria española en Ayacucho, no tendría sentido considerar la continuidad del sistema político, dado que España no estaba en condiciones de apoyarlo y la América hispana ya había mostrado, desde hacía al menos quince años, un claro compromiso con "... la causa de la independencia".

Sobre este supuesto escribió el hermano del general Miller, si (if) los españoles hubieran destruido a los libertarios y todos sus jefes hubieran perecido, aparecerían otros jefes, otros patriotas

> ... que sucesiva o simultáneamente se habrían formado, los habrían hostilizado perpetuamente y los habrían consumido. ... aunque el país se hubiese reducido a escombros y la miseria se hubiese hecho sentir hasta los puntos más remotos, la causa de la independencia habría triunfado infaliblemente." (Miller, p. 188)

Desde el punto de vista táctico, el virrey cometió el error de utilizar todas sus fuerzas en un ataque frontal sin resguardar su reserva. Esta decisión revela la petulancia y el orgullo de La Serna, quien, tras la reducida victoria en el combate de Corpahuaico, presuntuosamente atacó al frente de la infantería. Su heroísmo lo llevó a resultó herido y, finalmente, a terminar prisionero de los patriotas.

La organización para la defensa de Sucre fue acertada, ya que no necesitaba guarda flancos debido a que las características del terreno los resguardaban. Además, el ascendiente de sus jefes subordinados sobre las tropas evidenció su capacidad en el mando.

Mucho se ha escrito acerca de la "batalla arreglada" o de la "traición de Ayacucho", "Il vero" en la historia tal vez sea impreciso por los memorialistas y le falte consistencia en el "certo". Esta consistencia la busca el historiador cotejando las memorias; en el caso de Ayacucho, existen pocas, y destacan por su cierta objetividad, las de Miller, entre los patriotas, y la de García Camba. Entre ambas

versiones se resalta la total entrega de los contendientes a sus respectivas causas, con tal vigor y convicción que quedaron más de 2000 cadáveres en el Rincón de los Muertos (Ayacucho).

Referencias

Alison Phillips, W. (1911). *Holly Alliance*. Encyclopaedia Britannica, UK

Beverina, J. (1924). El centenario del combate de Junín. *La Nación*. Buenos Aires, Argentina

Borges, J. (9 de agosto de 1964). *Página para recordar al coronel Suárez , vencedor de Junín*. Ed. AMB. Buenos Aires, Argentina

Bulnes, G. (1897). *Ultimas campañas de la independencia del Perú 1822-1826*. Instituto de Cultura Hispánica. Santiago, Chile

De la Puente , J. (1993). *Historia general del Perú*. Ed. Brasa. Lima, Perú

De Madariaga, S. (1975). *Bolívar*. ESPASA-CALPE, S. A. Madrid, España

Fernández, D. (1992). *Ultimos reductos españoles en América*.MAPFRE. Madrid, España

Fulong S.J., G. (1957). *La Santa Sede y la emancipación americana*. Theoría.Revista del Colegio de Filosofía. DF, México

García Camba, A. (1916). *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en Perú 1822-1825*. Ed. América. Madrid, España

Lecuna, V. (1942). *Cartas de Santander: homenaje a la memoria del ilustre prócer general Francisco de Paula Santander*. Litografia y Tipografia del Comercio. Caracas, Venezuela

Miller, J. (1918). *Memorias del general Miller*. Ed. América. Madrid, España

Mitré, B. (2012). *Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana*. El Ateneo . Buenos Aires, Argentina

Pignatelli, A. (8 de diciembre de 2022). *La última batalla de la Independencia y la gloriosa carga de los últimos granaderos que selló la victoria patriota*. Obtenido de Infobae:

https://www.infobae.com/sociedad/2022/12/09/la-ultima-batalla-de-la-independencia-y-la-gloriosa-carga-de-los-ultimos-granaderos-que-sello-la-victoria-patriota/

Roel Pineda, V. (1981). *Conatos, levantamientos, campañas e ideología de la Independencia*. Ed. Juan Mejía Baca.Lima, Perú

Semprún, J., & Bullón de Mendoza, A. (1992). *El ejército realista en la independencia americana* . MAPFRE. Madrid, España

Torrente, M. (1830). *Historia de la Revolución hispano-americana*. Imprenta de León Amarita. Madrid, España

Villagrán San Millan , M. (2015). *De Buenos Aires a Tumusla: ejército y milicia 1776-1825* Fondo Editorial Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta, Argentina

Claudio Morales Gorleri

- Teniente coronel del Ejército Argentino en situación de retiro
- Doctor en historia egresado de la Universidad del Salvador
- Magíster en Historia de la Guerra.
- Se desempeña como profesor de la Escuela Superior de Guerra "Teniente General Luis María Campos" en los cursos regulares y en la maestría en Historia de la Guerra.
- Es investigador universitario acreditado ante el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología.
- Publicó ensayos, artículos, cuentos y poesía.
- Fue distinguido con las palmas sanmartinianas, ha dictado conferencias y escrito colaboraciones sobre la vida del padre de la patria, y participa asiduamente de las reuniones de la Academia Sanmartiniana desde su incorporación.
- Actual presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano y de la Academia Sanmartiniana, por el período trianual 2024-2027.

Introducción

José Inácio de Abreu e Lima fue un militar y visionario político brasileño que desempeñó un papel crucial en la liberación de varias naciones sudamericanas del dominio colonial. Su carrera es un ejemplo de determinación, valor y compromiso con los ideales de libertad e independencia en América Latina.

Este año 2024, la República del Perú celebra el bicentenario de la Batalla de Ayacucho, librada el 9 de diciembre de 1824 y considerada un hito decisivo para la independencia del país y, por extensión, para el fin del dominio español en Sudamérica. Este enfrentamiento, librado en la sierra peruana, consolidó el derrumbe del poder colonial español y simbolizó la victoria definitiva de las fuerzas independentistas en el continente. Como parte del Ejército Libertador de Simón Bolívar, Abreu e Lima participó en la batalla y contribuyó a la emancipación política de Perú.

En este artículo exploramos los principales aspectos de la vida militar de este revolucionario brasileño y sus contribuciones a los movimientos independentistas, en particular su participación en la batalla de Ayacucho.

Una trayectoria revolucionaria

José Inácio de Abreu e Lima nació en Recife el 8 de marzo de 1794. Su padre, conocido como Padre Roma[1], había estudiado en el convento de Carmo, en Goiana, y en Coimbra, Portugal, donde se licenció en teología. Abandonando el sacerdocio, fue dispensado de los votos clericales por el papa Pío VII e inició una vida de libertad y revolución (Chacon, 1983).

Abreu e Lima estudió en el liceo laico del seminario de Olinda, donde destacó en humanidades, como latín, retórica, francés y filosofía (Costa, 1882). Tras completar estos estudios, a los 16 años ingresó en el ejército portugués, todavía en Olinda, iniciando el curso de artillería de regimiento. Al año siguiente, viajó a Río de Janeiro para matricularse en la Real Academia Militar[2]. Después de graduarse en la academia, fue declarado oficial de artillería en 1816.

1 José Inácio Ribeiro de Abreu e Lima (1768-1817).

2 La Real Academia Militar, establecida en Brasil en 1810, fue una institución creada en Brasil en el contexto de la migración de la familia real portuguesa a Río de Janeiro en 1808, como consecuencia de las invasiones francesas de Portugal (Carvalho, 2013).

Tras graduarse, Abreu e Lima fue destinado al Regimiento de Artillería de Pernambuco y regresó a su tierra natal. En esta unidad, debido al tenso ambiente entre militares portugueses y brasileños, faltó el respeto a un alto oficial portugués y fue enviado a cumplir su castigo en la Fortaleza de São Pedro, en Salvador.

El capitán Abreu e Lima seguía prisionero en Salvador cuando, el 6 de marzo de 1817, estalló la Revolución de Pernambuco[3], de la que su padre fue uno de los principales líderes, detenido y condenado a muerte. Abreu e Lima fue liberado de la cárcel y obligado a presenciar el fusilamiento de su progenitor, el Padre Roma (Chacon, 1983).

Después de esta terrible experiencia personal, Abreu e Lima volvió a prisión, ahora acompañado por otros revolucionarios de 1817, entre ellos su hermano. En octubre de ese año, ambos consiguieron escapar de la prisión y, con la ayuda financiera de los masones, abandonaron Brasil y se exiliaron en los Estados Unidos de América, adonde llegaron en febrero de 1818 (Costa, 1882).

En aquella época, Estados Unidos era un bastión de revolucionarios y, al enterarse de los movimientos de liberación en Hispanoamérica, ofreció sus servicios como oficial de artillería a Simón Bolívar[4]. En 1819, el oficial brasileño se alistó en el Ejército Libertador, con el grado de capitán, junto con otros extranjeros que se ofrecieron voluntarios para luchar por la independencia de Venezuela (Chacon, 1983).

En el ejército de Simón Bolívar

Partiendo del cuartel general de Bolívar en Angostura, cerca del río Orinoco, Abreu e Lima realizó el arduo cruce de los Andes para combatir a los españoles. En esta ocasión, se encontró con el general José Antonio Páez, jefe de la caballería del Orinoco, que inicialmente apoyó a los españoles, pero acabó uniéndose al ejército de Bolívar. Abreu e Lima actuó bajo el mando de Páez en la mayoría de

3 La Revolución de Pernambuco de 1817 fue un movimiento en la entonces provincia de Pernambuco, motivado por el descontento local ante la crisis económica, la recaudación excesiva de impuestos y la centralización del poder por parte de la Corona portuguesa. Aunque consiguió tomar el control de la capital, Recife, e instaurar un gobierno provisional durante 70 días, el movimiento fue rápidamente reprimido por las fuerzas portuguesas (Vicente, 1997).

4 Simón Bolívar (1783-1830) fue uno de los líderes más importantes de la independencia hispanoamericana, conocido como El Libertador. Dirigió campañas militares contra el dominio colonial español, liberando varias colonias en Sudamérica que dieron origen a varios países como Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, este último nombrado en su honor (Lynch, 2006).

las campañas libertadoras. Después de su bautismo de fuego en Tópaga, luchó en Molinos y en los Pantanos de Vargas. En agosto de 1819 participó en la batalla de Boyacá, que abrió el camino a Bogotá y posibilitó la emancipación política de Colombia (López, 1969). Tras la batalla, haciendo uso de sus dotes literarias, el oficial brasileño escribió una descripción de la batalla, que fue firmada por Bolívar y se considera la proclamación de la independencia colombiana (Chacon, 1973).

Desde el norte de Colombia, viajó al valle del río Apure, donde cayó enfermo. Tras recuperarse, fue nombrado ayudante de campo del general Páez, entonces comandante de la 1ª División. Se dirigió a Caracas a tiempo para participar en la batalla de Queseras del Medio, librada el 2 de abril de 1819, que se saldó con la victoria de la división de Páez frente a las tropas españolas dirigidas por Pablo Morillo (Lecuna, 1960).

Ya ascendido al grado de teniente coronel, Abreu e Lima participó en la batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1821. Aun formando parte de la 1ª División, fue herido en combate, pero pudo presenciar la victoria del Ejército Libertador contra las fuerzas realistas españolas. La batalla fue decisiva para la liberación de Caracas el 24 de junio, que dio lugar a la independencia de Venezuela (Ramírez, 2011).

Los cerca de 2.000 soldados realistas que quedaban en Carabobo se dirigieron a Puerto Cabello, donde, junto con unos 1.000 hombres de la guarnición local, organizaron un núcleo de resistencia. Páez sitió la ciudad, y el teniente coronel Abreu e Lima encabezó una columna de tropas y comandó la artillería que, con su descarga de fuego, permitió conquistar la plaza fortificada, considerada el último reducto español en el Caribe (Fowler, 2013).

Como jefe de estado mayor del general Páez, Abreu e Lima fue el responsable de elaborar los boletines de la campaña de Puerto Cabello. El 28 de abril de 1823, publicó dos boletines, el primero con la lista de los navíos de la escuadra que participaban en el bloqueo marítimo, y el segundo con el registro de las batallas terrestres. Un tercer documento, fechado el 3 de mayo, comunicaba el cierre del cerco contra la plaza sitiada y, cuatro días después, un último boletín detallaba la actuación de la artillería y el bombardeo, comandados por él mismo (Chacon, 1973).

Por su actuación en el sitio de Puerto Cabello, Abreu e Lima fue elogiado por Páez y ascendido al grado de coronel el 22 de enero de 1824. Su actuación

en las campañas bolivarianas no pasó desapercibida, y el oficial brasileño fue condecorado con el Escudo de Carabobo, las cruces de Boyacá y Puerto Cabello y la Orden de los Libertadores.

Abreu e Lima y la batalla de Ayacucho

La batalla de Ayacucho representó el enfrentamiento final de las campañas terrestres de las guerras de independencia hispanoamericanas, marcando la consolidación de la autonomía de la República del Perú y de los nuevos estados beligerantes sudamericanos. Combatido el 9 de diciembre de 1824 en la llanura de Quinua, a unos 37 kilómetros al sur de Ayacucho, a 3.400 metros de altitud, este enfrentamiento decisivo se saldó con la derrota del principal contingente militar realista y la rendición del último virrey del Perú[5]. Este resultado selló la independencia efectiva de Perú y de toda la Sudamérica hispana.

Antes del enfrentamiento entre libertadores y realistas, el coronel Abreu e Lima fue encargado de conducir refuerzos militares de Venezuela a Perú por vía marítima, comandando la Escuadra de División enviada por Simón Bolívar (Scheina, 2003). Aunque los registros documentales e historiográficos sean escasos, es cierto que Abreu e Lima participó en la batalla de Ayacucho, bajo las órdenes del general Antonio José de Sucre.

La victoria de los libertadores en Ayacucho no sólo debilitó el poder militar español en la región, sino que aceleró la desintegración de la estructura colonial que aún persistía en Perú, lo que consolidó la independencia que ya se había proclamado en 1821. La rendición incondicional de las fuerzas españolas fue acompañada de la firma de un acuerdo de capitulación, por el que los monárquicos se comprometían a retirarse completamente del territorio peruano.

Además de su importancia militar, Ayacucho simbolizó el fin del poder imperial español en las colonias sudamericanas, convirtiéndose en un acontecimiento de repercusión continental[6]. Aunque Perú había declarado su independencia unos años antes, en 1821, la presencia de tropas monárquicas seguía suponiendo una importante amenaza para la estabilidad del nuevo gobierno. En

5 D. José de la Serna (1821-1824).

6 La batalla de Ayacucho es generalmente considerada como el final de las guerras de independencia en Sudamérica, sin embargo, los soldados del bastión realista del Real Felipe del Callao se rindieron dos años después de Ayacucho, tras un asedio que duró 718 días (Hoyos, 2018).

este sentido, Ayacucho consolidó políticamente el proceso emancipador del Perú, eliminando el último bastión de resistencia y permitiendo la formación de un Estado independiente con mayor autonomía. Así, la batalla no sólo garantizó la libertad de Perú, sino que selló el destino de Sudamérica, poniendo fin definitivamente a la era colonial en la región.

José Inácio de Abreu e Lima fue ascendido al grado de general de brigada en 1824, durante las campañas de independencia dirigidas por Simón Bolívar. Su ascenso fue un reconocimiento a sus servicios en las campañas militares que ayudaron a consolidar la independencia de varias naciones sudamericanas, especialmente su papel en las batallas que culminaron con la liberación de Perú y otros territorios. El papel que desempeñó junto a Bolívar y Antonio José de Sucre, incluyendo su decisiva participación en la batalla de Ayacucho, contribuyó a su elevación al generalato (Vilardaga, 2007), reflejando la confianza depositada en él por los líderes del movimiento independentista.

Después de Ayacucho

En 1827, Abreu e Lima fue nombrado jefe del estado mayor del departamento del Zulia, bajo el mando del general Rafael Urdaneta. En este contexto, actuó como intermediario diplomático entre Urdaneta y otras figuras políticas de la región, momento en el que rompió con Francisco de Paula Santander, el mayor rival político de José Antonio Páez, con quien Abreu e Lima mantenía una gran lealtad y amistad (Chacon, 1973). Todavía en 1827, a pedido de Simón Bolívar, Abreu e Lima acompañó a Urdaneta a Bogotá, donde continuó cumpliendo funciones estratégicas.

Ese mismo año, el oficial brasileño se convirtió en jefe de estado mayor del departamento de Magdalena, cargo que ocupó hasta 1831. Durante este período, participó en las articulaciones políticas y militares que marcaron el fin de las guerras de independencia y el comienzo de los conflictos internos en los nuevos estados independientes de América del Sur. Su comandante en el departamento, el general Mariano Montilla, registró las siguientes observaciones en la carta oficial de Abreu e Lima:

> Participó en varias campañas de la Independencia, con honor y distinción, y fue herido en Carabobo. Por ello, se ganó la confianza de los primeros generales de la República [Bolívar, Páez, Soublete, Urdaneta, Sucre], y especialmente de S.E. el Libertador Simón Bolívar. Participó en casi todas

las grandes batallas [Boyacá, Carabobo, Puerto Cabello y Ayacucho] desde 1818 hasta la completa libertad de la Gran Colombia [Colombia, Venezuela, Panamá y Ecuador en la actualidad].

Por su conducta, siempre llena de valor e intrepidez, ascendió sucesivamente al grado de general de brigada, que ostenta en la actualidad. Recibió varias medallas y condecoraciones [medallas de Boyacá, Carabobo, Puerto Cabello y Libertador de Venezuela]. Siempre estuvo en el ejército, donde obtuvo importantes comisiones y sirvió al lado de los primeros y más distinguidos líderes. Desempeñó comisiones muy importantes dentro y fuera de la Gran Colombia. En todas ellas se comportó con ilimitado honor e inimitable abnegación.

En los diversos mandos que desempeñó se condujo con valor y prudencia. En 1824 comandó la Escuadra de División enviada desde Venezuela en auxilio del Perú. Es un heroico y eminente benefactor de la Patria [Gran Colombia]. En todos los acontecimientos políticos Abreu e Lima demostró firmeza y carácter y, sobre todo, lealtad y bondad al máximo. En los tres años y medio que ha servido a mis órdenes en este departamento del Magdalena, ha desempeñado serias y delicadas comisiones. Fue el jefe que, con su moderación y sagacidad, pacificó las provincias de Río Hacha y Santa Marta, después de derrotar en varios encuentros a los grupos rebeldes.

Su conducta fue siempre a favor de la República de la Gran Colombia, y guiada por la lealtad, la firmeza y el honor. Fue uno de los jefes militares que más mereció mi particular confianza, amistad y estima en todo momento, así como la del gobierno[7].

A su regreso de Perú, Bolívar se implicó en la política colombiana, apoyando al partido bolivariano y la continuidad de la unidad de Venezuela, Nueva Granada, Panamá y Ecuador. Luchó en la batalla de Tarqui, el 27 de febrero de 1829, junto a Antonio José de Sucre, en el conflicto entre Perú y la Gran Colombia, cuyo objetivo era defender la integridad territorial de esta última.

En el ámbito intelectual y político, Abreu e Lima fundó en 1830 el periódico La Torre de Babel, con el objetivo de promover y defender las ideas bolivarianas,

7 Certificado de servicios militares prestados por el brasileño Abreu e Lima a la Independencia de la Gran Colombia, de capitán a general, 1818-1831.

especialmente en un momento en que los ideales de Simón Bolívar se enfrentaban a una creciente oposición. A través de este periódico, pretendía influir en la opinión pública a favor de la continuidad de la unión de los territorios bajo la bandera de la Gran Colombia (Galvão, 1996). Sin embargo, con la desintegración de la federación en 1830, Abreu e Lima permaneció leal a Bolívar, acompañándolo a su refugio en Santa Marta, donde el libertador viviría sus últimos días (Lynch, 2006).

La incompatibilidad entre Abreu e Lima y Santander provenía de sus divergentes puntos de vista sobre el futuro político de la Gran Colombia tras la muerte de Simón Bolívar en 1830. Abreu e Lima, firme partidario del bolivarianismo, apoyaba la centralización del poder y la continuidad de la unidad territorial de los países que formaban la federación, mientras que Santander, conocido por sus posiciones federalistas y liberales, abogaba por una mayor autonomía de las regiones y por la descentralización política (Pérez, 1995). Las diferencias ideológicas entre ambos se profundizaron a medida que la Gran Colombia se desintegraba, y la ruptura se hizo inevitable cuando Abreu e Lima apoyó la facción bolivariana, que pretendía preservar el legado de Bolívar, mientras que Santander promovía políticas contrarias al bolivarianismo.

Una semana después de la muerte de Simón Bolívar, el general José Inácio de Abreu e Lima organizó y asumió el mando de la Brigada Pacificadora del Hacha, compuesta por infantería y caballería de élite de los batallones Apure y Yaguachi, además de un escuadrón de Húsares Madalena. En un acto de solidaridad, emitieron una proclama en apoyo al general Rafael Urdaneta (Vilardaga, 2007).

Las consecuencias de este conflicto fueron significativas para Abreu e Lima. Tras la muerte de Bolívar, Santander volvió al poder en Nueva Granada (actual Colombia) y ejerció una influencia considerable sobre el nuevo gobierno. Abreu e Lima, a su vez, se convirtió en objeto de persecución política. Estas tensiones culminaron en el exilio del brasileño, que tuvo que abandonar Colombia.

Regreso a Brasil y últimos años

Tras la muerte de Simón Bolívar y ante su incompatibilidad política con Santander en Nueva Granada, José Inácio de Abreu e Lima regresó a Brasil en 1831, instalándose en la ciudad de Río de Janeiro. Sorprendentemente, adoptó una postura a favor de la monarquía, en contraste con el republicanismo por el que había luchado durante sus campañas en el extranjero. Esta aparente contradicción en sus ideas se basaba sobre todo en las observaciones que realizó a lo largo de su carrera. Bajo el régimen

republicano, las naciones hispanoamericanas, en lugar de unirse en grandes estados o confederaciones como deseaba Bolívar, se fragmentaron en pequeños estados, a menudo hostiles entre sí (Galvão, 1996). Abreu e Lima creía que esta fragmentación era perjudicial para Brasil, argumentando que sólo la figura del emperador podía garantizar la unidad nacional.

Además, Abreu e Lima sostenía que, en ausencia de un monarca, los grandes terratenientes podrían dominar el país, lo que provocaría un mayor deterioro de las condiciones de vida de la población. Debido a estas convicciones, se vio envuelto en intensos debates en Río de Janeiro, donde publicó una serie de obras, entre libros, panfletos e incluso un periódico. Cabe destacar que su producción intelectual se llevó a cabo sin que aceptase cargos públicos ni favores del emperador, lo que refleja su determinación de expresar sus ideas con independencia de cualquier alianza política.

El gobierno brasileño reconoció que Abreu e Lima estaba en plena posesión de sus derechos, reconociendo su rango de general y sus condecoraciones, obtenidas en las campañas de independencia de Venezuela, Colombia y Perú. En 1840, tras alcanzar la mayoría de edad, vistió por última vez su uniforme de general de Bolívar cuando visitó al emperador Pedro II. Dejó entonces de lado su carrera militar y se dedicó a escribir hasta el final de sus días, trabajando como periodista, filósofo e historiador.

En 1844, regresó a su provincia natal, Pernambuco, como candidato a diputado, pero fue derrotado por los conservadores. Fue detenido y condenado a cadena perpetua por rebelión, acusado de participar en la Revolución Praieira de 1848 (Jorge, 1977)[8].

Liberado en junio de 1850, se dedicó a escribir, difundiendo ideas inspiradas en el socialismo utópico francés. Publicó, entre otros, los libros Compêndio de História do Brasil (1843), A Cartilha do Povo (1849) y O Socialismo (1855). También colaboró con varios periódicos pernambucanos, como el Diário de Pernambuco y el Diário Novo.

8 Acerca de este episodio, algunas fuentes afirman que Abreu e Lima no participó en la revuelta, en la que sí estuvieron implicados sus hermanos, por lo que José Inácio fue finalmente declarado inocente. Otras fuentes, sin embargo, afirman que sí participó, pero que fue amnistiado por el emperador. (Lima, 2008), (Ribeiro, 1982), (Souza, 2006).

Abreu e Lima murió en Recife el 8 de marzo de 1869. Aunque era católico practicante, el general llegó a ser incompatible con la iglesia de Recife. Por eso, a su muerte, el obispo Francisco Cardoso Ayres prohibió que sus restos fueran enterrados en un cementerio católico (Aguiar, 1997), y acabaron descansando bajo una cruz celta en el cementerio de los ingleses[9], donde aún hoy se encuentran.

Este episodio tuvo gran repercusión y contribuyó a acelerar el proceso de separación entre iglesia y Estado en Brasil. Así, incluso después de su muerte, el general libertario siguió luchando por los derechos civiles, como hizo durante toda su vida.

Conclusiones

Las reflexiones finales de este artículo destacan la importancia de José Inácio Abreu e Lima como oficial y revolucionario brasileño que destacó en el Ejército Libertador de Simón Bolívar. Su carrera militar refleja el ideal de emancipación en América Latina y es testimonio del compromiso de Abreu e Lima con la causa de la libertad. Su decisión de alistarse en el ejército bolivariano demuestra no sólo un espíritu aventurero, sino también una firme convicción en la lucha por la independencia de los pueblos hispanoamericanos. En este contexto, Abreu e Lima emerge como una figura central en la construcción de la identidad nacional latinoamericana.

Cabe destacar la participación de Abreu e Lima en las principales campañas militares de emancipación de la América española. Estuvo presente en enfrentamientos cruciales que marcaron el destino de naciones enteras, como Venezuela, Colombia y Perú. Su compromiso con la causa libertadora no sólo lo convirtió en un militar respetado, sino también en un líder carismático que inspiró a sus compatriotas a luchar por la libertad y la autonomía. Las batallas en las que participó, especialmente la batalla de Ayacucho, fueron fundamentales para el derrocamiento del dominio colonial español en la región. En esta batalla, que tuvo lugar el 9 de diciembre de 1824, Abreu e Lima desempeñó un papel decisivo. Sus acciones, junto con las de otros líderes revolucionarios, fueron cruciales para garantizar la victoria de las fuerzas patriotas. El éxito de Ayacucho simboliza la lucha

9 Francisco Cardoso Ayres (1821-1870) fue obispo de Olinda. Nacido en Recife, a los catorce años fue a estudiar humanidades a Portugal. Dos años más tarde regresó a Recife, donde completó sus estudios. En 1846 marchó a Italia para hacer sus estudios canónicos y los terminó en Piamonte en 1850. Tomó posesión de la diócesis de Olinda en junio de 1868 y, al año siguiente, no autorizó el entierro del general Abreu Lima en el cementerio de Santo Amaro, en Recife, debido a las ideas del general sobre la libertad religiosa y su participación en la masonería (Aguiar, 1997).

colectiva de los pueblos latinoamericanos por la emancipación y la autonomía, en la que Abreu e Lima se destaca como uno de los protagonistas.

Por su contribución a la independencia de América del Sur, José Inácio Abreu e Lima debe ser reconocido como uno de los grandes paladines de la libertad en la región. Su valentía y determinación frente a la adversidad contribuyeron significativamente a la formación de los nuevos estados independientes y a la difusión de los ideales republicanos y democráticos. Su figura trasciende las fronteras de Brasil, consolidándose como un icono de la lucha por la emancipación en América Latina.

En definitiva, la vida y obra de Abreu e Lima son fundamentales para entender el proceso de independencia en América Latina. Su legado perdura no sólo en la memoria histórica, sino también en los relatos contemporáneos que celebran la lucha por la libertad y la justicia.

Al reexaminar la trayectoria de este notable general, es posible reconocer la relevancia de sus acciones e ideas en la liberación de América, que siguen inspirando a las nuevas generaciones en la búsqueda de un futuro más justo e igualitario.

Referencias

Aguiar, C. (1997). *Franklin Távora e o seu tempo*. Ateliê Editorial. São Caetano do Sul, Brasil

Carvalho, J. M. (2013). *A construção da ordem: a elite política imperial; Teatro de sombras: a política imperial*. Ed. Civilização Brasileira. Rio de Janeiro, Brasil

Chacon, V. (1983). *Abreu e Lima: general de Bolívar*. Ed. Paz e Terra. Rio de Janeiro, Brasil

Costa, F. A. P. (1882). *Diccionário biographico de pernambucanos celebres*. Typographia Universal. Recife, Brasil

Fowler, W. (2013). *Latin America since 1780* Ed. Routledge. Abingdon, UK

Galvão, A. C. (1996). *José Inácio de Abreu e Lima: um brasileiro na independência da América Latina*. Biblioteca do Exército. Rio de Janeiro, Brasil

Hoyos, F. M. Ocho claves de las independencias hispanoamericanas. *La Vanguardia*, Barcelona, España. 9 jan. 2028.

Jorge, J. A. (1977). *História da Revolta da Praieira*. EdUFPE.

Lecuna, V. (1960). *Crónica razonada de las Guerras de Bolívar*. The Colonial Books. New York, USA

Lima, M. N. (2008). *A Revolução Praieira: história e memória*. EdUFPE. Recife, Brasil

López, J. O. (1969). *Historiografía y bibliografía de la emancipación del nuevo Reino e Granada*. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Tunja, Colombia

Lynch, J. (2006). *Simón Bolívar*: a life. Yale University Press. New Haven, USA
Pérez, O. A. (1995). *Francisco de Paula Santander y el Federalismo Colombiano*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia
Ramirez, G. P. (2011). *Estudio Histórico de la Batalla de Carabobo (1821)*. Universidad Andrés Bello. Santiago, Chile
Ribeiro, J. L. R. (1982). *História da Revolução Praieira*. Editora Massangana. Recife, Brasil
Scheina, R. (2003). *Latin America's wars*: the age of the caudillo, 1791-1899. v. I. Brassey's Inc. Hagerstown, USA
Souza, E. (2006). *O movimento da Praieira: resistência e identidade no século XIX*. Editora UNESP. São Paulo, Brasil
Vicente, A. C. J. S. (1997). *A Revolução Pernambucana de 1817: uma análise política e social*. Editora Massangana. Recife, Brasil
Vilardaga, J. A. (2007). *Abreu e Lima: o brasileiro de Bolívar*. Imprensa Oficial do Estado de São Paulo. São Paulo, Brasil

Carlos Roberto Carvalho Daroz

- Doctor en Historia Social de la Universidad Federal Fluminense, con énfasis en el estudio de la Primera Guerra Mundial.
- Tiene una maestría en Historia por la Universidad Salgado de Oliveira, en la línea de investigación Ideología y Política, y en Operaciones Militares, por la Escuela de Perfeccionamiento de Oficiales.
- Especialista en Historia Militar por la Universidad Federal del Estado de Río de Janeiro y licenciado en Historia por la Universidad Salgado de Oliveira.
- Miembro de la Red Hermes: Investigadores internacionales sobre fronteras, integración y conflictos, afiliado al Conflict Research Center, material de empleo militar e historia militar. Trabajó como profesor en el Colegio Militar de Recife y en el Programa de Postgrado (Maestría Interdisciplinaria en Humanidades aplicadas a las Ciencias Militares) del Centro de Estudios de Personal.
- Se desempeñó como investigador titular del Centro de Estudios e Investigaciones en Historia Militar del Ejército y como docente en el posgrado en Historia Militar de la Universidad del Sur de Santa Catarina (campus Virtual Unisul).
- Investigador en las siguientes áreas temáticas: Historia Militar General I (de la Antigüedad a la Edad Moderna), Historia Militar General II (Siglos XIX y XX), Historia Militar Brasileña I (Colonia e Imperio), Historia Militar Brasileña II (República), Introducción al estudio de la Historia Militar, Temas Especiales en Historia Militar y Metodología de la Investigación Histórico.



Bernardo O'Higgins

Óleo sobre lienzo
Etna Velarde
Instituto Sanmartiniano del Perú

CHILE EN LAS CAMPAÑAS MILITARES DE LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ (1820-1824)

Roberto Arancibia Clavel
General de División del ECH (R)
Doctor en Historia por la Universidad Católica de Chile
República de Chile

Resumen

Se analiza la participación de Chile en las campañas por la independencia del Perú, centrándose en la notable disminución de su involucramiento en 1824 en comparación con años anteriores. A pesar del esfuerzo significativo y del compromiso del Estado chileno en la organización y provisión de recursos en las etapas iniciales del conflicto, la contribución chilena en 1824 fue restringida, lo que sugiere un cambio en la dinámica de la guerra. Este aporte, se sitúa en el contexto del bicentenario de las batallas de Junín y Ayacucho, eventos claves en el proceso de independencia peruano. Aunque las fuerzas chilenas desempeñaron un papel importante en las fases iniciales, sus participaciones en estas campañas finales fueron considerablemente menores. Esta reducción puede atribuirse a factores como el cambio en las prioridades militares y políticas en Chile, así como el desarrollo de una mayor autonomía por parte de los movimientos independentistas peruanos. El análisis subraya el legado de Chile en la lucha por la independencia, destacando cómo su apoyo inicial contribuyó a establecer las bases para la victoria final en Perú. Además, se considera el contexto histórico que llevó a una menor participación chilena en momentos decisivos, lo que invita a una reflexión sobre las interacciones entre las naciones sudamericanas en su búsqueda de libertad.

Palabras clave: Independencia – Chile – Perú – Junín – Ayacucho - Dinámica de la guerra.

Abstract

Chile's participation in the campaigns for Peruvian independence is analyzed, focusing on the notable decrease in its involvement in 1824 compared to previous years. Despite the significant effort and commitment of the Chilean State in organizing and providing resources in the initial stages of the conflict, the Chilean contribution in 1824 was restricted, suggesting a change in the dynamics of the war. This contribution is situated in the context of the bicentennial of the battles of Junín and Ayacucho, key events in the Peruvian independence process. Although Chilean forces played an important role in the initial phases, their participation in these final campaigns was considerably smaller. This reduction can be attributed to factors such as the change in military and political priorities in Chile, as well as the development of greater autonomy by the Peruvian independence movements. The analysis highlights Chile's legacy in the struggle for independence, highlighting how its initial support contributed to establishing the foundations for the final victory in Peru. Furthermore, the historical context that led to less Chilean participation in decisive moments is considered, which invites reflection on the interactions between South American nations in their search for freedom.

Keywords: Independence – Chile – Peru – Junín – Ayacucho - Dynamics of the war.

Introducción

Apenas iniciada la recuperación de la independencia en 1817, Bernardo O'Higgins, elegido como Director Supremo de Chile, dedicó todos sus esfuerzos a pacificar el país, organizando un ejército y una marina que pudieran enfrentar los grandes desafíos que se presentaban. En primer lugar, se propuso terminar con los focos realistas en su territorio, luego hacer frente a una expedición enviada desde Lima que pretendía recuperar lo perdido en la batalla de Chacabuco y, finalmente, organizar una expedición libertadora al Perú. (Vicuña, 1860)

La primera tarea fue muy difícil, ya que duró hasta 1826, cuando se logró la conquista de Chiloé, todavía en manos de los realistas. La segunda tarea fue exitosa, ya que una fuerza conjunta con las Provincias Unidas de la Plata logró derrotar una importante expedición española en la batalla de Maipú en 1818, consolidándose así la añorada independencia. Esta se mantendría si se podía derrotar definitivamente a los realistas que sostenían un férreo control del territorio del Virreinato del Perú, a pesar de todos los esfuerzos que se habían hecho para derrotarlos en el frente del Alto Perú. (Barros, 1857)

Para lo anterior, la necesidad de organizar una Expedición Libertadora al Perú se transformó en una prioridad. A pesar de la difícil situación económica que vivía el país, el gobierno de O'Higgins se entregó con entusiasmo y pasión a la tarea, enfrentando duras críticas desde el frente interno. (Mitre, 1937)

Las acciones chilenas sobre el Perú se iniciaron en 1819 y tuvieron como protagonista a la escuadra chilena comandada por Thomas Cochrane. Se bloqueó el Callao y se realizaron sucesivas incursiones a las costas peruanas sin mayor éxito, salvo el de motivar a los patriotas en diferentes localidades, junto con activar partidas de guerrillas. En mayo, el general José de San Martín fue nombrado general en jefe del Ejército Libertador del Perú por O'Higgins. El Senado chileno dictó entonces instrucciones, recalcando que no se trataba de un ejército invasor, sino libertador; es decir, que, una vez terminada la tarea, el Perú quedaría a cargo de sus propias autoridades. (Mitre, 1937)

La Expedición Libertadora (1820)

La Expedición, después de una ardua preparación, zarpó el 20 de agosto de 1820 y desembarcó en Paracas la primera semana de septiembre. El parte de fuerza de la expedición es una muestra evidente del esfuerzo realizado tanto en cuanto a los

efectivos navales como a los del ejército. Se trataba de más de cuatro mil hombres, de los cuales 1.919 eran chilenos. Estos serían los que combatirían en las diferentes campañas, más otras fuerzas que se irían agregando. Las fuerzas chilenas que integraron la expedición incluían una compañía de artillería (390 hombres), los batallones N.º 2, N.º 4, N.º 5 y N.º 6 de infantería (con 630, 679, 344 y 58 hombres, respectivamente), un escuadrón de caballería Dragones (30 hombres) y una compañía de artesanos (53 hombres) (Bulnes, 1887). Las fuerzas navales estaban compuestas por siete buques de guerra con 231 cañones, dieciocho de transporte y once lanchas cañoneras. Las tripulaciones sumaban 1.928 hombres. (Bulnes, 1887)

Las fuerzas del Ejército Libertador desembarcaron en Paracas los primeros días de septiembre de 1820. Las tropas chilenas participaron en las primeras expediciones que se realizaron hacia la sierra bajo el mando del general Juan Álvarez de Arenales. La división estaba compuesta por 1,138 efectivos, distribuidos en los batallones de infantería N.º 2 de Chile (630 hombres)[1] y N.º 11 de los Andes, parte de los escuadrones de Granaderos y de Cazadores, más dos piezas de artillería. A principios de octubre se dio comienzo a la marcha hacia el sureste, atravesando un desierto árido, lo que puso a prueba las capacidades de su tropa. Desde el inicio, esta fuerza recibió desertores realistas que pedían ser aceptados en el Ejército Libertador, aportando no solo información, sino también contribuyendo al ánimo de los patriotas. Hubo enfrentamientos en Palpa, Nazca y Acarí. La expedición continuó hacia el interior, sosteniendo combates de diversa intensidad en Huamanga, Huanta, Mayoc, Jauja y Tarma. Su avance culminó con una importante victoria en el combate de Cerro Pasco en diciembre del mismo año. En un exitoso ataque, los batallones N.º 2 de Chile y N.º 11 de los Andes lograron vencer la resistencia adversaria, mientras que la caballería capturaba a los fugitivos dispersos, con el resultado de 78 muertos y 343 prisioneros, entre los que destacaba el teniente coronel Andrés de Santa Cruz, quien más tarde se incorporaría al Ejército Libertador. (Dellepiane, 1977)

1 Al mando del coronel José Santiago Aldunate. Hizo la Campaña de la Sierra del Perú bajo las órdenes del general Juan Antonio Álvarez de Arenales. Se destacó durante la ocupación de Ica, Huamanga y Tacna. El 6 de diciembre de 1820 obtuvo la Medalla de Oro por su actuar en Cerro Pasco. Cuando el ejército ocupó Lima fue condecorado con el Escudo de los Libertadores y nombrado fundador y consejero de la masónica Orden del Sol. El 7 de abril de 1821 fue hecho prisionero en Macacona, donde permaneció por seis meses hasta que fue canjeado por el general español Pedro José de Zavala y Bravo del Ribero, Marqués del Valleumbroso. En Fernando Castillo Infante, Lía Cortés y Jordi Fuentes. Diccionario Histórico y Biográfico de Chile. Santiago de Chile: Zig-Zag,1996, p. 22.

Desarrollo de las campañas (1821)

En 1821, ante los movimientos patriotas por la costa y la sierra, el virrey Joaquín de la Pezuela adoptó medidas defensivas y se vio obligado a renunciar, siendo reemplazado por José de la Serna. San Martín resolvió apremiar al enemigo en el sur y en la sierra. El comandante Guillermo Miller realizó incursiones sobre los realistas en Pisco, Arica y Moquegua, y se inició una segunda expedición de los patriotas a la sierra.

Las incursiones de Cochrane y Miller provocaron gran inquietud en el sur. El primero pidió más fuerzas a Chile augurando la toma de control de todo el sur del Perú, lo que no le fue concedido. Entre los chilenos destacados en esta campaña se encontraban los capitanes Francisco de Paula Latapiat y Nicolás Maruri. Ambos alcanzarían más tarde el grado de coronel. (Barros D., 2005)

Una fuerte epidemia afectó al Ejército Libertador. Este sufrió más de 1.000 bajas por enfermedades especialmente el paludismo.

> Los soldados se sentían quebrantados por un cansancio general que no les permitía hacer marchas ni manejar las arma. Sus rostros lívidos, sus ojos hundidos y rodeados de sombrías ojeras, y una rápida flacura, le daban un aspecto cadavérico. Violentos escalofríos alternados con una fuerte sensación de calor, una abrumadora pesadez de cabeza, sed intensa, sabor metálico en la boca, moscas volantes delante de los ojos, perturbaciones en la digestión y diarreas abundantes y persistentes, los postraban dolorosamente. Los soldados chilenos, fuertes y vigorosos para soportar las más penosas fatigas y las más duras privaciones, no podían sustraerse a los efectos de estas influencias climatológicas (Barros D., 2005, pág. 150)

San Martín dispuso la organización de una división de 2.100 hombres que debería emprender una nueva campaña hacia la Sierra, nuevamente bajo el mando del general Arenales. Con la misión de reavivar el espíritu de independencia en las comarcas, accedió a la sierra por Cerro de Pasco para luego llegar a la costa por Ica. Esta fuerza estaba conformada por los batallones de infantería N.º 5 de Chile (344 hombres)[2], N.º 7 de los Andes, el Numancia, el Regimiento de Granaderos y

2 Esta unidad aparece en las memorias de Arenales como Cazadores del Ejército, al mando del teniente coronel José María Aguilar de Buenos Aires. Esto demuestra como los efectivos del batallón infantería N.º 5 de Chile quedaron bajo el mando de otro comandante. Es conveniente indicar que el comandante chileno había sido objetado en la campaña anterior por su actitud poco decidida a la causa patriota.

cuatro piezas de artillería. El armisticio de Punchauca detuvo las acciones, las que se reanudaron en junio. Un completo relato de esta segunda campaña fue escrito por el hijo del general Álvarez de Arenales titulado: "Memoria histórica sobre las operaciones e incidencias de la división libertadora. A las órdenes del general don Juan Antonio Álvarez de Arenales. En su segunda campaña a la Sierra del Perú en 1821"[3].

A la fecha de término del armisticio, el Ejército Libertador se encontraba dividido en tres divisiones que cumplían roles diversos. Una primera división, al mando del general Arenales, operaba en la sierra y ocupaba exitosamente el valle de Jauja. Una segunda división, al mando del general San Martín, se encontraba embarcada desde fines de abril, participando tanto del bloqueo del Callao como de las operaciones del comandante Miller en el sur. La tercera división, al mando del coronel José Manuel Borgoño[4] (chileno), concentraba en la zona general de Supe al grueso de la caballería, el hospital y la maestranza. Esta unidad también mantenía desplegada una fuerza de caballería en Huacho. El general Guillermo Miller opinaba sobre los soldados sudamericanos:

> Los naturales de la América del Sur se hacen excelentes soldados: son bizarros naturalmente, dóciles, prontos para aprender sus obligaciones, ligeros en sus movimientos, sobrios, robustos y alegres, y subordinados en medio de las fatigas y privaciones, pero los chilenos son quizás los únicos que tienen igual disposición para ser buenos soldados de caballería, de infantería o marineros. (2021)

El 6 de julio, el virrey La Serna abandonó Lima con su ejército y se dirigió hacia la sierra, buscando mejores condiciones para una resistencia militar. Dejó atrás a la guarnición de El Callao, que se encontraba bloqueado por largo tiempo. Acto seguido, San Martín ocupó Lima sin oposición. Arenales inició su repliegue hacia la costa e ingresó a la capital el 28 de julio, el mismo día en que el General en Jefe

---

3 José Arenales teniente coronel graduado de artillería e ingeniero encargado del Departamento topográfico de Buenos Aires. Imprenta de la Gazeta Mercantil. Buenos Aires,1832.

4 El coronel José Manuel Borgoño, fue comandante general de artillería en el Ejército Libertador del Perú. Los ascensos, honores y empleos que obtuvo prueban que trabajó por la independencia del Perú con tanto ardor como por la de su país. El 20 de abril de 1820 fue nombrado teniente coronel efectivo y el 1º de agosto del mismo año coronel graduado de artillería. El 10 de julio de 1821, los patriotas tomaron posesión de la capital del Virreinato y Borgoño entró al frente de la división chilena. Fue nombrado Gobernador político de Lima. Le correspondió remitir a su patria las banderas capturadas por los realistas en la batalla de Rancagua (Chile,1814) que el virrey Abascal había colocado como trofeos en el templo de Santo Domingo. Fue además presidente de la Junta de Secuestros y Contribuciones. Miguel Luis Amunategui. Ensayos Biográficos, Imprenta Nacional, Santiago de Chile, 1893, p. 70.

proclamaba la independencia del Perú. Desde el inicio de la marcha hasta el inicio del descenso hacia la zona costera, la división Arenales perdió aproximadamente 2,000 hombres que abandonaron su puesto y regresaron a sus hogares en las localidades serranas, desilusionados por el regreso a Lima. Los patriotas iniciaron un periodo de inmovilismo, mientras las fuerzas realistas se fortalecían en la sierra. El ejército patriota continuó en un estado pasivo, generándose tensión entre sus mandos. Había tirantez entre San Martín y Cochrane, así como críticas de altos oficiales contra el General en Jefe por la situación del ejército. Además, la falta de armonía entre las tropas chilenas y rioplatenses, la hostilidad de los asesores de San Martín hacia los oficiales chilenos y la falta de influencia de estos, hacían más crítica la situación.

La División del Sur y nuevos enfrentamientos (1822)

En el bando patriota, una expedición denominada División del Sur, al mando del general Tristán, fue enviada por San Martín a fines de enero a la zona de Ica, con el propósito de avivar la insurrección en las comunidades locales, además de bloquear el acceso de los realistas hacia la costa. Era una fuerza de 1,100 efectivos, entre los que se encontraba el batallón N.º 2 de Chile. El virrey La Serna, por su parte, organizó una división de 1,400 efectivos al mando del general Canterac, provenientes de Huancayo y Jauja, a los que sumó una unidad de 600 jinetes de caballería que se trasladó desde Arequipa hacia el norte. Con el objeto de confundir al enemigo, la fuerza principal cruzó la cordillera por varios pasos, logrando posicionarse en Guaytara, Córdova y San Juan para confluir sobre Ica.

El 4 de abril, los patriotas decidieron retirarse hacia el norte por no estar en condiciones de enfrentar fuerzas superiores. Para el día seis, recibieron nuevas informaciones más precisas que les indicaron estar frente a un enemigo que superaba los 4,000 efectivos. Al día siguiente, Canterac, al ver que la División del Sur se trasladaba por un camino encajonado, dispuso que fuera hostilizada por unidades de infantería, mientras se le cerraba el paso con la caballería. El batallón N.º 2 de Chile encabezaba la marcha y sufrió las peores consecuencias. Su comandante, el coronel José Santiago Aldunate, organizó la resistencia, pero no logró contener el ataque realista. El cuerpo se dispersó y sufrió numerosas bajas, tras lo cual el resto de la división inició la fuga en todas direcciones, perseguidos por la caballería realista.

Esta campaña tuvo un importante efecto en la opinión pública, que percibió una mayor capacidad de los realistas. La pérdida de uno de sus batallones, que

además debió contribuir con buena parte de sus sobrevivientes para llenar vacantes en otros cuerpos, como se había hecho costumbre con las unidades chilenas, aumentó la desmoralización de la tropa. A pesar de los continuos movimientos de soldados chilenos hacia unidades de otras nacionalidades, la división de Chile intentaba mantener cierta fisonomía e identidad, y, en junio de 1822, mantenía una fuerza total de 2,060 efectivos, distribuidos de la siguiente forma: artillería: 300 hombres, batallón N.º 2: 134 hombres, batallón N.º 4: 844 hombres, batallón N.º 5: 782 hombres.[5]

La conferencia de Guayaquil entre Bolívar y San Martín a fines de julio de 1822 significó un cambio importante en el devenir de la guerra. En septiembre, San Martín decidió renunciar a su cargo de Comandante en Jefe[6]. A pesar de todo, los cuerpos chilenos continuaron cumpliendo con su misión. De hecho, a inicios de octubre se embarcaron en el Callao como parte del Ejército Expedicionario a Intermedios, bajo el mando del general Rudecindo Alvarado. A finales de 1822, tras una larga y compleja travesía debido a condiciones climáticas adversas para la navegación, se logró el desembarco del ejército en Arica, en mal estado y sin capacidad para iniciar acciones en el corto plazo[7]. Las restantes unidades chilenas y la plana mayor de la artillería quedaron en el Callao, mientras que el batallón N.º 2 fue embarcado fuera de la dotación del Ejército Expedicionario, con el propósito de desembarcarlo en Iquique para su posterior traslado a Tarapacá.

---

5 El coronel Gamarra, Jefe de Estado Mayor del general Tristán, relató vívidamente el choque entre las fuerzas. "A la luz de la descarga, descubrí la presencia del escuadrón de Húsares de Fernando VII que nos enfrentaba. Las compañías se desorganizaron con la carga de caballería i se apoyaron en el batallón número 2 de Chile que empezaba a sufrir la dislocación que precede a la derrota. Sin embargo, el coronel Aldunate organizó la resistencia i afrontó los fuegos del Imperial Alejandro por un costado i de los Dragones de la Unión, mandados por el teniente coronel don Ramón Gómez de Bedoya, que cargó furiosamente sobre el centro del batallón. Aldunate cayó herido; el batallón se dispersó i la división entera se entregó a la fuga. Desde ese momento no tuvo Canterac más trabajo que la persecución i la matanza. El resultado fue decisivo. Tomó mil soldados prisioneros, más cincuenta oficiales, la comisaría, los bagajes, las armas, el estandarte del batallón número 2 de Chile i tres mil fusiles que debían ser para su causa un auxilio precioso." (sic) Gonzalo Bulnes, La Expedición Libertadora del Perú (1817-1822), Rafael Rover editor, Santiago de Chile, 1887, p.254.

6 Los tópicos de la conversación fueron la forma en que Colombia prestaría sus auxilios al Perú, la suerte de Guayaquil y la cuestión de la forma de gobierno del Perú. "Los resultados de nuestra entrevista", le escribía a Bolívar, con fecha 29 de agosto de 1822, "no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra; desgraciadamente estoy firmemente convencido, o que usted no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando o que mi persona le es embarazosa." El tema de Guayaquil ya había sido zanjado y la idea de San Martín sobre un gobierno con un príncipe europeo fue rechazada por Bolívar. (Bulnes, 1887, pág. 459).

7 El jefe de Estado Mayor, era el coronel chileno don Francisco Antonio Pinto, el general en jefe de la división chilena, el mariscal de campo don Luis de la Cruz y el jefe de estado mayor de la misma, el coronel don José Santiago Sánchez.

A este número se agregó en noviembre del mismo año el refuerzo de 400 hombres que envió O'Higgins a consecuencia de las gestiones de Cavero y Salazar, lo que hacía un total de 2,500 chilenos aproximadamente. El batallón número 2 estaba escaso de fuerza porque había sido destruido en Ica por el ejército español en abril de 1822. Seis meses después no se le había reorganizado, y ni siquiera conservaba la fuerza con que lo dejó la derrota, porque se le extrajeron sus soldados para reforzar la montonera de Aldao; el batallón número 2 del Perú, y un cuerpo de caballería también del ejército del Perú que se organizó en Trujillo. El número 4 fue disuelto para formar con su tropa el de Cazadores del Perú, engrosar los Húsares que se distinguieron en Junín, y llenar las vacantes del regimiento de Granaderos de los Andes. En cambio, de los soldados chilenos que perdió, se le dieron negros, la mayor parte antiguos esclavos. El número 5 y la artillería perdieron también sus soldados que fueron repartidos en los cuerpos argentinos y peruanos y en la marinería de la escuadra. Al regimiento de Dragones que fue de Chile en noviembre de 1822, se le quitaron cien hombres a su llegada al Perú, para incorporarlos en los cuerpos de este país, halagándolos con la expectativa de mejores sueldos. El coronel Borgoño, que era entonces jefe de Estado Mayor del Ejército del centro, impresionado con lo que ocurría, "no encontró otro medio de evitar la disolución del cuerpo que encerrarlo entre murallas en las fortalezas del Callao" (Bulnes, 1897, pág. 45):

> Los cuerpos de caballería del Perú se componían casi únicamente de chilenos. Como el chileno es un gran jinete por su género de vida sus costumbres, se le buscaba con empeño para formar la caballería peruana y para llenar las bajas del regimiento de Granaderos. Cuando los reclamos del jefe de las fuerzas chilenas hicieron imposible que se siguieran cambiando los soldados, el gobierno del Perú quiso contratar en Chile hombres para su caballería, pero no como auxiliares, con la escarapela i bandera del país a que pertenecían, sino siguiendo el antiguo sistema, cambiándolos por peruanos, para que los chilenos se batiesen para él y para el lustre de su bandera. El ministro Larrea i Loredo recibió un encargo en este sentido (Bulnes, 1897, pág. 460)

La campaña del Desaguadero y el regreso a Chile (1823)

En 1823, al iniciarse el año, la división al mando del general Martínez se encontraba en Tacna, mientras que las fuerzas del general realista Valdés ocupaban posiciones en Sama, ambos ignorantes de la magnitud y capacidad del enemigo que se les aproximaba. Días después, tras reunir todas las fuerzas patriotas en Tacna, el general

Alvarado continuó hacia el norte, siguiendo un itinerario que lo llevó directamente hacia el grueso del adversario. El 18 de enero, el general Alvarado reinició la marcha hacia Puno y, al día siguiente, se produjeron los primeros enfrentamientos entre tropas de avanzada, lo que llevó a ambos ejércitos a ocupar un dispositivo defensivo en las cercanías de Torata. Casi dos horas de lucha dejaron importantes bajas entre los patriotas, que se estiman en 400 soldados y 20 oficiales, la mayoría integrantes de los batallones chilenos. A pesar de ello, pudieron desprenderse y retirarse hacia Moquegua. El desgaste de la tropa y las bajas opciones de sostener un nuevo ataque llevaron a la decisión de una evacuación hacia Ilo para reembarcar. (Academia de Historia Militar de Chile, 2020)

Estando todavía en Moquegua, las fuerzas del general Canterac atacaron a los patriotas. El combate fue un desastre. Los vencidos debieron evadirse entre las avanzadas enemigas y comenzaron desordenadamente a dirigirse hacia la costa. El batallón de infantería N.º 4 de Chile recuerda en su himno los combates en que participó en tierra peruana, tales como: el combate de Cerro de Pasco (6 de diciembre de 1820), el combate de Mirave (22 de mayo de 1821), el sitio de el Callao (10 de junio de 1821), el combate de Ica (7 de abril de 1822), el combate de Locumba (14 de enero de 1823), el combate de Torata (19 de enero de 1823) y el combate de Moquegua (21 de enero de 1823).

El jefe de Estado Mayor del Ejército Unido, coronel Francisco Antonio Pinto informó en detalle de lo ocurrido en un parte fechado en Bellavista de fecha 23 de febrero de 1823. En resumen, señalaba, que en un contexto de adversidades y enfrentamientos con el ejército enemigo las tropas, bajo el mando del general en jefe, enfrentaban un clima insalubre en Arica y escasez de forraje, lo que llevó a la decisión de trasladarse hacia Moquegua para enfrentarse al enemigo. Tras varias dificultades logísticas, incluida la necesidad de transportar víveres a lomo de mula, el ejército se movió hacia el interior. A medida que se acercaban, el enemigo, al conocer los movimientos, comenzó a retirarse rápidamente.

El 17 de enero, el ejército chileno alcanzó a las fuerzas de Valdés en Torata. Se produjo un fuerte tiroteo, y aunque las tropas lograron desalojar al enemigo de varias posiciones, la llegada de refuerzos liderados por el general Canterac las obligó a retirarse. La batalla resultó con numerosas bajas para ambos lados, con el ejército unido sufriendo alrededor de 400 bajas. Debido a la falta de municiones y el elevado número de heridos, se decidió una retirada hacia el puerto de Ilo. Esta retirada se llevó a cabo con lentitud y dificultad, dada la cantidad de heridos.

Al llegar a Moquegua, el ejército se reorganizó y ocupó una posición defensiva. Sin embargo, el enemigo pronto comenzó a atacar. A pesar de los esfuerzos de defensa, la falta de municiones y la presión del enemigo, llevaron a la necesidad de cambiar de posición nuevamente. Las tropas intentaron resistir el ataque enemigo, pero ante la superioridad numérica y la falta de recursos, finalmente se dieron por vencidas y retrocedieron hacia el puerto de Ilo. Durante esta retirada, se produjeron varios encuentros, pero el enemigo no persiguió con fuerza. A pesar de las adversidades, el parte de Pinto destacaba el valor y la distinción de varios oficiales y soldados chilenos que se comportaron heroicamente durante las acciones entre ellos el coronel don José Santiago Sánchez por su liderazgo y el desempeño del batallón bajo su mando en las acciones contra el enemigo y el teniente coronel don Pedro José Reyes por su valentía y compromiso[8].

Después de tantos contratiempos, el ejército chileno quedó reducido a 1,146 plazas, considerando la disminución de 200 enfermos y los Dragones, que no concurrieron a la campaña del sur. La pérdida efectiva que sufrió en ella fue de 687 hombres (muertos 230, heridos 133, prisioneros 203, dispersos181). Entre los muertos se contaba el sargento mayor don José Méndez Llano; entre los prisioneros, al teniente coronel don Ambrosio Acosta y el ayudante mayor don José Francisco Gana (Bulnes, 1897).

En enero de 1823, O'Higgins abdicó y asumió como Director Supremo el general Ramón Freire. Chile y Perú acordaron un Tratado de Auxilio, que en el plano militar consideraba el envío de una nueva expedición, esta vez de 2,500 a 3,000 efectivos. A pesar de todo, Chile seguía apoyando la independencia del Perú, aunque la reunión de los medios comprometidos tardaría unos meses, principalmente por la escasez de recursos y problemas internos. Esta fuerza se concentraría en Coquimbo.

En mayo, llegó a Lima el general Antonio José Sucre, jefe de las fuerzas auxiliares de Colombia, ministro plenipotenciario ante el gobierno de Perú y agente del general Simón Bolívar ante Chile y las Provincias Unidas en materia militar. Pocos días después se inició el zarpe de una nueva expedición a los puertos intermedios, al mando del general Andrés de Santa Cruz, conformada por 4,290 infantes, 673 jinetes y 133 artilleros. El presidente Riva Agüero pretendía recuperar en parte la libertad de acción perdida tras la incursión del general Alvarado, introduciendo un nuevo apremio al enemigo en la zona sur, lejos de Lima.

8 El parte de batalla completo puede encontrase en Gonzalo Bulnes, op. cit.,p.48-52.

A fines de ese mes, el enemigo, enterado de los movimientos militares efectuados por los patriotas, inició un nuevo traslado desde la sierra a la capital, con una importante fuerza al mando del general Canterac. El plan general quedó establecido según los siguientes lineamientos: el "Ejército Expedicionario", a órdenes de Santa Cruz, haría rumbo al sur para invadir esa región, no debiendo internarse en el país, al comienzo, sino permanecer "constantemente a la mira de su retirada al mar", como decían sus instrucciones, debía ser reforzado por la división auxiliar de Chile que se encontraba en Coquimbo, siéndole permitido avanzar al interior, con prudencia, sólo cuando sus efectivos fueran bastante numerosos para batir a los agrupamientos realistas; con el fin de obtener la superioridad de fuerzas debía esperar que el adversario se disgregara atraído hacia los extremos de su dispositivo por los ataques de las fuerzas patriotas concurrentes (Dellepiane, 1977).

La captura de Lima por los realistas. (1823)

Ante la confirmación de la llegada del ejército realista hacia la capital, el 12 de junio se resolvió la evacuación de Lima hacia el Callao. Sucre asumió el mando en jefe de las tropas patriotas, reunidas en lo que se denominó como Ejército Unido. Una de las decisiones que adoptó fue marchar hacia el sur, al mando de una fuerza que incluía lo que quedaba de la División chilena. El detalle de estas fuerzas al 21 de mayo de 1823 era el siguiente:

> Artillería 254 hombres, compañía volante de artillería 81, batallón N° 2: 82 hombres, Nº4: 331, Nº5: 92 hombres, Primer escuadrón de Dragones 118 hombres, Segundo escuadrón de Dragones 96 hombres. Total, 1,064 hombres. Habiéndose embarcado con Sucre solo 90 hombres de artillería, quedaron en el norte, entre los de esta arma y los de la compañía volante de la misma 246 hombres, los que, deducidos del total, dan a la columna expedicionaria la cifra de 809 hombres.[9]

El 18 de junio, Canterac se situó frente a Lima, aproximándose por el sector de Lurín y exigió a las autoridades limeñas que le entregaran una serie de recursos, que fueron entregados. Estando en el sitio de la ciudad, que duró un mes, se enteró de la intención patriota de llevar la guerra al sur y de la magnitud de la fuerza que había conducido Santa Cruz, y resolvió enviar al general Valdés de regreso hacia el Cuzco con aproximadamente 2,500 efectivos, para apoyar al virrey en la contención de incursiones enemigas hacia la sierra o el Alto Perú.

9 Parte oficial de la división chilena del 21 de mayo de 1823, p.231.

El 7 de junio, la escuadra patriota batió a la fuerza costera realista que guarnecía Arica, para luego desembarcar algunos medios que le permitieron obtener recursos para la expedición terrestre, especialmente ganado caballar y mular. El 4 de julio había zarpado desde el Callao otra expedición bajo el mando del general Miller. Santa Cruz, que ya se encontraba en la zona, dividió su ejército en dos cuerpos: uno al mando del general Gamarra, que desembarcó en Arica, desde donde se internó hacia Tacna, Tacora y Viacha; el otro, bajo su mando directo, desembarcó en Ilo, para desde ahí ascender hacia La Paz, donde arribó el 8 de agosto.

Simultáneamente, desde el sur, una división realista al mando del general Pedro Antonio Olañeta, al percatarse de la presencia de la división de Gamarra en las cercanías del río Desaguadero, se retiró primero hacia Oruro, y después hacia una posición más al sur. Frente al nuevo escenario, el virrey dispuso la aproximación de cuerpos realistas hacia Puno. Los primeros de ellos llegaron al sector del Desaguadero el 23 de agosto, misma fecha en que llegaba Santa Cruz, haciéndolos retroceder hasta Zepita. Alejándose completamente del área, Santa Cruz se dirigió hacia Oruro a reunirse con la unidad de Gamarra, donde arribó el 8 de septiembre.

A esa fecha, el virrey ya había cruzado el Desaguadero hacia el sur, al mando de 4,000 hombres de las tres armas, y optó por seguir hacia el sur en busca del general Olañeta, incrementando así sus fuerzas, que ahora alcanzaban unos 6,000 hombres. Santa Cruz resolvió retirarse hacia la costa en busca de la división del general Sucre —de la que tanto se había esforzado por mantenerse alejado—, que ya se encontraba en la región de Arequipa. Sucre, por su parte, había zarpado de el Callao el 20 de julio, incluyendo entre sus medios a la División chilena.

El 1 de septiembre tomó posesión de Arequipa sin resistencia y el 24 emprendió la marcha hacia Puno; pero luego regresó a Arequipa, donde permaneció hasta el 8 de octubre. En este ambiente, la población local reavivó su fidelidad al rey de España. Seguidamente, Sucre reembarcó a su infantería y artillería, dirigiéndose hacia el Callao. Este desplazamiento fue protegido por la caballería chilena y peruana, que lograron contener los embates de fuerzas realistas superiores enviadas por el virrey sobre Arequipa, empeñándose en una sucesión de combates que al escuadrón Dragones le costaron más de veinte bajas y la captura de su comandante, quien moriría en prisión.

La caballería regresó por tierra hacia Lima al mando del general Miller. Aunque Miller había conducido sus tropas en buen orden de marcha, era importante

engañar a Canterac, cuya vanguardia entró en el valle de Caravelí al tiempo que Miller salía del pueblo en la tarde del 23 de octubre. El general Miller relata, en sus memorias, vívidamente algunos detalles:

> La infantería patriota había marchado en la mañana; la caballería subió durante una hora por una montaña escabrosa hasta dos horas después de puesto el sol; entonces hizo alto la división, encendieron hogueras y la gente sufriendo infinito por el excesivo frío que hacía, durmió entre unas rocas y brezos hasta medianoche, luego continuó su marcha y llegó a Sóndor el día 24. La tropa estaba tan arrecida de frío que encendieron hogueras con mucha dificultad y se pasó bastante. El teniente coronel don Isidoro Suárez y varios soldados que se sacaron las botas no pudieron ponérselas nuevamente en muchas horas, por lo mucho que se les habían hinchado los pies. (Miller, 2021, pág. 68)

Las unidades de Santa Cruz se desbandaron y, tras reunir solo 800 hombres, alcanzaron Moquegua a principios de octubre. Perdió muchos soldados en el camino y muchos de ellos se unieron al bando realista. Simón Bolívar, ya en Perú, se dedicó a aunar voluntades y a reunir los medios que fuera posible para futuras operaciones. Envió un emisario a Chile con la misión de insistir en los refuerzos pedidos en los momentos en que Santa Cruz y Sucre iniciaban sus respectivas expediciones sobre el sur peruano. (Academia de Historia Militar de Chile, 2020)

Una vez más, Chile se mostró dispuesto a contribuir a la causa, dándole sentido a la alianza de este país con Perú y Colombia, que había sido planteada meses antes. Esta vez se logró conformar una fuerza de 1,600 hombres, al mando del coronel José María Benavente. Sus unidades eran los batallones de infantería N.º 7 (554 hombres) y N.º 8 (509 hombres), junto al regimiento Cazadores a Caballo (403 hombres), refuerzos de Valparaíso (233 hombres), refuerzos de Coquimbo (300 hombres). En total se trataba de 1,999 efectivos.

Benavente conforme instrucciones del gobierno chileno debía ponerse a las órdenes del general Francisco Antonio Pinto[10], quien tendría que reunir en una sola

10 El coronel Pinto había combatido en la campaña del Alto Perú al mando del general Belgrano como jefe del batallón número 10. Las disensiones que, en 1820 dividieron al ejército argentino a consecuencia de la política federal, obligaron al comandante Pinto en ese tiempo a volver a Chile. O'Higgins lo envió al Perú a ponerse a las órdenes del general San Martín. Fue comandante del batallón número 5 de infantería de línea desde el 25 de junio de 1821. Luego fue Jefe de Estado Mayor del Ejército Libertador del Perú a partir del 12 de febrero de 1822. Luego como segundo jefe del ejército chileno hizo las campañas de 1822 y 1823. Más tarde fue el general en jefe de la división auxiliar de Chile en el Perú desde 14 de octubre de 1823. Regresó al país en 1824 con el grado de General. Figueroa Pedro Pablo. (Álbum Militar de Chile, Imprenta Barcelona, Santiago de Chile,1899, p.18).

unidad a todas las tropas chilenas que seguían siendo parte del Ejército Libertador del Perú. La nueva expedición zarpó de Valparaíso el 15 de octubre, uniéndose pocos días después a una nave que, desde Coquimbo, transportaba reemplazos para los cuerpos destacados en Perú. El convoy arribó a Arica el 26 de octubre, donde se enteraron del fracaso de la campaña de Santa Cruz y que en Arequipa había una división realista de 5,000 efectivos. Todo era confusión y la presencia de Santa Cruz en Arica, después de su retirada del altiplano, contribuyó más a esta situación. Benavente avisó al coronel Pinto tanto de su ubicación como de las instrucciones que portaba. La división fue reembarcada y se sumó al convoy que se dirigía al norte con Santa Cruz y los suyos.

Se cruzaron el 20 de noviembre en el mar con la nave que transportaba al general Pinto hacia Cobija, puerto al cual Sucre había enviado a los cuerpos chilenos con el propósito de hostilizar al enemigo desde el sur y obtener sus recursos en esa zona. El coronel Pinto dio la orden de volver atrás con las tropas chilenas. Inicialmente, el convoy se dirigió hacia Cobija, que no tenía las capacidades para recibir a las tropas, por lo que el general resolvió seguir hasta Coquimbo, enviando un buque a Valparaíso para informar.

Terminaba este año con el arribo de las naves a puertos chilenos a partir del 19 de diciembre. Los acontecimientos marcarían un nuevo rumbo a las decisiones sobre el empleo del ejército, debiendo priorizarse la conquista de Chiloé. Aún quedaban chilenos luchando en Perú, la artillería, soldados y oficiales que estaban destinados a unidades de otras nacionalidades. Solo una séptima parte del ejército original había regresado, después del ya lejano 20 de agosto de 1820, cuando habían partido de Valparaíso.

Un documento fechado en Santiago el 26 de noviembre de 1823 del ministro Juan Salazar por encargo de Bolívar explicaba la retirada de la división chilena:

> Con fecha 1 del corriente mes dice el Secretario General de S. E. el Libertador, que había llegado al Callao parte de la división del general Santa Cruz, y que las restantes tropas del mando de este probablemente desocuparían la costa de Intermedios. Así S. E. ha mandado que retroceda al sur la expedición chilena con órdenes al general Pinto, que debe encargarse de ella, de seguir hasta acá, para pedir á este gobierno mayor número de tropas, bagajes, caballos, mulas y cuanto sea necesario para emprender una campaña con suceso por el sur del Perú S. E. el Libertador se ha visto precisado a tomar esta resolución por los motivos siguientes: 1. Porque reunidas en la capital

de Lima o en otros puntos inmediatos al sur o al norte tantas tropas, no hay con qué mantenerla; 2. Porque reunidas las tropas chilenas, argentinas, colombianas y peruanas en aquella capital y en sus inmediaciones, es imponible moverlas por la falta absoluta de caballos y de mulas y 3. Porque S. E. está bien persuadido que las operaciones del sur del Perú ejecutadas por tropas chilenas, equipadas, provistas, dirigidas inmediatamente por este gobierno, y auxiliadas oportunamente por el mismo, serían tan útiles como ventajosas. Mientras tanto el Libertador con las tropas de Colombia, la Plata y el Perú, defenderá el norte y lo hace el teatro de las operaciones, dirigiendo la guerra en persona y haciendo venir de Colombia cuanto sea posible para hacerla con buen suceso. De otro modo no cree S. E. que pueda obtenerse ninguna ventaja ni ningún resultado dichoso, porque reunidas sobre la Costa todas las tropas aliadas, perecerán de hambre y de fiebre, no habiendo medios de subsistencia ni de movilidad para un ejército numeroso. Carta del ministro plenipotenciario de Colombia Don Juan Salazar en (Bulnes, 1897, pág. 306)

El coronel chileno Francisco Antonio Pinto envió al coronel José Santiago Sánchez a Lima en busca del remanente de las fuerzas chilenas de la expedición libertadora. A solicitud de la autoridad peruana, la artillería chilena, compuesta por 100 hombres que se encontraba en el Callao permaneció ahí. El Congreso del Perú en nota del 13 de diciembre de 1823 expresó lo siguiente:

> Enterado el soberano Congreso de la nota de vuestra Señoría sobre las indicaciones hechas por el coronel del Ejército Expedicionario de Chile, don José. Sánchez ha resuelto que se den las más expresivas gracias al Gobierno de Chile y al expresado coronel por su generoso allanamiento a dejar la artillería en servicio a esta República. (Fuentes, 2023, pág. 47)

1824

La situación del ejército en la costa central se mantenía tensa, por las derrotas sufridas y por las dificultades de abastecimientos. La moral de las tropas era muy baja. En ese contexto, la guarnición de el Callao —con el regimiento Río de la Plata y parte de la artillería de Chile— que estaba bajo el mando del general Rudecindo Alvarado, se insubordinó por sueldos impagos el 5 de febrero. Hubo saqueos y se entregó la plaza a las autoridades realistas. Previamente, habían sometido por la fuerza a las demás tropas acantonadas en el puerto –siendo una de ellas la brigada de artillería chilena— desde donde algunos soldados lograron huir y dar aviso a

las autoridades, mientras que otras fuerzas fueron capturadas y fusiladas. Parte del regimiento Granaderos se unió a los insurrectos.

El 10 de febrero se confirió al general Simón Bolívar la autoridad política y militar de la República, disponiendo los medios necesarios para facilitar su acción. Este resolvió dar Lima por perdida y concentrar todos los medios disponibles en el norte, en la zona general de Huaraz, donde podría acceder a recursos y a vías expeditas hacia la costa o hacia la sierra central y sur. El 27 de febrero las tropas patriotas abandonaron la capital peruana. Así, el general Juan Antonio Monet ingresó a Lima desde el Callao y no encontró oposición. Diversas autoridades políticas se adhirieron al bando realista, entre ellas Bernardo de Torre Tagle, así como los cuerpos peruanos de Lanceros y de la Guardia, que tras apresar a los oficiales patriotas volvieron a la capital.

El 29 de febrero ingresó a el Callao una división realista, consolidando el control del puerto y sus fortalezas, lo que mantendría por casi un año y sería el último reducto peruano en ser recuperado por las armas. Entre las unidades patriotas que se encontraban en las cercanías, una pequeña tropa chilena se mantenía en Bellavista al mando del coronel José Santiago Aldunate, la que se retiró hacia Lima y se reunió con las demás fuerzas que guarnecían la capital. El jefe de la artillería chilena presente en el sitio era el coronel graduado Juan Nepomuceno Morla y, en el parte enviado el 17 de junio al gobierno de Chile, informa:

> Señor Excmo. todo el cuerpo ha sido presa de estas aves de rapiña, entregándonos prisioneros en manos de nuestros enemigos y depositándonos a todos en casamatas, a excepción del mayor Fuentes y el teniente primero Delzo y el de igual clase segundo Barrios, quienes se hallaban felizmente el día del suceso con mi permiso en Lima[11]. (Bulnes, 1897, pág. 442)

Tanto en Perú, como en Chile y Buenos Aires, existía desconfianza en Bolívar, al que acusaban de privilegiar la acción del ejército colombiano, en desmedro de

---

11 Resultaron prisioneros en la fortaleza los siguientes chilenos teniente coronel Esteban Páez (Nº5 de Chile), coronel Nepomuceno Morla, ayudante Manuel Pizarro, capitán Marcos Maturana, teniente 1º Vicente Laurena, Bernardo León, Francisco Orellana, Manuel Rojas, subtenientes José Luján, Manuel Gómez, Tadeo Silva, Vicente Beltrano y Juan Félix Vargas (Artillería de Chile);capitán Blas Mardones (Nº2 de Chile.) en relación de los individuos que resultaron prisioneros en las fortalezas del Callao a consecuencias de la traición del sargento Moyano, verificada en la noche del 5 de febrero de 1824. En José Hipólito Herrera. El Álbum de Ayacucho. Colección de los principales documentos de la guerra de la independencia del Perú y de los cantos de Victoria y poesías relativas a ella. Tipografía de Aurelio Alfaro, Lima, 1862, p.191.

> En Octubre (sic), Bolívar se fué a la costa creyendo poder volver antes que se empeñara la gran batalla que se preparaba, y O'Higgins le acompañó halagado con la misma expectativa. Este había hecho un enorme viaje sin resultado; pero si no pudo concurrir al combate de Ayacucho, dió pruebas de que la fibra generosa de sus primeros años no se había debilitado. El Libertador lo atendió, pero no le dió papel activo. Se desprende del Diario de Thomas, (secretario) que no tuvo en los campamentos el lugar correspondiente a sus servicios y a la importancia de los cargos que había desempeñado. La sombra de la injusticia de la patria perseguía al héroe en el destierro, sin que él se afectara ni renunciara al generoso ideal de su vida que le había hecho emprender, a pesar de estar enfermo, uno de los viajes más difíciles del mundo. (Bulnes, 1897, pág. 532)

Bolívar ordenó que en la zona costera se reunieran todas las fuerzas disponibles para sitiar el Callao. El mal tiempo en la sierra postergó las operaciones en el corto plazo. Bajo estas condiciones, se dirigió hacia la costa, delegando el mando militar en Sucre, quien se mantuvo en la sierra con las tropas. El virrey La Serna aprovechó la pérdida de contacto para reconcentrar su ejército y lo adelantó hacia el noroeste del Cuzco, llegando al río Apurímac, que dividía los territorios de ambas fuerzas. Organizó tres divisiones de infantería, una de caballería, más la artillería, asumiendo el mando en jefe de los 9,300 hombres que lo integraban.

Una división le fue conferida al experimentado general Valdés, dotándola de cuatro batallones de infantería. El general Monet recibió el mando de otra división, conformada por cinco batallones, al igual que el general José Carratalá, a quien también se le asignaron cinco batallones. La caballería, por su parte, fue puesta bajo el mando del brigadier Valentín Ferraz, contando con dos brigadas de esa arma. Finalmente, once piezas conformaban el cuerpo de artillería, cuyo mando recayó en el coronel Fernando Cacho.[13]

La batalla de Ayacucho 9 de diciembre de 1924

El 25 de octubre, las tropas realistas iniciaron el cruce del río Apurímac, sin ser advertidas por los patriotas desplegados en la zona de Agcha. De ahí trataron de situarse a su espalda, y aislarlo de sus bases de apoyo y del acceso hacia la costa. Sucre dispuso el traslado de su ejército hacia el norte, iniciando una marcha

13 Academia de Historia Militar de Chile, "El Ejército Libertador del Perú, de la gloria al olvido". Cuaderno para el Estudio de la Historia Militar Nº4, Santiago agosto de 2020.

prácticamente paralela. El 19 de noviembre, las tropas de La Serna llegaron a la localidad de Huamanga —que pasó a llamarse Ayacucho después de la batalla—, sin lograr que el enemigo reaccionara. Frente a ello, el virrey decidió retroceder varias jornadas, y luego regresó hacia el norte fomentando desgaste y deserciones. De hecho, de los 9,300 hombres que partieron a fines de octubre, solo 6,900 llegaron a la batalla final.

A partir del 1 de diciembre, ambos ejércitos marcharon en paralelo hacia Huamanga, donde se enfrentarían el 9 de ese mes. En la ocasión, el virrey se adelantó a ocupar la altura dominante, llamada cerro Condorcunca. El 8 de diciembre, los realistas ocupaban las alturas; por su parte, los patriotas estaban desplegados en las cercanías, dispositivo que contemplaba una división peruana de cuatro batallones de infantería y dos escuadrones de caballería, al mando del general La Mar; una división colombiana de cuatro batallones de infantería, al mando del general Córdova; y una división de reserva al mando del general Juan Jacinto Lara, de tres batallones de infantería colombianos, más dos escuadrones y un pelotón de caballería, al mando del general Miller. Se agregaba solo una pieza de artillería, sumando en total 5,780 efectivos.

Aproximadamente a las 10 de la mañana del 9 de diciembre, la división del general Valdés inició el ataque, haciendo retroceder a las unidades patriotas. La división González Villalobos protegía su avance. Ante el revés de la división La Mar, Sucre ordenó que fuera reforzada con dos batallones segregados de la reserva, sumando en esa acción a la caballería asignada a esa unidad, lo que logró contener parcialmente la penetración del dispositivo. En tanto, la división Monet atacó sin resultados. El virrey empleó su reserva, la que no logró quebrar el frente defendido por la división Córdova. Una carga de la caballería realista, también, fue contenida por las lanzas de los patriotas, sumando esta vez un intenso fuego de fusilería. Más aún, la división atacada cambió de actitud y, apoyada por la caballería de la reserva, avanzó contra el adversario, capturando su artillería y al virrey, sorprendido en el campo y herido. Con este hecho, se ordenó la retirada, la cual fue desordenada y sin control.

Por otro lado, en el sector izquierdo del dispositivo, la división La Mar también logró poner al enemigo en retirada, con el valioso apoyo de sus escuadrones de caballería, destacándose el de Húsares, en el cual combatió un centenar de chilenos, que atacaron el flanco de la infantería realista, mientras la infantería patriota incrementaba la presión sobre el frente. La única pieza de artillería de los patriotas con sus 25 hombres que la servían había sido ubicada en el campo

> En Octubre (sic), Bolívar se fué a la costa creyendo poder volver antes que se empeñara la gran batalla que se preparaba, y O'Higgins le acompañó halagado con la misma expectativa. Este había hecho un enorme viaje sin resultado; pero si no pudo concurrir al combate de Ayacucho, dió pruebas de que la fibra generosa de sus primeros años no se había debilitado. El Libertador lo atendió, pero no le dió papel activo. Se desprende del Diario de Thomas, (secretario) que no tuvo en los campamentos el lugar correspondiente a sus servicios y a la importancia de los cargos que había desempeñado. La sombra de la injusticia de la patria perseguía al héroe en el destierro, sin que él se afectara ni renunciara al generoso ideal de su vida que le había hecho emprender, a pesar de estar enfermo, uno de los viajes más difíciles del mundo. (Bulnes, 1897, pág. 532)

Bolívar ordenó que en la zona costera se reunieran todas las fuerzas disponibles para sitiar el Callao. El mal tiempo en la sierra postergó las operaciones en el corto plazo. Bajo estas condiciones, se dirigió hacia la costa, delegando el mando militar en Sucre, quien se mantuvo en la sierra con las tropas. El virrey La Serna aprovechó la pérdida de contacto para reconcentrar su ejército y lo adelantó hacia el noroeste del Cuzco, llegando al río Apurímac, que dividía los territorios de ambas fuerzas. Organizó tres divisiones de infantería, una de caballería, más la artillería, asumiendo el mando en jefe de los 9,300 hombres que lo integraban.

Una división le fue conferida al experimentado general Valdés, dotándola de cuatro batallones de infantería. El general Monet recibió el mando de otra división, conformada por cinco batallones, al igual que el general José Carratalá, a quien también se le asignaron cinco batallones. La caballería, por su parte, fue puesta bajo el mando del brigadier Valentín Ferraz, contando con dos brigadas de esa arma. Finalmente, once piezas conformaban el cuerpo de artillería, cuyo mando recayó en el coronel Fernando Cacho.[13]

La batalla de Ayacucho 9 de diciembre de 1924

El 25 de octubre, las tropas realistas iniciaron el cruce del río Apurímac, sin ser advertidas por los patriotas desplegados en la zona de Agcha. De ahí trataron de situarse a su espalda, y aislarlo de sus bases de apoyo y del acceso hacia la costa. Sucre dispuso el traslado de su ejército hacia el norte, iniciando una marcha

13 Academia de Historia Militar de Chile, "El Ejército Libertador del Perú, de la gloria al olvido". Cuaderno para el Estudio de la Historia Militar Nº4, Santiago agosto de 2020.

prácticamente paralela. El 19 de noviembre, las tropas de La Serna llegaron a la localidad de Huamanga —que pasó a llamarse Ayacucho después de la batalla—, sin lograr que el enemigo reaccionara. Frente a ello, el virrey decidió retroceder varias jornadas, y luego regresó hacia el norte fomentando desgaste y deserciones. De hecho, de los 9,300 hombres que partieron a fines de octubre, solo 6,900 llegaron a la batalla final.

A partir del 1 de diciembre, ambos ejércitos marcharon en paralelo hacia Huamanga, donde se enfrentarían el 9 de ese mes. En la ocasión, el virrey se adelantó a ocupar la altura dominante, llamada cerro Condorcunca. El 8 de diciembre, los realistas ocupaban las alturas; por su parte, los patriotas estaban desplegados en las cercanías, dispositivo que contemplaba una división peruana de cuatro batallones de infantería y dos escuadrones de caballería, al mando del general La Mar; una división colombiana de cuatro batallones de infantería, al mando del general Córdova; y una división de reserva al mando del general Juan Jacinto Lara, de tres batallones de infantería colombianos, más dos escuadrones y un pelotón de caballería, al mando del general Miller. Se agregaba solo una pieza de artillería, sumando en total 5,780 efectivos.

Aproximadamente a las 10 de la mañana del 9 de diciembre, la división del general Valdés inició el ataque, haciendo retroceder a las unidades patriotas. La división González Villalobos protegía su avance. Ante el revés de la división La Mar, Sucre ordenó que fuera reforzada con dos batallones segregados de la reserva, sumando en esa acción a la caballería asignada a esa unidad, lo que logró contener parcialmente la penetración del dispositivo. En tanto, la división Monet atacó sin resultados. El virrey empleó su reserva, la que no logró quebrar el frente defendido por la división Córdova. Una carga de la caballería realista, también, fue contenida por las lanzas de los patriotas, sumando esta vez un intenso fuego de fusilería. Más aún, la división atacada cambió de actitud y, apoyada por la caballería de la reserva, avanzó contra el adversario, capturando su artillería y al virrey, sorprendido en el campo y herido. Con este hecho, se ordenó la retirada, la cual fue desordenada y sin control.

Por otro lado, en el sector izquierdo del dispositivo, la división La Mar también logró poner al enemigo en retirada, con el valioso apoyo de sus escuadrones de caballería, destacándose el de Húsares, en el cual combatió un centenar de chilenos, que atacaron el flanco de la infantería realista, mientras la infantería patriota incrementaba la presión sobre el frente. La única pieza de artillería de los patriotas con sus 25 hombres que la servían había sido ubicada en el campo

de batalla en la primera línea, relata el coronel Carlos Cortés de Colombia, la que estaba al mando del sargento mayor chileno Manuel Fuentes según consta en el parte oficial del general Sucre. (Fuentes, 2023)

El decisivo encuentro no alcanzó a durar dos horas. El recuento de bajas arrojó 1,800 muertos, 700 heridos y más de 1,000 prisioneros realistas; mientras que en el bando patriota se contabilizaron 309 muertos y 670 heridos. De esta forma, el 9 de diciembre, la batalla de Ayacucho culminó con una victoria decisiva para las fuerzas patriotas. La captura del virrey La Serna marcó un punto de inflexión en la guerra. Con el virrey capturado, la imposición de las condiciones para el término de la guerra fue solo cuestión de tiempo. Semanas más tarde, el 21 de enero de 1825, capituló Callao, y Chiloé fue incorporado a la soberanía de Chile en 1826, completándose así definitivamente la independencia americana. Finalmente, el 10 de febrero —casi cuatro años y medio después del zarpe del Ejército Libertador del Perú desde Valparaíso—, fue restituido el Congreso en Lima, iniciando el camino definitivo hacia la instauración de la República del Perú.

La participación chilena en Ayacucho ha sido difícil de pesquisar. Entre los oficiales identificados se cuentan el sargento mayor doctor José María Guerrero (ayudante de Estado Mayor), teniente coronel graduado Manuel Fuentes, subtenientes Francisco Contreras y Juan Antonio Rivas (brigada de Artillería), ayudante mayor José María Riquelme, teniente 2º Toribio Morales (batallón Legión Peruana de la Guardia), capitán M.S. Salcedo, tenientes Manuel Silva, Manuel Carrera, y alféreces José Núñez y Juan Salcedo. Sgto. 2º Bartolomé Carreño (Húsares de Junín) y el teniente coronel Ramón González (batallón Nº2 del Perú). Los nombres en cursivas, fueron reconocidos especialmente por su bravura en combate por el general La Mar. También fue reconocido el teniente coronel Ramón González, chileno comandante del batallón Nº2 del Perú en el parte del general Sucre: "los batallones 2 y 3 del Perú con sus comandantes González y Benavides, mantuvieron firmes sus puestos contra los bruscos ataques".

Conclusiones

La participación de Chile en las campañas por la independencia del Perú entre 1820 y 1824 fue un proceso complejo y decisivo que dejó una marca significativa en la historia de ambos países. A pesar de la notable disminución de su involucramiento en 1824, Chile desempeñó un papel fundamental en las etapas iniciales del conflicto, aportando tropas, recursos y liderazgo militar. Las expediciones libertadoras, lideradas por figuras destacadas como Bernardo O'Higgins y José de San Martín,

evidencian la intención de liberar a Perú del dominio español y promover la independencia en la región.

Sin embargo, diversos factores, como el cambio en las prioridades políticas y militares en Chile y el creciente grado de autonomía de los movimientos independentistas peruanos, llevaron a una reducción en la participación chilena en momentos clave de la guerra. A pesar de esta disminución, el legado de Chile en la lucha por la independencia peruana es innegable, dado que su apoyo inicial sentó las bases para la victoria final en la batalla de Ayacucho en 1824, un hito que marcó el fin de la dominación colonial española en Sudamérica.

La guerra de independencia fue más que una lucha militar; representó un proceso de construcción de identidades nacionales y relaciones intergubernamentales en un contexto de transformación. La colaboración entre los patriotas chilenos y peruanos, a pesar de las tensiones y desafíos, subraya la importancia de la solidaridad en la búsqueda de la libertad. Esta experiencia compartida sentó las bases para futuras interacciones entre Chile y Perú.

Referencias

Academia de Historia Militar de Chile (2020) *El Ejército Libertador del Perú, de la gloria al olvido*. Cuaderno para el estudio de la Historia militar Nº4, Santiago de Chile, Chile

Amunategui, M (1893) *Ensayos Biográficos*. Imprenta Nacional. Santiago de Chile, Chile

Arenales, J (1832) *Memoria histórica sobre las operaciones e incidencias de la división libertadora. A las órdenes del general don Juan Antonio Álvarez de Arenales. En su segunda campaña a la Sierra del Perú en 1821* Imprenta de la Gazeta Mercantil. Buenos Aires, Argentina

Barros Arana, D (1857). *Historia de General de la Independencia de Chile, vol. III*. El Ferrocarril. Santiago de Chile, Chile

Barros Arana, D (2005), *Historia de Chile, tomo XII*, Ed. Universitaria. Santiago de Chile, Chile

Bulnes, G (1887) *La Expedición Libertadora del Perú (1817-1822)* Rafael Rover editor. Santiago de Chile, Chile

Bulnes, G (1897). *Las Últimas Campañas de la Independencia del Perú 1823-1826*. Encuadernación Barcelona. Santiago de Chile. Chile

Castillo, Cortés y Fuentes (1996) *Diccionario Histórico y Biográfico de Chile*. Ed. Zigzag. Santiago de Chile, Chile

Dellepiane, C (1977). *Historia Militar del Perú Tomo I*. Colegio Militar Leoncio Prado. Lima, Perú

El Peruano, t. XI, N.º 18, 24 de febrero de 1844.

Figueroa, P (1899) *Álbum Militar de Chile*. Imprenta Barcelona. Santiago de Chile, Chile

Fuentes León, P (2023) *Manuel Fuentes, un desconocido prócer chileno de la independencia de América del Sur*. Spencer gráfica. Santiago de Chile, Chile

Herrera, J (1862), *El Álbum de Ayacucho. Colección de los principales documentos de la guerra de la independencia del Perú y de los cantos de Victoria y poesías relativas a ella*. Tipografía de Aurelio Alfaro. Lima, Perú

Miller, J (2021). *Memorias del general Miller al servicio del Perú*. Biblioteca Bicentenario. Lima, Perú

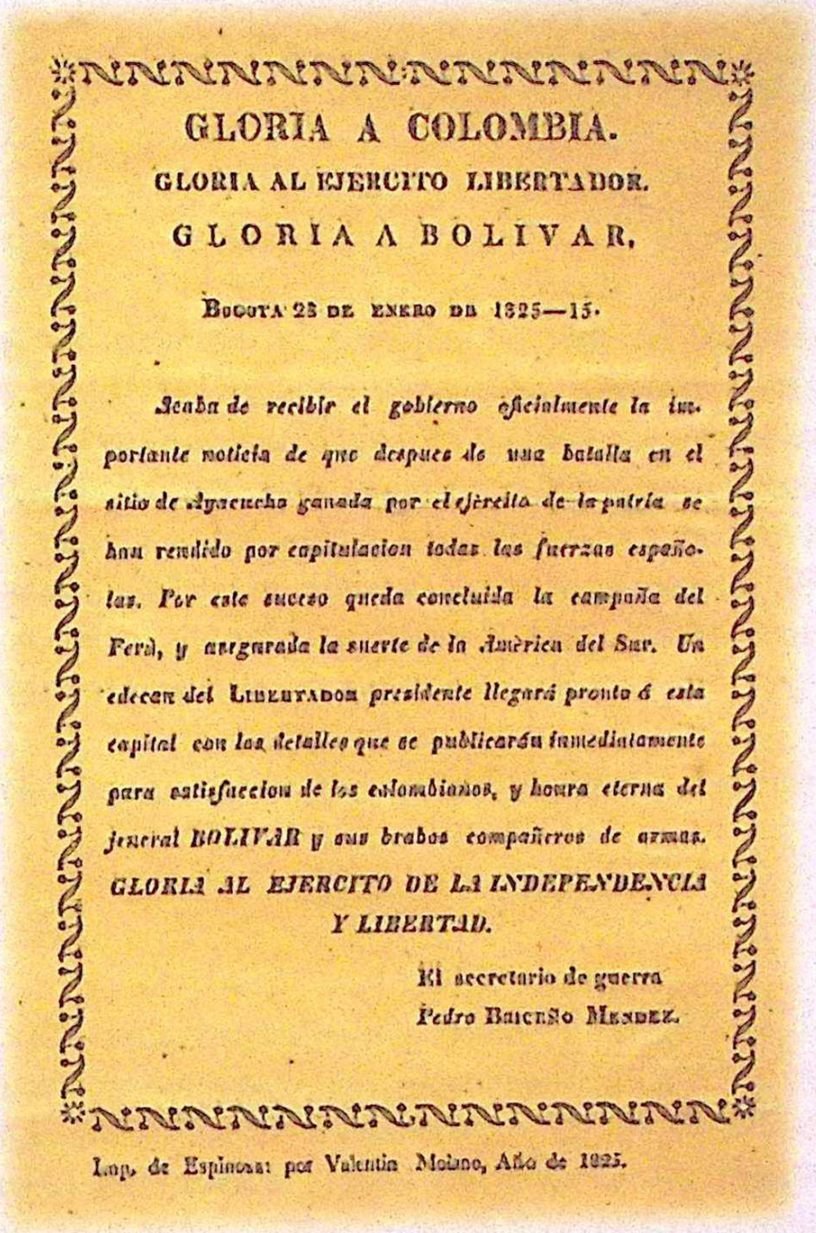
Mitre, Bartolomé (1937) *Historia de San Martin y de la emancipación sudamericana*. Talleres gráficos argentinos. Buenos Aires, Argentina

Paz Soldán, J (1921) *Cartas Históricas del Perú*. Segunda serie. Imprenta Gil. Lima, Perú

Vicuña, B (1860). *El Ostracismo de O´Higgins*. Imprenta el Mercurio. Valparaíso, Chile

Roberto Arancibia Clavel

- General de División, especialista en Estado Mayor
- Profesor de la Academia de Guerra de Chile en las asignaturas de Historia Militar, Estrategia, Geografía Militar y Geopolítica.
- Magíster en Ciencia Política por la Pontificia Universidad Católica de Chile
- Doctor en Historia de la misma Universidad.
- Miembro de la Academia de Historia Militar y del Instituto O'higginiano.
- Es autor, entre otras obras, de La Influencia del Ejército Chileno en América Latina 1900-1 950 (Santiago, CESIM, 2001), y de la edición y estudio preliminar de la obra del General Indalecio Téllez, Recuerdos Militares (Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2005).
- Se ha desempeñado como Director del Magíster en Historia Militar y Estrategia de la Academia de Guerra y como Presidente de la Corporación de Conservación y Difusión del Patrimonio Histórico y Militar.



GLORIA A COLOMBIA.

GLORIA AL EJERCITO LIBERTADOR.

GLORIA A BOLIVAR.

Bogota 28 de enero de 1825—15.

Acaba de recibir el gobierno oficialmente la importante noticia de que despues de una batalla en el sitio de Ayacucho ganada por el ejército de la patria se han rendido por capitulacion todas las fuerzas españolas. Por este suceso queda concluida la campaña del Perú, y asegurada la suerte de la América del Sur. Un edecan del Libertador presidente llegará pronto á esta capital con los detalles que se publicarán inmediatamente para satisfaccion de los colombianos, y honra eterna del jeneral BOLIVAR y sus bravos compañeros de armas.

GLORIA AL EJERCITO DE LA INDEPENDENCIA Y LIBERTAD.

El secretario de guerra
Pedro Briceño Mendez.

Imp. de Espinosa: por Valentin Molano, Año de 1825.

Impreso firmado en Bogotá en 1825 en el que anuncia el triunfo de la batalla de Ayacucho y la culminación de la campaña del Perú.

Fondo Enrique Ortega Ricaurte
Archivo General de la Nación, Colombia

RESONANCIAS DEL TRIUNFO MILITAR DE AYACUCHO EN COLOMBIA: CELEBRACIONES EN TORNO A UN PROYECTO COMÚN REPULICANO

Roger Pita Pico
Secretario Académico de la Academia Colombiana de Historia
República de Colombia

Resumen

Describe cómo se celebraron en Colombia las victorias militares del Ejército Libertador en las batallas de Junín y Ayacucho, que fueron cruciales para la independencia del Perú. Se examina cómo estas celebraciones, que incluían desfiles militares, misas, representaciones teatrales, bailes y otros eventos, reflejaban un sentimiento de solidaridad republicana y un proyecto político bolivariano de integración regional. Además, el documento analiza cómo estas celebraciones se incorporaron al ámbito educativo, buscando inculcar en las nuevas generaciones los ideales de la patria naciente y la memoria de los héroes.

Palabras Clave: batalla de Ayacucho – educación – Ejercito Libertador - memoria

Abstract

Describes how the military victories of the Liberation Army in the battles of Junín and Ayacucho, which were crucial for the independence of Peru, were celebrated in Colombia. It examines how these celebrations, which included military parades, masses, theatrical performances, dances and other events, reflected a feeling of republican solidarity and a Bolivarian political project of regional integration. Furthermore, the document analyzes how these celebrations were incorporated into the educational field, seeking to instill in the new generations the ideals of the nascent homeland and the memory of the heroes.

Keywords: battle of Ayacucho – education – Liberating Army – memory

Introducción

Los triunfos militares, obtenidos en el marco de las campañas de los ejércitos republicanos americanos para expulsar a los realistas en las guerras de Independencia, se convirtieron en una buena causa por la cual había que expresar satisfacción. En este tipo de celebraciones se realizaron exhibiciones militares como parte de los actos centrales, pero fueron complementados con fervientes arengas políticas y solemnes ceremonias religiosas en señal de agradecimiento y protección divina. El júbilo era expresado además con actividades lúdicas y diversiones para toda la comunidad.

Bajo el sentimiento de haber trabajado mancomunadamente por la emancipación de las naciones americanas, los triunfos obtenidos en Venezuela y Perú fueron festejados en Colombia con suma complacencia. No hay que perder de vista el hecho de que un considerable número de combatientes colombianos se enrolaron activamente en estas campañas militares con una alta cuota de sacrificio para ellos y para sus familias. Así entonces, las celebraciones por estas victorias eran expresiones de solidaridad e identidad colectiva con la causa republicana. En este caso, la hermandad trascendía las divisiones político-administrativas, aunque también existía una clara intencionalidad dentro del marco del proyecto político bolivariano.

Celebraciones y solidaridad republicana en torno a un triunfo militar

En especial, varias celebraciones se desarrollaron en Colombia con ocasión del éxito alcanzado por el Ejército Libertador en las batallas de Junín y Ayacucho, ocurridas el 6 de agosto y el 9 de diciembre de 1824, respectivamente, en las cuales quedó comprobado el auxilio brindado por cientos de militares colombianos comandados por el general Antonio José de Sucre[1]. El Congreso de la República concedió honores al presidente Simón Bolívar y al Ejército de Colombia por el decisivo apoyo a estas significativas victorias que fueron claves para la Independencia definitiva del Perú y para el proyecto político de integración y liberación regional. Para imprimirle mayor resonancia a la celebración se escogió el 24 de junio, fecha que coincidía con la conmemoración del día de la batalla de Carabobo y del combate naval ocurrido en la bahía de Cartagena[2] (Cartas Santander-Bolívar, 1988).

---

1 Cortés Vargas, Carlos, "Participación de Colombia en la Independencia del Perú", en: Boletín de Historia y Antigüedades, Vol. XXXII, No. 371-374, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, septiembre-diciembre de 1945, p. 941.

2 Cartas Santander-Bolívar, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República, 1988, tomo IV, pp. 302-303.

Se acordó entregar a Bolívar una medalla de platino "[...] que contendrá en el anverso a la Victoria, coronando al genio de la libertad con una corona de laureles [...] en el reverso una guirnalda formada por una rama de olivo y otra de laurel, y en el centro la siguiente inscripción: A Simón Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú, el Congreso de Colombia, año 1825" [3](Codificación Nacional de todas las leyes de Colombia desde el año de 1821, 1924, tomo 2, p.8). Esta misma medalla se mandó acuñar para distribuirla en las municipalidades, museos, universidades y colegios, con el fin de conservarla siempre en señal de gratitud. Al general Sucre se le entregaría una espada de oro y los miembros del ejército colombiano serían condecorados con un escudo bordado sobre fondo rojo.

Los legisladores impartieron instrucciones para conmemorar estos triunfos en todos los pueblos de la República con regocijos y ceremonias religiosas, reservando otro día para que en las capitales se celebraran los funerales en honor a las víctimas de estos combates. De antemano, el gobierno se comprometió a apropiar recursos del erario público para cumplir con decoro y dignidad tal homenaje.

A principios de febrero de 1825 se recibió en Bogotá información oficial sobre la victoria alcanzada en Ayacucho. El vicepresidente Francisco de Paula Santander expresó su complacencia por este triunfo y anunció que para el carnaval que estaba próximo a realizarse en Bogotá se prepararían varios regocijos públicos[4] (Cortázar, 1956). El día 12 de marzo se llevó a cabo en esta capital una gran parada militar. Veamos la descripción que hace el coronel Hamilton sobre los pormenores de la celebración:

> En el centro de la gran plaza, frente a mi casa, se erigió un bello templete rematado por una estatua de la Fama evocando la tropa épica. Todas las tropas de la guarnición se congregaron allí, la iluminación se hizo con una gran fogata, y luego se les repartió ración extra con aguardiente. Me pareció admirable una de las maniobras militares organizadas en esta ocasión. La alineación dada a los soldados figuraba las letras que componen la palabra Ayacucho y todos tenían el kepis lleno de pétalos de rosa; al dar una señal, se descubrían, dejando dibujadas en el suelo las mismas letras con huella florecida. Luego se retiraban prorrumpiendo en vítores y aclamaciones[5] (Hamilton, 1993, pp. 358-359).

---

3 Codificación Nacional de todas las leyes de Colombia desde el año de 1821, Bogotá, Imprenta Nacional, 1924, tomo 2, 1825, p. 8.
4 Cortázar, Roberto (Comp.), Cartas y Mensajes del General Santander, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1956, Vol. V, p. 153.
5 Hamilton, John Potter, Viajes por el interior de las provincias de Colombia, Bogotá, Colcultura, 1993, pp. 358-359.

Fueron en total tres días de carnaval. Los estudiantes del colegio de San Bartolomé representaron la obra trágica La España en cadenas o don Rafael del Riego, pieza dedicada por su autor en honor al presidente Simón Bolívar[6] (Gaceta de Colombia, 1825).

José Ignacio de Márquez, intendente del departamento de Boyacá, informó sobre el desarrollo de las solemnidades llevadas a cabo en su jurisdicción. En las dos noches de la víspera se iluminó la ciudad de Tunja, la capital. En la apertura de la programación central se ofició una misa de acción de gracias que contó con la masiva afluencia de autoridades, empleados públicos y gentes distinguidas, en cuya ceremonia intervino el cura de la parroquia mayor don Bernardo Mota y el cura de Ramiriquí fray Francisco Antonio Florido "con el entusiasmo patriótico que lo caracteriza"

Se escenificó luego un simulacro de guerra y, en medio de arcos triunfales cubiertos con flores y otros adornos, fue conducido por más de dieciséis cuadras el retrato del Libertador Simón Bolívar entre repetidas vivas y aclamaciones populares en las que también se exaltaron los esfuerzos del vicepresidente Santander, del general Sucre y del heroico ejército neogranadino enviado al Perú. El recorrido culminó en la plaza mayor y allí fue expuesto el cuadro en medio de tres descargas de artillería. En seguida, se organizó una corrida de toros y al anochecer tuvo lugar en la sala de Intendencia un "magnífico" baile en el que sirvieron un ambigú.

Al otro día se celebró el funeral con la exposición de un túmulo que representaba a los sacrificados en el campo de batalla. La oración, en esta ocasión, quedó a cargo de don Andrés Gallo, cura de la parroquia de Chivatá, quien "[...] recorrió la historia sagrada y profana, usó de imágenes muy oportunas, manifestó en fin que los resultados de las muertes gloriosas pero sensibles de las victorias ilustres de Junín y Ayacucho habían sido la libertad del Perú, la seguridad de Colombia, el aumento de su fama y el completo exterminio, hasta de las esperanzas de los déspotas"[7] (AGN, 1825, tomo 3, f.544v).

Por los lados del nororiente, más específicamente en Barichara, se programó un Tedeum y por la tarde una procesión en la plazuela "[...] que estaba preparada con bosques de diferentes ideas, arcos enramados con flores y frutas, y sus altares, todo erigido al Santísimo en acción de gracias"[8] (Ibid., tomo 6, f.853r). Por la noche, se

6 Gaceta de Colombia, No. 176, Bogotá, Imprenta de Espinosa, febrero 27 de 1825, p. 2.
7 Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá, Colombia, Sección República, Fondo Negocios Administrativos, tomo 3, f. 544v.
8 AGN, Sección República, Fondo Historia, tomo 6, f. 853r.

condujo el retrato de Bolívar a la plaza mayor y de allí partió un carro debidamente adornado y llevado por los integrantes del cabildo y con la escolta de un piquete de soldados. Adelante iban nueve ninfas graciosamente vestidas, acompañadas de seis señoritas que llevaban cirios encendidos representando figuras de ángeles. Le seguían en el desfile una danza de "negritos" que entonaban canciones alegóricas a la ocasión. Las gentes, entre tanto, prorrumpieron en vivas al Libertador, al Mariscal de Ayacucho y a la unión de América. Repiques de campanas, pólvora y música amenizaron la jornada. Por donde pasaba esta comitiva, se encontraban las calles decoradas con arcos triunfales, flores, cortinas y banderas tricolores.

Una vieja decrépita con una bandera de guerra representaba a España. Ella estaba rodeada de tres prisioneras enlutadas que personificaban a los territorios aún en dominio de la monarquía española: Puerto Rico, La Habana y Filipinas. Con estos personajes se recreó una obra teatral en la que Gran Bretaña y América liberaban a esas cautivas. Un baile en los salones del cabildo sirvió para clausurar los festejos. En las tres tardes posteriores, la comunidad se divirtió con corridas de toros y juegos públicos que se permitieron especialmente para la ocasión.

Muy cerca de allí, en la villa del Socorro, las celebraciones se llevaron a cabo conjuntamente con el reconocimiento que hizo Gran Bretaña de la Independencia de Colombia. Durante uno de los tres días dedicados a estas fiestas públicas, el retrato de Bolívar fue conducido bajo arcos triunfales por las calles decentemente engalanadas y bajo emotivas aclamaciones dirigidas a los triunfadores en Ayacucho, a los forjadores de la nueva República y al gobierno británico[9] (Gaceta de Colombia, 1825). La oportunidad fue aprovechada para rendir honores fúnebres a los soldados que ofrendaron su vida por la patria independiente[10] (AGN, 1825).

En Nunchía, capital de la provincia de Casanare, también se cumplió con el compromiso de la celebración, sobresaliendo de manera especial la cena y el baile que promovió el comandante de armas por el triunfo militar obtenido en tierras incas, en cuyo acto se elevaron brindis y aclamaciones públicas. Al recibir estos dos informes, el secretario del Interior don José Manuel Restrepo impartió instrucciones para que fuera publicada una breve nota en la gaceta oficial.

En la población de Mariquita también se sintió el "entusiasmo patriótico" a raíz de los triunfos acontecidos en tierras del Perú. A las 10 de la noche del 3 de

9 Gaceta de Colombia, No 188, mayo 22 de 1825, p. 2.
10 AGN, Sección República, Fondo Historia, tomo 6, ff. 866r-871v.

febrero de 1825, tan pronto se propagó la noticia de la victoria militar conseguida en Ayacucho, los habitantes se agolparon espontáneamente en la plaza central a celebrar con repique de campanas, pólvora, redoble de cajas y música. Dentro de las solemnidades que tuvieron lugar allí durante los días posteriores, como hecho novedoso se sirvió en la calle principal del barrio El Retiro una "mesa pública de licores" y allí se elevaron repetidos brindis por los generales Bolívar y Sucre y por los bravos guerreros que demostraron su valor en el campo de batalla. El gobernador provincial se aseguró de poner en conocimiento de sus mandos superiores el desarrollo de estas celebraciones "[...] para que del silencio no pasen luego al olvido, sino que por medio de la imprenta se den a luz pública"[11] (Ibid., tomo 7, f.73r).

En la colindante provincia de Neiva, el gobernador informó en mayo de 1825 al intendente de Cundinamarca don Enrique Umaña sobre los festejos realizados en el cantón de Timaná. En este caso, el gobernador instó a los párrocos y vecinos de cada partido para que se concentraran los festejos en este epicentro del cantón y no a nivel parroquial con lo cual se aminorarían los gastos, además de las ventajas del trabajo resultante del trabajo mancomunado. A pesar de la estrechez del tiempo y de la escasez de los víveres por la prolongación de la estación de verano, se hicieron unas fiestas que, según se dijo, "pueden competir con las mejores de la República y que harán época en la provincia de Neiva"[12] (Ibid., tomo 7, f.68v).

A cada una de las seis parroquias que integraban el cantón le correspondía un día de festejos. El primer día le correspondió a Garzón y todo comenzó con una misa solemne de acción de gracias después de lo cual el presbítero Rafael González pronunció la oración alusiva al tema. Posteriormente, se organizó repartición de refrescos, toros, iluminación, fuegos artificiales, representaciones cómicas y bailes "suntuosos y decentes". Bajo el "orden, la unión y la fraternidad" se manifestó la devoción al Libertador. El gobernador resaltó el sentimiento patriótico que se había respirado en estas celebraciones pese a la dilatada fama que tenía el cantón por su pálido apoyo a la bandera republicana.

Mucho más al sur, en la ciudad de Popayán, del 23 al 27 de enero de 1825 el pueblo se entregó al júbilo y al regocijo por los éxitos militares alcanzados en tierras del Perú. En la iglesia de San Francisco se pronunció la oración fúnebre

11 AGN, Sección República, Fondo Historia, tomo 7, f. 73r.
12 AGN, Sección República, Fondo Historia, tomo 7, f. 68v.

en honor a las víctimas heroicas de Junín y Ayacucho[13] (Gaceta de Colombia, 1825). Según relató el cronista payanés Manuel José Castrillón, protagónica fue la participación del obispo Salvador Jiménez de Enciso al responsabilizarse de la organización y gastos del día más solemne de esta celebración para lo cual puso su mayor empeño para su lucimiento. Con todo esto quería reafirmar su adhesión irrestricta al sistema republicano después de haber sido años atrás uno de los más acérrimos defensores del Rey:

> Él anduvo a caballo con todos los clérigos, salió a la plaza, vitoreó con sinceridad y entusiasmo por la paz y el triunfo de la Independencia y por todas las conquistas de ella. Regaba plata con profusión y generosidad. [...] Alegre, festivo y condescendiente, conquistó en aquel día todo el influjo y simpatía que había perdido antes[14] (Castrillón, 1971, tomo II, pp. 23-24).

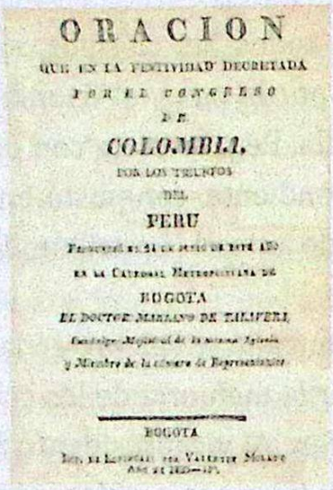
El 27 de junio de ese mismo año se celebró en la iglesia de San Francisco de esta misma ciudad una misa por la memoria de los colombianos que sacrificaron sus vidas en esta campaña del Sur. Al vicepresidente Santander se le envió copia de la oración fúnebre pronunciada en esa ocasión por el cura José María Grueso, provisor vicario general del Obispado, todo esto en cumplimiento del decreto emitido por el supremo poder ejecutivo el 6 de marzo de este mismo año[15] (AGN, 1825). Con ocasión de estas victorias sobre los ejércitos realistas en Perú, el juez político Nicolás Hurtado Arboleda se sumó al regocijo reinante otorgando carta de libertad a sus esclavos[16] (Arboleda, 1962). Homenajes de este tipo también se desarrollaron en Pore, Santa Fe de Antioquia y Medellín[17] (Gaceta de Colombia, 1825).

En la Costa Caribe, vale rememorar las celebraciones efectuadas en la localidad de Arjona. Al mediodía del 23 de junio de 1825 se lanzaron salvas y repiques de campanas anunciando que el pabellón nacional tremolaba sobre el pináculo de la iglesia, en cuya portada principal fue colocado el escudo de armas de la República. Otro pabellón tricolor se acomodó al pie de una palma que fue tenida como símbolo de la libertad. Por la noche, la iluminación general de casas, calles y plazas se convirtió en un espectáculo público.

---

13 Gaceta de Colombia, No. 176, febrero 27 de 1825, p. 2.
14 Castrillón Arboleda, Diego, Manuel José Castrillón. Biografía y Memorias, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1971, tomo II, pp. 23-24.
15 AGN, Sección República, Fondo Historia, tomo 2, f. 573r.
16 Arboleda, Gustavo, Diccionario biográfico y genealógico del antiguo Departamento del Cauca, Bogotá, Biblioteca Horizontes, 1962, p. 215.
17 Gaceta de Colombia, No. 196 y 200, julio-agosto de 1825, p. 3.

A la mañana siguiente, se ofició una misa en la que el párroco disertó sobre los triunfos obtenidos en tierras del Perú, resaltando el hecho de que a pesar de que casi siempre las huestes del ejército republicano eran de inferior número, de todas formas, siempre salían victoriosas en razón a que recibían la protección divina que les infundía el ánimo suficiente para luchar por una justa causa. Estas palabras redoblaron el entusiasmo de los asistentes que enseguida entonaron un Tedeum[18] (Ibid.).


ORACION

QUE EN LA FESTIVIDAD DECRETADA

POR EL CONGRESO

DE

COLOMBIA,

POR LOS TRIUNFOS

DEL

PERU

BOGOTA

BOGOTA

Portada de la oración durante el homenaje organizado en 1825 en Bogotá a los soldados sacrificados en las batallas de Junín y Ayacucho. Tomado de Biblioteca Nacional de Colombia, Fondo Pineda, tomo 715, pieza 7.

Para el homenaje rendido para preservar la memoria de los soldados caídos en Ayacucho, en la ciudad de Cartagena las autoridades organizaron un paseo militar y un simulacro de guerra. El 24 de junio, por invitación del obispo Anastasio García de Frías, se cantó una misa solemne de acción de gracias en la iglesia de San Francisco en honor a las glorias del Ejército Libertador en el Perú[19] (AGN, 1825). Por su parte, el Padre guardián fray Jerónimo Caro pronunció un sermón en el que describieron las hazañas de los soldados americanos. El resto de la jornada se destinó a varias demostraciones públicas de patriotismo.

El día 27 se llevó a cabo en la iglesia catedral la ceremonia fúnebre para honrar la memoria de los guerreros que ofrendaron su vida en aquellas memorables batallas del Sur. Para el efecto, todo el interior del templo se vistió de luto. En el centro del presbiterio

18 Gaceta de Cartagena de Colombia, No. 203, Cartagena, En la Imprenta del Gobierno por Juan Antonio Calvo, julio 2 de 1825, p. 4.

19 AGN, Sección Colecciones, Fondo Enrique Ortega Ricaurte, Conventos, caja 24, carpeta 2, f. 104r.

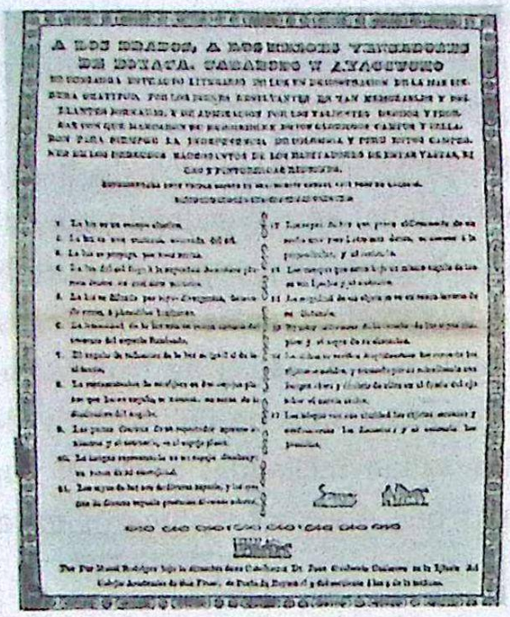
> [...] se veía un sarcófago de arquitectura gótica sagrada, con inscripciones adecuadas, y sobre éste un ataúd colosal enlutado, con bordados de oro y adornos de bronce. Desde la base de la plataforma se levantaban cuatro obeliscos sobre sus pedestales adornados de trofeos y de las banderas nacionales de Colombia y del Perú cubriendo y sombreando el sarcófago. Desde la cúpula se veía bajando en perspectiva el emblema mitológico de la Fama, y a la cabecera del sarcófago, entre dos obeliscos, meditaba el Tiempo. Sobre las primeras gradas, coronadas de trofeos militares, descansaban los escudos de los Departamentos de Colombia; y de los capiteles de las columnas principales salían inclinadas hacia el suelo las banderas de los cuerpos españoles que cayeron prisioneros en el Perú[20] (Correo del Magdalena, 1825).

El recinto sagrado permaneció abierto e iluminado hasta muy tarde de la noche. A las 9 horas de la mañana siguiente se cantó una misa de Réquiem, seguida de un sermón alusivo al objeto de la celebración.

Ecos de la batalla de Ayacucho en el proyecto educativo republicano

Con el ascenso definitivo del régimen republicano, la educación básica y secundaria adquirió un inusitado impulso, especialmente por su carácter público e incluyente. Aun cuando a primera vista las celebraciones de apertura de planteles educativos y los certámenes escolares de carácter público eran de índole estrictamente académico, de todas maneras, estaban cargados de un gran significado político pues exhibían muchos de los rasgos distintivos de las celebraciones políticas desarrolladas durante esa misma época, en el cual se buscaba entronizar en las nuevas generaciones de estudiantes los héroes, los triunfos militares y las bases de la patria naciente.

20 Correo del Magdalena, No. 9, Cartagena, Imprenta de Juan Antonio Calvo, julio 7 de 1825, p. 4.



Anuncio impreso del certamen académico realizado por el colegio de Boyacá en honor a los héroes de las batallas de Boyacá, Carabobo y Ayacucho, 1825. Tomado de: AGN, Sección República, Ministerio de Instrucción Pública, tomo 108, f. 600r.

En los certámenes académicos realizados en el Colegio de Boyacá de la ciudad de Tunja el 8 y 9 de julio de 1825 en la cátedra dirigida por Juan Gualberto Gutiérrez, el estudiante Pablo Monroy expuso algunas tesis sobre física general en homenaje al "amigo de la humanidad", el Abate de Pradt, mientras que Manuel Rodríguez hizo lo propio sobre el desarrollo de la óptica en consagración a los héroes y vencedores de Boyacá, Carabobo y Ayacucho, batallas cruciales para la liberación definitiva de las naciones bolivarianas. En esta ocasión, el Padre Florido consignó 25 pesos para que se premiaran a los alumnos más aventajados mientras que el cura de la parroquia de Santa Bárbara de la ciudad de Tunja se sumó a esta causa con una donación de 26 pesos[21] (AGN, 1825; Gaceta de Colombia, 1825; El Constitucional de Boyacá, 1825).

En abril de 1826, el gobierno central envió al Museo Nacional, a las alcaldías municipales y a los colegios y casas de educación cuatro medallas en homenaje al Libertador Simón Bolívar, las cuales fueron elaboradas por el gobierno del Perú en homenaje a los triunfos alcanzados por el ejército patriota en esas tierras del sur. El museo aún conserva una de esas medallas (ver imagen) que lleva por un lado el busto de Bolívar y por el otro lado las armas del Perú con la leyenda: El Perú restaurado en Ayacucho, año de 1824[22] (Gaceta de Colombia, 1826).

21 AGN, Sección República, Fondo Ministerio de Instrucción Pública, tomo 108, ff. 597r-599r; Gaceta de Colombia, No. 198, julio 31 de 1825, p. 1; El Constitucional de Boyacá, No. 2, Tunja, Imprenta de Boyacá por Joaquín Bernardo Moreno, julio 29 de 1825, p. 7.
22 Gaceta de Colombia, No. 271, diciembre 24 de 1826, p. 3.



Medalla obsequiada por el gobierno del Perú y repartida en 1826 en algunos establecimientos educativos de Colombia. Ca. 1825. Acuñación (cobre). Atanasio Dávalos Ojeda. Reg. 1381. Colección Museo Nacional de Colombia.

En el colegio de Santa Marta se ubicó la medalla con la mayor decencia en la sala rectoral mientras que en el plantel de Chiquinquirá se hizo énfasis en que estos sacrificios de los héroes de la Patria eran un claro ejemplo para la juventud[23] (AGN, 1826).

Conclusiones

El triunfo militar en Ayacucho resonó profundamente en la sociedad colombiana, trascendiendo el ámbito puramente bélico. La victoria no solo se celebró con entusiasmo, sino que se convirtió en un símbolo unificador y en un catalizador para diversos aspectos de la vida republicana.

Las celebraciones en Colombia por la victoria de Ayacucho evidenciaron la solidaridad e identidad colectiva con la causa republicana. Se llevaron a cabo en diversas ciudades, desde Bogotá hasta pequeños pueblos, con la participación de todas las clases sociales.

Estas festividades no se limitaron a expresiones de júbilo, sino que incluyeron actos solemnes como misas de acción de gracias y funerales en honor a los caídos, reflejando un profundo sentido de gratitud y reconocimiento por el sacrificio de los soldados.

23 AGN, Sección República, Fondo Historia, tomo 4, ff. 506r, 538r.

El triunfo en Ayacucho también se incorporó al proyecto educativo republicano. Los certámenes escolares y la apertura de nuevos planteles educativos se convirtieron en ocasiones para enaltecer a los héroes y los triunfos militares, buscando inculcar en las nuevas generaciones el fervor patriótico y los valores republicanos.

El gobierno colombiano, a través de la acuñación de medallas y la organización de eventos conmemorativos, buscó perpetuar la memoria del triunfo y sus protagonistas.

Referencias

-Fuentes primarias

Archivo General de la Nación (Colombia): Sección República, Fondo Historia

- Gaceta de Colombia
- Correo de Magdalena
- El constitucional de Boyacá

Roger Pita Pico

- Politólogo con Opción en Historia, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Magíster en Estudios Políticos, Pontificia Universidad Javeriana.
- Especialista en Gobierno Municipal y Especialista en Política Social.



Mariscal Antonio José de Sucre, 1922.

Óleo sobre lienzo
Nicolás Delgado
Guayaquil-Ecuador



ECUATORIANOS EN LOS CAMPOS LIBERTARIOS DE JUNÍN Y AYACUCHO, 1824

Jorge Martínez Bucheli
Teniente Coronel de Estado Mayor EE
Director Centro de Estudios Históricos del Ejército Ecuador
República de Ecuador

Resumen

El pronunciamiento de libertad del 9 de octubre de 1820 en Guayaquil, permitió que, desde esta ciudad porteña, como de las provincias australes y del centro del actual Ecuador, la entrega de múltiples generosos aportes para la Campaña de Liberación de Quito, que culminó con la gesta de la batalla del Pichincha en 1822. Ocupadas las ciudades de Quito y Guayaquil por los patriotas, la guerra en el sur se hizo posible y, desde entonces partieron importantes contingentes de patriotas para la Campaña emancipadora de América del sur. La cantidad de tropas, pertrechos, armas y vestimenta que desde el Ecuador se envió al Perú, sobrepasó todo cálculo.

Palabras clave: Perú – Junín – Ayacucho - contingente ecuatoriano.

Abstract

The declaration of liberty on October 9, 1820 in Guayaquil, allowed from this seaport city, as well as from the southern and central provinces of current Ecuador, the delivery of multiple generous contributions for the Quito Liberation Campaing, wich culminated whit the battle of Pichincha in 1822.

Once the cities of Quito and Guayaquil were occupied by the patriots, the war in the south became posible and, since then, important contingents of patriots left for the emancipation Campaign in South America. The amount of tropos, supplies, weapons and clothing that were sent to Perú from Ecuador surpassed all calculations.

Keywords: Peru – Junin - Ayacucho - ecuadorian contingent.

" Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
la hispana muchedumbre
que más feroz que nunca amenazaba
a sangre y fuego eterna servidumbre:
y el canto de victoria
que en ecos mil discurre ensordeciendo
el hondo valle y enriscada cumbre,
proclama Bolívar en la tierra
árbitro de la paz y de la guerra"

José Joaquín Olmedo
Poeta y político ecuatoriano

Introducción

La etapa final de la independencia del Ecuador del Reino de España se inicia en Guayaquil el 9 de octubre de 1820. Para entonces la Nueva Granada había alcanzado la libertad en la batalla de Boyacá el 7 de agosto de 1819 y el general San Martín había desembarcado en el puerto de Paracas el 8 de septiembre de 1820, preparando sus operaciones sobre Lima, por otra parte, la armada patriota al mando de Lord Cochrane había roto la supremacía naval española en el Pacífico (Landázuri Camacho, 1996). En este contexto ahora la Independencia tenía un carácter continental y varios puertos con los que el de Guayaquil podía comercializar ahora eran patriotas, razón de suma importancia para enmarcar al movimiento de los próceres de octubre.

Después de la batalla de Boyacá, el general Sucre fue nombrado jefe del Estado Mayor General del Ejército Libertador, luego fue designado desde Bogotá para dirigir la División que el gobierno de Colombia destacó en la ciudad de Guayaquil. Allí despliega su genio e intelecto a finales de 1821 y organiza un gran Ejército compuesto también por tropas chilenas y argentinas, enviadas por el general San Martín, al mando del coronel Santa Cruz y una División colombiana.

Los patriotas se ponen en marcha, su objetivo estratégico es la ciudad de San Francisco de Quito, centro y base de operaciones, de recursos y dirección del gobierno español, liderados por el Mariscal Melchor de Aymerich.

La primera acción de armas y victoria patriota se ejecutó en noviembre de 1820, en Camino Real, días después serían vencidos por las tropas realistas en los combates de Huachi y Tanizagua, en enero de 1821.

Para el 21 de febrero de 1822, el futuro Gran Mariscal de Ayacucho ocupa la ciudad de Cuenca, abandonada por el coronel realista Tolrá. Las tropas patriotas se componían entonces de los escuadrones de Granaderos y de Dragones; los batallones "Albión", "Paya", el conformado "Yaguachi", "Trujillo", "Piura" y el "Cazadores a caballo". Sucre ordenó al teniente coronel Federico Rasch perseguir a las tropas de Tolrá, al mismo tiempo de Guayaquil partía el coronel Cayetano Cestari con tropas de caballería, cruzando por Babahoyo y posteriormente llegando a inmediaciones de Latacunga (Militares, 1922). La División al mando de Sucre marchó en secciones desde Cuenca hasta los poblados de Alausí y algunos cuerpos militares hasta el sector de Tixán.

El historiador ecuatoriano Edison Macías Núñez (Macías, 2007), describe las acciones del 21 de abril de 1822, al disponer Sucre, su orden de operaciones: El escuadrón Dragones y una compañía de infantería, al mando del comandante Rasch, se ubicarán en la ribera derecha del río Chibunga, para distraer al enemigo y encubrir el movimiento del ejército patriota; a las 09h00 el grueso del ejército avanzará directamente a la localidad de Pantús, para atravesar el río; la vanguardia con el escuadrón Granaderos y una compañía del Cazadores, serán conducidas por el coronel Ibarra; y finalmente, atravesando el río la vanguardia obrará de modo que el enemigo no pueda impedir el paso de todo el ejército por el punto de Pantús. Este movimiento resultó exitoso para las tropas patriotas al aplicar el factor sorpresa.

Sucre al conocer el repliegue de las tropas realistas ordena al comandante argentino Juan Lavalle que, con el primer escuadrón del Regimiento de Granaderos a caballo, persiga a las tropas del coronel Tolrá. Lavalle con 96 granaderos cumpliendo esta disposición se encuentra de improviso con alrededor de 400 efectivos de los escuadrones de caballería realistas. Sin embargo, los granaderos argentinos provocaron la huida y derrota de la caballería española en la ciudad de Riobamba.

El 29 de abril de 1822, el general Sucre, dispone el avance de su Ejército Libertador y el 2 de mayo, llega a la ciudad de Latacunga y se detiene, en espera de tropas de refuerzo, retomando su marcha el 12 de mayo con dirección a Quito.

Ante el avance vertiginoso del ejército de Sucre, el presidente de la Real Audiencia de Quito, mariscal Melchor de Aymerich, concibió la defensa de la ciudad, fortaleciendo sus posiciones en el Fortín del Panecillo y en las quebradas de ingreso a la ciudad. Sucre dispuso el avance nocturno de sus fuerzas, dividiéndolas

en dos escalones. El primero, a la vanguardia, con los batallones "Trujillo", "Piura" y "Alto Magdalena", al mando del coronel Andrés Santa Cruz, el segundo escalón bajo sus propias órdenes con los batallones "Yaguachi", "Paya" y "Albión".

En la madrugada del 24 de mayo de 1822, Antonio José de Sucre toma una decisión riesgosa, rodear la ciudad por las faldas del Pichincha y llegar al valle de Iñaquito y presentar la batalla, pero esta maniobra es descubierta provocando el enfrentamiento con las tropas españolas en las escabrosos despeñaderos del volcán que culminó en un inobjetable triunfo patriota (Moncayo Gallegos, 2023). El general Sucre denotó prudencia al decidir bordear las posiciones fortificadas del cerro "El Panecillo", con su audaz maniobra, sorprende y desconcierta a su adversario, ocultando hasta el último momento la verdadera dirección del movimiento que proyectaba aprovechando las sombras de la noche. En la victoria del Pichincha participaron varios hijos de América, peruanos, colombianos, chilenos y argentinos.

Sin embargo, la independencia del actual Ecuador culminaría el 17 de julio de 1823, con la batalla de Ibarra. Desde entonces las ciudades de Quito y Guayaquil, ocupadas por los patriotas, permitieron la guerra en el sur, partiendo importantes contingentes para la Campaña del Perú que concluyó con el triunfo en las gestas heroicas de Junín y Ayacucho.

Emblemáticos batallones conformados en el actual Ecuador, que participaron en la Campaña Libertaria e Independencia.

Los primeros batallones del ejército ecuatoriano que escribieron páginas brillantes en la historia por su heroísmo y bravura, fueron organizados por los legendarios titanes de la guerra y la maniobra, Simón Bolívar y Antonio José de Sucre, quienes inmortalizaron sus acciones bélicas en varias jornadas épicas y heroicas.

Estos líderes militares dueños de la gloria, señalaron el camino de la victoria, atravesando con sus tropas páramos, cumbres montañosas, selvas, ríos y mares, en diversos campos de batalla, dando la libertad e independencia, nacimiento y vida a las actuales democracias de nuestros países.

El batallón "Yaguachi" fue organizado por el general Antonio José de Sucre en la población del austro de Yulug, provincia del Azuay, el 6 de febrero de 1822, con los efectivos del batallón "Tiradores" y batallón "Voluntarios", que salieron de Guayaquil conformando la "División Libertadora de Quito", todos sus efectivos en

su mayoría eran ecuatorianos (Martín, 1922). La primera compañía de esta Unidad Militar participó en el combate de Riobamba, el 21 de abril de 1822 y posteriormente todo el batallón "Yaguachi" se cubriría de gloria en las faldas del Pichincha el 24 de mayo de 1822. De las filas de esta emblemática e histórica Unidad Militar partió a la inmortalidad y ofrendó su vida el joven abanderado del "Yaguachi", el "Héroe niño", teniente Abdón Calderón Garaycoa.

Conocidos como los "Bravos del Yaguachi", estuvieron también en la batalla de la Cuchilla de Taindalá, a las alturas de Pasto; luego al mando del Libertador Simón Bolívar, en la batalla de Ibarra a orillas del río Tahuando, el 17 de julio de 1823, contra las tropas del coronel realista Agustín Agualongo.

Luego marchan al Perú, al mando del general Salom para contribuir con la capitulación de la plaza del Callao. Finalmente, esta Unidad contribuyó eficazmente en el triunfo del Portete de Tarqui, el 27 de febrero de 1829.

El Gran Mariscal de Ayacucho, en Orden General dictada en la población de Oña el 13 de febrero de 1829, recomienda en la posteridad el arrojo de los 20 bravos del Yaguachi, en los siguientes téminos:

> Artículo tercero: "Que los veinte soldados del Yaguachi, sean conocidos y llamados en su cuerpo con el sobrenombre de BRAVOS, que lo inscribirán también en su escarapela. Estos individuos serán excluidos de todo servicio mecánico y preferidos en sus ascensos". Artículo cuarto: "Que la mujer e hijos del soldado Domingo Yépez, muerto en este combate, gocen de la mitad del sueldo de su marido".

Por Decreto del Libertador Simón Bolívar se conformó el batallón "Pichincha" el 6 de julio de 1823, por la brillante participación en la batalla del Pichincha de 1822, de los batallones "Alto Magdalena" y "Paya", que contribuyeron al triunfo y libertad de Quito:

> Artículo primero: Los batallones Alto Magdalena y Paya, formarán un solo batallón que llevará, permanentemente el glorioso nombre de Batallón "Pichincha"; Artículo segundo: Comuníquese al Jefe de Estado Mayor General, para su ejecución. Dado, firmado de mi mano y refrendado por mi secretario general, en el Cuartel General de las Bodegas de Babahoyo, a 9 de julio de 1822. (f.) Simón Bolívar.
> Luego de la batalla del Pichincha, de los batallones Paya y Alto Magdalena,

quedaron muy pocas tropas granadinas y venezolanas. El Alto Magdalena llegó a Cuenca con 96 colombianos, sumando 140 efectivos, con voluntarios del sector y del tránsito, cuando se incorporaron al ejército al mando de Sucre en Latacunga en su marcha hacia Quito. De igual forma el batallón Paya, al pasar revista en la ciudad de Cuenca, condujo al Pichincha 460 efectivos, y de las filas de estos dos batallones, se mermaron entre muertos, heridos y desaparecidos, después de la batalla, 146 efectivos, incorporándose luego alrededor de 500 ecuatorianos a sus filas.

El 18 de marzo de 1823, marchó al Perú el glorioso batallón "Pichincha", con el primer contingente colombiano que acudió a ayudar en la causa patriótica. Estuvieron al mando de Sucre en Lima y posteriormente retirándose con él al Callao cuando el general Canterác, ocupó esa plaza. Posteriormente marcharon con la División del general Alvarado a proteger las acciones del general Santa Cruz. Ejecutaron con Sucre la maniobra de retirada de Arequipa a Quilca luego de las acciones en el Desaguadero. El batallón "Pichicha" combatió con valentía en Corpahuaico y venció en Ayacucho, 1824.

Según (Martín, 1922, p. 1082), a este bizarro batallón, se dirigió el general José María Córdoba, en las faldas del Cundurcunga: Armas a discreción, adelante, paso de vencedores. El Pichincha siguió luego al Alto Perú con el Mariscal de Ayacucho, como uno de sus batallones de confianza y con el tiempo les dedicó la siguiente proclama:

> Colombianos, mucho tiempo hace que dejé de mandaros...pero si hay osados que os provoquen a la guerra, volveré a vuestras filas y encontraremos la victoria. Y si la fortuna que constantemente me ha seguido, quisiera alguna vez abandonarme, llenaremos siempre nuestros deberes, para que también se diga de vosotros: Pichincha muere, pero no se rinde. Contemplareis con orgullo el millar de leguas que desde el Pichincha al Potosí hemos corrido juntos en triunfo y los tres millones de americanos que habéis libertado. Paz de Ayacucho, 6 de enero de 1828. Mariscal Antonio José de Sucre.

El batallón Quito, se organizó en la ciudad capital del Ecuador, luego de la batalla del Pichincha, por el general Antonio José de Sucre. En su organización se reflejaban tropas criollas del batallón "Cataluña" que pasaron voluntariamente a las filas patriotas y también quiteños, especialmente vecinos del barrio de San Roque. En un inicio fue conocido el descrito batallón como "Milicias de Quito".

Su participación fue activa en la reacción realista en Pasto, marcharon con Sucre

y combatieron en Taindalá, Yacuanquer, alturas de Pasto, y en la batalla de Ibarra del 17 de julio de 1823, liderados por el Libertador y los generales Sucre, Salom y Mires.

Posteriormente al mando del general Bartolomé Salom participan en el Perú y toman parte en el sitio del Callao, hasta cuando Rodil capitula. En 1829 también les cubrió la gloria de formar parte de la campaña de los 30 días y del triunfo en el Portete de Tarqui el 27 de febrero de 1829.

Contingentes enviados desde el sur de la Gran Colombia (en la actualidad, Ecuador) al Perú.

El historiador venezolano Rufino Blanco Fombona, al estudiar y analizar los contingentes de la Gran Colombia en 21 años de cruenta lucha en el continente americano, le concede al Ecuador, por medios deductivos un número de 108.004 ecuatorianos caídos en las luchas independentistas. Deduciendo que el censo levantado en 1810, el Ecuador tenía una población de 600.000 habitantes y cuando en el año de 1825, se estableció la nueva demostración, apenas sumaba una población de 491.996, lo que significaba una merma efectiva de 108.004 ecuatorianos, enrolados en los ejércitos libertadores, reducción censual que no comprendía o no tomaba en cuenta, el porcentaje creciente dentro de toda vida demográfica regular de una población cualquiera (Chiriboga, 1922). Para el general Ángel Issac Chiriboga, sólo para Junín y Ayacucho, se enviaron desde estas tierras aproximadamente 10.000 soldados.

El Importante dato histórico tomado de la Revista El Ejército Nacional, 1922, número 8., presenta al detalle un resumen de las fuerzas enviadas desde el Ecuador y Colombia, alcanzando la libertad de América en los célebres campos de batalla de Junín y Ayacucho:

- El 23 de marzo de 1823, salió de la ciudad de Guayaquil la primera División al mando del general Valdez, compuesta de los batallones Voltíjeros, Pichincha, Vencedores y Yaguachi, con 3.000 efectivos.
- El 17 de abril de 1823, parte de Guayaquil la segunda División al mando del general Lara, con los batallones Vargas, Bogotá y Rifles. Así como también el escuadrón Lanceros, con un total de 2.450 efectivos.
- El 10 de mayo de 1823 parten varios piquetes con un total de 868 efectivos y el 7 de agosto del mismo año, parte un cuarto contingente incluido el Libertador Simón Bolívar, con 1.365 efectivos.
- El 31 de mayo de 1823, parte directamente desde Panamá al Callao el batallón

quedaron muy pocas tropas granadinas y venezolanas. El Alto Magdalena llegó a Cuenca con 96 colombianos, sumando 140 efectivos, con voluntarios del sector y del tránsito, cuando se incorporaron al ejército al mando de Sucre en Latacunga en su marcha hacia Quito. De igual forma el batallón Paya, al pasar revista en la ciudad de Cuenca, condujo al Pichincha 460 efectivos, y de las filas de estos dos batallones, se mermaron entre muertos, heridos y desaparecidos, después de la batalla, 146 efectivos, incorporándose luego alrededor de 500 ecuatorianos a sus filas.

El 18 de marzo de 1823, marchó al Perú el glorioso batallón "Pichincha", con el primer contingente colombiano que acudió a ayudar en la causa patriótica. Estuvieron al mando de Sucre en Lima y posteriormente retirándose con él al Callao cuando el general Canterác, ocupó esa plaza. Posteriormente marcharon con la División del general Alvarado a proteger las acciones del general Santa Cruz. Ejecutaron con Sucre la maniobra de retirada de Arequipa a Quilca luego de las acciones en el Desaguadero. El batallón "Pichicha" combatió con valentía en Corpahuaico y venció en Ayacucho, 1824.

Según (Martín, 1922, p. 1082), a este bizarro batallón, se dirigió el general José María Córdoba, en las faldas del Cundurcunga: Armas a discreción, adelante, paso de vencedores. El Pichincha siguió luego al Alto Perú con el Mariscal de Ayacucho, como uno de sus batallones de confianza y con el tiempo les dedicó la siguiente proclama:

> Colombianos, mucho tiempo hace que dejé de mandaros...pero si hay osados que os provoquen a la guerra, volveré a vuestras filas y encontraremos la victoria. Y si la fortuna que constantemente me ha seguido, quisiera alguna vez abandonarme, llenaremos siempre nuestros deberes, para que también se diga de vosotros: Pichincha muere, pero no se rinde. Contemplareis con orgullo el millar de leguas que desde el Pichincha al Potosí hemos corrido juntos en triunfo y los tres millones de americanos que habéis libertado. Paz de Ayacucho, 6 de enero de 1828. Mariscal Antonio José de Sucre.

El batallón Quito, se organizó en la ciudad capital del Ecuador, luego de la batalla del Pichincha, por el general Antonio José de Sucre. En su organización se reflejaban tropas criollas del batallón "Cataluña" que pasaron voluntariamente a las filas patriotas y también quiteños, especialmente vecinos del barrio de San Roque. En un inicio fue conocido el descrito batallón como "Milicias de Quito".

Su participación fue activa en la reacción realista en Pasto, marcharon con Sucre

y combatieron en Taindalá, Yacuanquer, alturas de Pasto, y en la batalla de Ibarra del 17 de julio de 1823, liderados por el Libertador y los generales Sucre, Salom y Mires.

Posteriormente al mando del general Bartolomé Salom participan en el Perú y toman parte en el sitio del Callao, hasta cuando Rodil capitula. En 1829 también les cubrió la gloria de formar parte de la campaña de los 30 días y del triunfo en el Portete de Tarqui el 27 de febrero de 1829.

Contingentes enviados desde el sur de la Gran Colombia (en la actualidad, Ecuador) al Perú.

El historiador venezolano Rufino Blanco Fombona, al estudiar y analizar los contingentes de la Gran Colombia en 21 años de cruenta lucha en el continente americano, le concede al Ecuador, por medios deductivos un número de 108.004 ecuatorianos caídos en las luchas independentistas. Deduciendo que el censo levantado en 1810, el Ecuador tenía una población de 600.000 habitantes y cuando en el año de 1825, se estableció la nueva demostración, apenas sumaba una población de 491.996, lo que significaba una merma efectiva de 108.004 ecuatorianos, enrolados en los ejércitos libertadores, reducción censual que no comprendía o no tomaba en cuenta, el porcentaje creciente dentro de toda vida demográfica regular de una población cualquiera (Chiriboga, 1922). Para el general Ángel Issac Chiriboga, sólo para Junín y Ayacucho, se enviaron desde estas tierras aproximadamente 10.000 soldados.

El Importante dato histórico tomado de la Revista El Ejército Nacional, 1922, número 8., presenta al detalle un resumen de las fuerzas enviadas desde el Ecuador y Colombia, alcanzando la libertad de América en los célebres campos de batalla de Junín y Ayacucho:

- El 23 de marzo de 1823, salió de la ciudad de Guayaquil la primera División al mando del general Valdez, compuesta de los batallones Voltíjeros, Pichincha, Vencedores y Yaguachi, con 3.000 efectivos.
- El 17 de abril de 1823, parte de Guayaquil la segunda División al mando del general Lara, con los batallones Vargas, Bogotá y Rifles. Así como también el escuadrón Lanceros, con un total de 2.450 efectivos.
- El 10 de mayo de 1823 parten varios piquetes con un total de 868 efectivos y el 7 de agosto del mismo año, parte un cuarto contingente incluido el Libertador Simón Bolívar, con 1.365 efectivos.
- El 31 de mayo de 1823, parte directamente desde Panamá al Callao el batallón

Istmo con 700 efectivos.

- El 21 de enero de 1824, se remitieron desde Guayaquil en los buques de guerra: Limeña, Macedonia y Guayaquileña; víveres, pertrechos y equipajes del ejército.
- El 26 de febrero de 1824, salió el quinto contingente desde Guayaquil, compuesto de 900 reclutas y se envió también vestuarios para el ejército, bajo requerimiento con oficio número 450 del jefe Superior.
- El 23 de abril de 1824, parte de Guayaquil para Cuachaco el sexto contingente de tropas con el coronel Figueredo, conduciendo víveres, vestuarios, armas y 1.050 efectivos.
- El 20 de mayo de 1824, salen de Guayaquil el batallón Zulía, procedente de Panamá, al mando del comandante León y además otros piquetes de tropas, víveres y vestuarios, con 1.070 efectivos.
- El 14 de enero de 1825, la división Valero que vino de Venezuela para Guayaquil salió para el Perú, conduciendo vestuarios, armamento y otros artículos, para los cuerpos del ejército, además de correspondencia, con 1.574 efectivos.
- El 21 de marzo de 1825, se envió de Guayaquil una compañía de artillería para el Callao, con 63 efectivos.

El detalle final empleado fue de 13.040 efectivos, conformado el Ejército Unido, para la liberación del Perú (Militares, 1922).

Luis Rodríguez, en su libro Ayacucho La Batalla de la libertad americana, 1824-1974, determina que, en la jornada de Ayacucho, en el Ejército Libertador, según listas de revistas, se emplearon aproximadamente 7.150 efectivos, reclutados de los departamentos de Quito, Guayaquil y Azuay (en la actualidad República del Ecuador). Los contingentes ecuatorianos se distribuían con los siguientes orgánicos (Rodríguez, 1974): Voltíjeros, 250; en el Pichincha, 620; en el Bogotá, 300; en la División La Mar, no menos de 500; en el Rifles, 300; en el Vargas, 350; en el Húsares, 100; en el Granaderos, otros tantos; lo que da un pie de fuerza de 2.500 efectivos ecuatorianos, sobre un total general de 5.700 soldados, entre granadinos, peruanos, venezolanos, chilenos, argentinos y bolivianos que combatieron en Ayacucho.

Asimismo desde el inicio de la Campaña Liberadora del Perú, la ciudad de Guayaquil cubría en forma permanente, 30 mil pesos mensuales; San Francisco de Quito, 25 mil pesos; Cuenca, 20.000; fuera de contribuciones extraordinarias, que elevaban la cantidad total de auxilios de Colombia para la causa libertaria (Chiriboga, 1922).

La mayor parte del esfuerzo de guerra para la Campaña de liberación del

Perú, fue aportada por los departamentos del sur, que contribuyeron con 7.150 efectivos y alrededor de un millón y medio de pesos (Núñez, 1996). De acuerdo con este autor este gran esfuerzo afectó gravemente a la economía quiteña, golpeada con anterioridad por las primeras campañas de la independencia. La falta de brazos para la agricultura por el reclutamiento paralizó la producción y las mujeres que emigraban tras de los ejércitos hicieron de estos movimientos militares una verdadera movilización de pueblos en armas. La presencia femenina en la campaña facilitaba tareas de aprovisionamiento, transporte, espionaje, entre otras actividades importantes.

Ecuatorianos caídos en combate en la Campaña Libertadora del Perú (Rodríguez, 1974):

- Capitán Hermenegildo Zamora, de Riobamba, muere en Junín.
- En la acción de Bellavista mueren: el comandante Diego San Martín, el sargento mayor Francisco Arvela y el capitán Julián Orechea, hijos de Guayaquil; los comandantes Ramón Aránzazu y Fernando Benavides, oriundos de Loja; de San Miguel de Ibarra, José Arrunátegui; el capitán José Antonio Chirinos de Ambato; el coronel Lorenzo Olachea, de Riobamba; y el capitán Pablo Uztaris, natural de la Tola- Esmeraldas.
- En Matará mueren el coronel lojano Mariano Zubiría y el quiteño capitán Pantaleón Argumedo.
- En Huanta, muere el sargento mayor Toribio Hidalgo, natural de San Francisco de Quito.
- En el sorpresivo encuentro de armas de Corpahuaico, mueren: el comandante guayaquileño Aniceto Larrea, el comandante lojano Lorenzo de Urbina y el capitán Leandro Algarra, nacido en San Miguel de Ibarra.
- En la batalla de Ayacucho mueren los capitanes cuencanos José Sevilla y Manuel Prieto y los quiteños capitán Antonio Miró y teniente Félix Ariscúm.
- En el sitio del Callao, cayeron para siempre los comandantes guayaquileños Genaro Estuardo y Judas Tadeo Zuláibar.

El General Sucre proclama al Ejército Unido, vencedor en Ayacucho el 10 de diciembre de 1824

Soldados:

Sobre el campo de Ayacucho habéis completado la empresa más digna de vosotros. Seis mil bravos del Ejército Libertador han sellado con su constancia y con su sangre la Independencia del Perú y la paz de América. Los diez mil soldados españoles que vencieron catorce años en esta República, están ya humillados a nuestros pies.

Peruanos, sois los escogidos de vuestra patria. Vuestros hijos y las más remotas generaciones del Perú, recordarán vuestros nombres con gratitud y orgullo.

Colombianos, Del Orinoco al Desaguadero habéis marchado en triunfo; dos naciones os deben su existencia; vuestras armas las han destinado a la victoria, para garantizar la Libertad del nuevo mundo.

Cuartel general de Ayacucho, a 10 de diciembre de 1824.

Antonio José de Sucre

Conclusiones

La Campaña Libertaria refleja la necesaria consecuencia de lucha común de nuestros países durante varios años, durante la cual las necesidades de la guerra, dieron lugar a fuertes vínculos entre los patriotas de diferentes latitudes para conseguir la ansiada libertad.

Guayaquil considerado un importante puerto hispanoamericano en el Pacífico fue utilizado para el comercio internacional como parte de la Audiencia de Quito, la independencia del 9 de octubre de 1820 inicia la etapa emancipadora en el preciso momento en que el equilibrio estratégico sudamericano se coloca del lado de las fuerzas patriotas independentistas que derivaría con éxito en la Campaña de liberación del Perú.

El contingente de soldados del actual Ecuador en la Campaña libertadora del Perú fue significativa al mando del mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, que desplegó su talento obteniendo la más brillante Campaña, cumbre de la gloria americana

Referencias

Martín, S. M. (1922). Los Batallones "Yaguachi", "Pichincha" y "Quito". *Revista de Estudios Históricos Militares "El Ejército Nacional"*, 1080.

Landázuri Camacho, C. (1996). La Independencia del Ecuador (1808-1822). In C. E. Nacional, & E. Ayala Mora (Ed.), *Nueva Historia del Ecuador* (Vol. 6, p. 119). Quito, Pichincha, Ecuador: Corporación Editora Nacional.

Militares, S. d. (1922). Los preliminares de Pichincha. La Batalla de Tapi, 21 de abril de 1822. *Revista El Ejército Nacional* , 140.

Macías, E. (2007). El Combate de Riobamba o de Tapi. In C. d. Ejército, *Historia General del Ejército ecuatoriano* (pp. 63-64). Quito.

Moncayo Gallegos, P. (2023). La Batalla de Ibarra en contexto. In A. N. Militar, *Sello de Libertad* (p. 50). Quito: Espe Innovativa.

Chiriboga, A. (1922). El Monumento. *Revista El Ejército Nacional* , 130-131.

Chiriboga, A. (1922). *Ayacucho, las tropa del Ecuador en batalla.* Quito: Editorial.
Militares, S. d. (1922). De Pichincha a Junín, Lineamientos Generales. *Revista El Ejército Nacional* , 8, 618-619.

Núñez, J. (1996). El Ecuadot en Colombia. In C. E. Nacional, *Nueva Historia del Ecuador* (Vol. 6, p. 231). Quito: Corporación Editora Nacional.

Rodríguez, L. (1974). *Ayacucho la batalla de la libertad americana, 1824-1974.* Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Jorge Martínez Bucheli

- Oficial del Ejército del Ecuador con el grado de Teniente Coronel de Estado Mayor.
- Magíster en investigación en Historia de la Universidad Andina "Simón Bolívar" Sede Ecuador.
- Magíster en Seguridad y Defensa de la Universidad de las Fuerzas Armadas "ESPE", Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia Militar del Ecuador. En la actualidad es el Director del Centro de Estudios Históricos del Ejército.



Antonio José de Sucre

Óleo sobre tela
Martín Tovar y Tovar
Salón Elíptico del Capitolio Nacional del Palacio Federal Legislativo,
Caracas, Venezuela

LA FORMACIÓN MILITAR DE ANTONIO JOSÉ DE SUCRE Y SU INFLUENCIA EN LA CAMPAÑA DEL PERÚ

Fernando Falcón Veloz
Coronel EV (R), Doctor en Ciencias Políticas
Universidad Central de Venezuela
República Bolivariana de Venezuela

Resumen

El objeto central de esta contribución consistirá en presentar una descripción analítica del pensamiento estratégico de Antonio José de Sucre. Para ello se dividirá esta ponencia en tres partes. Una primera parte expondrá las tendencias y problemas prevalecientes en materia de estrategia y arte militar, en el período comprendido entre 1750 y 1815, lo que servirá para contextualizar la formación militar de Sucre. La segunda parte estará dedicada al análisis de la formación del pensamiento militar y la acción estratégica del gran mariscal de Ayacucho. Finalmente, se enunciarán las conclusiones correspondientes.

Palabras clave: Arte de la Guerra – Orden Oblicuo - Pensamiento estratégico – Rama militar técnica – Artillería - Oficiales Facultativos.

Abstract

The main objective of this contribution will be to present an analytical description of the strategic thought of Antonio José de Sucre. To this end, this presentation will be divided into three parts. The first part will depict the prevailing trends and problems in the field of strategy and military art, in the period between 1750 and 1815, which will serve to contextualize Sucre's military training. The second part will be dedicated to the analysis of the military thought's formation and the strategic action of the great marshal of Ayacucho. Finally, the corresponding conclusions will be stated.

Keywords: Art of War – Oblique Order –Strategic thinking – Technical military branch – Artillery – Facultative Officers.

Introducción

Quito. Provincia de Ecuador. Transcurren los primeros días de enero de 1829. En la soledad de su habitación, el general en jefe más joven de Colombia escribe a su excelencia, el libertador presidente, una frase que ha repetido muchas veces en los campamentos: "mis enemigos son para mí como una baraja marcada".

Consideremos las intenciones del héroe cumanés. El símil de la baraja con los adversarios en el difícil arte de la guerra evoca algo más que una metáfora. La acción lingüística del mariscal del Perú implica algunos presupuestos:

(i) Que la guerra como la baraja, ya sea el tresillo de la época o el muy anglosajón y contemporáneo póker, implica un juego de habilidades;

(ii) Que, en la guerra, tanto o más que en el juego, el azar tiene un papel preponderante;

(iii) Que el conocimiento de los palos de la baraja y la numeración, orden y disposición de las cartas en el juego, pueden asimilarse perfectamente a la guerra y sus circunstancias;

(iv) Que determinado número de barajas en posesión de un jugador, máxime si se conocen las cartas del adversario, implica, no sólo un valor nominal, sino también un valor psicológico (Castro, 1997).[1]

En otras palabras, cada uno de tales presupuestos, y el conjunto de ellos, implican una concepción de la guerra subyacente. Todo ello en el interior de un inocente recurso literario. Se trata de una concepción de la guerra determinada por una formación, unas lecturas, unas experiencias de combate.

Tendencias y problemas: estrategia y arte militar (1750 - 1815)

Para 1810, fecha en que Antonio José de Sucre inicia su carrera militar, el arte de la guerra había cambiado mucho en el trayecto de los últimos cuarenta años.

---

1 He concebido mi método gracias a la escuela de pensamiento creado por el doctor Luis Castro Leiva en el marco de sus investigaciones en el área de Historia de las Ideas.

Desde principios del siglo XVIII, el racionalismo y el método experimental habían comenzado a formar parte de los preceptos de conducción de la guerra. Raimondo Montecuccoli, en Austria, Vauban, Feuqueries y Puysegur en Francia, habían comenzado a establecer el hilo conductor entre las diversas razones de orden político que llevaban a los Estados a hacer la guerra y la forma de conducirla para lograr los objetivos del soberano absoluto (Feuquéries, 1749; Montecuccoli, 1988; Paret, 1989). La conexión entre el racionalismo y el método experimental con el arte de la guerra, desde principios del siglo XVIII resulta más que evidente. Montecuccoli reconocerá su deuda intelectual con Lipsius. Feuqueries y Puysegur harán lo propio con Descartes.

En consonancia con este tipo de pensamiento la teoría del arte de la guerra buscaba establecer principios generales de conducción del aparato bélico del Estado, y lo hacía con el fin de lograr su máxima efectividad en el campo de batalla. Se trataba de extractar de la experiencia, principios de validez universal aplicables para cada momento y condición. Esta forma de proceder daría lugar a dos grandes tipos de producción intelectual militar.

En primer lugar, harían su aparición estudios sobre campañas o batallas que se iniciaban con una narración de los hechos de armas y finalizaban con una serie de preceptos de acción, en forma de máximas, que constituían parte de la formación y cultura de los dirigentes de los ejércitos de la época (Stein, 1966). No existe en el campo de la historia intelectual militar, que sepamos nosotros, estudios que establezcan una relación entre la teoría de la máxima y la formación del pensamiento militar. Por lo general, tales preceptos o máximas se contrastaban con ejemplos extraídos de la antigüedad clásica. Esto se hacía con dos fines expresos: para facilitar la comprensión de los lectores a quienes iban dirigidas tales obras, cuya formación intelectual obligaba a la temprana lectura de los clásicos, y para demostrar la validez universal de tales preceptos.

Así, durante las primeras cinco décadas del siglo XVIII, proliferará en la literatura militar este género, ya bajo la forma de estudios sobre la antigüedad clásica, como en los casos de Feuqueries (Feuquéries, 1749), Puysegur (Puysegur, s.f), Bouchard de Bussy (Bussy, 1757) y el Caballero de Folard (Folard, 1724; 1727-1730) o bajo la forma de experiencias contemporáneas, personales, como es el caso de las obras de Raimondo Montecuccoli (Montecuccoli, 1808) y Saxe (Saxe, 1757), o basándose en experiencias ajenas, como sucedía con los estudios de Turpin de Crisee (Crisée, 1788; 1790).

El segundo tipo de producción intelectual militar que hará su aparición durante el período, se basaba en enseñanzas derivadas de los ya citados estudios, así como en las campañas de más reciente data. A partir de tales experiencias surgieron una serie de preceptos de obligatorio cumplimiento para los comandantes de unidades, en diferentes escalas y grados, los cuales se incorporaron de lleno al ordenamiento castrense de los diferentes ejércitos europeos. Esto puede observarse en los casos de los reglamentos tácticos de Inglaterra, Francia, Austria, Prusia y las Ordenanzas Militares españolas promulgadas por Felipe V, en 1725, y posteriormente actualizadas por Carlos III en 1768 (Grases & Pérez, 1963).

Los acontecimientos bélicos de Europa entre 1748 y 1763, así como los resonantes éxitos obtenidos por el ejército prusiano al mando de Federico II, introducirían nuevos elementos de discusión en la teoría de la guerra. La interpretación de los éxitos militares del monarca prusiano, daría lugar a la aparición de tres nuevas tendencias del pensamiento bélico, todas ellas en concordancia con el nuevo movimiento de ideas que comenzaba entonces a dominar Europa y que fuese conocido genéricamente con el nombre de Ilustración.

La primera de ellas, enunciada por el mismo Federico II, dentro de los más estrictos cánones enciclopedistas, concebía a la guerra bajo el predominio analógico y metafórico de la idea de máquina. Las piezas mecánicas debían ser convenientemente engranadas y aceitadas para obtener los mejores resultados. La combinación de masa (concentración de hombres y fuego) y velocidad (marcha de las tropas) permitía la aplicación de las fuerzas sobre un punto dado, trayendo como consecuencia la ruptura del dispositivo enemigo. Tal concepción fisicalista[2] de la guerra, aunado a las consideraciones previas de Vauban y de otras enciclopedistas, dio lugar a una corriente militar que ubicaba a la guerra en el ámbito de las ciencias exactas (D'Alembert, 1983; Duffy, 1974; Luvaas, 1975; Napoleón, 1872). Los enciclopedistas, entre ellos el general Servan, ubicarán el arte de la guerra como una rama especializada de las ciencias exactas, junto a la física y la trigonometría (D'Alembert, 1983).

Así, el uso de las fortificaciones y la artillería, el desplazamiento mediante líneas de abastecimiento previamente calculadas y la exactitud matemática en el desplazamiento de las tropas, debían producir la eventual derrota del enemigo. Esta

2 Utilizo la expresión "fisicalista", como aquella concepción de la guerra que, utilizando los argumentos de la mecánica racional equipara el funcionamiento del ejército al de una máquina. Debo esta expresión al doctor Luis Castro Leiva.

tendencia dio lugar al entretenimiento de oficiales especializados en estas ramas del conocimiento, las disciplinas que comenzarían a tener una preponderancia técnica en los ejércitos hasta la tercera década del siglo siguiente.

La segunda concepción teórica, se basaba, fundamentalmente, en las interpretaciones que el uso de Federico II había hecho de una técnica de combate extraída de la antigüedad clásica: el Orden Oblicuo.

Dicha técnica de maniobra, cuyos orígenes se encuentran en la táctica utilizada por los tebanos al mando de Epaminondas contra la falange espartana, en la batalla de Leuctra (353 a. C.), se apoyaban en el avance hacia el enemigo con un ala del dispositivo de combate adelantada y reforzada, renunciando así al ataque de toda la línea enemiga. Los felices resultados obtenidos por Federico, tanto en la Guerra de Sucesión Austriaca como en la Guerra de los Siete Años, generaron una fascinación en los teóricos militares de la época. Estos, creyendo ver en ello una resurrección de las tácticas de los antiguos, en vez de considerar el asunto como una adaptación al terreno en determinadas circunstancias, preconizaron su adopción como fórmula única para obtener la victoria.

De conformidad con esta tendencia, la eficiencia de combate de los ejércitos sólo podría obtenerse mediante la adopción de la táctica prusiana en los ejércitos y la vuelta a la enseñanza de los clásicos militares. Se pensaba que extrayendo lecciones de los antiguos se aseguraba el éxito en el arte de la guerra (Falcón, 1994, Folard, 1724; 1994; Lynch, 1990; Mesnil-Durand, 1775; Miranda, 1983). Abundará por estos tiempos la apertura de campos de maniobras en toda Europa. Así como el envío de oficiales de Prusia para observar los ejercicios bélicos de ese país.

Finalmente, la tercera concepción teórica, también interpretativa de las victorias de Federico, buscaba la explicación de las mismas añadiendo un elemento adicional a los anteriores.

En efecto, para esta tendencia, que surge paralelamente en Inglaterra y Francia, la explicación de las victorias de Federico residía en la consideración del elemento moral como clave para entender el fenómeno. Sin negar las dos tendencias precedentes, las cuales consideraban valederas, pero solo parciales, los exponentes de esta corriente creyeron que, en los factores morales, tales como el carácter, la virtud y la constitución de los mandos, ejércitos y hombres de armas, así como en los vicios, lujo y corrupción de los pueblos, se hallaba la disposición natural necesaria para el logro de las victorias y las derrotas de los ejércitos. Los

mayores exponentes de esta concepción "nacional" serian el inglés Henry Lloyd (Lloyd, 1766; 1813) y el teórico francés Jacques de Guibert (Guibert, 1770; 1772; 1778), quienes se convertirían así en referentes teóricos indispensables de la época (Charney, 1977).

Además de lo ya mencionado, esta tendencia teórica agregaba otro argumento: las formas de gobierno, tomadas de la clasificación dada por Montesquieu, influían determinantemente en las operaciones militares (Montesquieu, 1950). Se pensaba de estas formas de gobierno, que ellas conferían a los habitantes de determinado país virtudes y pasiones que dejaban su impronta en la constitución militar de ese Estado y en el desempeño de sus ejércitos.

Esta argumentación, que enlazaba la política, con la moral y la guerra, constituiría la primera manifestación teórica de un desarrollo del pensamiento militar que culminaría con la obra cumbre de Clausewitz (Clausewitz, 2000).

Entre 1775 y 1778 se producirían en el nuevo mundo los acontecimientos que condujeron a la independencia de los Estados Unidos de América. Desde el punto de vista "clásico" de la teoría política, la experiencia norteamericana desafiaba al paradigma político de Montesquieu. Para el Barón de la Bréde, la seguridad de una república dependía directamente de su extensión. Es decir, las libertades públicas solo podían sobrevivir en las pequeñas repúblicas (Montesquieu, 1950). Para hacer frente a las amenazas que atentaban en contra de su existencia, existía el recurso de la confederación en otras repúblicas o la alianza con otros Estados que pudiesen garantizar su seguridad (García-Pelayo, 1993).

Los teóricos políticos yanquis, en especial, Hamilton, Madison y Jay, habían desafiado con fuerzas de tales argumentos recurriendo al expediente teórico del federalismo, el cual más allá de sus atractivos morales y teóricos, hablase revelado un medio de carácter militar muy eficaz (Hamilton y otros, 1992). La prontitud del auxilio y la eficaz coordinación de la ayuda militar entre los estados federales habían contribuido de manera determinante a las victorias de Yorktown y Saratoga.

Desde el punto de vista exclusivamente militar también se había producido otro acontecimiento extraordinario. Las milicias de ciudadanos libres, utilizando técnicas de cacería en vez del muy tecnificado arte militar de la época, le propinaron severas derrotas al ejército regular inglés. Tal hecho significaba la confirmación de la superioridad del ejército de ciudadanos sobre el ejército profesional; el triunfo del arte militar de la libertad sobre el arte militar de la monarquía y el despotismo

(Falcón, 2002). La discusión sobre el particular precedía en varios lustros la experiencia norteamericana. En Francia, Rousseau, Montesquieu y Diderot la habían planteado en sus obras. En Inglaterra, Ferguson y Adam Smith también habían abogado por esta solución.

Así, para 1792, año de inicio de las luchas de la Revolución Francesa en Europa, dos escuelas de pensamiento denominaban el panorama intelectual en el campo militar. Por una parte, la que expresaba el lenguaje político de la sociedad comercial: El ciudadano armado organizado en milicias, con el derecho de poseer armas para defender su libertad y, por otra parte, la que utilizaba el lenguaje del republicanismo cívico que abogaba por la creación de un ejército profesional formado por ciudadanos bien instruidos y educados en el Arte Militar, virtuosos y eficaces, como único medio para garantizar la libertad (Castro L. , 1998; Pocock, 1987).

Cuando, en 1792, el Comité de Salud Pública francés se vio amenazado por los ejércitos de la primera coalición europea, hubo pocas oportunidades para experimentar con doctrinas militares formales. Los ejércitos de la revolución, reclutados mediante el expediente de la "Levé en Masse", se vieron precisados a combinar el profesionalismo del antiguo régimen, basado en las reformas de 1775 y 1791, llevadas a cabo de conformidad con las teorías de Guibert y Bourcet (Bourcet, 1888)[3], con el entusiasmo de la nación en armas. Mediante este expediente revolucionario, los mandos del nuevo ejército, con Lazare Carnot a la cabeza, introdujeron el concepto roussoniano de hombre natural en las filas del ejército con el fin de luchar mejor por la libertad. De esta forma, la combinación de tiradores emboscados, a la manera yanqui, y gruesas columnas de ataque a la bayoneta, a la manera tradicional francesa, se convertirían en la forma normal de luchar (Howard, 1983).

De conformidad con esa concepción, el Comité de Salud Pública adoptaría y repartiría como textos militares de carácter obligatorio para los generales de la república, dos obras que se constituirían a la postre, como la base teórica-militar del ejército revolucionario hasta el advenimiento del Consulado: El Essai General de Tactique de Guibert y las Mémoires Militaires de Henry Lloyd (Reinhard, 1950).

---

3 En dicha obra, y basándose en el concepto neoclásico de legión preconizado por Maurice de Saxe, Bourcet introducirá el concepto de división, concebida como una fracción (de allí su nombre) del ejército compuesta por todas las armas (infantería, caballería, tropas ligeras, artillería e ingeniería) con capacidad de abastecerse y combatir independientemente.

mayores exponentes de esta concepción "nacional" serian el inglés Henry Lloyd (Lloyd, 1766; 1813) y el teórico francés Jacques de Guibert (Guibert, 1770; 1772; 1778), quienes se convertirían así en referentes teóricos indispensables de la época (Charney, 1977).

Además de lo ya mencionado, esta tendencia teórica agregaba otro argumento: las formas de gobierno, tomadas de la clasificación dada por Montesquieu, influían determinantemente en las operaciones militares (Montesquieu, 1950). Se pensaba de estas formas de gobierno, que ellas conferían a los habitantes de determinado país virtudes y pasiones que dejaban su impronta en la constitución militar de ese Estado y en el desempeño de sus ejércitos.

Esta argumentación, que enlazaba la política, con la moral y la guerra, constituiría la primera manifestación teórica de un desarrollo del pensamiento militar que culminaría con la obra cumbre de Clausewitz (Clausewitz, 2000).

Entre 1775 y 1778 se producirían en el nuevo mundo los acontecimientos que condujeron a la independencia de los Estados Unidos de América. Desde el punto de vista "clásico" de la teoría política, la experiencia norteamericana desafiaba al paradigma político de Montesquieu. Para el Barón de la Bréde, la seguridad de una república dependía directamente de su extensión. Es decir, las libertades públicas solo podían sobrevivir en las pequeñas repúblicas (Montesquieu, 1950). Para hacer frente a las amenazas que atentaban en contra de su existencia, existía el recurso de la confederación en otras repúblicas o la alianza con otros Estados que pudiesen garantizar su seguridad (García-Pelayo, 1993).

Los teóricos políticos yanquis, en especial, Hamilton, Madison y Jay, habían desafiado con fuerzas de tales argumentos recurriendo al expediente teórico del federalismo, el cual más allá de sus atractivos morales y teóricos, hablase revelado un medio de carácter militar muy eficaz (Hamilton y otros, 1992). La prontitud del auxilio y la eficaz coordinación de la ayuda militar entre los estados federales habían contribuido de manera determinante a las victorias de Yorktown y Saratoga.

Desde el punto de vista exclusivamente militar también se había producido otro acontecimiento extraordinario. Las milicias de ciudadanos libres, utilizando técnicas de cacería en vez del muy tecnificado arte militar de la época, le propinaron severas derrotas al ejército regular inglés. Tal hecho significaba la confirmación de la superioridad del ejército de ciudadanos sobre el ejército profesional; el triunfo del arte militar de la libertad sobre el arte militar de la monarquía y el despotismo

(Falcón, 2002). La discusión sobre el particular precedía en varios lustros la experiencia norteamericana. En Francia, Rousseau, Montesquieu y Diderot la habían planteado en sus obras. En Inglaterra, Ferguson y Adam Smith también habían abogado por esta solución.

Así, para 1792, año de inicio de las luchas de la Revolución Francesa en Europa, dos escuelas de pensamiento denominaban el panorama intelectual en el campo militar. Por una parte, la que expresaba el lenguaje político de la sociedad comercial: El ciudadano armado organizado en milicias, con el derecho de poseer armas para defender su libertad y, por otra parte, la que utilizaba el lenguaje del republicanismo cívico que abogaba por la creación de un ejército profesional formado por ciudadanos bien instruidos y educados en el Arte Militar, virtuosos y eficaces, como único medio para garantizar la libertad (Castro L. , 1998; Pocock, 1987).

Cuando, en 1792, el Comité de Salud Pública francés se vio amenazado por los ejércitos de la primera coalición europea, hubo pocas oportunidades para experimentar con doctrinas militares formales. Los ejércitos de la revolución, reclutados mediante el expediente de la "Levé en Masse", se vieron precisados a combinar el profesionalismo del antiguo régimen, basado en las reformas de 1775 y 1791, llevadas a cabo de conformidad con las teorías de Guibert y Bourcet (Bourcet, 1888)[3], con el entusiasmo de la nación en armas. Mediante este expediente revolucionario, los mandos del nuevo ejército, con Lazare Carnot a la cabeza, introdujeron el concepto roussoniano de hombre natural en las filas del ejército con el fin de luchar mejor por la libertad. De esta forma, la combinación de tiradores emboscados, a la manera yanqui, y gruesas columnas de ataque a la bayoneta, a la manera tradicional francesa, se convertirían en la forma normal de luchar (Howard, 1983).

De conformidad con esa concepción, el Comité de Salud Pública adoptaría y repartiría como textos militares de carácter obligatorio para los generales de la república, dos obras que se constituirían a la postre, como la base teórica-militar del ejército revolucionario hasta el advenimiento del Consulado: El Essai General de Tactique de Guibert y las Mémoires Militaires de Henry Lloyd (Reinhard, 1950).

3 En dicha obra, y basándose en el concepto neoclásico de legión preconizado por Maurice de Saxe, Bourcet introducirá el concepto de división, concebida como una fracción (de allí su nombre) del ejército compuesta por todas las armas (infantería, caballería, tropas ligeras, artillería e ingeniería) con capacidad de abastecerse y combatir independientemente.

El resonante cúmulo de victorias francesas, entre 1792 y 1808, llamaron poderosamente la atención de los teóricos militares del periodo. ¿A qué se debían tales victorias? ¿Cómo explicar que el sistema militar de Federico II y sus variantes, predominantes hasta entonces en los campos de batalla de Europa, fuesen ignominiosamente derrotados? ¿Cómo entender que guerreros de prestigio como ya fueron los generales prusianos, y aún teóricos militares encumbrados como Mack y el Archiduque Carlos de Lorena (Karl, 1818) fueran apabullados y desconcertados por un humilde y desconocido militar ítalo-corso perteneciente, por añadidura, a una rama técnica del ejército?

Eran estas las preguntas de los que dominaban el ambiente intelectual militar de la época: como resultado comprensible esas interrogantes dieron lugar a una abundante cantidad de proyectos de explicación. Para algunos, la respuesta estribaba en el genio guerrero de Napoleón Bonaparte (Anónimo, 1804); para otros (Burke, 1806), el problema podía reducirse a una relación entre la teoría de la libertad y la conformación del ejército francés (Anónimo, 1805).

Finalmente, para la gran mayoría de los teóricos, la respuesta debía provenir de las fuentes intelectuales de la educación militar de Napoleón. Su manera de operar era la de Federico II; la instrucción y movilidad de su ejército eran las preconizadas por Guibert, y su léxico militar se basaba en el propuesto por Henry Lloyd. Las obras de Pierron (1900) y Liddell-Hart (1932) detallan la discusión en torno a este problema en dicha época. Además, una sólida formación matemática le permitió sobreponer la razón al dogma, el método a la rutina, y la ciencia al prejuicio. Allí, pues, era donde debían hallarse las explicaciones convenientes.

Este era el ambiente intelectual militar que serviría como marco contextual o telón de fondo a la formación del cadete de la Compañía de Húsares Nobles de Fernando VII, Antonio José de Sucre y Alcalá para comienzos de 1808.

Sabemos, por el primero y más famoso de sus biógrafos, que, en 1808, Antonio José de Sucre principió sus estudios de matemáticas para seguir la carrera de Ingenieros (Bolívar, 1950). Sabemos también, que, para comienzos del siglo XIX, la ingeniería era una especialidad exclusiva del arte militar, si bien con algunas aplicaciones en materia de ornato y obras civiles. Destinado entonces Sucre a la carrera de las armas, bien por vocación o tradición familiar, el futuro héroe cumanés lo hará a través de una rama técnica del ejército, la de los llamados "Oficiales Facultativos", por este nombre se conocían en la época aquellos oficiales

que no ingresaban en los regimientos o batallones a servir como cadetes, sino que eran objeto de una comparativamente rigurosa formación académica en el área de la ingeniería y la artillería.

Más allá de la formación en álgebra, matemáticas, trigonometría plana y esférica, balística, elementos de artillería y la fortificación regular, irregular y de campaña, materias que, junto a la lectura y aprendizaje de las ordenanzas, constituían la base para quienes se iniciaban en el ramo de la ingeniería militar. Sobre los estudios en las academias para la formación de Ingenieros existe abundante bibliografía. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que, para la época, academia significaba, tanto clases particulares en lugar ad hoc, como la moderna acepción que le relaciona con una Institución y su respectiva planta física (Diccionario de Autoridades, 1752; García Villasmil, 1971). Interesa saber aquí, cual fue el primer contacto del cadete Antonio José de Sucre con el pensamiento estratégico de la época (Romero, 1994; González, 1983).

Análisis de la formación del pensamiento militar y la acción estratégica del gran mariscal de Ayacucho.

Desde 1762 se habían escrito en Caracas textos militares para la enseñanza de la ingeniería. Algunos de ellos, resúmenes de las obras clásicas en boga para la época, otros, un poco más elaborados, extraían de tales obras preceptos básicos para la formación de los cadetes. Entre estos últimos se encuentran los textos de fortificación regular y de campaña, producidos por Nicolás de Castro hacia 1762 (Castro N, 1950). Dichos textos, que seguían el patrón didáctico para la formación de ingenieros de combate, contenían una muy actualizada información sobre el estado del ate en materia de ingeniería militar y la resolución de problemas tácticos en esa rama del arte de la guerra.

Frecuentes citas de Vauban (1737; 1771), Folard (1727-1730, Federico II, Santa Cruz (1984), Mauricio de Sajonia y Feuquieres (Earle, 1952), no sólo indican la actualización que dicho texto tenía, sino señalan también el contacto frecuente que la oficialidad de la época tenía con dichas obras militares Así, el primer contacto de Antonio José de Sucre con el pensamiento estratégico del periodo es a través de la tradición clásica, tradición que perduraba aun a principios del siglo XIX, coexistiendo con la línea renovadora, representada por los ya citados escritos de Guibert, Lloyd y Carnot.

Por otra parte, la primera época de la vida militar de Sucre está

profundamente signada por su condición de oficial facultativo. De oficial de milicias regladas de infantería en julio de 1810, regresará al arma de ingenieros un año más tarde como comandante de ingenieros de la Isla de Margarita (Fundación Vicente Lecuna, 1973). De allí, comandante de artillería en Barcelona hasta la caída de la Primera República, y comandante de un batallón de zapadores (ingeniería de combate) al inicio de la Campaña Libertadora de Oriente en 1813 (Bencomo, 1981). Tales cargos, más allá de su importancia en la biografía del personaje, sugieren la adscripción de Sucre a la ejecución de tareas y lecturas propias de su formación de Ingeniero. De nuevo, los manuales preparados por Nicolás de Castro, Vauban, Federico II y, tal vez, el Tratado de Carnot sobre Defensa de Plazas (Carnot, 1810), serían las herramientas básicas para el desempeño de su oficio y las lecturas con las que pudo estar más familiarizado en esos años.

A partir de 1814 hasta 1819, la carrera militar de Sucre se desarrollará en el área de asesoría técnica, conocida genéricamente con el nombre de estado mayor. Ayudante del general Mariño y luego mayor general del general Bermúdez en 1814, En el Archivo de Sucre, (Fundación Vicente Lecuna, 1973, p. 542), se denomina a Sucre jefe de Estado Mayor de la División de Bermúdez, basados en los estudios de Vicente Lecuna. A nuestro juicio, dicha información es errónea. Hasta 1817 no existían jefes de estado mayor divisionario en el Ejército Republicano. Existía, basándose en la vieja organización española, la figura del mayor general, con funciones análogas a las del jefe de estado mayor. Dichos cargos fueron eliminados en octubre de 1817 al crearse el Estado Mayor General Libertador. Nombrado de nuevo mayor general por el general en jefe Mariño hacia 1817, con una breve pasantía como comandante del batallón Bajo Orinoco, especializado en defensa de fortalezas; gobernador de Plaza Fuerte en Guayana La Vieja y jefe de estado mayor de la División de Cumaná. Todos estos cargos familiarizarán a Sucre con la planificación y conducción de operaciones de combate. La impronta de los jefes bajo los cuales sirvió, el estilo táctico inglés de Mariño, el tradicional español de Bermúdez, y el neoclásico-revolucionario de Bolívar, aunado a la libertad de pensamiento de su genio, la capacidad de análisis de su profesión de ingeniero militar y los conocimientos técnicos de un oficial de estado mayor, le servirían de escuela a Sucre en el duro aprendizaje del comando de unidades. De esa época, familiarizó por ser ello un obligado recurso de su cultura, el conocimiento de las obras del barón de Thiebault, en especial el Manual de Ayudantes Generales, texto imprescindible para el desempeño de sus funciones (Thiebault, 1815).

Tal vez por este mismo tiempo, y debido a la influencia de Mariño y Bolívar, haya comenzado Sucre la lectura de las obras militares modernas como las de Lloyd

y Guibert, sin que podamos asegurarlo con certeza, aunque para 1822 tenemos evidencia de que ya las conocía bien.

La última etapa de la carrera de Sucre, el generalato, nos presenta un comandante divisionario primero y luego de ejército en operaciones. Para ese momento posee un profundo conocimiento teórico del arte militar, afiliándose a la tradición clásica de mediados del siglo XVIII, cuyos mayores exponentes serían Federico II y Mauricio de Sajonia. Poco se conoce de las lecturas militares de Sucre durante este período, pero algo es susceptible de reconstrucción si se recurre a los métodos de la Historia Intelectual. Me refiero, por supuesto, a la Escuela de la New History, que desde Cambridge y a través de los trabajos de Quentin Skinner (Tully, 1988), J. A. Pocock (1979) y John Dunn, preconiza la reconstrucción del contexto histórico en atención a la recuperación de las intenciones de los autores en el plano lingüístico (Rorty, 1989). En nuestro país esta Escuela, cuyos mayores representantes son los profesores Luis Castro Leiva (1991; 1995) y Diego B. Urbaneja (1978), ha logrado no pocos avances en la reconstrucción de época y planteado una nueva forma de historiar las ideas en Venezuela. En efecto, en enero de 1824, El Libertador, al ordenar ciertas disposiciones tácticas para la campaña del Perú, cita una frase de Guibert: "El secreto de la Táctica está en los pies".

Más tarde, en noviembre del mismo año, y en atención a particularidades similares, el problema de la velocidad en las marchas, Bolívar citará en su apoyo una frase de Mauricio de Saxe. ¿Qué significa esto para nuestro estudio? Significa, simplemente, que para que los escritos de Bolívar fueran perfectamente comprendidos por su receptor o destinatario, en este caso el general Sucre, éste debía conocer el contexto de la comunicación. En otras palabras, Bolívar no citaría dos autores reconocidos del arte militar si éstos no fueran conocidos, al menos con bastante profundidad, por Sucre, ya que de lo contrario dichas citas carecerían de objeto (Bolívar, 1983a). Pero hay más, en carta de Sucre para Bolívar del 24 de octubre de 1824, el futuro vencedor de Ayacucho describirá su posición citando exactamente uno de los principios de dispersión táctica enunciado por Federico II en su obra Instructions Militaires de Frederic II pour Sous Generaux. Aunque no cita la fuente, cosa corriente en el siglo XVIII y principios del XIX, la cita textual se corresponde con la intención lingüística de Sucre, esto es, la de indicar a Bolívar que se había ceñido estrictamente a principios del arte militar (Bolívar, 1983b). En relación con esta correspondencia, se ha sostenido hasta hoy la tesis de Vicente Lecuna en el sentido de haber enunciado Sucre dicho principio (textualmente) de la "Naturaleza de las Cosas", ya que sólo en 1828 adquiriría Sucre las obras de Federico II en Buenos Aires (Lecuna, 1983). El que Sucre hubiera adquirido esa

obra en esa fecha, no quiere decir que no haya estado profundamente familiarizado con ella, tal y como se ha demostrado en el desarrollo del presente trabajo. Por otra parte, (dado que desconocemos qué entendía por "Naturaleza de las Cosas" el doctor Lecuna), resulta muy difícil citar de memoria un texto que nunca se ha leído, aunque se trate de una figura como Sucre (Lecuna, 1983).

De estas consideraciones podemos extraer el conocimiento familiar que Antonio José de Sucre poseía del arte militar de mediados del siglo XVIII, concepción a la que se adscribirá tanto en el pensamiento como en la acción. Cuando se analiza la actuación militar de Sucre en el campo operacional se descubre el corpus de su formación intelectual militar de conformidad con las acciones estratégicas y tácticas realizadas.

Así, en la acción de Yaguachi (1821), el dominio del río por parte de Sucre, para establecer en su línea de comunicaciones nos remite a las Instructions de Federico II, donde el Rey de Prusia indica tal precepto, como base para el mantenimiento de las líneas de abastecimiento propias en ausencia de carreteras. El combate de Ambato, en ese mismo año, y la única derrota de Sucre como general, nos lo presenta con un uso de las fortificaciones de campaña a la manera de los clásicos del XVIII: Vauban y Feuquieres.

En 1822 se repetirá el esquema. La batalla de Pichincha es un ejemplo del adecuado uso de la columna de ataque y su despliegue en una batalla de encuentro a la manera de los grandes conductores de tropas del siglo de la Ilustración: Montecuccoli, Turenne y Puysegur. Pero será en la campaña de Pasto, el 5 de diciembre de 1822, donde podrá encontrarse el mayor reflejo de las enseñanzas del siglo XVIII en la manera de operar de Sucre (Pérez Tenreiro, 1989).

Situados los rebeldes de Pasto en las orillas del Guaitara, cortaron éstos los puentes y pasarelas del río y colocándose a la defensiva con el fin de evitar el paso de las tropas republicanas. Sucre ordena el avance de la caballería y los bagajes de la tropa, manda a tirar sobre el curso de agua puentes previamente construidos y ordena el avance de la 2ª y 5ª compañías del batallón "Rifles" bajo el fuego enemigo. Esto fue realizado con celeridad y orden, ocupando en estas tropas los reductos enemigos que protegían los flancos de la posición. Detrás cruzó el resto del batallón con el tiempo suficiente para rechazar la fuerza enemiga que defendía la altura que domina el paso. Oigamos entonces a Feuquieres: "Todo el bagaje debe haber salido antes que el Ejército. La caballería debe preceder a la Infantería, la Primera Infantería que pase el río, debe apostarse en los reductos que han de proteger los flancos del avance del Ejército..." (Feuquières, p.111).

¡La enseñanza clásica militar francesa, del Siglo XVIII en el corazón de las montañas de Colombia!

La campaña de 1824 nos presenta la faceta más interesante de las guerras de Colombia, y permite dilucidar interrogantes sobre la forma de conducción militar del héroe de Ayacucho. No pretende este trabajo hacer análisis de campañas y batallas, sino reflejar la teoría militar en el pensamiento estratégico de Sucre. Existen excelentes obras descriptivas, al alcance de todo público, véase, por su seriedad y concreción las obras de Bulnes (1919), Dellepiane (1941), Lecuna (1983) y Rivas Vicuña (1948-1956).

En efecto, al margen de las consideraciones épicas de la gesta del sur, la campaña de Ayacucho presenta la contraposición entre el estilo de Sucre, propio de mediados del XVIII, como ya hemos dicho, con el estilo moderno, guibertiano y prenapoleónico de La Serna y Jerónimo Valdez, sus esforzados y muy militarmente capaces adversarios.

A la dispersión organizada, poder de fuego, disciplina táctica y velocidad de movimiento de las tropas españolas, el general Antonio José de Sucre opondrá reconocimientos previos con levantamientos cartográficos de la zona de operaciones, preubicación de depósitos de municiones y abastecimientos, uso de marchas y contramarchas y uso de la maniobra y el terreno para forzar al adversario a dar batalla en condiciones desfavorables.

En efecto, colocadas las tropas de la Serna en posición central (característica muy moderna para la época), éste decide emprender la ofensiva sobre las líneas de comunicaciones republicanas a fin de cortarlas e imponer a Sucre, mediante una maniobra sobre su retaguardia, una batalla en condiciones de inferioridad táctica y logística.

Sucre, de conformidad con su pensamiento estratégico, se decide por la espera, ocupa entonces posiciones sobre las dos orillas del Apurímac, y domina así el curso de agua. Emprende desde allí una serie de reconocimientos para conocer las rutas de avance del enemigo. Procede a un repliegue sobre el río Pachachaca, disponiendo su ejército en dispersión de vista (unos 5 kilómetros) y apoya una de sus alas sobre el río, maniobra clásica del siglo XVIII.

Las marchas y contramarchas de Sucre desconciertan a un rival que, imbuido de las teorías modernas de conducción militar, no sabe cómo hacerle frente a un

jefe que marcha con todas sus fuerzas reunidas, lo que le impide que le puedan ser tomadas a este sus líneas de comunicaciones.

Así, habiendo fracasado las intenciones de La Serna, éste intentará por todos los medios, llevar a Sucre a presentar batalla. El general republicano, utilizará una serie de fintas tácticas haciendo creer a los realistas que acepta el combate hasta que finalmente, escogiendo la pampa de la Quinua como terreno más favorable, ofrecerá batalla en Ayacucho, donde su "golpe de vista" táctico, el uso adecuado del terreno y el oportuno empleo de las reservas destruirán al mejor y más capacitado ejército que haya tenido la corona española en tierras americanas.

Conclusiones

Sucre, el menos "moderno" de los generales en jefe de la Independencia desde 1813, reúne una formación profesional muy completa con muy profundos conocimientos militares. Esa característica, existente también en Napoleón, quien, al igual que el héroe cumanés, procedía de una rama técnica, conferirá al vencedor de Ayacucho la libertad de pensamiento necesaria para adaptar su cultura estratégica propia del Siglo XVIII a las peculiaridades de la guerra en América y a la forma de operar de sus adversarios.

"Baraja Marcada", entonces, más que una metáfora estilística, señala en conocimiento profundo del sangriento juego de la guerra, de los hombres que la hacen y de sus circunstancias...

Sucre es ciertamente, el más eficiente conductor de tropas de la guerra de independencia y para muchos, el mejor general que haya producido América. Su gloria militar, quizás subestimada un poco por los sangrientos conflictos europeos posteriores, crece cada día, como las frases de Choquehuanca para otro gran general... como crece la sombra cuando el sol declina...

Referencias

Anónimo. (1804). Observations sur l'armée française de 1792 à 1808. St. Petersburgo, Rusia

Anónimo. (1805). El sistema militar de Napoleón. Madrid, España

Bencomo, H. (1981). Los grados militares del Libertador y del Gran Mariscal de Ayacucho. Ministerio de la Defensa. Caracas, Venezuela

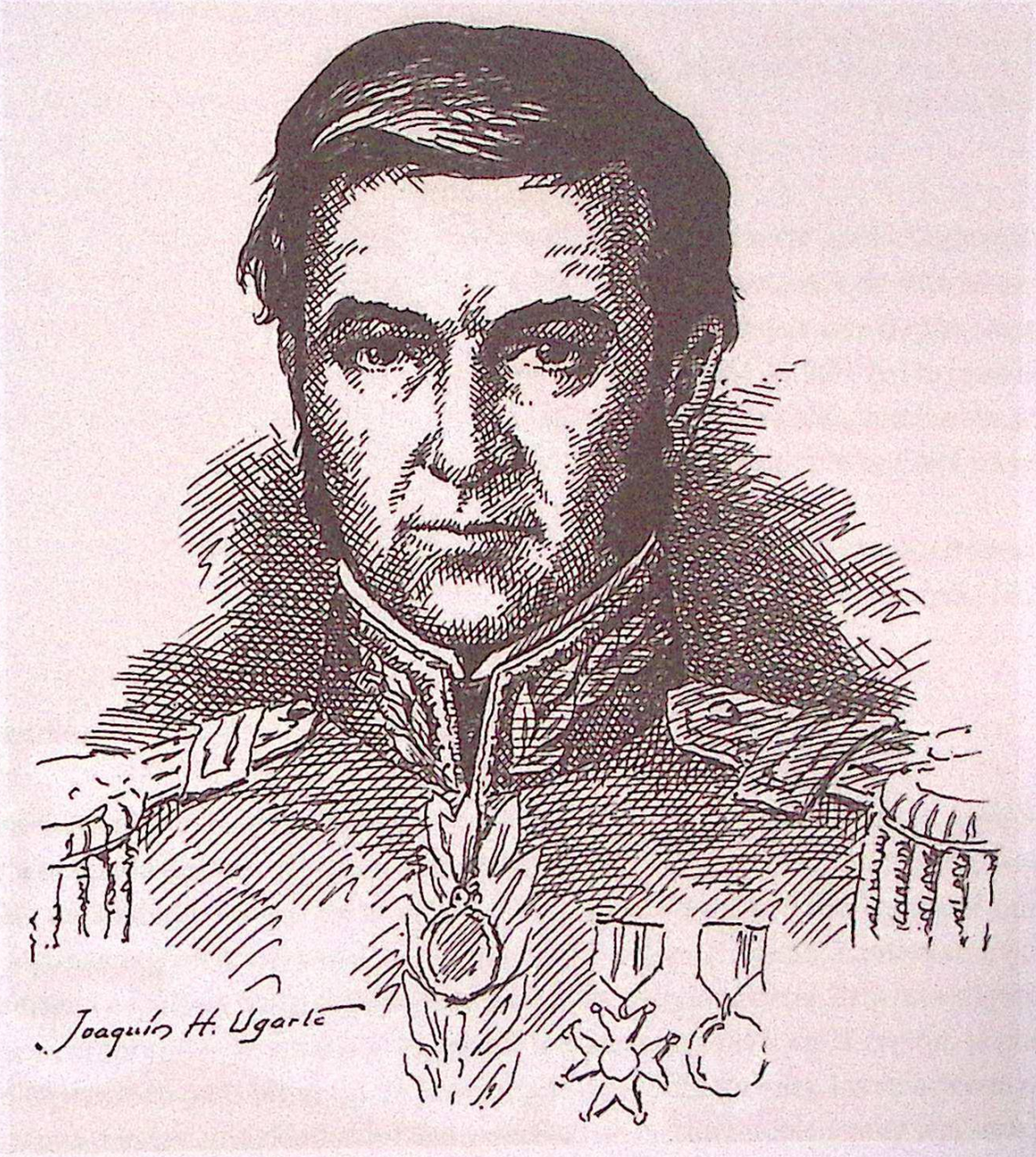
Bolívar, S. (1983a). Correspondencia Bolívar-Sucre, Sucre-Bolívar (Tomo I, pp. 51, 90). Edición de la Presidencia de la República. Caracas, Venezuela
Bolívar, S. (1983b). Correspondencia Bolívar-Sucre, Sucre-Bolívar (Tomo II, p. 27). Edición de la Presidencia de la República. Caracas, Venezuela
Bolívar, S. (1950). Resumen sucinto de la vida del General Sucre. Archivo del Libertador Secc. O'Leary (Tomo I, Folios 1-9). Caracas, Venezuela
Bourcet, J. (1888). Principes de la guerre de montagnes. Imprimerie Nationale.
Bulnes, G. (1919). Bolívar en el Perú. Ed. América. Santiago, Chile
Burke, W. (1806). The war in 1805. London, UK
Bussy, B. d. (1757). Le milice des grecs et ses tactiques (Vols. 1-2). D'elien.
Carnot, L. (1810). Defense des places fortes. Coursier. France
Castro Leiva, L. (1991). De la patria boba a la teología política bolivariana. Editorial Monte Ávila. Caracas, Venezuela
Castro Leiva, L. (1995). Intenciones y efectos de la acción lingüística en Video Fórum N° 9. Caracas, Venezuela
Castro Leiva, L. (1997). Insinuaciones deshonestas. Editorial Monte Ávila. Caracas, Venezuela
Castro Leiva, L. (1998). Las suertes de la virtud en la República. Fundación Manuel García Pelayo. Caracas, Venezuela
Castro, N. (1950). Fortificación regular. Imprenta Nacional. Caracas, Venezuela
Charney, J. (. (1977). Strategiques (Colección Classique). L'Herne.
Clausewitz, K. (2000). De la guerra. Ministerio de Defensa Español. Madrid, España
Commentaires a la Histoire de Polybe (Edición perteneciente a la Universidad de Caracas). (s,f). Biblioteca Nacional de Venezuela.
Crisée, T. d. (1790). Commentaires à Las Mémoires de Montecuccoli. París.
D'Alembert, J. (1983). Discurso preliminar de la enciclopedia. Orbis.
Dellepiane, C. (1941). Historia militar del Perú. Buenos Aires.
Diccionario de Autoridades. (1752). Madrid.
Duffy, C. (1974). The army of Frederick the Great. Routledge, Keegan and Paul.
Earle, E. (. (1952). Creadores de la estrategia moderna. Ediciones del Centro Militar de Uruguay.
Falcón, F. (1994). La política militar de Carlos III y su impacto en el proceso de independencia de Venezuela. Revista Nuevo Mundo, USB , Jul-Dic.
Falcón, F. (2006). El Cadete de los Valles de Aragua: Guerra y violencia política en el pensamiento de Simón Bolívar.UCV.
Feuquéries, A. (1749). Mémoires sur la guerre. París.
Folard, C. (1724). Nouvelles découvertes sur la guerre dans une dissertation de Polybe. París.
Folard, C. (1727-1730). Histoire de Polybe... avec un commentaire. París.

Fundación Vicente Lecuna. (1973). Archivo de Sucre (Tomo I, pp. 539-542). Banco de Venezuela.
García Villasmil, M. (1971). Origen y evolución de la Escuela Militar de Venezuela. Caracas.
García-Pelayo, M. (1993). Derecho constitucional comparado (Tomo I). Fundación García-Pelayo.
González, R. (1983). Sucre. Edime.
Grases, P., & Pérez, M. (1963). Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX (Tomo VIII). Presidencia de la República de Venezuela.
Guibert, J. (1770). L'état actual de la politique et la science militaire en Europe. Londres.
Guibert, J. (1772). Essai général de tactique. París.
Guibert, J. (1778). Defense du système de guerre moderne. París.
Hamilton, A., Madison, J., & Jay, J. (1992). The Federalist (nº 5, 6, 8, 11, y 12). Fondo de Cultura Económica.
Howard, M. (1983). La guerra en la historia europea. Fondo de Cultura Económica.
Karl, A. d. (1818). Estrategia (Edición francesa).
Lecuna, V. (1983). Bolívar y el arte militar. Edición de la Presidencia de la República. Caracas, Venezuela
Lecuna, V. (1983). Crónica razonada de las guerras de Bolívar. Edición de la Presidencia de la República. Caracas, Venezuela
Liddell-Hart, B. (1932). The ghost of Napoleón. Trinity College. UK
Lloyd, H. (1766). History of the late war in Germany. Londres, UK
Lloyd, H. (1813). Filosofía de la guerra (Traducción española de la segunda parte). Cádiz, España
Luvaas, J. (1975). Frederick the Great. New York, USA
Lynch, J. (1990). Historia de España (siglo XVIII). Crítica. Madrid, España
Mesnil-Durand, D. (1775). Project d'un ordre francaise en tactique. París, Francia
Miranda, F. (1983). Colombeia. Presidencia de la República.
Montecuccoli, R. (1808). Opere complete. Ugo Foscolo.
Montecuccoli, R. (1988). Aforismi dell'arte bellica (Ed. R. Luragui). Laterza.
Montesquieu, C. (1950). L'esprit des lois. La Pléiade. France
Napoleón. (1872). Precis de las guerres du Frederic. Hachette. France
Paret, P. (1989). Makers of modern strategy. Oxford University Press. UK
Pérez Tenreiro, T. (1989). Los generales en jefe de la independencia. Academia Nacional de la Historia.
_____ (1991). Para elogio y memoria. Academia Nacional de la Historia. Caracas, Venezuela
Pierron, J. (1900). Comment s'est formé le génie militaire de Napoleón. París.

Pocock, J. G. (1979). The state of art, in politics, virtue and commerce. Cambridge University Press.UK
Pocock, J. G. (1987). The Machiavellian moment. Princeton University Press. USA
Reinhard, M. (1950). Le Gran Carnot (Vol. II, pp. 100-108). Presse Universitaire de France.
Rivas, F. (1948-1956). Las guerras de Bolívar. Santiago de Chile, Chile
Romero, S. (1994). Sucre. Ministerio de la Defensa. Caracas, Venezuela
Rorty, R. (1989). Philosophy and history. Cambridge University Press, UK
Santa Cruz, M. (1984). Reflexiones militares (Reedición). Comisión Española de Historia Militar.
Saxe, M. (1757). Mon reveries. Zachry. Francia
Stein, P. (1966). Regulae iuris. Edimburgo, Escocia
Thiebault, B. (1815). Manual de ayudantes generales. Bogotá, Colombia
Tully, R. (1988). Quentin Skinner and his critics. Cambridge University Press. UK
Urbaneja, D. (1978). Consideraciones metodológicas en la historia de las ideas políticas. Politeia N° 5. Revista del Pensamiento Político. UCV. Caracas, Venezuela
Vauban, S. d. (1737). Traité de l'attaque et la défense des places suiví d'un traité de mines. La Haya, Paises Bajos

Fernando Falcón Veloz

- Arma de infantería. Oficial de Estado Mayor.
- Doctor en Ciencias Políticas.
- Miembro de las Academias de la Historia de los estados Carabobo y Zulia.
- Director de Doctorado en Ciencias Políticas de la Universidad Central de Venezuela y jefe del Departamento de Teoría Política de la Escuela de Estudios Políticos de la misma Universidad.
- Director del Proyecto Iberconceptos, capítulo Venezuela.
- Autor de 6 libros y 45 artículos en las áreas de Historia Intelectual, Historia de las Ideas e Historia Militar, entre los que destacan José Antonio Anzoátegui (1997), Manuel Carlos Piar (1998), ¿Qué es el terrorismo? (2003) El Cadete de los Valles de Aragua (2006), La Campaña Libertadora de 1816(2018), Machurucuto 1967(2022) y Materiales para el estudio de la toma de Puerto Cabello 1823(2023)



General Jacinto Lara

Grabado
Joaquín H. Ugarte
Sesquicentenario de la batalla de Ayacucho, 9 de diciembre de 1824

EL COSTO DE LA INDEPENDENCIA. EL EJÉRCITO BOLIVARIANO EN AREQUIPA, 1825-1827

Mg. Víctor Condori Condori
Universidad Nacional de San Agustín.
República del Perú

Sólo la división del General Lara compuesta de 4.000 hombres gasta más de 40.000 pesos mensuales, mientras que este Departamento (Arequipa) sólo produce 25.000. Así es, que ni la división se pagará completamente, ni la administración del Departamento recibirá un real.

Carta del secretario de Simón Bolívar al ministro de Guerra (1825)

Resumen

Inmediatamente después del triunfo patriota en la batalla de Ayacucho, Arequipa sería ocupada durante dos años por una división del ejército colombiano de varios miles de soldados, como parte de la política de consolidación del nuevo régimen en algunas regiones del sur del Perú, las mismas que se habían mantenido bajo la soberanía española hasta el final de la guerra de Independencia. Esta investigación busca comprender la situación de dicho ejército extranjero en la región, el costo que representó para las arcas de la tesorería local y finalmente, las relaciones que mantuvo con las autoridades locales y vecinos de la "muy noble y muy leal" ciudad de Arequipa.

Palabras clave: Independencia - Ejército colombiano – Tesorería - Gobierno republicano - Departamento de Arequipa.

Abstract

Immediately after the patriotic victory in the Battle of Ayacucho, the region of Arequipa would be occupied for two years by a division of the Colombian army made up of several thousand soldiers, as part of the new regime's policy of consolidation in some regions of southern Peru, the same ones that had remained under Spanish sovereignty until the end of the War of Independence. This research seeks to understand the situation of said foreign army in the region, the cost it represented for the local treasury and lastly, the relations it maintained with the local authorities and neighbors of the "very noble and very loyal" city of Arequipa.

Keywords: Independence - Colombian Army - Treasury - Republican Government - Region of Arequipa.

Introducción

Luego de la derrota del ejército realista en la batalla de Ayacucho y firmada la respectiva capitulación, el general Antonio José de Sucre por encargo del Libertador Simón Bolívar, el día 12 de diciembre nombró como prefecto del departamento de Arequipa, aunque con carácter interino, al coronel Francisco de Paula Otero, jujeño de nacimiento, vecino de Tarma y líder de las guerrillas del centro; con el objetivo, de tomar posesión de la antigua intendencia en nombre del nuevo estado republicano. Asimismo, debía buscar imponer los principales acuerdos consagrados en la referida capitulación, tanto a las autoridades del fenecido régimen español como, entre su fidelísima población; y de manera complementaria, obtener toda clase de recursos -materiales, animales y monetarios-, necesarios para el mantenimiento de un ejército de aproximadamente 5.000 soldados. Lamentablemente, el desconocimiento inicial de los sucesos ocurridos en Ayacucho y, sobre todo, del contenido de aquel acuerdo de paz por parte no solo de las autoridades realistas sino también, de algunos jefes militares destacados en las provincias del interior, dificultaron el arribo de la primera autoridad política y su comitiva a la ciudad de Arequipa. Frente a tal situación y a fin de aplacar cualquier resistencia militar promovida por estos grupos disidentes, el alto mando patriota ordenó la salida desde el Cuzco a fines del mes de diciembre, de la primera división del ejército colombiano -unos 3.500 soldados-, al mando del general venezolano Juan Jacinto Lara (1778-1858). Al final, no hubo necesidad de emplear tamaña fuerza, pues, luego de conocerse los términos de la indicada capitulación, las propias autoridades políticas y militares de la localidad, dejando de lado sus actitudes intransigentes, se comprometieron a allanar el camino para la llegada del prefecto Otero quien, el día 12 de enero de 1825, haría su ingreso por las principales calles de la ciudad y en medio de la algarabía de sus habitantes. Una semana después, se hizo presente la citada división colombiana.

Superados algunos inconvenientes, propios de aquellos tiempos de desorden e incertidumbre, generados por el fin del antiguo régimen colonial y el establecimiento del nuevo orden republicano, finalmente se juró la independencia en la ciudad el día 6 de febrero de 1825 y en los días y semanas siguientes, en el resto de provincias, pueblos y caseríos del extenso departamento, que abarcaba durante aquella época, los actuales departamentos de Arequipa, Moquegua y Tacna, así como, las provincias de Arica y Tarapacá, pertenecientes hoy a la república chilena. De otro lado, en vista que Arequipa fue una de las últimas regiones en aceptar la Independencia y muy probablemente, la que mayor renuencia tuvo en aceptarla durante los años previos, las autoridades patriotas tomaron la decisión de

mantener la división colombiana en la localidad, con todos sus efectivos; situación que habría de prolongarse por los próximos dos años, vale decir, hasta la expulsión definitiva de las tropas colombianas del Perú, en enero de 1827. En ese sentido, el presente trabajo de investigación busca conocer y comprender la situación de dicho ejército extranjero en la región, el costo que representó para las arcas de la tesorería local su financiamiento y manutención, y finalmente, las relaciones que mantuvo durante aquellos dos años con las autoridades locales y vecinos de la ciudad de Arequipa, "la muy noble y muy leal".

El costo del ejército colombiano

Respecto al número de tropas extranjeras destacadas en el Perú, en una carta escrita en mayo de 1825 al vicepresidente de la Gran Colombia, Francisco de Paula Santander, el Libertador Simón Bolívar le manifestaba que, en la ciudad de Arequipa había unos 3.000 soldados y cerca de 1.500 en la capital Lima, de los cuales una cuarta parte estuvo conformada por prisioneros tomados en la batalla de Ayacucho, por tal motivo señalaba que, "apenas nos quedan cinco o seis mil verdaderos colombianos" (Bolívar, 1950, II, p. 146). Ello, a raíz de varios acuerdos firmados entre el gobierno peruano y su homólogo colombiano antes de la llegada de Bolívar a este país, donde se establecía claramente que, las bajas del ejército auxiliar debían ser cubiertas con soldados peruanos, vale decir, prisioneros de guerra o en su defecto jóvenes reclutas[1]. Al margen de este detalle, lo que si parecía correcto era que, el departamento de Arequipa, durante toda la etapa bolivariana en el Perú, llegaría a concentrar el mayor contingente de tropas extranjeras, incluso, después del regreso progresivo de buena parte de ellas hacía al país norteño.

Como se puede imaginar, la presencia de un ejército de 3.000 soldados acantonado en un departamento como Arequipa -equivalente al 10% de la población total de su capital- y durante más de dos años, necesariamente tuvo que representar un enorme esfuerzo, tanto material como logístico, en términos de alimentación, vestido, alojamiento, forraje para los animales y, sobre todo, salarios de oficiales y tropa; no solo para las autoridades locales sino también, los propios habitantes de la ciudad y las provincias. Acerca de este asunto tan espinoso, en mayo de 1825 el mismísimo Libertador haciendo un balance de lo gastado hasta ese momento, manifestaba que, la primera división de Colombia a lo largo de

1 Con respecto, al sensible tema de los reemplazos por los soldados muertos o heridos, el gobierno peruano se obligaría a entregarlos proporcionalmente, sea cual fuese la causa de esas bajas.

aquellos primeros meses en Arequipa había representado más de 400.000 pesos al erario, mientras todo el ejército colombiano, "bien puede haber costado un millón de pesos en los meses de este año sin contar las raciones, que casi todas las ha dado el pueblo" (Bolívar, 1950, II, p. 136). Lamentablemente, no serían los únicos desembolsos de dinero.

Inmediatamente después de conseguida la independencia definitiva del Perú, un entusiasmado y no menos generoso Congreso Nacional, decretó la aprobación de una recompensa pecuniaria para todos los vencedores de la batalla de Ayacucho -aproximadamente unos 5.000 individuos-, la misma que comprendía en orden jerárquico a, los generales de división, los cuales recibirían una bonificación de 20.000 pesos; luego estarían, los generales de brigada, con 15.000 pesos; los coroneles, con 5.000; tenientes coroneles, con 4.500; sargentos mayores, con 4.000; capitanes, con 3.000, tenientes, con 2.000; alféreces, con 1.500; hasta llegar a los sargentos, cabos y soldados rasos, con solo 100 pesos[2]. Tratándose de una cantidad por demás significativa, está sería cubierta con dinero proveniente de un empréstito solicitado por el gobierno peruano a la banca de Londres por más de 3 millones de pesos, unas 616.000 libras esterlinas[3].

Volviendo a la región de Arequipa, los mayores desembolsos de dinero durante el periodo bolivariano, estuvieron relacionados con el pago de salarios a los jefes, oficiales y tropa de la primera división colombiana, cuyo monto total llegaría a representar unos 32.000 pesos al mes durante 1825 y un poco menos -24.000 pesos-, para fines de 1826 (CDIP, 1975, XIV, 1, p. 688; 1975, XIV, 2, p. 401); tamañas cantidades debieron ser extraídas regularmente de los propios fondos de la tesorería departamental a partir de los ingresos obtenidos en distintos ramos, siendo los más importante de ellos, los derechos cobrados a la importación de mercancías de origen europeo, que en promedio representaban el 30% de los ingresos, durante aquella época. Así, las oficinas de aduana de Arequipa, registraron en 1825 unos 225.000 pesos y al año siguiente un poco más de 263.000, por este mismo concepto[4]. Como si no fuera suficiente, el departamento estaba obligado también a enviar mensualmente a la capital la suma de 35.000 pesos, "con el fin de pagar a los inválidos del ejército de Colombia que se hallan en Lima"[5].

---

2 Colección Documental de la Independencia del Perú (CDIP), tomo XIV, vol. 1, 1975, p. 634.
3 Sobre el mencionado empréstito, véase Gaceta del Gobierno, número 55, tomo 7, 16 de junio de 1825, p. 1. Además, Marichal, 1988, pp. 37-47.
4 Acerca de los ingresos de aduana, véase Periódico El Republicano, tomo 1, número 68, 10 marzo 1827; tomo 3, número 12, 22 marzo 1828.
5 Archivo General de la Nación (AGN), catálogo 3, año 1826, p. 29

No obstante, después de la independencia, los ingresos aduaneros continuarían incrementándose en la región gracias a una mayor expansión del comercio tanto de importaciones como de exportaciones[6], al mismo tiempo que disminuía el número de soldados colombianos acantonados en el departamento, debido principalmente al retorno de varias compañías y escuadrones a sus respectivos países -Cundinamarca y Venezuela-, la situación de la población arequipeña no habría de experimentar mejora alguna. ¿La razón? Lamentablemente, dicha expansión, no llegaría a verse reflejada en otras actividades económicas no menos importantes como la producción de vinos y aguardientes y la minería argentífera, por tanto, durante buena parte del año 1825, la situación económica del departamento en general fue bastante crítica y hasta agobiante para las arcas de la tesorería y las propias autoridades del gobierno local, obligándolas a la adopción de medidas drásticas, como las impopulares contribuciones forzadas o la reducción de los salarios (CDIP, 1975, XIV, 1, p. 555). En definitiva, los inicios de la vida independiente para los habitantes del departamento, no fueron tan prometedores como lo señalaba el discurso oficial, contrariamente, estuvieron relacionados con la entrega de una primera contribución de 120.000 pesos, ordenada por el prefecto Francisco de Paula Otero apenas asumió el cargo y hacia mediados del mismo por otra, de 150.000 pesos[7]. Siendo los mayores contribuyentes, señalados con los montos más elevados, reconocidos miembros de la élite arequipeña de raigambre colonial, como los Goyeneche, Tristán y Gamio[8].

La reducción de salarios

La reducción de salarios en porcentajes considerables, fue una medida de urgencia propia del periodo de la independencia, en que los ingresos obtenidos por las tesorerías patriota y realista, no eran suficientes para cubrir las demandas generadas por la guerra; ella, había sido inicialmente decretada por el virrey La Serna en noviembre de 1821, tanto para la administración civil, militar como eclesiástica[9]; y con ese mismo objetivo, el Libertador dio a conocer un decreto

7 Entre las instrucciones dadas al prefecto Otero al momento de ser nombrado prefecto de Arequipa por el mariscal Sucre en diciembre de 1824, se lee, "Vuestra Señoría debe reunir en todo el Departamento de Arequipa ciento veinte mil pesos para pagar los sueldos del Ejército en diciembre y enero pues los productos del Cuzco están destinados a pagar la gratificación que se ofreció a la tropa y que debe abonársele en el presente mes". CDIP, 1974, V, 6. Lima, 1974, pp. 127-129. Meses después, el nuevo prefecto Gutiérrez de la Fuente se vio obligado a imponer 150.000 pesos "de contribución extraordinaria distribuidos en el departamento de orden suprema". CDIP, 1975, XIV, 1, pp. 690-691.

8 En junio de 1825, las autoridades bolivarianas impusieron al obispo Goyeneche una contribución de 25.000 pesos. Rojas Ingunza, 2007, p. 75. Asimismo, CDIP, 1975, XIV, 1, pp. 690-691.

9 Archivo Arzobispal de Arequipa (AAA), Libro de Actas Capitulares 5, 20 de noviembre de 1821, f. 263; Archivo General de la Nación (AGN), Real Aduana, Administración de Arequipa, Libro Manual de la Tenencia de Quilca, 1825.

fechado en la ciudad de Trujillo en marzo de 1824 por el que establecía, "el descuento de los sueldos de los empleados debe hacerse por mitad del exceso de 500 pesos" (O'Leary, 1884, XXIII, p. 174; AHMP, 1825, III, p. 226). Ya en el periodo republicano, en julio de 1825, Simón Bolívar envió una circular a los prefectos de Arequipa, Ayacucho y Cusco, donde precisaba que todos los empleados civiles "no gozan por ahora más que la mitad del sueldo que les está asignado", con la excepción de aquellos que tuvieran como única remuneración 500 pesos, en ese caso se ordenó, "que lo perciban íntegro" (CDIP, 1975, XIV, 1, p. 555). Adicionalmente, en un decreto posterior se estableció como base de toda remuneración anual 500 pesos para cualquier empleado público; en caso de que este monto ya disminuido a la mitad, sobrepasara la cantidad base, el empleado cobraría 500 pesos más el 50% del monto sobrante. Es decir, si el sueldo del teniente administrador de la aduana de Quilca era originalmente 2.500 pesos, con el decreto en mención, se reduciría a 1.250, de los cuales cobraría 500 pesos más el 50% de los 750 sobrantes (375 pesos). En definitiva, su remuneración ese año sería de solo 875 pesos (CDIP, 1975, XIV, 1, p. 555; O'Leary, 1884, XXIII, p. 263).

Curiosamente, los integrantes del Ejército Unido Libertador estuvieron considerados solo parcialmente en dicho decreto, en la medida que, los oficiales, por ejemplo, percibían "las dos terceras partes de sus sueldos, tanto para los que estaban en campaña como aquellos destacados en el departamento de Arequipa; mientras que, los soldados y clases, no recibirían otro descuento "que el de 20 reales al mes, que debe quedar en caja para su vestuario" (CDIP, 1975, XIV, 1, p. 555). Y como si no fuera suficiente, en febrero de 1826 el Libertador envió un nuevo decreto al prefecto de Arequipa, Antonio Gutiérrez de La Fuente, dándole a conocer y ordenando su cumplimiento, "para que se abonen los sueldos íntegros a los militares desde el presente mes" (AHMP, 1826, IV, p. 119; El Republicano, 1826, 43, p. 188).

Algo que podría parecer más injusto todavía, en una época en que muchos cuerpos del ejército peruano estaban siendo licenciados "por no tener la república fondos para sostenerlos"[10]; era el hecho que, algunos batallones colombianos no solo cobraban sus haberes del mes que les correspondía, sino también del mes entrante; tanto en situaciones normales como, cuando eran movilizados de una

---

El 4 julio de 1825, el Libertador dio la orden "para que se licencie a todos los soldados que existen en el departamento de Ayacucho a excepción de las unidades del Perú". Dos días después otra orden en la que señalaba, "tan luego se tome la plaza del Callao pase a la ciudad Bolívar el regimiento de Dragones del Perú y que se licencie al resto de tropas por no tener la república fondos para sostenerlos. AHMP, catálogo III, 4 y 6 de julio de 1825, pp. 16-17.

provincia a otra, por ejemplo, de la ciudad de Arequipa al puerto de Quilca o enviados de vuelta a Colombia. Una consideración, de más está decirlo, muy diferente a la que recibían las tropas peruanas. Ni hablar, de las chilenas o argentinas que habían llegado años antes como parte de la expedición libertadora de San Martín, muchas de las cuales no solo se encontraban abandonadas por el gobierno bolivariano[12], sino que incluso, sobre ellas recaía una permanente desconfianza, sobre manera, desde la sublevación de los castillos del Callao en febrero de 1824[12]. Por esta y otras razones más, en setiembre de 1826 el Libertador ordenó que todos los jefes y oficiales naturales de Argentina y Chile, "se restituyan a ellas o donde bien les acomodare fuera del territorio del Perú, en el preciso término de 15 días" (El Republicano, 1826, 42, p. 181).

Con respecto a los "privilegios" salariales que recibían las tropas colombianas durante la etapa bolivariana, algunos ejemplos podrían ampliar este concepto. En el manifiesto de la Tesorería de Arequipa del mes de noviembre de 1826, el batallón Pichincha del Perú cobró en total 4.668 pesos "por su haber de este mes"; mientras que su homólogo, el batallón Pichincha de Colombia, cobraría 2.000 pesos, "en cuenta de sus haberes en el entrante diciembre" (CDIP, 1975, XIV, 2, p. 461). De la misma forma ocurriría en el mes siguiente, mientras el batallón peruano recibiría 4.999 pesos por ese mes de diciembre, el cuerpo colombiano (2.000 pesos) lo haría "en cuenta de sus haberes del entrante enero" (CDIP, 1975, XIV, 2, p. 505). Otro ejemplo, correspondiente a la compañía de cazadores del batallón Vargas que marchó en diciembre de 1825 de guarnición al puerto de Quilca, señala que, recibieron previamente 1.263 pesos, "por su haber del entrante enero". Al parecer, no se trataría de unos cuantos casos particulares o aislados, todo lo contrario, un decreto publicado durante esos años, ordenaba que la totalidad de batallones o cuerpos del ejército colombiano, que regresaran a su patria, "quiere SE el Libertador que vayan ajustados y pagados" (CDIP, 1975, XIV, 1, p. 813).

---

11 A mediados de 1825, el comerciante y viajero inglés Samuel Haigh se encontró con los restos de este ejército y así lo registró en sus memorias, "tropas de caballería argentina se hallaban entonces en Quilca para embarcarse con destino a Chile; eran el simple esqueleto del regimiento de Granaderos a Caballo, formado por el general San Martín , y que había combatido en todas las campañas de la Revolución; pero la guerra con España había terminado con la completa derrota del ejército realista, y el resto de las tropas argentinas y chilenas, mal pagadas , mal alimentadas, y en la máxima indisciplina se embarcaban para Chile en los transportes que esperaban en la rada". Haigh, 1918, p. 232. Precisamente, en abril de ese año el Libertador dispuso que dicho cuerpo de caballería compuesto por 131 hombres, "marche para la ciudad de Arequipa". CDIP, 1973, VI, 8, p. 253.

12 Dos años después, en setiembre de 1826, el prefecto de Arequipa Antonio Gutiérrez de la Fuente informaba al Libertador los siguiente, "aquí no quedará argentino ni chileno, que me sea sospechoso y aún me extenderé a los patricios, pues ninguno vivirá tranquilo, que no tenga mi visto bueno. O'Leary, 1880, X, p. 188.

La alimentación

La manutención de las tropas estacionadas en la región Arequipa, representaba una preocupación constante para los funcionarios de la tesorería y autoridades en general, pues exigía el desembolso permanente de fuertes sumas de dinero a fin de proveerles de distintos productos alimenticios, a saber, cecina o chalona, arroz, menestras, pan, galletas o bizcochos, cacao, café, chocolate, azúcar, manteca, aguardiente, vino, entre otros[13]. Sin contar, todas las cantidades que se enviaban al puerto de Quilca para la provisión de los buques de la armada o de los transportes, que conducían algunos cuerpos militares hacía el Callao o de regreso a Panamá; además, de lo remitido hacia los principales tambos o postas como Cangallo, Apo, Pati, Guallata, Colca y Frailes, que servían de albergues y puntos de abastecimiento para las tropas que iban y venían desde Cusco y Puno hacia Arequipa (CDIP, 1975, XIV, 1, p. 717). Uno de los encargados de tomar razón de todas las necesidades y disponer de los gastos presupuestados relacionados a los sueldos, alimentos y vestuario, era el señor Domingo Infantas, comisario de la primera división colombiana. Así, por ejemplo, en agosto de 1825 Infantas recibió de la Tesorería de Arequipa la suma de 554 pesos, "por el importe de 2.955 raciones de dicha primera división" (CDIP, 1975, XIV, 1, p. 688).

La disposición de la mayor parte de aquellos productos alimenticios, por lo menos en la ciudad de Arequipa, no representó ningún inconveniente para las autoridades, pues estos se podían adquirir con cierta facilidad de los numerosos comerciantes, tenderos, panaderos y hacendados de valles vecinos, como Uchumayo, Vítor y Siguas (CDIP, 1975, XIV, 2, p. 329); el problema se generaba en regiones más alejadas, donde se encontraban destacadas algunas guarniciones militares, como el puerto de Quilca, en vista que, por su ubicación geográfica tales recursos eran bastante escasos de obtener y no había posibilidad de comprarlos diariamente; frente a tal situación, los responsables de su abastecimiento se vieron obligados a enviarlos con regularidad desde la ciudad de Arequipa utilizando para ello, el eficiente sistema de arrieraje. Así tenemos que, en setiembre de 1826, las arcas de la tesorería abonaron 666 pesos al arriero José María Aldao por el flete de sus mulas desde Arequipa a Quilca, "con víveres para el batallón Vencedor", encargado de la defensa del puerto (CDIP, 1975, XIV, 2, p. 329).

13 Entre mayo y setiembre de 1825, la Tesorería de Arequipa desembolsó 1.396 y 500 pesos para la compra de distintos víveres a fin de abastecer a los bergantines Chimborazo y Congreso respectivamente. CDIP, 1975, XIV, vol.1, p. 688.

De manera complementaria, estuvo la preparación de alimentos para los integrantes de la tropa, lo cual demandaba un gasto adicional, no tanto por la compra de leña o algún otro combustible como el carbón, sino de hojas de lata, con las cuales se elaboraban las necesarias ollas de cocina, utilizadas en los cuarteles de la ciudad y también, en el principal nosocomio de salud, el hospital San Juan de Dios[14]. Pero había más, varias decenas de estas ollas eran enviadas como parte de ciertos cuerpos militares que habían sido destacados a otras regiones. Ahora, los lugares de fabricación en Arequipa, eran los propios talleres de maestranza de la primera división colombiana y estuvo a cargo del capitán Manuel Valdivia, quien regularmente proveía con este artículo de cocina a los distintos cuerpos del ejército. Así, en el mes de setiembre de 1825, recibió 216 pesos "por el costo que han tenido 112 ollas de lata"; días después, otros 77 pesos por el importe de 40 ollas, "que se han entregado con destino al servicio de la tropa que marcha a Colombia" (CDIP, 1975, XIV, 1, p. 716).

El vestuario

Si bien, durante los años de la guerra de Independencia, el vestir a las tropas no representó una gran preocupación para las autoridades ni una extracción considerable de recursos pecuniarios para las oficinas de hacienda, al terminar esta sí lo haría y muy particularmente, dentro del ejército colombiano; por tal motivo, en las comunicaciones de los jefes militares con el gobierno central, se volverían recurrentes las quejas y solicitudes por uniformes, zapatos y fornituras[15]; en los protocolos notariales, resaltarían los distintos contratos con diferentes comerciantes importadores -en su mayoría extranjeros-, sastres, costureras y talabarteros; al igual que en los libros de contabilidad, donde se volverían habituales los desembolsos de dinero destinados al pago por todos estos servicios[16].

A continuación, presentamos algunos ejemplos bastante ilustrativos. En junio de 1825, la tesorería de Arequipa desembolsó 3.080 pesos a favor del sastre Domingo Valdivia por la hechura y compra de "varios efectos materiales para casacas, pantalones y chabraes (sic) para la Primera División de Colombia"(CDIP,

14 Archivo Municipal de Arequipa (AMA), Libro de entradas y gastos del Hospital San Juan de Dios, 4 de diciembre de 1825, f. 94v.

15 En noviembre de 1825, el general Jacinto Lara solicitó al gobierno central la confección de 3.000 mochilas para la tropa de infantería de la división colombiana, además de la compra de 100.000 cartuchos y 20.000 piedras de chispa. AHMP, Catálogo II, 21 de noviembre de 1825, p. 1.

16 Hasta diciembre de 1825, la Tesorería de Arequipa había desembolsado nada menos que 28.306 pesos, "por efectos para vestuario del Ejército Unido". CDIP, 1975, XIV, 1, p. 818.

1975, XIV, 1, p. 688); entre los meses de junio y setiembre de ese mismo año, se pagaron cerca de 7.000 pesos a nombre del maestro talabartero Julián Alcalá por el importe de 400 monturas, 3.500 morriones, 100 cartucheras, 400 portalanzas y 50 cubre llaves, "que ha construido para la Primera División de Colombia" (CDIP, 1975, XIV, 1, p. 688-716). En el mes de setiembre, el comerciante inglés Tomás Templeman recibió la suma de 1.165 pesos por concepto de 4.662 varas de brin que se le compraron para la confección de 3.500 mochilas. Finalmente, en diciembre de 1825, se entregaron 9.437 pesos al sastre Domingo Valdivia por el valor de "dos mil pantalones de paño azul, y hechuras de tres mil pares de botines", destinados a la mencionada división colombiana (CDIP, 1975, XIV, 1, p. 813).

Estos considerables y no menos frecuentes desembolsos de dinero, destinados a la compra de paños y la confección de uniformes para la Primera División de Colombia, además de otros implementos, podría explicarse en tanto y en cuanto, muchos cuerpos del mencionado ejército disponían en realidad de más de un uniforme. Así, se podría entender a partir de un informe de gastos enviado por el prefecto de Arequipa, general Antonio Gutiérrez de la Fuente al secretario del Libertador, coronel José Domingo Pérez en mayo de 1825, donde le señalaba:

> El Batallón Nº 10 salió de aquí equipado según orden del Exmo. Sr. General con dos vestuarios, uno blanco de brin y otro de paño de la Estrella, dos camisas, capote de la Estrella, morrión, carmañola, mochila y dos pares de zapatos. A los oficiales se les dio tres vestidos de paño fino y sus medias pagas hasta abril para que pudiesen pagar las hechuras. (CDIP, 1973, VI, 8, p. 294)

En ese sentido, no resultaron para nada exageradas, las expresiones de satisfacción vertidas por el Libertador durante su visita a la ciudad de Arequipa, cuando, luego de pasar revista a las tropas señaló, "he visto a la división Lara que tiene 3.500 hombres en el pie más brillante del mundo...estas tropas están bien vestidas, pagadas y alimentadas" (Bolívar, 1950, II, p. 136). No podía ser de otra manera, tratándose del ejército libertador, sostén de su propio régimen. Una situación complemente opuesta a la imagen que presentaría el regimiento Pichincha del Perú en junio de 1826, al tal punto que, el prefecto Gutiérrez de La Fuente se vio obligado a disponer personalmente la entrega de uniformes, según decía, porque los había encontrado "con la ropa en mal estado" (AHMP, 1826, IV, p. 68). Igual medida adoptaría el prefecto del Cusco general Agustín Gamarra, quien en marzo de ese año mandaría confeccionar uniformes para el primer batallón del Regimiento Ayacucho, en vista de, "el estado de desnudez en que se halla la tropa" (AHMP, 1826, IV, pp. 87-88).

Con respecto a los insumos necesarios para la fabricación de todo el equipamiento militar, como tejidos de distintos tipos y calidades, hilos, botones, cueros y plumeros, estos se adquirían en su mayor parte de empresarios extranjeros como Tomas Templeman, Santiago Ygualt, Roberto Page, Samuel B. Mardon y Guillermo Hodgson; muchos de ellos, disponían de surtidos almacenes dentro de la ciudad[17]. Sin embargo, no era ninguna novedad que, las autoridades locales recurrían a dichos comerciantes, no solo por la permanente disponibilidad de aquellos efectos, en gran cantidad y variedad, sino también, porque podían adquirir tales mercancías al crédito y en la mayor parte de los casos, no necesitaban hacer la devolución de lo prestado en dinero contante y sonante, sino, mediante la entrega de derechos aduaneros por montos similares a las cantidades solicitadas; con los cuales, tales comerciantes podían importar grandes cantidades de mercancías sin pagar un solo maravedí, en las oficinas de aduana. Así tenemos que, en diciembre de 1825, la tesorería departamental de Arequipa otorgó 3.638 pesos en derechos de aduana a los comerciantes Samuel Mardon y Guillermo Hodgson, "por efectos que entregaron al señor comisario de la Primera División Colombiana"; y posteriormente, 12.036 pesos, por el mismo concepto -derechos de aduana-, a varios comerciantes extranjeros "por lo que suplieron a la Municipalidad de esta ciudad para el recibimiento de S.E. el Libertador" [18].

La atención médica

Por la época del arribo del Libertador Simón Bolívar a Arequipa, una parte de los efectivos militares acuartelados en la ciudad padecían de disentería, una enfermedad que se había venido propagado desde hacía varios años, puntualmente, desde la invasión de tropas colombianas a la provincia en agosto de 1823 (Álvarez-Carrasco, 2020, p. 120). Frente a tal situación, las autoridades más importantes, llámese el prefecto del departamento y el comandante de la primera división colombiana, general Jacinto Lara, se vieron obligados a internar a los soldados enfermos en el hospital de San Juan de Dios, el principal de la región. Ahora, buscando una adecuada atención y la propia comodidad de los enfermos, las autoridades bolivarianas habilitaron en dicho nosocomio de salud, varias salas para la atención casi exclusiva de los soldados, las mismas que fueron dotadas de

17 En junio de 1825, Santiago Ygualt recibió 5.697 pesos de la Tesorería por el importe de efectos que le compró "el señor general Jacinto Lara para vestuario de la primera división". CDIP, 1975, XIV, 1, 1975, pp. 688-818.

18 Sobre los préstamos para el recibimiento del Libertador, CDIP, 1975, XIV, 1, 1975, p. 818; 1975, XIV, 2, p. 16. AGN, Real Hacienda, Libro Manual de la Administración de Arequipa, 30 de abril de 1825, f. 178.

un cirujano, varios ayudantes y todos los implementos y recursos necesarios para la correcta sanación de los convalecientes[19].

Respecto a la principal institución sanitaria de Arequipa, esta había sido fundada a mediados del siglo XVII, e inicialmente, su administración corrió a cargo de los hermanos de la Orden de San Juan de Dios o "Sanjuaninos"; pero, durante los años de la guerra de Independencia y por orden real, pasó a depender del Ayuntamiento de la ciudad (Álvarez-Carrasco, 2020, p. 120). Hasta fines del periodo colonial, el hospital llegó a contar con varias salas, para la atención de los vecinos, las mujeres y los sirvientes y casi un centenar de camas. Sin embargo, la situación del hospital fue siempre bastante precaria y las quejas por falta de medicinas o mala atención, frecuentes[20]. Después de la Independencia, las autoridades bolivarianas se vieron obligadas a mejorar sus instalaciones e incluir en su presupuesto, la compra regular de medicinas, de insumos para la botica, el pago por la atención exclusiva de los soldados, la compra de diversos insumos para la preparación de alimentos e incluso, la compra de 400 frazadas, por las que se desembolsarían 361 pesos (CDIP, 1975, XIV, 2, p. 465).

Acerca de los desembolsos de dinero destinados a la compra de medicinas y el aprovisionamiento de la botica del hospital San Juan de Dios, tenemos los siguientes ejemplos: en diciembre de 1825, la Tesorería de Arequipa entregó al proto boticario la suma de 1.538 pesos por el importe de varias medicinas y "especies para la habilitación de la botica de dicho hospital"; en ese mismo mes, el cirujano Hugo Blair recibiría 84 pesos por concepto de "medicinas y otros artículos para el hospital militar". Entre agosto y setiembre del referido año el cirujano Norberto Vega recibió cerca de 358 pesos por el importe de medicinas y otros artículos". Y en el mes de junio de 1826, el boticario Juan Vega 146 pesos, en pago por una cantidad de medicinas "para el hospital militar de la Primera División de Colombia" (CDIP, 1975, XIV, 1, pp. 688-813). Por otra parte, en junio de 1825, el prior de dicho hospital recibió la suma de 500 pesos por concepto de "hospitalidades de la primera

19 AMA, Libro de entradas y gastos del Hospital San Juan de Dios, años 1825-1826, pp. 64-77.

20 En un informe del año 1823, sobre las condiciones del nosocomio, se denunció que esta institución se encontraba en un "estado deplorable por faltar al mismo tiempo que los auxilios indispensables para la subsistencia de los religiosos asistentes, los precisos para la curación y alimento de los pobres enfermos cuya exposición es conforme a la del Exmo. Ayuntamiento patrón de la casa, que en días pasados ocurrió a la Diputación en solicitud de remedio de los males al extremo de cerrar este único asilo de la humanidad doliente y que ahora repite la misma, acompañado del teniente protomédico Dr. Don José Antonio Yoldi Rosas que contesta haber encontrado casi exhausta la botica de dicho Hospital en la visita que de ella hizo". AMA, Libro de Sesiones de la Excelentísima Diputación Provincial, Número 1, 10 de junio de 1823, f. 33.

Con respecto a los insumos necesarios para la fabricación de todo el equipamiento militar, como tejidos de distintos tipos y calidades, hilos, botones, cueros y plumeros, estos se adquirían en su mayor parte de empresarios extranjeros como Tomas Templeman, Santiago Ygualt, Roberto Page, Samuel B. Mardon y Guillermo Hodgson; muchos de ellos, disponían de surtidos almacenes dentro de la ciudad[17]. Sin embargo, no era ninguna novedad que, las autoridades locales recurrían a dichos comerciantes, no solo por la permanente disponibilidad de aquellos efectos, en gran cantidad y variedad, sino también, porque podían adquirir tales mercancías al crédito y en la mayor parte de los casos, no necesitaban hacer la devolución de lo prestado en dinero contante y sonante, sino, mediante la entrega de derechos aduaneros por montos similares a las cantidades solicitadas; con los cuales, tales comerciantes podían importar grandes cantidades de mercancías sin pagar un solo maravedí, en las oficinas de aduana. Así tenemos que, en diciembre de 1825, la tesorería departamental de Arequipa otorgó 3.638 pesos en derechos de aduana a los comerciantes Samuel Mardon y Guillermo Hodgson, "por efectos que entregaron al señor comisario de la Primera División Colombiana"; y posteriormente, 12.036 pesos, por el mismo concepto -derechos de aduana-, a varios comerciantes extranjeros "por lo que suplieron a la Municipalidad de esta ciudad para el recibimiento de S.E. el Libertador" [18].

La atención médica

Por la época del arribo del Libertador Simón Bolívar a Arequipa, una parte de los efectivos militares acuartelados en la ciudad padecían de disentería, una enfermedad que se había venido propagado desde hacía varios años, puntualmente, desde la invasión de tropas colombianas a la provincia en agosto de 1823 (Álvarez-Carrasco, 2020, p. 120). Frente a tal situación, las autoridades más importantes, llámese el prefecto del departamento y el comandante de la primera división colombiana, general Jacinto Lara, se vieron obligados a internar a los soldados enfermos en el hospital de San Juan de Dios, el principal de la región. Ahora, buscando una adecuada atención y la propia comodidad de los enfermos, las autoridades bolivarianas habilitaron en dicho nosocomio de salud, varias salas para la atención casi exclusiva de los soldados, las mismas que fueron dotadas de

17 En junio de 1825, Santiago Ygualt recibió 5.697 pesos de la Tesorería por el importe de efectos que le compró "el señor general Jacinto Lara para vestuario de la primera división". CDIP, 1975, XIV, 1, 1975, pp. 688-818.

18 Sobre los préstamos para el recibimiento del Libertador, CDIP, 1975, XIV, 1, 1975, p. 818; 1975, XIV, 2, p. 16. AGN, Real Hacienda, Libro Manual de la Administración de Arequipa, 30 de abril de 1825, f. 178.

un cirujano, varios ayudantes y todos los implementos y recursos necesarios para la correcta sanación de los convalecientes[19].

Respecto a la principal institución sanitaria de Arequipa, esta había sido fundada a mediados del siglo XVII, e inicialmente, su administración corrió a cargo de los hermanos de la Orden de San Juan de Dios o "Sanjuaninos"; pero, durante los años de la guerra de Independencia y por orden real, pasó a depender del Ayuntamiento de la ciudad (Álvarez-Carrasco, 2020, p. 120). Hasta fines del periodo colonial, el hospital llegó a contar con varias salas, para la atención de los vecinos, las mujeres y los sirvientes y casi un centenar de camas. Sin embargo, la situación del hospital fue siempre bastante precaria y las quejas por falta de medicinas o mala atención, frecuentes[20]. Después de la Independencia, las autoridades bolivarianas se vieron obligadas a mejorar sus instalaciones e incluir en su presupuesto, la compra regular de medicinas, de insumos para la botica, el pago por la atención exclusiva de los soldados, la compra de diversos insumos para la preparación de alimentos e incluso, la compra de 400 frazadas, por las que se desembolsarían 361 pesos (CDIP, 1975, XIV, 2, p. 465).

Acerca de los desembolsos de dinero destinados a la compra de medicinas y el aprovisionamiento de la botica del hospital San Juan de Dios, tenemos los siguientes ejemplos: en diciembre de 1825, la Tesorería de Arequipa entregó al proto boticario la suma de 1.538 pesos por el importe de varias medicinas y "especies para la habilitación de la botica de dicho hospital"; en ese mismo mes, el cirujano Hugo Blair recibiría 84 pesos por concepto de "medicinas y otros artículos para el hospital militar". Entre agosto y setiembre del referido año el cirujano Norberto Vega recibió cerca de 358 pesos por el importe de medicinas y otros artículos". Y en el mes de junio de 1826, el boticario Juan Vega 146 pesos, en pago por una cantidad de medicinas "para el hospital militar de la Primera División de Colombia" (CDIP, 1975, XIV, 1, pp. 688-813). Por otra parte, en junio de 1825, el prior de dicho hospital recibió la suma de 500 pesos por concepto de "hospitalidades de la primera

19 AMA, Libro de entradas y gastos del Hospital San Juan de Dios, años 1825-1826, pp. 64-77.

20 En un informe del año 1823, sobre las condiciones del nosocomio, se denunció que esta institución se encontraba en un "estado deplorable por faltar al mismo tiempo que los auxilios indispensables para la subsistencia de los religiosos asistentes, los precisos para la curación y alimento de los pobres enfermos cuya exposición es conforme a la del Exmo. Ayuntamiento patrón de la casa, que en días pasados ocurrió a la Diputación en solicitud de remedio de los males al extremo de cerrar este único asilo de la humanidad doliente y que ahora repite la misma, acompañado del teniente protomédico Dr. Don José Antonio Yoldi Rosas que contesta haber encontrado casi exhausta la botica de dicho Hospital en la visita que de ella hizo". AMA, Libro de Sesiones de la Excelentísima Diputación Provincial, Número 1, 10 de junio de 1823, f. 33.

división", correspondiente al mes de mayo y al mes siguiente, 173 pesos, por el mes de junio (CDIP, 1975, XIV, 1, pp. 703 y 708). Curiosamente, la preocupación del gobierno por la atención de los soldados no era exclusiva de Arequipa, por el contrario, se repetía en otras regiones, así se puede deducir de las cuentas de comisario general del Ejército Unido, donde todos los meses se desembolsaba una suma de más de 6.000 pesos, "por cuenta de hospitales" (CDIP, 1975, XIV, 1, p. 643).

Luego de dos años de gobierno bolivariano en el Perú, la imagen de dicho hospital había cambiado notablemente. En mayo de 1826, se publicó un informe en el periódico El Republicano de Arequipa, donde se hacía una descripción pormenorizada de las mejoras recibidas por el nosocomio de salud, señalando que, en ese momento, "un número mayor que el que podía sostener se hallaba perfectamente asistido y cuidado con cuanto es necesario a su restablecimiento". Este reporte oficial, señalaba asimismo que, tales reformas fueron el resultado de la buena administración y celo del prefecto Gutiérrez de la Fuente, quien había logrado todos esos "aumentos y mejoras tan considerables, sin gravamen al estado" (El Republicano, 1826, 24, p. 107).

El ejército bolivariano y la sociedad arequipeña

Cuando Bolívar visitó la ciudad, la división colombiana estuvo conformada aproximadamente por 3.500 hombres, los mismos que fueron posteriormente distribuidos en las diferentes ciudades, villas y puertos del departamento de Arequipa; sin embargo, este número habría de reducirse a lo largo de los siguientes meses, a causa del traslado de algunos contingentes a Lima y su regreso a la Gran Colombia, al punto que, para noviembre de 1826 solo quedarían en el departamento el batallón Pichincha, el escuadrón de Húsares de Colombia, el batallón Vencedor y un piquete del de Rifles (AHPM, 1826, IV, p. 76). Iguales cambios ocurrirían en la jefatura de esta división. Inicialmente, el jefe de ella fue el general Juan Jacinto Lara, quien estuvo al frente hasta abril de 1826, cuando fue encargado de la comandancia general del ejército colombiano en el Perú, dejando la posta al irlandés Arturo Sandes, antiguo jefe del batallón Rifles y finalmente, se hizo cargo de esta, el coronel José Leal (AHMP, 1826, IV, p. 98).

Durante los dos años de permanencia de este ejército en la región de Arequipa, la convivencia fue siempre bastante tensa, particularmente entre los miembros de la élite económica y política de la ciudad, los cuales verían a la división colombiana prácticamente como un "ejército de ocupación" (Wibel, 1975, p. 314). Algo que no ocurrió entre los miembros de las clases bajas, donde incluso

se observarían numerosos matrimonios entre damas de la localidad con soldados colombianos, tantos, que el Libertador ordenó en agosto de 1825 al general Lara que no otorgue ninguna licencia matrimonial, "sin el previo consentimiento de S. E." (O'Leary, 1884, XXIII, p. 294). Y ante el temor que muchos soldados no regresasen a Colombia, el propio Bolívar tuvo que revocar una autorización dada un tiempo atrás, donde concedía "permiso a los jefes y oficiales de su división para que se casasen los que quisiesen hacerlo" (O'Leary, 1884, XXIII, p. 294).

De otro lado, aunque en los primeros años de vida republicana la ciudad de Arequipa experimentó un notable crecimiento de la criminalidad, robos y asesinatos básicamente[21], en muy raras ocasiones, tales actos delictivos estuvieron relacionados con tropas colombianas y en los pocos casos que se conocieron, las autoridades ordenaban la inmediata detención y el inicio de un proceso judicial, que al final, terminaría con la pena capital, para todos los condenados en dicho proceso[22]. Ello, a raíz de un decreto dado por el Libertador en mayo de 1824, donde se establecía que, "cualquier individuo del que violentase los pueblos e hiciese armas contra sus gobernadores o alcaldes sería juzgado en consejo de guerra y castigado con todo el rigor" (O'Leary, 1884, XXIII, p. 274). Ahora, para poder limitar la actividad de las bandas delincuenciales que comenzaban multiplicarse dentro y fuera de la ciudad, muchas de ellas integradas por desertores y licenciados del ejército patriota o realista, el Consejo de Gobierno en setiembre de 1825 dio un decreto supremo prohibiendo el uso de insignias militares por parte de la población, "sin corresponderles"[23].

De otro lado, muy consciente de los abusos o excesos que los miembros de este ejército en posesión de sus armas pudieran cometer contra la población indefensa, el Libertador ordenó en octubre de ese año, que todos los suministros y forrajes que necesiten las tropas que marchaban dentro de la provincia debían ser

---

21 En diciembre de 1826, el periódico El Republicano publicó las quejas de los vecinos de Camaná, respecto de "la impunidad en que quedan los delitos. Varios que han cometido muertes, se presentan libremente, sin que la justicia los persiga en lo menor". El Republicano, Número 58, 30 de diciembre de 1826, p. 263. Asimismo, según la historiadora Sarah Chambers entre 1820 y 1824, se registraron en Arequipa 15 causas criminales; entre 1825 y 1829, 40 y entre 1830 y 1834, nada menos que 101 causas. Chambers, 2003, p. 159.

22 En julio de 1825, los soldados Enrique García y Dionicio Flores fueron sentenciados a la pena capital por haber dado muerte a tres civiles. AHMP, Catálogo III, 16 de julio de 1825, p. 49.

23 No era para menos, en febrero de 1826 se produjo un robo en la casa parroquial de la provincia de Caylloma, según el cura del lugar, "el día cuatro de febrero vinieron unos ladrones que fueron cuatro soldados, quienes vinieron con voces de reclutadores y el uno de ellos dijo que era Miller. Archivo Regional de Arequipa (ARAR, Corte Superior de Justicia, Número 2, 22 de febrero de 1826; AHMP, Catálogo III, 27 de octubre de 1825, p. 21.

contratadas primero por sus respectivos comisarios, quien nombraría un oficial para encargarse de las compras; y de manera complementaria, se estableció que:

> Cuanto individuo militar salga con comisión de cualquier punto del departamento de cargo...lleve precisamente el dinero necesario para pagar las postas en todo el tiempo que dure aquella comisión; y que si, como no es de temer, algún oficial contraviniere lo dispuesto sea aprehendido por las justicias de los pueblos y remitido al jefe militar más inmediato para que este lo haga juzgar y castigar como a infractor de la ley. (CDIP, 1975, XIV, 1, p. 688; AHMP, 1825, III, p. 32)

Una de las ventajas con las que contaba Bolívar, como dictador supremo del Perú y en pro del objetivo de mantener controlada y vigilada a las tropas colombianas en la ciudad de Arequipa, era no solo la presencia del prefecto general Antonio Gutiérrez de la Fuente, personaje muy cercano a los soldados y oficiales de ese cuerpo; sino, al propio comandante del mismo, el general Juan Jacinto Lara, un curtido militar, quien desde 1810 había participado en todas las campañas emprendidas por el Libertador, tanto en Nueva Granada, Venezuela, Quito como en el Perú; siendo una de sus principales características, además de la valentía en el campo de batalla, la férrea disciplina e implacable severidad. Así también, fue manifestado por la población, luego de conocerse la noticia de su traslado a la capital en abril de 1826. En el periódico oficial El Republicano, se publicó en esos días un artículo donde se le ofrecía, "la particular gratitud de los arequipeños por su amor al país, por la rigurosa disciplina que ha hecho observar en las tropas de su mando" (El Republicano, 1826, 22, p. 102).

En ese mismo sentido, se puede leer también la carta que en junio de 1825 le escribió desde Arequipa el secretario del Libertador coronel José Gabriel Pérez al ministro de Gobierno del Perú, respecto a la situación en la que había encontrado a las fuerzas colombianas.

> La división de Colombia que guarnece este Departamento, está en el mejor pie de disciplina, y S. E. está altamente satisfecho de los jefes y oficiales que la mandan, y de la comportación (sic) de la tropa, que no ha cometido ninguna falta, y que no hay un solo habitante que se queje de ella. (O'Leary, 1884, XXIII, p. 182)

Empero, como la disciplina del ejército no se conseguía únicamente con buen trato o castigos severos, las autoridades nacionales buscaron comprometer a su miembros en la solución de algunos problemas muy sensibles a los intereses del gobierno local, como el contrabando, en otras palabras, vieron en el ejército colombiano

destacado en Arequipa un instrumento útil para luchar contra el persistente comercio ilícito, que era practicado de manera incontenible en casi todos los puertos y caletas del departamento[24]. Según un proyecto elaborado por el propio Libertador, los soldados enviados a las zonas de contrabando más conocidas, debían estar organizados en partidas, "que deben ir a cargo de oficiales y sargentos de la mayor honradez" (CDIP, 1975, XIV, 1, p. 656). Lamentablemente, se trataría solo de un proyecto más.

Muy a pesar de todas estas consideraciones, al final, la imagen del ejército colombiano dentro de la sociedad arequipeña estuvo directamente relacionada con el nivel de aceptación o rechazo del propio régimen bolivariano, cuya imagen lamentablemente, se fue debilitando a lo largo de 1826 y se acentuaría aún más, luego del retiro del Libertador en setiembre de ese mismo año. Varias fueron las causas de este debilitamiento. En primer lugar, estuvo el desarrollo de una política cada vez más autoritaria, dictatorial y represiva, contra los opositores al gobierno; en segundo, el cuestionado favoritismo del Libertador en relación al otorgamiento de empleos y su intento de control de algunas instituciones de gran influencia política y social como la prensa y la iglesia local, esta última encabezada por el obispo arequipeño, José Sebastián de Goyeneche[25]. En definitiva, todos esos factores y otros más, terminarían fastidiando tanto a miembros de antiguas familias realistas, que no eran ninguna minoría, como también, a aquellas de sentimientos patriotas.

El epílogo: la salida de las tropas colombianas de Arequipa

Así las cosas, en enero de 1827, las tropas colombianas acantonadas en la ciudad de Lima en número cercano a 3.000, se amotinaron al mando del coronel José María Bustamante, después de capturar a su comandante en jefe general Jacinto Lara y a los más altos oficiales[26]. En los días posteriores y luego de una inusualmente

---

24 Así, tan temprano como abril de 1825, el guarda Andrés Valenzuela, encargado de custodiar la caleta de Aranta recibió noticia a través de unos pescadores del lugar, sobre la presencia de dos lanchas al parecer inglesas, quienes luego de desembarcar sus mercancías de contrabando, unas 10 o 12 cargas en total, regresaron velozmente a sus respectivas embarcaciones fondeadas a considerable distancia de la costa; incluso, como fue revelado posteriormente, para evitar que los pobladores del lugar diesen noticia a las autoridades locales, los contrabandistas proporcionaron la suma de 25 pesos, "para que repartiese a los oliveros y pescadores de aquel puerto, a fin de que callasen y no descubriesen aquel contrabando". ARAR, Corte Superior de Justicia, Prefectura 1, 2 mayo 1825. Asimismo, El Republicano, Número 15, 4 de marzo de 1826, p. 70.

25 Acerca de los diferendos entre el Libertador y el obispo Goyeneche, véase Rojas Ingunza, 2007.

26 El 5 de febrero de 1824, unos 2.000 soldados a cargo de la fortaleza del Callao entre chilenos y rioplatenses, al mando del sargento Dámaso Moyano se sublevaron contra la oficialidad patriota, argumentando falta de pago y malos tratos. Este hecho, obligó al abandono de la capital por parte de las autoridades bolivarianas y la recuperación de la ciudad por las fuerzas realistas al mando del brigadier Juan Antonio Monet.

rápida negociación con el general Andrés de Santa Cruz, presidente del Consejo de Gobierno del Perú, se acordó su repatriación definitiva con destino a la república de Colombia, claro está, después que se hayan cancelado la mayor parte de sus haberes. Conocida la noticia en Arequipa, algunos capitanes de la primera división buscaron organizar un levantamiento similar al ocurrido en la capital de la república, pero fracasaron en su intento, gracias a la rápida intervención del prefecto Gutiérrez de la Fuente, un curtido militar de las guerras de Independencia, quien resolvió enviar la totalidad de esta fuerza extranjera a la vecina Bolivia, donde gobernaba el mariscal Antonio José de Sucre, como su primer presidente; con ese objetivo, les proveyó de todo lo necesario para el viaje, alimentos, mulas y burros, a tal punto que, no permitió que se quedaran ni los enfermos (Haigh, 1918, p. 250).

Samuel Haigh, un próspero comerciante inglés, residente en la ciudad de Arequipa durante aquellos días, nos proporciona en sus memorias, un vívido relato de los últimos instantes de las tropas colombianas en la mencionada ciudad y, sobre todo, respecto a la actitud de la población arequipeña al enterarse de su retiro definitivo. Dice Haigh:

> Vi salir toda la división de la ciudad manifestando grande alegría. Al pasar los soldados, los habitantes, unas veces aplaudían y otros proferían gritos de burla según las respectivas opiniones; las tropas contestaban con gritos de "Viva la patria" o "mueran los peruanos", correspondiendo a las manifestaciones diferentes; y así en una tarde, todos los soldados colombianos evacuaron la ciudad. (Haigh, 1918, p. 250)

Conclusiones

La presencia del ejército colombiano en Arequipa tras la independencia tuvo un alto costo para la región, tanto económico como social. La salida de las tropas en 1827 fue recibida con alegría por gran parte de la población, lo que refleja el descontento generalizado hacia el régimen bolivariano. La salida de las tropas colombianas de Arequipa se produjo en un contexto de amotinamiento en Lima.

Entre las razones del descontento estan:

- El ejército colombiano gozaba de privilegios salariales en comparación con las tropas peruanas
- La manutención del ejército implicó un gasto constante para las autoridades.

- El vestuario del ejército colombiano fue otra área de gasto considerable
- Las relaciones entre el ejército bolivariano y la sociedad arequipeña fueron tensas.
- La imagen del ejército colombiano se asoció con la del régimen bolivariano, que se debilitó a lo largo de 1826

Referencias

Álvarez-Carrasco, R. (2020). "Hospital San Juan de Dios de Arequipa: trescientos sesenta años de una historia fantasmal". Revista de la Sociedad Peruana de Medicina Interna 33(3):119-124.

Basadre, J. (1983). Historia de la República del Perú, tomo I. Lima: Editorial Universitaria.

Bolívar, S. (1950). Obras Completas, vol. II. La Habana, Editorial Lux.

Catálogo del Archivo Histórico Militar del Perú. (1968). Documentos originales procedentes del Archivo General del Ministerio de Guerra correspondientes al año 1824, tomo II. Lima: Centro de Estudios Militares del Perú.

Catálogo del Archivo Histórico Militar del Perú. (1968). Documentos originales procedentes del Archivo General del Ministerio de Guerra correspondientes al año 1825, tomo III. Lima: Centro de Estudios Militares del Perú.

Catálogo del Archivo Histórico Militar del Perú. (1968). Documentos originales procedentes del Archivo General del Ministerio de Guerra correspondientes al año 1826, tomo IV. Lima: Centro de Estudios Militares del Perú.

Chambers, S. (2003). De súbditos a ciudadanos. Honor, género y política en Arequipa, 1780-1854. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

Colección Documental de la Independencia del Perú (CDIP). (1973). La acción patriótica del pueblo en la emancipación. Guerrillas y montoneras, tomo V, vol. 6. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la independencia del Perú.

Colección Documental de la Independencia del Perú. (1973). Asuntos Militares.

Estado militar: años 1824-1825-1826, tomo VI, vol. 8. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la independencia del Perú.

Colección Documental de la Independencia del Perú. (1973). Documentación Oficial Española. Gobierno Virreinal del Cuzco, tomo XXII, vol. 3. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Colección Documental de la Independencia del Perú. (1975). Obra gubernativa y epistolario de Bolívar. Legislación 1823-1825, tomo XIV, vol. 1. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Colección Documental de la Independencia del Perú. (1975). Obra gubernativa y epistolario de Bolívar. Legislación 1826, tomo XIV, vol. 2. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Colección Documental de la Independencia del Perú. (1975). Obra Gubernativa y Epistolario de Bolívar. Libro de Decretos del Libertador Simón Bolívar 1824, tomo XIV, vol. 3. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la independencia del Perú.

Condori, V. (2009). "Bolívar y Arequipa: crónica de una relación imposible". Boletín de Lima, 155: 14-19.

Condori, V. (2024). Arequipa y la Independencia. Política, guerra y economía, 1818-1825. Arequipa: Universidad Nacional de San Agustín.

Gaceta del Gobierno del Perú. (1967). Período de gobierno de Simón Bolívar, 1824 (Trujillo y Lima), 1825 enero-junio (Lima), tomo II. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza.

Haigh, Samuel. (1918). Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú. Buenos Aires: Imprenta de la Nación.

O'Leary, D. (1880). Memorias del general O´Leary. Correspondencia de hombres notables con el Libertador, tomo X. Caracas: Imprenta de la "Gaceta Oficial".

O'Leary, D (1884). Memorias del general O'Leary. Documentos, tomo XXIII. Caracas: Imprenta de "El Monitor".

O'Phelan, S. (2019). Simón Bolívar y la conclusión de la Independencia en el suelo de los Incas. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

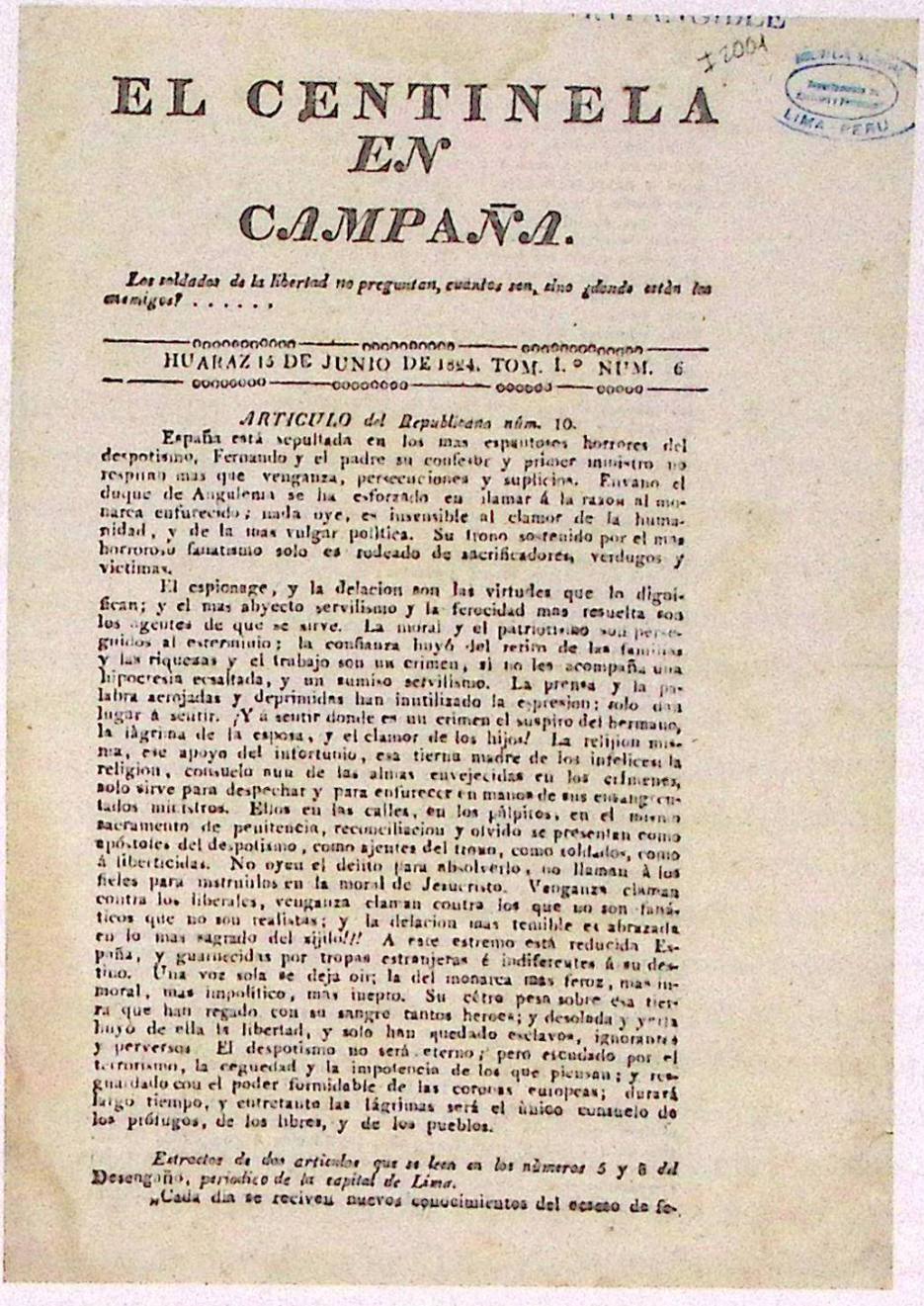
Quiroz Paz Soldán, E. (1976). "Aspectos Económicos de la Independencia de Arequipa 1790-1830". Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de San Agustín.

Rojas Ingunza, E. (2006). El Báculo y la Espada. El obispo Goyeneche y la Iglesia ante la 'Iniciación de la República', Perú 1825-1841. Lima: Fundación Manuel J. Bustamante de la Fuente.

Wibel, J. (1975). "The Evolution of a Regional Community within Spanish Empire and Peruvian Nation: Arequipa, 1780-1845". Tesis Doctoral, Universidad de Stanford.

Victor Condori Condori

- Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de San Agustín.
- Maestro en Historia por la Universidad Católica San Pablo.
- Profesor e investigador en ambas casas de estudio.
- Es autor de los libros "Reformas económicas y privilegios comerciales. Los Cinco Gremios Mayores de Madrid, 1790-1820" (UCSP-2014) y "Arequipa y la Independencia. Política, guerra y economía, 1818-1825" (UNSA-2024); también es coautor de "Historia Mínima de Arequipa. Desde los primeros pobladores hasta el presente" (IEP-2018).
- Asimismo, ha publicado numerosos artículos en revistas locales, nacionales e internacionales relacionados con la Historia Económica de Arequipa entre los siglos XVIII y XIX.
- Tiene investigaciones concluidas sobre las principales Casas de Comercio extranjeras en la región, 1821-1879, el funcionamiento del Puerto de Santa Rosa de Islay, 1827-1879 y acerca de la obra gubernativa del Libertador Simón Bolívar en Arequipa, 1823-1827.
- Actualmente se encuentra trabajando la producción, abastecimiento y consumo en el periodo de la Independencia, 1818 y 1825.



EL CENTINELA EN CAMPAÑA.

Los soldados de la libertad no preguntan, cuantos son, sino ¿donde están los enemigos? . . . . .

HUARAZ 15 DE JUNIO DE 1824. TOM. I.° NUM. 6

ARTICULO del Republicano núm. 10.

España está sepultada en los mas espantosos horrores del despotismo. Fernando y el padre su confesor y primer ministro no respiran mas que venganza, persecuciones y suplicios. Envano el duque de Angulema se ha esforzado en llamar á la razon al monarca enfurecido; nada oye, es insensible al clamor de la humanidad, y de la mas vulgar política. Su trono sostenido por el mas horroroso fanatismo solo es rodeado de sacrificadores, verdugos y victimas.

El espionage, y la delacion son las virtudes que lo dignifican; y el mas abyecto servilismo y la ferocidad mas resuelta son los agentes de que se sirve. La moral y el patriotismo son perseguidos al esterminio; la confianza huyó del seno de las familias y las riquezas y el trabajo son un crimen, si no les acompaña una hipocresia ecsaltada, y un sumiso servilismo. La prensa y la palabra acerojadas y deprimidas han inutilizado la espresion; solo dan lugar á sentir. ¡Y á sentir donde es un crimen el suspiro del hermano, la lágrima de la esposa, y el clamor de los hijos! La religion misma, ese apoyo del infortunio, esa tierna madre de los infelices: la religion, consuelo nun de las almas envejecidas en los crimenes, solo sirve para despechar y para enfurecer en manos de sus ensangrentados ministros. Ellos en las calles, en los pálpitos, en el mismo sacramento de penitencia, reconciliacion y olvido se presentan como apóstoles del despotismo, como ajentes del trono, como soldados, como á liberticidas. No oyen el delito para absolverlo, no llaman á los fieles para instruirlos en la moral de Jesucristo. Venganza claman contra los liberales, venganza claman contra los que no son fanáticos que no son realistas; y la delacion mas temible es abrazada en lo mas sagrado del sijilo!!! A este estremo está reducida España, y guarnecidas por tropas estranjeras é indiferentes á su destino. Una voz sola se deja oir; la del monarca mas feroz, mas inmoral, mas impolitico, mas inepto. Su cétro pesa sobre esa tierra que han regado con su sangre tantos heroes; y desolada y yerma huyó de ella la libertad, y solo han quedado esclavos, ignorantes y perversos. El despotismo no será eterno; pero escudado por el terrorismo, la ceguedad y la impotencia de los que piensan; y resguardado con el poder formidable de las coronas europeas; durará largo tiempo, y entretanto las lágrimas será el único consuelo de los prófugos, de los libres, y de los pueblos.

Estractos de dos articulos que se leen en los números 5 y 6 del Desengaño, *periodico de la capital de Lima.*

„Cada dia se reciven nuevos conocimientos del ecseso de fe-

El Centinela en Campaña N° 6. Los patriotas en Huaraz

Periódico
Colección digital de la Biblioteca Nacional del Perú

ACCION DE LAS GUERRILLAS Y LA INFLUENCIA DE LA IMPRENTA EN EL PROCESO INDEPENDENTISTA DE LA REPUBLICA PERUANA (1821-1824)

Moisés Ysmael Flores Rodríguez
Bachiller en Historia
Universidad Nacional de Trujillo
República del Perú

Resumen

La presente investigación tiene como objetivo explicar las acciones de las partidas de guerrillas y la influencia de la imprenta en el proceso independentista de la República Peruana, desde el Protectorado hasta la proximidad de las batallas de Junín y Ayacucho. Las partidas de guerrillas estaban conformadas por un reducido número de hombres de una jurisdicción territorial que tomaban la denominación de guerrilleros. El número de sus integrantes oscilaba entre los 20 y 80 individuos que se integraron al Ejército Unido Patriota en la lucha de la consolidación de la independencia peruana. Durante el proceso independentista la imprenta tuvo un rol protagónico en difundir los ideales libertarios patriotas, también hizo difusión de la campaña militar, cartas y partes de avanzada del Ejército Unido Patriota, sin embargo, se debe aclarar que algunos de esos periódicos también eran de propaganda y comunicación del ejército realista. El articulo está delimitado en el ámbito geográfico del departamento de Lima, ciudad capital, hasta los pueblos que comprende Huarochirí, abarcando hasta el departamento de Junín en los pueblos de Yauli, Jauja, Concepción, Chupaca, Huancayo, Tarma, Junín o Reyes, durante el periodo de 1821 y 1824. En ese sentido, se plantearon como objetivos de investigación, en el primer capítulo, explicar las acciones de las partidas de guerrillas comandadas por el coronel Ignacio Quispe Ninavilca, el coronel fray Bruno Terreros y el comandante José María Guzmán; y en el segundo capítulo, explicar la influencia de la imprenta en el proceso de independencia.

Palabras clave: acción guerrillera – influencia – imprenta - consolidación, independencia

Abstract

The present research aims to explain the actions of the guerrilla groups and the influence of the printing press in the independence process of the Republic of Peru, from the Protectorate to the proximity of the battles of Junin and Ayacucho. The guerrilla groups were made up of a small number of men from a territorial jurisdiction who took on the name of guerrillas. Their numbers ranged from 20 to 80 individuals who joined the United Patriot Army in the struggle for the consolidation of Peruvian independence. During the independence process, the printing press played a leading role in spreading the libertarian ideals of patriots; it also disseminated military campaigns, letters, and reports from the United Patriot Army. However, it should be clarified that some of those newspapers were also used for propaganda and communication by the royalist army. The article is geographically delimited to the department of Lima, the capital city, extending to the towns of Huarochiri, reaching up to the department of Junin in the towns of Yauli, Jauja, Concepción, Chupaca, Huancayo, Tarma, and Junin or Reyes, during the period of 1821 to 1824. In this sense, the research objectives were set: in the first chapter, to explain the actions of the guerrilla groups commanded by Colonel Ignacio Quispe Ninavilca, Colonel Fray Bruno Terreros, and Commander Jose Maria Guzman; and in the second chapter, to explain the influence of the printing press in the independence process.

Keywords: guerrilla action – influence - printing press – consolidation - independence.

Introducción

Con la llegada de la Expedición Libertadora del Sur y la instalación del gobierno del Protectorado, don José de San Martín estableció la demarcación territorial de los departamentos libres del Perú.

Es así como el departamento de Trujillo estuvo conformado por las provincias de Lambayeque, Piura, Cajamarca, Huamachuco, Pataz y Chachapoyas; Tarma abarcaba Jauja, Huancayo y Pasco; Huaylas comprendió la jurisdicción de Cajatambo, Conchucos, Huamalíes y Huánuco; mientras que los departamentos de la costa, fue considerado el Santa, Chancay y Canta. (Reglamento Provisional, 1821)

En este contexto, es importante señalar que las partidas de guerrillas en el proceso emancipador del Perú ya venían luchando contra el ejército español desde los últimos años de la colonia. Estas guerrillas se integraron a las diversas rebeliones del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX. Ante el arribo del Libertador, algunos de estos movimientos populares se unieron a las fuerzas patriotas en la lucha contra el ejército español. Sin embargo, cabe aclarar que no todas estas guerrillas apoyaron a Bolívar.

Así, después de las infructuosas conversaciones en las conferencias de Punchauca y ante el asedio de la expedición libertadora, el virrey José de La Serna y sus tropas decidieron abandonar Lima para reorganizar la defensa en la sierra central. De este modo, don José de San Martín proclamó la independencia del Perú el 28 de julio de 1821.

En tal sentido, por el aporte en la lucha independentista, el 1° octubre de 1821, don José de San Martín emitió un decreto ley reconociendo a las partidas de guerrillas por su contribución a la libertad del Perú:

> El valor y la constancia con que han contribuido las partidas de guerrillas á establecer la libertad del Perú, siguiendo el ejemplo del ejército, las hace dignas de la consideración del Gobierno; y por tanto he resuelto concederles las distinciones siguientes:

Art. 1. Todos los oficiales y soldados ... una medalla al lado izquierdo del pecho con esta inscripción en el centro del anverso: el valor es mi divisa, y en el reverso un sol en el centro, y al exergo esta inscripción: A las partidas de guerrilla

Una vez en libertad, Ninavilca retomaría su actividad guerrillera al servicio del presidente Riva Agüero, tal como le informaba:

> Ayer remití al Comandante Villar custodiado del Teniente don Pedro Ángel Tamayo con la escolta de quince hombres dirigido a Huarás a disposición de V.E. y yo he quedado en su lugar, esperando que V.E. me comunique sus órdenes, seguro de que será mi mayor gloria morir en defensa del partido, pues sabe que mi corazón está consagrado a su servicio. (Paz-Soldán, 1920, p. 279)

b. Coronel Fray Bruno Terreros

Su fama entre los realistas estuvo en la frase "¿Fray y coronel? Líbreme Dios de él". En 1788, nació en el pueblo de Mito, en la actual provincia de Concepción, departamento de Junín, un niño hijo de india y español, a quien inscribieron en el libro parroquial con el nombre de Bruno Terreros. Aficionado a los religiosos de Ocopa, más tarde sería nombrado coadjutor del curato de Chupaca, y en esa condición se hallaba cuando estalló la guerra de la independencia. (Palma, 1906, pp. 363-364)

Al celebrar la liturgia religiosa en la homilía dominical, el cura Bruno enaltecía la administración de la corona española, refutando la revolución americana por considerarlo cosa de herejes y gente pervertida. Añadió que los derechos del hombre, patria y libertad eran necedades, ya que la monarquía ordenaba y la plebe obedecía.

Sin embargo, Fray Bruno comenzaría a tener una visión diferente del accionar de las fuerzas realistas a partir de 1822, cuando la causa de la monarquía española empezaba a dar manotazos de "ahogado" ante el progreso patriota. Esto los llevaría a cometer extorsiones, asesinatos, incendio de templos, latrocinios de alhajas y objetos sagrados, escarnio a los sacerdotes e inclusive el jefe español Barandalla dispuso el fusilamiento del cura Cerda.

Lo que motivó a Fray Bruno a cambiar de idea e incursionar en las partidas de guerrillas, enfrentándose a las fuerzas realistas, ocurrió cuando un capitán realista, al mando de sesenta soldados, llegó a Chupaca y amenazó a Fray Bruno con darle patadas si no le entregaba un cáliz de oro. El humilde franciscano se convirtió en un irritado león, amotinó a los indios y la tropa salió a enfrentarse a los invasores.

Así pues, el clero peruano tendría participación en la gesta independentista, tal como había ocurrido con algunos frailes que vinieron con el ejército libertador de San Martín, algunos de ellos colgaron los hábitos para vestir el uniforme militar, como fue el caso de fray José Félix Aldao, de la orden de la Merced, capellán de regimiento, quien, sable en mano se metía siempre en lo más reñido del combate, convirtiéndose en uno de los guerrilleros más temibles por su valor personal, entusiasmo, actividad e inteligencia para formar gente.

Recapitulando, Fray Bruno colgó los hábitos, se colocó al cinto sable y pistolas, y, arma en mano, se puso a la cabeza de los doscientos hombres de la partida de guerrilla, haciendo una proclama:

> Compatriotas y hermanos muy amados: – Penetrado de los sentimientos naturales y revestido con las sagradas vestiduras de mi carácter, os anuncié muchas veces, desde la cátedra del Espíritu Santo la felicidad de los peruanos, que ha de resultar después de las guerras. Y ahora, poseído de dolor, me veo precisado á tomar el sable desnudo, como defensor de la religión, sólo con el objeto de derribar esas felicidades lisonjeras con que los tiranos nos tienen engañados, por saciar sus codiciosas ambiciones ... (Palma, 1906, p. 365)

Esta narración de don Ricardo Palma también se corrobora en la carta del capellán y comandante de guerrillas don Pedro José Urbiola, fechada el 13 noviembre 1822, en la que detalla los excesos que cometidos por las tropas realistas con la población:

> ... el 15 al amaneser estuvo en San Mateo ... la caballería había salido el numero de 400 el 11 del presente de Huancayo como para Iscuchaca, y el 12 salio Canterac con el Infante y Cantabria de 1.100 plazas y el resto de los batallones han quedado en la provincia repartidos entre los pueblos de Tarma estan los Usares (sic) y sus montoneras pasado para Jauja.
> Las actuales de la fecha son que a la provincia han harreado 600 cabezas de vacuno y 5000 de ganado menor por los altos de Tarma y estan reuniendose en Huancayo el 11 del presente los aprisionaron en Aguac anecso (sic) de Chupaca a don Faustino Aliaga y el 12 lo pasaron por las armas. En Tarma perseveran los Usares y todos se hallan mustios.
> No puedo desentenderme del desamparo total para con sus obejas del señor cura interino de Yauli en estos sus anecsos de numerosa gente, pues en su tiempo han muerto ocho sin los aucilios (sic) espirituales ni el cura conoce a sus obejas ni sus ovejas del cura ...

> El domingo se cantó una Misa solemne a proporción del lugar con Tedeum y su sermón que lo predico Fr. Bruno Terreros y luego se siguió el juramento al Soberano Congreso por las tropas de Partidas de Guerrillas que están acampados en este punto y otros que se reunieron de diferentes poblaciones su comandante don José Urbiola y su teniente don Aurelio Soto y otros subalternos manifestaron una alegría indecible con repetidos gritos viva el Soberano Congreso Viva la Patria y Viva la Libertad. (Dunbar Temple, 1972, pp. 117-118)

De esta manera, el cura Bruno Terreros se sumaría en la lucha por la libertad en la consolidación de la independencia peruana, demostrando temple espiritual. Se invistió de un título militar sin vilipendiar a nadie, dada su condición religiosa; por ello, sus proclamas y órdenes incluían las palabras: "El coronel fray Bruno Terreros".

El periódico El Centinela en Campaña, en su publicación del 15 de junio de 1824, también da cuenta de las acciones del sacerdote Bruno Terreros en el proceso independentista, a través de su sección Partes de Abanzada (sic):

> El comandante de guerrillas D. Bruno Terreros, desde S. Jerónimo, con fecha 10 de mayo, avisa al Sr. general en gefe del ejército unido, que el brigadier español Pardo con 4 compañías de infantería, y 40 caballos, habían sido batidos por sus partidas en las inmediaciones de Cocachacra, dejando en el campo 21 muertos, incluso dos oficiales. Recomienda muy singularmente á los tenientes Terreros y Quintana, á los sargentos Bivar y Sans y al cabo Mayta, lo mismo que el entusiasmo, energía y constancia del resto de su tropa. (pp. 2-3)

Estos documentos demuestran la personalidad del coronel fray Bruno Terreros, caracterizada por su coraje, dinamismo y astucia. Para él, la guerra tenía un carácter religioso, y sabía incentivar el ánimo de sus guerrilleros incitándolos con el evangelio en una mano y un arma en la otra. Al igual que los sacerdotes Miguel Hidalgo y Costilla y José María Moleros y Pavón, quienes lucharon en el proceso de independencia mexicano (Nueva España) entre 1811 y 1815, Terreros consideraba que batirse por Dios y morir en el combate, era una forma de alcanzar la salvación eterna.

> marzo 4 de 1825. –Al Gobernador del Arzobispado.– Su Excelencia el Libertador encargado del mando supremo de la República, ruega y encarga

al Reverendo Gobernador Metropolitano que el padre fray Bruno Terreros, por sus grandes servicios á la patria, por su buena conducta y aptitudes sacerdotales, sea habilitado para obtener en propiedad cualquier beneficio con anexa cura de almas, y que, si es posible, se le dé colación del curato de Chupaca, previo el correspondiente examen sinodal. –El ministro que suscribe se ofrece de Useñoría atento servidor. –Tomás Heres. (Palma, 1906, p. 368)

c. Comandante José María Guzmán

Se enfrentó a tropas realistas al mando de su partida de guerrillas, bajo la dirección del Ejercito Unido, en la jurisdicción de Junín-Tarma el 14 enero 1823. De ello se desprende la carta dirigida al señor secretario de Guerra y Marina y general de brigada don Tomas Guido, a quien daba cuenta de su repetido triunfo contra el enemigo realista:

> Noticioso de una Abansada (sic) enemiga situado á dos leguas de Tarma hacia este lado emprendí mi marcha el 13„ ... á las 6„ y media de la tarde con 60. hombres de Caballeria 30„ de Ynfantería (sic), dejando en esta vanda del rio a un oficial con 25„ hombres para mi protección si por accidente sufriese algun contraste, mi principal objeto fue sitiarlos a las tres de la maña (sic) al amaneser al 14„ y executar (sic) la sorpresa medio cuarto de [h]ora antes á toque de Diana; pero no fue haci (sic) que aquellos venian donde mi con 67. plazas entre caballeria Ynfantería cuasi con igual mira, y con el principal objeto de sorprender mi cavallada (sic), viniendo tambien por el otro lado 34„ montoneros de Tarma ... fueron la una de la mañana quando tropesé con el enemigo quasi (sic) sin poder distinguir los objetos por la obscuridad de la noche la dicha quevrada nominada Cuncan, al preguntar el quien vive contestaron España ... tuve por conveniente ... al primer pelotón marchavan conmigo a la Cavesa (sic) de mi Partida, fuego, sable en mano, y a la carga ... acudieron al momento los Oficiales con igual execucion con sus respectivos pelotones sin dar al enemigo al menor proyeto (sic), y el unico recurso que tomaron fue volver caras, botarse al rio, treparse a los Cerros, y algunos por la ligereza de sus Caballos lograron escaparse enderesandose á Tarma, y los triunfadores siguieron conmigo perciguiendo hasta las murallas, no me interné hasta el Sentro del Pueblo por no haver tenido orden del Comandante General de la Sierra. (Dunbar Temple, 1972, p. 416)

El resultado de este enfrentamiento entre la partida de guerrillas comandada por el comandante José María Guzmán y las tropas realistas fue de ocho muertos en

las fuerzas españolas, además de seis prisioneros, la posesión de cinco carabinas, cuatro sables, seis lanzas con sus respectivas banderolas, una caja de guerra, una corneta, ocho cartucheras con sus paquetes y ocho caballos con sus monturas correspondientes; mientras que en el bando patriota, un soldado resultó herido con una contusión leve en la frente por una lanza y un caballo también resultó herido. Este accionar demostró la bravura de los patriotas.

Las partidas de guerrillas no solo se limitaron a ejecutar acciones militares bajo la dirección del comando del Ejército Unido, sino también fue un elemento clave para brindar información sobre los movimientos de los realistas, de ello se desprende la carta que el general Sucre remite a Bolívar con fecha 29 de mayo de 1823 desde Lima, en la que informa sobre el avance de la división de Canterac, compuesta por 7000 hombres sobre Lima, y que los patriotas, que eran 5000, abandonarían la ciudad para concentrarse en el Callao:

> ... noticias que hemos recibido hoy sobre venida de los enemigos. El pueblo de Yauli, en donde estaban ayer, dista seis jornadas de esta Capital: allí parece que, según unos, iban a dividir su ejército para bajar por cuatro direcciones, y otros dicen que venían unidos y es lo más creíble. Yauli está al pie de la cordillera del otro lado; probablemente descansaría el enemigo ayer allí y hoy pasará la cordillera si su intención es venir sobre Lima, y si no, se parará, para desde allí operar de la manera que le con venga ...
> Sea lo que sea, si ellos bajan, tendré yo que encargarme del mando del ejército unido mientras U. llega, porque así lo quiere el Gobierno y lo manifiestan los demás jefes de las divisiones; y como en este caso ya no me queda remedio y es un lance estrecho, lo aceptaré por sólo el objeto de seguir los planes de U. que son los que han de salvar al Perú ...
> Al batallón de Huánuco acompañará el escuadrón que está en San Mateo observando al enemigo y dejaremos así un cuerpo fuerte de guerrilla, (pues tales son el escuadrón y batallón) a retaguardia de los españoles, así para molestarle su espalda y tomarle sus atrasados, hospitales, etc. ...
> Su más fiel y afectísimo amigo y servidor. A.J. de Sucre. (Delgado et al., 2024)

En otras acciones del comandante José María Guzmán con su partida de guerrillas, también se figura en los partes de avanzada de el periódico El Centinela en Campaña, del 15 junio de 1824:

> El comandante de guerrillas D. José María Gusman desde Carampoma, con fecha 21 de mayo participa al Sr. general en gefe del ejército unido lo siguiente,

que el 21 del mismo emprendia su marcha el enemigo [h]acia al punto de S. Mateo: que su fuerza se componia de 300 infantes, y 100 caballos al mando del español, coronel Rivero: y que conducian desde Lima 300 cargas poco mas ó menos entre fardos de ropa, pertrechos, y demas artículos de guerra: que no bien tuvo tal noticia cuando unido al valiente Terreros, el 25 se posesionaron de un sitio á una legua de distancia del camino por donde los enemigos debían pasar; que en efecto los vieron dirigirse para la hacienda de Casa Palpa, y que siguieron su retaguardia hasta verlos acampar. ... así es que á las cinco de la tarde, y dividiendo por distintos puntos sus pequeñas partidas, envistieron la plazoleta de aquella hacienda, que los enemigos guarnecian lo mejor posible. El intrépido Gusman, 4 oficiales, 1 sargento y 4 soldados, se arrojaron á batirlos en su puesto, y de tal modo sembraron la confusión y el desorden, que á su retirada pudieron sacarse 100 bestias entre mulas y caballos. En esto una compañia de infantería enemiga que salió á batirlos, fué perfectamente rechasada, de modo que alli quedaron 13 muertos, y muchisimos heridos, teniendo de nuestra parte solo 2 muy levemente: el capitán D. Ilarión Lozano y un soldado. (p. 3)

En virtud de los resultados, las fuerzas patriotas lograron obtener del enemigo diversos pertrechos de guerra, entre los que se encontraban: 1 caja de guerra, 42 fusiles, 3 tercerolas, 7 sables, 11 bayonetas, 12 cartucheras con 25 cartuchos, 14 monturas, 4 morriones, algunos equipajes y 100 bestias, además de 3 prisioneros. Sobresalieron en la contienda por su valor, el capitán don Carlos Moreno, el teniente don Mateo Quintana, y los demás: Francisco Sobero, Vicente Tapia; el sargento Francisco Saes, cabo Santos Surita, y los soldados Ramón Casañe, Pedro Llacsa y Bernardo Samaniego.

Conocida esta acción de la partida de guerrillas, Bolívar felicitó al comandante de guerrillas peruano José María Guzmán por su victoria sobre los españoles en Casapalca el 21 de mayo de 1824:

> Por el parte que US. ha dirigido al señor General en Jefe del ejército desde Carampoma el 27 de Mayo próximo pasado, se ha impuesto S.E. el Libertador del brillante suceso que US. obtuvo en la hacienda de Casapalca, sobre más de cuatrocientos enemigos, tomándoles multitud de objetos militares y haciéndoles huir vergonzosamente con un puñado de hombres decididos a triunfar o a morir. ...
>
> Huarás, 9 de julio de 1824. Juan Santana (Paz-Soldán, 1920, p. 14)

De esta manera, Bolívar reconoció al jefe de la partida guerrillera y a su tropa por su heroica conducta en nombre del gobierno, dándole las gracias por los servicios prestados a la Patria. Además, los equipó con objetos de guerra para aumentar su fuerza y realizar importantes servicios, haciendo escarmentar al enemigo que se atreviera a medirse con los soldados de la libertad.

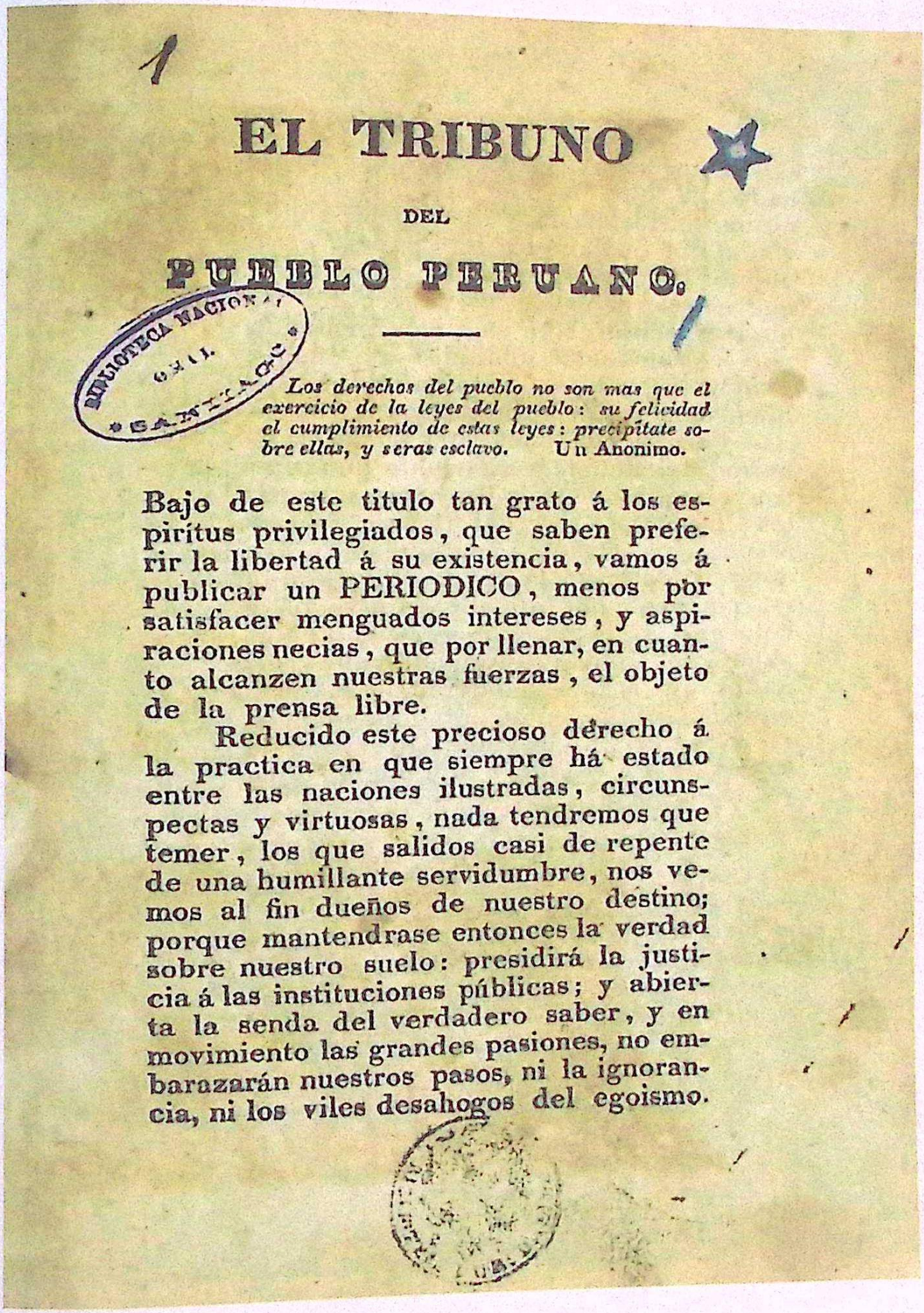
No obstante, José María Guzmán moriría ahogado en el combate de Huaypacha en julio de 1824.

La imprenta en el proceso independentista (1821-1824)

Desde la temprana república, durante el proceso independentista peruano, uno de los periódicos que influyó en la consolidación de la independencia, en la victoria de la libertad, y en la salvación del Estado, fue El Tribuno de la República Peruana (1822), redactado por el ideólogo de la independencia y constructor de la república, don José Faustino Sánchez Carrión. Este periódico tenía como lema: "Los derechos del pueblo no son más que el ejercicio de las leyes del pueblo, su felicidad el cumplimiento de esas leyes; precipítate sobre ellas y serás esclavo".

Figura 1

Primera página introductoria del periódico "El Tribuno de la República Peruana"



EL TRIBUNO

DEL

PUEBLO PERUANO.

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SANTIAGO

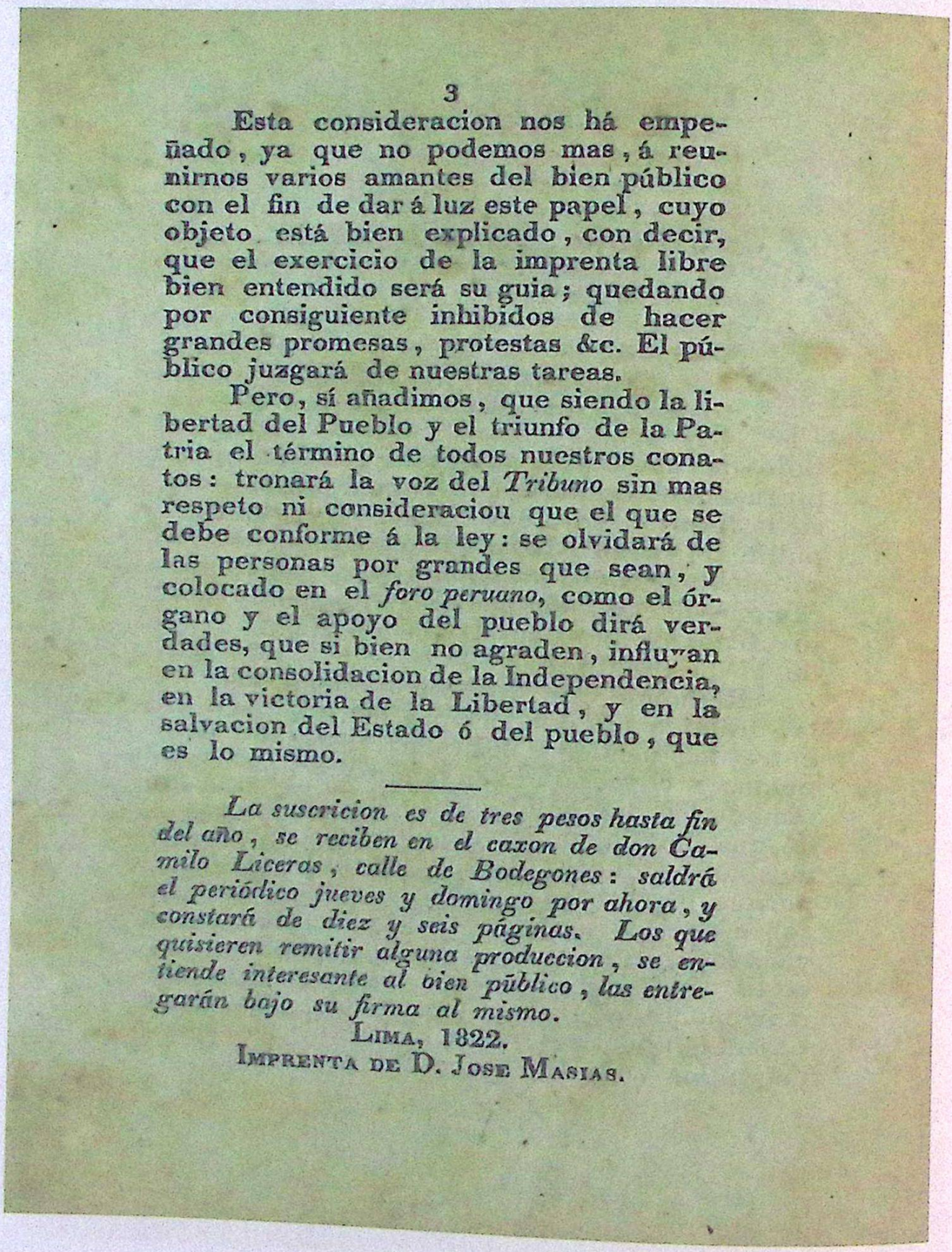
Los derechos del pueblo no son mas que el exercicio de la leyes del pueblo: su felicidad el cumplimiento de estas leyes: precipitate sobre ellas, y seras esclavo. Un Anonimo.

Bajo de este titulo tan grato á los espiritus privilegiados, que saben preferir la libertad á su existencia, vamos á publicar un PERIODICO, menos por satisfacer menguados intereses, y aspiraciones necias, que por llenar, en cuanto alcanzen nuestras fuerzas, el objeto de la prensa libre.

Reducido este precioso derecho á la practica en que siempre há estado entre las naciones ilustradas, circunspectas y virtuosas, nada tendremos que temer, los que salidos casi de repente de una humillante servidumbre, nos vemos al fin dueños de nuestro destino; porque mantendrase entonces la verdad sobre nuestro suelo: presidirá la justicia á las instituciones públicas; y abierta la senda del verdadero saber, y en movimiento las grandes pasiones, no embarazarán nuestros pasos, ni la ignorancia, ni los viles desahogos del egoismo.

Figura 2

Última página introductoria del periódico "El Tribuno de la República Peruana"



3

Esta consideracion nos há empeñado, ya que no podemos mas, á reunirnos varios amantes del bien público con el fin de dar á luz este papel, cuyo objeto está bien explicado, con decir, que el exercicio de la imprenta libre bien entendido será su guia; quedando por consiguiente inhibidos de hacer grandes promesas, protestas &c. El público juzgará de nuestras tareas.

Pero, sí añadimos, que siendo la libertad del Pueblo y el triunfo de la Patria el término de todos nuestros conatos: tronará la voz del *Tribuno* sin mas respeto ni consideraciou que el que se debe conforme á la ley: se olvidará de las personas por grandes que sean, y colocado en el *foro peruano*, como el órgano y el apoyo del pueblo dirá verdades, que si bien no agraden, influyan en la consolidacion de la Independencia, en la victoria de la Libertad, y en la salvacion del Estado ó del pueblo, que es lo mismo.

La suscricion es de tres pesos hasta fin del año, se reciben en el caxon de don Camilo Liceras, calle de Bodegones: saldrá el periódico jueves y domingo por ahora, y constará de diez y seis páginas. Los que quisieren remitir alguna produccion, se entiende interesante al bien público, las entregarán bajo su firma al mismo.

LIMA, 1822.

IMPRENTA DE D. JOSE MASIAS.

Fuente: Archivo Digital de la Biblioteca Nacional del Perú

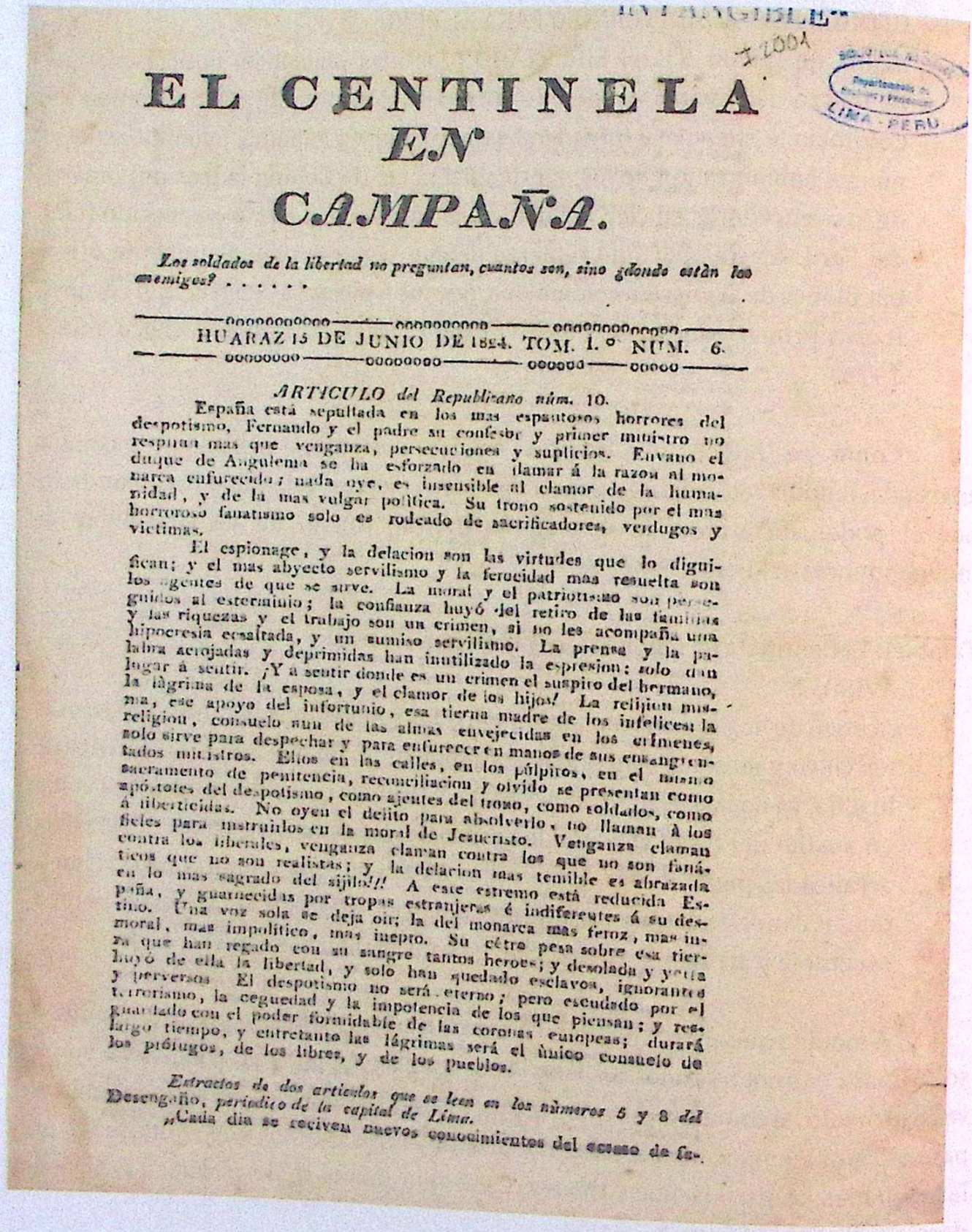
Estos ideales de libertad y emancipación ante el yugo español, además de las traiciones, la corrupción y los abusos de algunas autoridades, así como la gratitud y el reconocimiento a las fuerzas patriotas, también se manifestaron en diferentes periódicos de la época. Un ejemplo de esto es El Correo Mercantil del 11 de enero de 1824, que tenía como lema: "Los pueblos no son cultivados en razón de su fertilidad, sino en razón de su libertad".

> REMITIDO. Señor editor: acaba de llegar a estas costas una considerable fuerza de colombianos y se espera por momentos duplicado número. – Luego que se reunan estas fuerzas á las que actualmente tenemos aquí, ¿qué impulso no darán a la guerra? ¿Qué esperanzas quedaran á las tropas enemigas? ... Castigense ejemplarmente á los que abusan de la confianza publica, á tanto bicho indecente estraido de la hez del pueblo, que como por arte mágica ha logrado salir de su humilde esfera, y presentarse cual pavo hinchado en el teatro de la revolucion; y que á la densa sombra de un falso patriotismo roba é insulta al pacifico ciudadano, y descaradamente hace ostentacion de su insaciable codicia y de sus horrendos latrocinios. ¡Castigo, castigo pide el pueblo contra estos malvados, y si lo consígue; la opinion renacerá, y sobraran recursos de toda especie que con justicia reclama nuestro Libertador!.
>
> *El Argos ministerial*

Como se observa, el pensamiento de los editores de este periódico se basaba en las ideas de la ilustración francesa, especialmente en la división de poderes en el gobierno del Estado peruano. Además, describía la gran cantidad de tropas colombianas que se unían a las patriotas y denunciaba la corrupción de algunas autoridades, así como los recursos necesarios para el ejército libertador en la campaña contra las fuerzas realistas, con el fin de obtener la victoria que consolide la independencia.

Figura 4

Primera página del periódico El Centinela en Campaña No 6. Los patriotas en Huaraz



INTANGIBLE

I 2004

EL CENTINELA EN CAMPAÑA.

Los soldados de la libertad no preguntan, cuantos son, sino ¿donde estàn los enemigos? . . . . .

HUARAZ 15 DE JUNIO DE 1824. TOM. I.° NUM. 6.

ARTICULO del Republicano núm. 10.

España está sepultada en los mas espantosos horrores del despotismo, Fernando y el padre su confesor y primer ministro no respiran mas que venganza, persecuciones y suplicios. Envano el duque de Angulema se ha esforzado en ilamar á la razon al monarca enfurecido; nada oye, es insensible al clamor de la humanidad, y de la mas vulgar politica. Su trono sostenido por el mas horroroso fanatismo solo es rodeado de sacrificadores, verdugos y victimas.

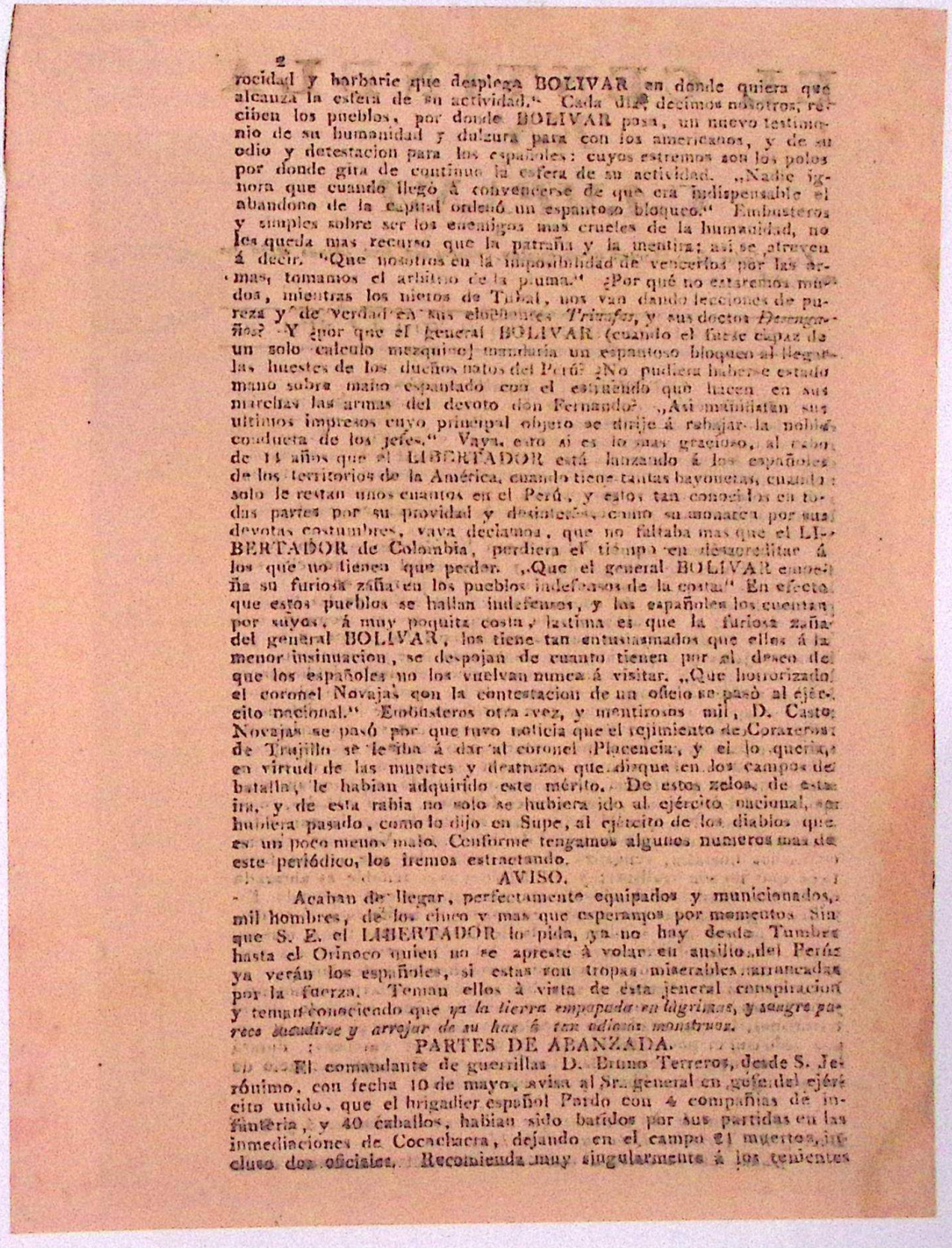
El espionage, y la delacion son las virtudes que lo dignifican; y el mas abyecto servilismo y la ferocidad mas resuelta son los agentes de que se sirve. La moral y el patriotismo son perseguidos al esterminio; la confianza huyó del retiro de las familias y las riquezas y el trabajo son un crimen, si no les acompaña una hipocresia ecsaltada, y un sumiso servilismo. La prensa y la palabra acrojadas y deprimidas han inutilizado la espresion: solo dan lugar á sentir. ¡Y á sentir donde es un crimen el suspiro del hermano, la lágrima de la esposa, y el clamor de los hijos! La religion misma, ese apoyo del infortunio, esa tierna madre de los infelices: la religion, consuelo aun de las almas envejecidas en los crímenes, solo sirve para despechar y para enfurecer en manos de sus ensangrentados ministros. Ellos en las calles, en los púlpitos, en el mismo sacramento de penitencia, reconciliacion y olvido se presentan como apóstoles del despotismo, como ajentes del trono, como soldados, como á tiberticidas. No oyen el delito para absolverlo, no llaman á los fieles para instruirlos en la moral de Jesucristo. Venganza claman contra los liberales, venganza claman contra los que no son fanáticos que no son realistas; y la delacion mas temible es abrazada en lo mas sagrado del sijilo!!! A este estremo está reducida España, y guarnecidas por tropas estranjeras é indiferentes á su destino. Una voz sola se deja oir; la del monarca mas feroz, mas inmoral, mas impolitico, mas inepto. Su cétro pesa sobre esa tierra que han regado con su sangre tantos heroes; y desolada y yerta huyó de ella la libertad, y solo han quedado esclavos, ignorantes y perversos. El despotismo no será eterno; pero escudado por el terrorismo, la ceguedad y la impotencia de los que piensan; y resguardado con el poder formidable de las coronas europeas; durará largo tiempo, y entretanto las lágrimas será el único consuelo de los prófugos, de los libres, y de los pueblos.

Estractos de dos articulos que se leen en los números 5 y 8 del Desengaño, *periodico de la capital de Lima.*

„Cada dia se reciven nuevos conocimientos del estado de fa-

Figura 5

Segunda página del periódico El Centinela en Campaña No 6. Los patriotas en Huaraz



2

rocidad y barbarie que despliega BOLIVAR en donde quiera que alcanza la esfera de su actividad." Cada dia, decimos nosotros, reciben los pueblos, por donde BOLIVAR pasa, un nuevo testimonio de su humanidad y dulzura para con los americanos, y de su odio y detestacion para los españoles: cuyos estremos son los polos por donde gira de continuo la esfera de su actividad. „Nadie ignora que cuando llegó á convencerse de que era indispensable el abandono de la capital ordenó un espantoso bloqueo." Embusteros y simples sobre ser los enemigos mas crueles de la humanidad, no les queda mas recurso que la patraña y la mentira; así se atreven á decir. "Que nosotros en la imposibilidad de vencerlos por las armas, tomamos el arbitrio de la pluma." ¿Por qué no estremos mudos, mientras los nietos de Tubal, nos van dando lecciones de pureza y de verdad en sus elocuentes *Triunfos*, y sus doctos *Desengaños*? Y ¿por que el general BOLIVAR (cuando el fuese capaz de un solo calculo mezquino) mandaria un espantoso bloqueo al llegar las huestes de los dueños natos del Perú? ¿No pudiera haberse estado mano sobre mano espantado con el estruendo que hacen en sus marchas las armas del devoto don Fernando? „Asi ministran sus ultimos impresos cuyo principal objeto se dirije á rebajar la noble conducta de los jefes." Vaya, esto si es lo mas gracioso, al cabo de 14 años que el LIBERTADOR está lanzando á los españoles de los territorios de la América, cuando tiene tantas bayonetas, cuando solo le restan unos cuantos en el Perú, y estos tan conocidos en todas partes por su probidad y desinteres, como su monarca por sus devotas costumbres, vaya declamos, que no faltaba mas que el LIBERTADOR de Colombia, perdiera el tiempo en desacreditar á los que no tienen que perder. „Que el general BOLIVAR empeña su furiosa zaña en los pueblos indefensos de la costa." En efecto, que estos pueblos se hallan indefensos, y los españoles los cuentan por suyos, á muy poquita costa, lastima es que la furiosa zaña del general BOLIVAR, los tiene tan entusiasmados que ellos á la menor insinuacion, se despojan de cuanto tienen por el deseo de que los españoles no los vuelvan nunca á visitar. „Que horrorizado el coronel Novajas con la contestacion de un oficio se pasó al ejército nacional." Embusteros otra vez, y mentirosos mil, D. Casto Novajas se pasó por que tuvo noticia que el rejimiento de Coraceros de Trujillo se le iba á dar al coronel Placencia, y el lo queria, en virtud de las muertes y destrozos que dizque en los campos de batalla, le habian adquirido este mérito. De estos zelos, de esta ira, y de esta rabia no solo se hubiera ido al ejército nacional, se hubiera pasado, como lo dijo en Supe, al ejército de los diablos que es un poco menos malo. Conforme tengamos algunos numeros mas de este periódico, los iremos estractando.

AVISO.

Acaban de llegar, perfectamente equipados y municionados, mil hombres, de los cinco y mas que esperamos por momentos. Sin que S. E. el LIBERTADOR lo pida, ya no hay desde Tumbez hasta el Orinoco quien no se apreste á volar en ausilio del Perú: ya verán los españoles, si estas son tropas miserables arrancadas por la fuerza. Teman ellos á vista de esta jeneral conspiracion y teman conociendo que *ya la tierra empapada en lágrimas, y sangre parece sacudirse y arrojar de su haz á tan odiosos monstruos.*

PARTES DE ABANZADA.

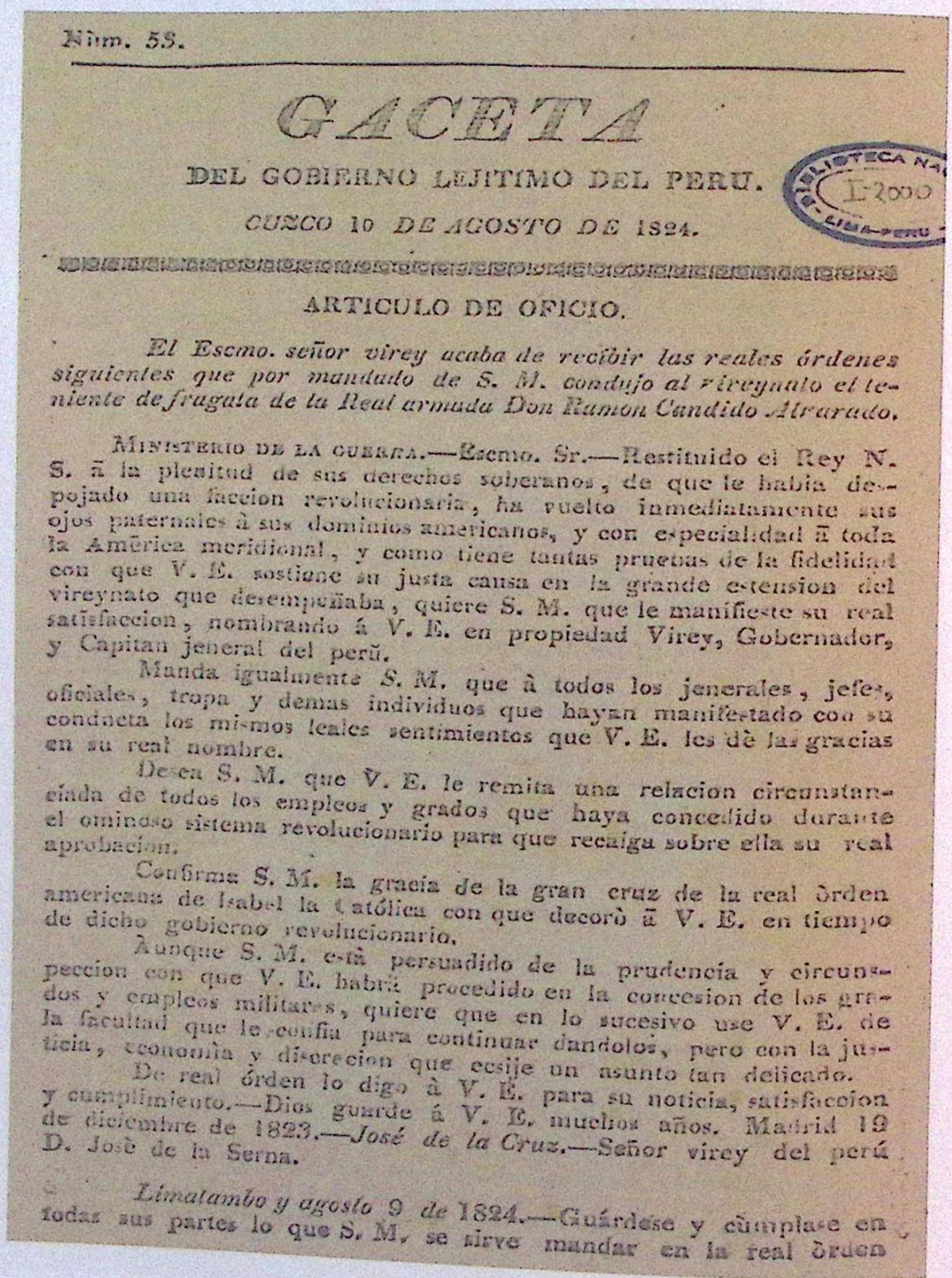
El comandante de guerrillas D. Bruno Terreros, desde S. Jerónimo, con fecha 10 de mayo, avisa al Sr. general en gefe del ejército unido, que el brigadier español Pardo con 4 compañias de infantería, y 40 caballos, habian sido batidos por sus partidas en las inmediaciones de Cocachacra, dejando en el campo 21 muertos, inclusa dos oficiales. Recomienda muy singularmente á los tenientes

Fuente: Archivo Digital de la Biblioteca Nacional del Perú

En esa misma línea, también se publicó el periódico realista La Gaceta del Gobierno legítimo del Perú, de corte español, que informaba sobre la monarquía. El 10 de agosto de 1824 fue publicado en el Cuzco.

Figura 6

La Gaceta del Gobierno Legítimo del Perú (1824)



Núm. 58.

GACETA

DEL GOBIERNO LEJITIMO DEL PERU.

CUZCO 10 DE AGOSTO DE 1824.

BIBLIOTECA NACIONAL
LIMA-PERU
I-2000

ARTICULO DE OFICIO.

El Escmo. señor virey acaba de recibir las reales órdenes siguientes que por mandado de S. M. condujo al virreynato el teniente de fragata de la Real armada Don Ramon Candido Alvarado.

MINISTERIO DE LA GUERRA.—Escmo. Sr.—Restituido el Rey N. S. á la plenitud de sus derechos soberanos, de que le habia despojado una faccion revolucionaria, ha vuelto inmediatamente sus ojos paternales á sus dominios americanos, y con especialidad á toda la América meridional, y como tiene tantas pruebas de la fidelidad con que V. E. sostiene su justa causa en la grande estension del virreynato que desempeñaba, quiere S. M. que le manifieste su real satisfaccion, nombrando á V. E. en propiedad Virey, Gobernador, y Capitan jeneral del perú.

Manda igualmente S. M. que á todos los jenerales, jefes, oficiales, tropa y demas individuos que hayan manifestado con su conducta los mismos leales sentimientos que V. E. les dè las gracias en su real nombre.

Desea S. M. que V. E. le remita una relacion circunstanciada de todos los empleos y grados que haya concedido durante el ominoso sistema revolucionario para que recaiga sobre ella su real aprobacion.

Confirma S. M. la gracia de la gran cruz de la real òrden americana de Isabel la Católica con que decorò á V. E. en tiempo de dicho gobierno revolucionario.

Aunque S. M. está persuadido de la prudencia y circunspeccion con que V. E. habrá procedido en la concesion de los grados y empleos militares, quiere que en lo sucesivo use V. E. de la facultad que le confia para continuar dandolos, pero con la justicia, economía y discrecion que ecsije un asunto tan delicado.

De real órden lo digo á V. E. para su noticia, satisfaccion y cumplimiento.—Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 19 de diciembre de 1823.—*José de la Cruz.*—Señor virey del perú D. Josè de la Serna.

Limatambo y agosto 9 de 1824.—Guárdese y cùmplase en todas sus partes lo que S. M. se sirve mandar en la real òrden

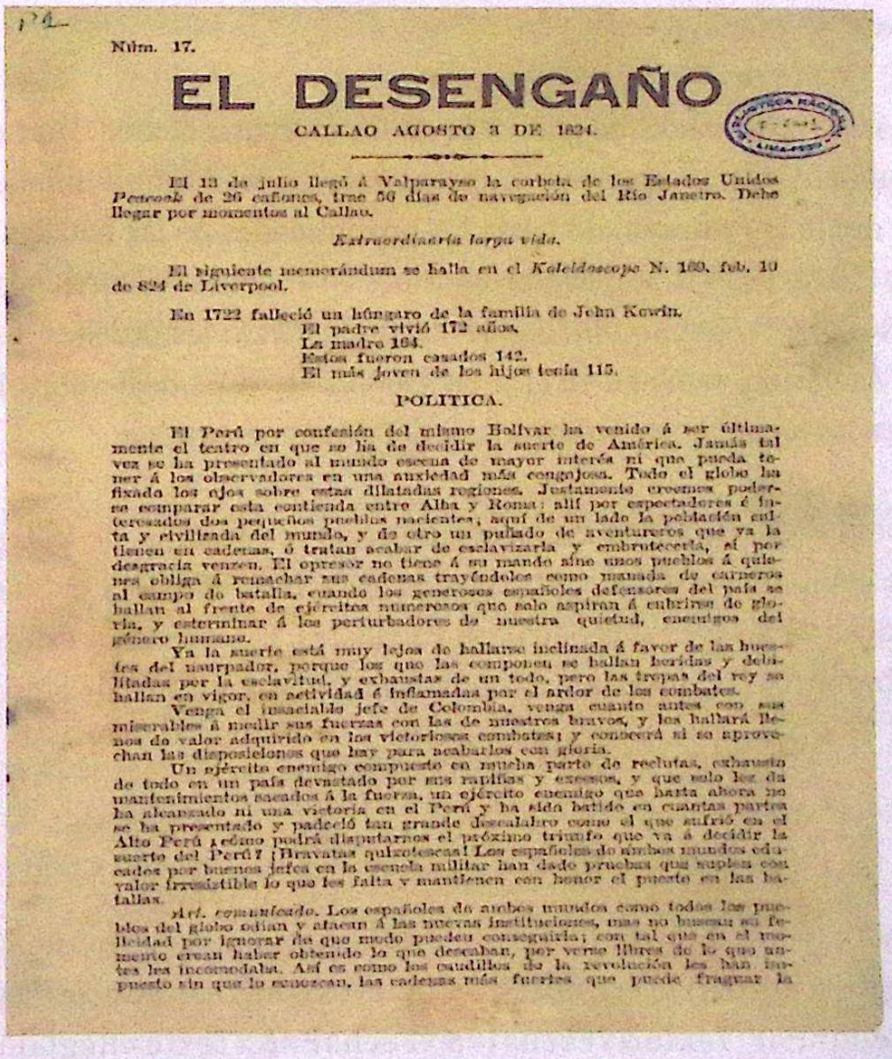
Fuente: Archivo Digital de la Biblioteca Nacional del Perú.

Asimismo, en esa línea de propaganda para las tropas realistas, se publicó en el Callao, el 3 de agosto de 1824, el periódico El Desengaño:

> El Perú por confesión del mismo Bolívar ... á ser últimamente el teatro en que se ha de decidir la suerte de América ... Un ejército enemigo compuesto en mucha parte de reclutas, exhausto de todo en un país devastado por sus rapiñas y excesos, y que solo le da mantenimiento sacados á la fuerza, un ejército enemigo que hasta ahora no ha alcanzado ni una victoria en el Perú y ha sido batido en cuantas partes se ha presentado y padeció tan grande descalabro como el que sufrió en el Alto Perú ¿cómo podrá disputarnos el próximo triunfo que va á decidir la suerte del Perú? ¡Bravatas quixotescas (sic)! Los españoles de ambos mundos educados por buenos jefes en la escuela militar han dado pruebas que suplen con valor irresistible lo que les falta y mantienen con honor el puesto en las batallas. (p. 1)

Figura 7

El Desengaño (1824). El pasquín de los realistas



Núm. 17.

EL DESENGAÑO

CALLAO AGOSTO 3 DE 1824.

El 13 de julio llegó á Valparayso la corbeta de los Estados Unidos *Peacock* de 26 cañones, trae 56 dias de navegación del Rio Janeiro. Debe llegar por momentos al Callao.

Extraordinaria larga vida.

El siguiente memorándum se halla en el *Kaleidoscope* N. 169. feb. 10 de 824 de Liverpool.

En 1722 falleció un húngaro de la familia de John Kevin.
El padre vivió 172 años.
La madre 194.
Estos fueron casados 142.
El más joven de los hijos tenia 115.

POLITICA.

El Perú por confesión del mismo Bolívar ha venido á ser últimamente el teatro en que se ha de decidir la suerte de América. Jamás tal vez se ha presentado al mundo escena de mayor interés ni que pueda tener á los observadores en una ansiedad más congojosa. Todo el globo ha fixado los ojos sobre estas dilatadas regiones. Justamente creemos poderse comparar esta contienda entre Alba y Roma: allí por espectadores é interesados dos pequeños pueblos nacientes; aquí de un lado la poblacion culta y civilizada del mundo, y de otro un pulado de aventureros que ya la tienen en cadenas, ó tratan acabar de esclavizarla y embrutecerla, si por desgracia vencen. El opresor no tiene á su mando sino unos pueblos á quienes obliga á renachar sus cadenas trayéndoles como manada de carneros al campo de batalla, cuando los generosos españoles defensores del país se hallan al frente de ejércitos numerosos que solo aspiran á cubrirse de gloria, y esterminar á los perturbadores de nuestra quietud, enemigos del género humano.

Ya la suerte está muy lejos de hallarse inclinada á favor de las huestes del usurpador, porque los que las componen se hallan heridas y debilitadas por la esclavitud, y exhaustas de un todo, pero las tropas del rey se hallan en vigor, en actividad é inflamadas por el ardor de los combates.

Venga el insaciable jefe de Colombia, venga cuanto antes con sus miserables á medir sus fuerzas con las de nuestros bravos, y los hallará llenos de valor adquirido en los victoriosos combates; y conocerá si se aprovechan las disposiciones que hay para acabarlos con gloria.

Un ejército enemigo compuesto en mucha parte de reclutas, exhausto de todo en un país devastado por sus rapiñas y excesos, y que solo le da mantenimientos sacados á la fuerza, un ejército enemigo que hasta ahora no ha alcanzado ni una victoria en el Perú y ha sido batido en cuantas partes se ha presentado y padeció tan grande descalabro como el que sufrió en el Alto Perú ¿cómo podrá disputarnos el próximo triunfo que va á decidir la suerte del Perú? ¡Bravatas quixotescas! Los españoles de ambos mundos educados por buenos jefes en la escuela militar han dado pruebas que suplen con valor irresistible lo que les falta y mantienen con honor el puesto en las batallas.

Art. comunicado. Los españoles de ambos mundos como todos los pueblos del globo odian y atacan á las nuevas instituciones, mas no buscan su felicidad por ignorar de que modo pueden conseguirla; con tal que en el momento crean haber obtenido lo que desean, por verse libres de lo que antes les incomodaba. Así es como los caudillos de la revolución les han impuesto sin que lo conozcan, las cadenas más fuertes que puede fraguar la

Fuente: Archivo Digital de la Biblioteca Nacional del Perú.

Es así como la prensa escrita expresaba sus opiniones sobre los ejércitos patriotas y realistas.

Posterior a los triunfos en Junín y Ayacucho, se publicó, el 12 de marzo de 1825, el número 17 del periódico La Estrella de Ayacucho, con su lema: "De las leyes nace la seguridad, de la seguridad la curiosidad, y de la curiosidad, el saber":

El hombre nace libre, y las leyes solas podrán esclavizarle: aquellas leyes á que consiente someterse, fiado en la rectitud de los que ha elejido para que las dicten, y en la justicia de los que estos han nombrado para que las ejecuten. (p. 1)

Este medio de comunicación escrito realizaba propaganda sobre los triunfos obtenidos por el Ejército Unido Patriota en las batallas de Junín y Ayacucho, retratando a los españoles como obstinados y calificando a su ejército de desmoralizado, vagante y sin opinión.

Conclusiones

1. El accionar de las partidas de guerrillas en los enfrentamientos contra al ejército realista debilitó la fuerza española y contribuyó a la consolidación de la independencia del Perú, desde el Protectorado hasta las proximidades de las batallas de Junín y Ayacucho (1821-1824). Cumpliendo funciones en acciones militares, generalmente en conjunto con el Ejército Unido Libertador siguiendo las órdenes del comando patriota. Asimismo, también realizaron labores de espionaje sobre las fuerzas realistas en las jurisdicciones territoriales donde se encontraban.

2. La imprenta desempeñó un rol protagónico en el proceso de independencia, actuando como un medio de propaganda para informar a la población sobre las campañas de los ejércitos patriotas y realistas. Estos medios difundieron los ideales libertarios patriotas, así como las campañas militares de ambas fuerzas.

Referencias

de San Martín y Matorras, J. (12 de febrero de 1821). Reglamento Provisional. Archivo Digital de la Legislación del Perú: https://www.leyes.congreso.gob.pe/LeyNoNume.aspx?xBusqueda=Por_Texto&xFechaI=&xFechaF=&xTexto=Reglamento%20provisional%20&xOrden=F_DACION

de San Martín y Matorras, J. (01 de octubre de 1821). Acordando una medalla á los guerrilleros. Archivo Digital de la Legislación del Perú: https://www.leyes.congreso.gob.pe/LeyNoNume.aspx?xBusqueda=F_Dacion&xFechaI=01/10/1821&xFechaF=&xTexto=&xOrden=F_DACION

Delgado, Y., McEvoy, C., & Montoya, G. (2024). Voces y documentos para repensar la Independencia y el establecimiento de la República. Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú.

Dunbar, E. (1972). La acción patriótica del pueblo en la emancipación. Guerrillas y montoneras. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

El amigo verdadero . (3 de agosto de 1824). El Desengaño . Biblioteca Digital de la Biblioteca Nacional del Perú: https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=uc1.c2989991&seq=79

El Argos ministerial. (febrero de 1824). Correo Mercantil: político y literario.

El centinela en campaña. (15 de junio de 1824). Biblioteca nacional del Perú digital: https://bibliotecadigital.bnp.gob.pe/items/9e1112a6-1a3a-4727-9863-401db9d5d848

Negrón, A. (12 de marzo de 1825). La Estrella de Ayacucho. Biblioteca Digital de la Biblioteca Nacional del Perú: https://repositoriodigital.bnp.gob.pe/bnp/recursos/2/memoria-peru/independencia/la-estrella-de-ayacucho/2/

Palma, R. (1906). Mis últimas tradiciones peruanas y cachivachería. Casa Editorial Maucci .

Paz-Soldán, J. P. (1920). Cartas Históricas del Perú. Lima: Biblioteca Nacional.

Vargas, A., & Pacheco Velez, C. (1974). Los Ideologos . Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Moisés Ysmael Flores Rodríguez

- Bachiller en Historia Universidad Nacional de Trujillo (2024)
- Perito de parte en investigación de accidentes de tránsito.
- Condecoraciones PNP: Grado Caballero (2002), Oficial (2007), Comendador (2012), Gran Oficial (2018).
- Artículo publicado en la Revista Documenta del ejército "Participación de la Policía Peruana en la Guerra del Pacífico" (1879-1881),
- Integrante del comité editorial de la Revista Documenta Nº 13.



JOSÉ DE LA MAR Y CORTÁZAR